

Tomás Bárbulo

La historia prohibida del Sáhara Español

Las claves del conflicto que condiciona las relaciones entre España y el Magreb



Hace más de cuarenta años que dejó de ser la provincia número 53 de España, pero el incierto futuro del Sáhara Occidental y de sus gentes continúa despertando una especial emoción en nuestro país, por encima de ideologías políticas y de intereses económicos.

En este libro Tomás Bárbulo rastrea, a través de centenares de documentos —clasificados como «secreto» en diversos archivos militares y civiles—, las razones de ese sentimiento de hermandad, y lo contrasta con numerosas entrevistas realizadas en el Sáhara (El Aaiún y Smara), en Argelia (los campos de refugiados de Tinduf), en Marruecos (Rabat y Casablanca) y en varios lugares de España.

El resultado es una apasionante historia de heroísmo, crímenes, amistad, traiciones, dinero e intereses políticos en la que se enfrentan reyes, presidentes, primeros ministros e incluso pastores. Sus retratos íntimos, sus conversaciones privadas, sus actos ocultos, reconstruidos con todo detalle, ofrecen, entre otros temas esenciales, la clave de las relaciones de España con los países del Magreb.



Tomás Bárbulo

La historia prohibida del Sáhara español

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2018

Título original: *La historia prohibida del Sáhara español*
Tomás Bárbulo, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



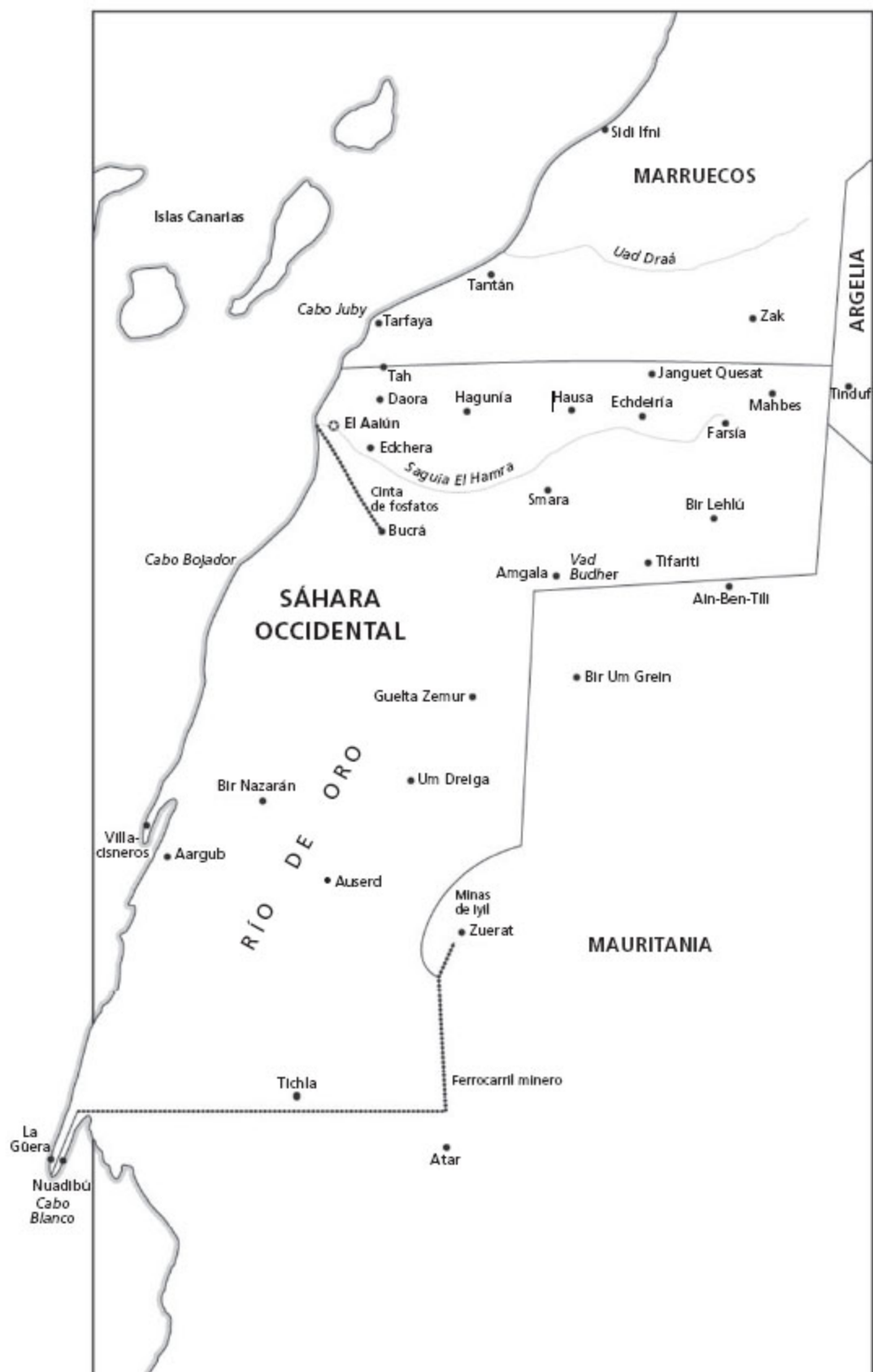
Este libro de arena es para Nuria.

Índice

JAQUE DE DAMA A REY
LA «TERRAZA» DE FRANCO
SE BUSCA A BASIRI
16 HOMBRES Y 5 FUSILES ROTOS
LA HORA DE LA SANGRE
EN LAS CUEVAS DEL POLISARIO
BOMBAS EN EL AAIÚN
MISERIAS DEL GRAN JUEGO
HISTORIA NEGRA DE LA MARCHA VERDE
EL ÉXODO
EL EJÉRCITO SE PASA AL POLISARIO
QUÉ FUE DE QUIÉN
CRONOLOGÍA
GLOSARIO
FUENTES DOCUMENTALES
BIBLIOGRAFÍA
AGRADECIMIENTOS

«No tiene objeto revivir errores del pasado a menos que iluminen el presente».

DORIS LESSING



NOTA

Este libro ha sido elaborado a partir de más de medio millar de documentos clasificados como «Secreto» y rastreados durante tres años en diversos archivos militares y civiles. El material confidencial ha sido completado con dos centenares de entrevistas personales, realizadas en el Sáhara (El Aaiún y Smara), en Argelia (los campos de refugiados de Tinduf), en Marruecos (Rabat y Casablanca) y en varios lugares de España. Las situaciones y los diálogos reproducidos se apoyan en unos y otras. También han sido utilizados la bibliografía existente sobre la colonización, los archivos de los periódicos de la época y el material videográfico y cartográfico disponible. De muchos de los hechos narrados ha sido testigo el propio autor, que residió en el Sáhara entre 1969, fecha de nacimiento del movimiento independentista, y 1975, año en que Marruecos invadió el territorio.

En las páginas que siguen sólo se citan los entrevistados que han consentido en ser nombrados. Muchos militares españoles han rechazado aparecer por temor a indisponerse con sus compañeros de armas; lo mismo ha sucedido con algunos diplomáticos y políticos franquistas. A los marroquíes y a los saharauis que residen en el Sáhara Occidental les haría un flaco favor aparecer como confidentes.

El lector puede encontrar una selección de las fuentes documentales y bibliográficas al final del volumen.

En septiembre de 2010, el texto fue revisado, actualizado y ampliado con extractos inéditos.

JAQUE DE DAMA A REY

Mohamed Jelmous, gobernador marroquí de El Aaiún, agitó una brocheta de langostinos ante mi cara:

—¡Esa mujer come! —dijo—. Ustedes se alarman por nada. Hágame caso: cuando nadie la ve, ¡ella come!

Los marroquíes que asistían a la cena asentían con una sonrisa de admiración, mientras el representante del Foreign Office, otros dos diplomáticos extranjeros y yo evitábamos cualquier signo de complicidad.

Estábamos en la residencia oficial de Mohamed Jelmous, la misma de la que saliera el último gobernador español treinta y cuatro años antes, cuando España abandonó el Sáhara Occidental y Marruecos lo invadió a sangre y fuego. Mientras el gobernador marroquí pronunciaba esas palabras, Aminetu Haidar llevaba veinticinco días en huelga de hambre en el aeropuerto de Lanzarote. En ese tiempo, había logrado colocar en el primer plano de la actualidad el olvidado conflicto del Sáhara. La ONU, el Departamento de Estado de Estados Unidos, el palacio del Elíseo, la presidencia de la UE y el gobierno español hacían gestiones para que Mohamed VI diera su brazo a torcer y permitiera a la activista saharauí volver a su casa de El Aaiún. Pero la gravedad de la situación quedaba reducida a una caricatura en boca de Mohamed Jelmous: «¡Ella come!». Sin embargo, Haidar era la única razón de que estuviésemos cenando en la residencia del gobernador aquella noche de diciembre de 2009.

La historia había comenzado el 13 de noviembre. Haidar, que entonces era una perfecta desconocida para la inmensa mayoría de la opinión pública, volvía a El Aaiún desde Las Palmas tras recoger en Estados Unidos el premio Civil Courage, que le había concedido la Fundación John Train. En cuanto descendió del avión de la compañía española Binter, fue

detenida, despojada de su pasaporte, interrogada y, al día siguiente, enviada a Lanzarote en un avión de otra aerolínea española.

—¿Dónde vas a vivir relajada y tranquila si no es en España? —se burlaron de ella los funcionarios marroquíes—. Desde allí puedes defender sin problemas tus planteamientos separatistas.^[1]

El gobierno de Madrid estaba al tanto de la maniobra. El ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, había recibido el mismo día 13 una llamada de su homólogo marroquí para anunciarle que las autoridades de Rabat habían decidido expulsar a Haidar a España. Lo reconoció él mismo, unas semanas más tarde, ante el Parlamento. Moratinos declaró a los diputados que él mostró su desacuerdo con la decisión marroquí y que no tuvo más noticia sobre el asunto hasta el día siguiente, cuando una nueva llamada le anunció que la activista saharauí volaba ya hacia Canarias.

Aquella misma noche, en el aeropuerto de Lanzarote, Haidar llamó por teléfono a su compañero Bachir Azmán, que estaba en El Aaiún:

—Estoy comiendo mi última cena —le dijo—. A las doce en punto comienzo una huelga de hambre.

Si lo que buscaba el gobierno de Marruecos expulsando a Haidar a España era sofocar sus denuncias sobre la represión en el Sáhara Occidental, consiguió el efecto contrario. Sentada en una colchoneta en la terminal del aeropuerto, Haidar recibía a un periodista tras otro. Las cámaras de fotos y de vídeo, encendidas de forma casi permanente, recogían y enviaban a los cuatro rincones del mundo sus palabras y su rostro cada día más demacrado. Aquella mujer de cuarenta y tres años, divorciada y madre de dos hijos, que había estado cuatro años «desaparecida» en una cárcel secreta de Hassan II, se convirtió en la imagen viva de los atropellos cometidos contra los saharauis. Su propia historia era, en cierto modo, la historia del sufrimiento de su pueblo.

Dos hechos habían marcado la vida de Aminetu Haidar. El primero se produjo cuando ella tenía nueve años. En noviembre de 1975, el coche que conducía su padre se estrelló contra un camión en la carretera que une las localidades marroquíes de Tan Tan y Guleimín. En aquellos días, cuando Marruecos escenificaba con la Marcha Verde su invasión del Sáhara, era

frecuente que los enemigos políticos de Hassan II acabaran empotrados contra camiones. Haidar está convencida de que la muerte de su padre fue un asesinato.

El segundo acontecimiento se produjo cuando tenía veintiún años. La joven, que ya había tomado conciencia política, participaba en la organización de una manifestación independentista. A las 3.30 del 21 de noviembre de 1987, la policía marroquí se presentó en su casa de El Aaiún y la arrancó de la cama. Estuvo casi cuatro años «desaparecida», encerrada junto a otras nueve mujeres y cincuenta hombres en una mazmorra. Fue sometida al amplio repertorio de torturas del régimen de Hassan II. La desnudaban, la amarraban con una cuerda desde los tobillos hasta el cuello sobre una mesa estrecha, y le ponían en la cara un trapo sucio sobre el que vertían un solución de detergente, heces y orina hasta que se asfixiaba. Le ataban las manos tras las rodillas, le pasaban un palo por las corvas y la colgaban del techo mientras la golpeaban con porras. Le daban descargas de electricidad en los pezones... Ella debía llevar los ojos permanentemente vendados para no reconocer a sus carceleros.

Aminetu Haidar salió de aquel infierno con la salud muy quebrantada, pero con su determinación política reforzada. Cuatro de sus compañeros habían fallecido en aquella prisión, y otro murió en el hospital dos días después de ser puesto en libertad. En 1992, un año después de su liberación, Haidar se casó con un compañero de cautiverio y comenzó a denunciar la represión de los saharauis. Decenas de supervivientes de las celdas marroquíes y familiares de presos fallecidos tenían historias tan terribles como la suya o aún más espantosas para contar al mundo. Haidar les animó a hacerlo. Poco a poco, fueron organizándose al amparo de una tímida apertura política iniciada por las autoridades de Rabat para mejorar su imagen internacional. Fundó una ONG, el Colectivo de Defensores de los Derechos Humanos en el Sáhara, y supo aprovechar las ventajas de internet para difundir las palizas, violaciones, detenciones y encarcelamientos a que eran sometidos los saharauis. La figura pública de Haidar se forjó durante aquellos años. Grupos de jóvenes comenzaron a acercarse a ella.

En 2005, durante una manifestación, un policía le abrió la cabeza de un porrazo. Sus partidarios le sacaron una foto con el rostro ensangrentado y la

colgaron de la red sólo unos minutos antes de que varios agentes la detuvieran a las puertas del hospital al que había acudido a que la curaran. Haidar fue encerrada en la tenebrosa Cárcel Negra de El Aaiún y acusada de pertenecer a una banda de malhechores. Entonces ella lanzó su órdago: inició una huelga de hambre —la primera—, que duraría cuarenta y siete días, para que la juzgaran por un delito político y no por uno común, como pretendían las autoridades de Rabat. Su protesta, transmitida a través de internet, tuvo amplio eco en las cancillerías de Europa y Estados Unidos. Washington presionó a Rabat para que le expidiera un pasaporte, documento que hasta entonces le habían negado sistemáticamente las autoridades de Marruecos.

Aquel mismo año recibió el Premio Juan María Bandrés a los Derechos Humanos. Haidar comenzó a viajar. En los años siguientes fue galardonada con el Silver Rose, el Robert F. Kennedy y el Civil Courage. Había pasado de las sucias celdas de la Cárcel Negra de El Aaiún a los brillantes salones políticos de Europa y de Estados Unidos. Pero aunque se había labrado un prestigio que la convertía en intocable para las autoridades de Rabat, no había logrado romper la barrera que la separaba del gran público. Fue la torpeza del gobierno de Marruecos al intentar «exiliarla» en España lo que le permitió lograr su objetivo.

En el aeropuerto de Lanzarote, Haidar se vio arropada por un nutrido grupo de familias saharauis y simpatizantes españoles, que formaron una guardia de corps en torno a ella. Durante el día, filtraban las numerosas visitas que recibía y organizaban la campaña de información sobre su caso a través de internet. Por la noche, velaban su sueño bajo una marquesina de autobús contigua al aeropuerto. El premio Nobel José Saramago, líderes políticos como el coordinador general de Izquierda Unida, Cayo Lara, y conocidos artistas acudieron a Lanzarote para mostrarle su apoyo. Otras personalidades públicas suscribieron comunicados instando al gobierno español a que convenciera a Marruecos para que Haidar pudiera volver a El Aaiún. Mientras tanto, ella rechazaba con determinación todas las ofertas que le iba haciendo llegar el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos: un pasaporte español, el estatus de asilada política, una vivienda...

—Yo tengo una sola solicitud —repetía—, y es que se me devuelva a mi tierra, el Sáhara Occidental, donde están mis hijos. Con o sin pasaporte. Es vuestro problema.

El 17 de diciembre de 2009, Mohamed VI se vio obligado a ceder a la presión internacional y permitir el regreso de Haidar a El Aaiún. Una salva de comunicados de la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, del presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y del gobierno de Rabat intentó disimular la sonora derrota del rey de Marruecos. El monarca no sólo había fracasado en su propósito de deshacerse de aquella incómoda mujer, sino que además la había convertido en un icono. Y algo más: había trasladado el foco del conflicto saharauí desde los campamentos de refugiados de Tinduf, en la vecina Argelia, donde sobreviven a duras penas más de cien mil personas, a las calles del Sáhara.

Rabat salió perdiendo con el cambio de escenario. En Tinduf, los independentistas del Frente Polisario permanecían atascados debido a la inoperancia de la diplomacia internacional. Pero en el Sáhara, Marruecos tenía mucho que ocultar. Hasta la huelga de hambre de Haidar, su represión contra los saharauis había pasado casi inadvertida. Quienes contestaban su ocupación eran reprimidos en silencio, mientras Naciones Unidas, que debería velar por ellos, miraba hacia otro lado. La protesta de Haidar subrayó la absurda política de la ONU.



Rueda de prensa de Aminetu Haidar el 17 de diciembre de 2009, en el hospital de Lanzarote, tras conocerse la noticia de que finalmente podía regresar a El Aaiún.

Desde que invadiera el territorio, en 1975, hasta 1991, Marruecos y los independentistas del Frente Polisario libraron una guerra sangrienta. El alto el fuego, auspiciado por la ONU, alumbró el nacimiento de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (Minurso). Su objetivo consistía en organizar y asegurar la realización de un referéndum «libre y justo», en el que los habitantes del Sáhara eligiesen entre la independencia o la integración en Marruecos. Según el plan de arreglo, la consulta debería haberse celebrado en enero de 1992 pero, en 2009, cuando Aminetu volaba por fin de regreso a El Aaiun, el referéndum parecía más lejano que nunca. Todo sigue igual hoy. Si consideramos que en este tiempo la Minurso ha consumido un presupuesto cercano a los mil millones de dólares y ha movilizado a 4.000 observadores militares y a varios cientos de civiles, parece apropiado afirmar que su fracaso es estrepitoso.

A ello se suma el hecho de que la Minurso es la única misión de paz de Naciones Unidas que carece de competencias para controlar el respeto a los derechos humanos. Marruecos, con la ayuda de Francia, ha logrado rechazar todos los intentos de incorporar esta prerrogativa a sus trabajos. Un ejemplo del papel decisivo de Francia en este bloqueo sistemático es el debate que se celebró en abril de 2010 en el Consejo de Seguridad.

—¿Cómo es posible —se preguntó en voz alta el embajador austríaco— que Francia, que ha tenido un papel esencial en la formación del concepto de derechos humanos, pueda oponerse con tanta vehemencia a la inclusión de ese término en la resolución del Sáhara Occidental?

—¡Nadie puede dar lecciones de derechos humanos a Francia! —replicó, airado, el representante francés.

El embajador chino intervino, sibilino:

—Me alegro de que China ya no sea la única que defiende que los derechos humanos no sean tratados en el Consejo.^[2]

Incapacitados para supervisar el cumplimiento del respeto a los derechos humanos, los funcionarios de la Minurso circulan por las calles del Sáhara en todoterrenos blancos con las siglas UN en los costados, entre la indiferencia de la población. Su mandato les ordena permanecer ciegos, mudos y sordos ante la represión marroquí, aunque ésta se produzca a las puertas mismas de su cuartel general. Dada esa escandalosa impotencia,

Haidar y sus seguidores se han convertido en el único y potente altavoz para denunciar ante la comunidad internacional los atropellos de Marruecos.

Una de las denuncias de Haidar, al igual que del Frente Polisario, tiene que ver con la explotación ilegal de los recursos naturales del Sáhara: pesca, fosfatos, prospecciones petrolíferas... El fin de las hostilidades entre Marruecos y el Frente Polisario, en 1991, dejó la mayor parte del territorio en manos de Rabat. Con el fin de proteger sus intereses, Marruecos mantiene desplegado en el desierto un ejército cuyo coste ronda los 1,5 millones de euros diarios. Los beneficiarios del negocio no son los pocos miles de saharauis que quedan en el territorio; ni siquiera el medio millón de marroquíes que Rabat ha inyectado en la ex colonia española para diluir la identidad de la población autóctona y alterar el resultado de cualquier consulta popular. Los principales beneficiarios son un puñado de personajes que en vísperas de la Marcha Verde apostaron por Hassan II y se han convertido en los pilares autóctonos de Marruecos en el Sáhara. Su papel se puso en evidencia en los días previos al 1 de noviembre de 2001, fecha en la que Mohamed VI realizó su primera visita al lugar que desde hace treinta y cuatro años Marruecos considera sus «provincias del sur», el Frente Polisario califica como «zonas ocupadas», y la ONU define como «territorio en vías de descolonización».

Días antes de la visita real, el alcalde de El Aaiún, Ijalihenna uld Rachid, convocó a los notables de la ciudad a una reunión urgente en el Ayuntamiento. Se trataba de acordar un regalo de bienvenida para Mohamed VI. Al cónclave acudieron miembros de la familia Yumani, Habib El Kentaui, Brahim Hammad y Hassan uld Dirham. Los Yumani poseían transportes frigoríficos, barcos, inmuebles, el monopolio de los neumáticos y —lo más importante— eran los suministradores oficiales de las Fuerzas Armadas Reales. En manos de El Kentaui se hallaba la importación de artículos de primera necesidad: tejidos, té, detergentes, cosméticos. Hammad era dueño del puerto de El Aaiún, de frigoríficos, de conserveras de pescado, de fábricas de hielo y del 25 por ciento de las casas de la ciudad, y jefe del tráfico de Marlboro desde Canarias. Dirham era alcalde del puerto de El Aaiún y dueño de la compañía Atlas, que posee el monopolio de gas del Sáhara, lo que supone el 50 por ciento de la economía

del territorio. Y, en cuanto al anfitrión y alcalde de la ciudad, Ijalihenna uld Rachid, su familia controlaba la exportación de arena para cementeras.^[3] Este último propuso que los reunidos ofrecieran al monarca una gran parcela de tierra para que construyera en ella una mansión.

—El Aaiún es una de las pocas capitales en las que Su Majestad todavía no posee un palacio —argumentó.

—El rey es dueño de todas las tierras y puede coger las que le parezca cuando le apetezca —objetó uno de los presentes—. No tiene sentido regalarle algo que ya es suyo.

La discusión fue complicándose porque cada cual se esforzaba en descalificar las ideas ajenas y proponía un regalo más caro. Sabían que sus palabras llegarían al Palacio de Rabat y se disputaban el favor del rey. El alcalde del puerto de El Aaiún, Hassan uld Dirham, intervino muy tranquilo:

—Vosotros podéis regalarle a Su Majestad lo que os parezca, y yo aportaré mi parte. Pero ya le he comprado mi propio presente: dos camellos blancos de pura sangre que he traído de Mauritania y una espada de oro que me ha costado 537.500 dirham (42.070 euros).

El alcalde de la ciudad, Ijalihenna uld Rachid, enrojeció de ira. Hassan era su rival político y en los últimos tiempos había ganado una buena cuota de poder a su costa.

—¡El regalo del rey ha de ser hecho por todos! ¿Quién te crees que eres actuando por libre?

—Tengo perfecto derecho a regalarle a rey lo que me dé la gana. Tú no me lo vas a impedir —replicó Hassan.

—¡Eres un trepa sin escrúpulos! ¡Ni siquiera deberías estar en el Sáhara! ¡Tú no eres de los nuestros, eres un Ait Baamarán (tribu próxima a la ex colonia española de Ifni)! ¡Vete a tu tierra!

Hassan se lanzó sobre la mesa, intentando agarrar el cuello de su rival, que había alzado una silla y parecía dispuesto a estrellársela en la cabeza. La intervención de los otros notables evitó que ambos acabaran en el hospital.^[4]

Finalmente, Hassan entregó al monarca sus regalos, al margen de los otros. El episodio, lejos de ser una mera anécdota, ilustra bien la relación

entre los notables del Sáhara y el Palacio Real de Rabat. La lealtad está subordinada a los negocios. Ese comportamiento se entiende aún mejor repasando las biografías de algunos de los que participaron en la reunión del Ayuntamiento.

Muchos años antes de ser alcalde de El Aaiún y ardiente defensor de una autonomía para el Sáhara (presidida por él mismo) dentro del reino de Marruecos, Ijalihenna uld Rachid hizo carrera como títere del franquismo. En 1975 aceptó ser nombrado secretario general del Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS), una organización controlada desde Madrid por el Ministerio de Presidencia. Recibía órdenes directas (e importantes cantidades de dinero)^[5] del secretario general del Sáhara, coronel Luis Rodríguez de Viguri. Cuando vio que la presencia española tocaba a su fin y que Marruecos llevaba las de ganar, Ijalihenna huyó a Rabat con la caja de la organización y juró lealtad a Hassan II, el padre de Mohamed VI. El rey pagó su desertión nombrándole ministro.

De la misma fecha, 1975, data el espectacular aumento de la riqueza de los Yumani, una de las familias más poderosas del Sáhara. Aquel año, su patriarca, el «chej» o jefe tribal Jatri uld Said uld Yumani, presidente de la Asamblea General del Sáhara y procurador en Cortes, decidió abandonar a sus seguidores y rendir sumisión a Hassan II. También él llevó a cabo su defección en los turbulentos días de la Marcha Verde con la que Marruecos invadió el territorio. El rey le recompensó con un puesto en su administración, para el que fue elegido hasta su muerte con el exacto cien por cien de los votos.

Hassan uld Dirham parece llevar su destino escrito en el nombre: se llama como el anterior monarca marroquí y se apellida como la unidad monetaria cherifiana (el «dírham», que equivale a 0,09 euros). Su familia, perteneciente a la tribu Ait Baamarán, se trasladó en los años cincuenta desde la zona de Ifni hasta el Sáhara. Los Dirham siempre fueron comerciantes. En tiempos de la colonia española poseían varias tiendas a nombre de Hermanos Ben Ali, donde era posible comprar desde un martillo hasta un bote de champú. Hassan recibió la invasión marroquí con los brazos abiertos. Sus servicios fueron recompensados con el monopolio del gas a través de la empresa Atlas.

Brahim Hammad y Habib El Kentaui también eran prósperos comerciantes saharauis cuando se produjo la invasión marroquí. Importaban desde Canarias relojes, transistores, cámaras fotográficas y otros aparatos difíciles de conseguir en la Península, y los vendían a los soldados españoles o los pasaban a Marruecos. Para ellos, rendir pleitesía al rey era cuestión de negocios.

Estos cinco personajes, que se repartían el 90 por ciento de la riqueza del Sáhara, eran los pilares autóctonos de Marruecos en el territorio pendiente de descolonización. Sobre ellos descansaba la supuesta «marroquinidad» del territorio. Por eso en noviembre de 2001 fueron los encargados de movilizar a la población para que recibiera jubilosamente a Mohamed VI. Hombres del entorno de Ijalihenna recordaron a los recalcitrantes que las pensiones que disfrutaban podían ser suprimidas de un plumazo. Los empleados de Atlas recibieron «permiso» para dejar sus puestos y acudir a vitorear al monarca. Algo similar ocurrió en el resto de las empresas.^[6]

No es de extrañar, pues, que Mohamed VI fuera aclamado por una multitud durante su primera visita a El Aaiún, el 2 de noviembre de 2001. Sin embargo, el monarca tuvo que suspender su viaje a la ciudad de Smara, previsto para el día siguiente. El motivo de la cancelación fue que allí le esperaba desde hacía tres días, frente a la *wilaya* o sede del gobierno, una manifestación de dos centenares de personas. Eran en su mayoría mujeres y jóvenes, simpatizantes de Aminetu Haidar, que exigían mejoras sociales y noticias sobre sus familiares «desaparecidos» a manos de la policía marroquí. De los 526 «desaparecidos» que reconocía Amnistía Internacional, 74 residían en Smara.^[7]

Con su huelga de hambre en el aeropuerto de Lanzarote, Haidar no sólo había puesto sobre la mesa estas denuncias. También había sacado a la luz la responsabilidad de España en el drama que viven los saharauis. No se trata sólo de una deuda histórica: el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas dictaminó en 2002 que los Acuerdos de Madrid, firmados en 1975 entre España, Marruecos y Mauritania, por los que estos dos últimos países se repartieron el territorio, «no transfirieron la soberanía del Sáhara Occidental ni otorgaron a ninguno de los firmantes el estatus de potencia

administradora, estatus que España no puede transferir unilateralmente». Es decir, que la administración del territorio sigue legalmente en manos del gobierno de Madrid, aunque éste no pueda ejercerla. Esta realidad da pie a situaciones insólitas. Un solo ejemplo: la responsabilidad del salvamento marítimo en las costas del Sáhara, donde en los últimos años se han ahogado cientos de inmigrantes clandestinos, aún corresponde a España, según la Organización Marítima Internacional; sin embargo, son los barcos de Marruecos los que patrullan aquellas aguas.

En 2004, poco después de llegar a la Moncloa, José Luis Rodríguez Zapatero proclamó que esperaba ver resuelto el problema del Sáhara «en seis meses»; hoy aparece claramente alineado con las tesis de Marruecos. El líder de la oposición, Mariano Rajoy, ha sido siempre mucho menos optimista que su rival. En una comida celebrada en 2001 en la sede del Ministerio del Interior, que él entonces dirigía, me dijo, tajante: «Lo del Sáhara no tiene solución». Urgidos por la necesidad de mantener unas buenas relaciones con Marruecos, los sucesivos gobiernos españoles han vuelto la espalda una y otra vez a sus responsabilidades históricas en el Sáhara. Eso les ha llevado a complicadas encrucijadas diplomáticas, como la que planteó la huelga de hambre de Haidar en Lanzarote. De nuevo se ponía en evidencia que los intentos de las autoridades de Madrid para sacudirse los flecos legales que la atan a su ex colonia son vanos.

Vaciado de su población autóctona, el Sáhara Occidental tiene hoy poco que ver con el territorio que abandonaron los españoles en 1976. El esquema urbano de las ciudades es el mismo, pero el paisaje humano ha cambiado radicalmente. Las *derráa* han sido sustituidas por las chilabas marroquíes; el *hassanía* es sofocado por la *dariya*; las jaimas o tiendas de los nómadas han sido destruidas y sus habitantes forzados a vivir en las ciudades; el castellano ha sido sustituido por el francés como segunda lengua... Decididas a suprimir cualquier huella española, las autoridades de Rabat han desplazado el centro comercial de El Aaiún desde los viejos y bulliciosos zocos, hoy abandonados, hasta el antiguo barrio militar de Colominas.

La determinación por borrar cualquier vestigio de España ha llegado incluso a la antigua misión católica, un edificio colonial situado muy cerca

del Ayuntamiento. Hace unos años, las autoridades hicieron llegar a los sacerdotes su disgusto por el sello que estampaban en sus documentos y que decía: «Sáhara Occidental». De modo que los curas debían raspar con una cuchilla la palabra «Occidental» de todos sus papeles oficiales.^[8] Ahora, además, interrogan a los pocos saharauis que hablan con ellos, de forma que han ido llevando a los religiosos a una situación de aislamiento cada vez mayor.

Esta obsesión no es baladí. Los diplomáticos de Rabat saben bien que una de las causas fundamentales por las que han fracasado sus maniobras para anexionarse definitivamente el territorio es el apoyo de la opinión pública española al Frente Polisario. Las emociones que provoca en nuestro país el futuro de aquel trozo de desierto no tienen parangón con el desinterés que España ha mostrado hacia el resto de sus colonias africanas. La espontánea y multitudinaria reacción de apoyo a Aminetu Haidar durante su huelga de hambre en Lanzarote es una muestra de ello. Para comprender las complejas y contradictorias razones del fuerte vínculo con los saharauis es preciso retroceder en el tiempo treinta y cinco años. Ésta es una historia de heroísmo, crímenes, amistad, traiciones, dinero e intereses políticos.

LA «TERRAZA» DE FRANCO

El Sáhara Español alimentó una sociedad colonial, fascista, racista y esclavista, situada fuera del tiempo. Su explotación económica fue un fracaso. Cuando, en 1976, España abandonó el territorio, perdió casi todas las inversiones que había realizado en las minas de fosfatos. Las posibles reservas de crudo existentes en la zona son todavía un secreto que quedó en manos de un grupo de compañías estadounidenses.

A principios del siglo XXI, un gran foco iluminó repentinamente el Sáhara Occidental. El desierto volvió a brillar en los medios informativos internacionales tras años de oscuridad y silencio. Había nuevos actores en el escenario, pero los papeles que interpretaban eran esencialmente los mismos que habían desempeñado sus antecesores un cuarto de siglo atrás. El republicano George W. Bush se instalaba en la Casa Blanca que había habitado el también republicano Gerald Ford. El ex secretario de Estado James Baker III urdía pactos en el Magreb para intentar suturar la herida que había dejado abierta Henry Kissinger. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, se mostraba tan impotente como su antecesor Kurt Waldheim a la hora de aplicar el referéndum de autodeterminación. La alarmante situación social de Marruecos hacía zozobrar el trono de Mohamed VI y recordaba a la que empujó a Hassan II a distraer el hambre de su pueblo convocando la Marcha Verde. En la presidencia de Argelia estaba el mismo Abdelatif Buteflika que en 1975 apoyó y acogió, como ministro de Asuntos Exteriores de Huari Bumedián, a los guerrilleros del Frente Polisario. En Francia, el derechista Jacques Chirac defendía los mismos intereses económicos por los que antaño se había batido Valéry Giscard d'Estaing, que aún estaba dispuesto a usar en la zona su influencia como constructor

de la nueva Europa. Los campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, seguían gobernados por los mismos nacionalistas que habían presentado batalla a Marruecos. Las compañías petroleras habían cambiado sus nombres, pero no habían variado sus intereses. Y la última semejanza: a la cabeza del gobierno español se sentaba José María Aznar, nieto de Manuel Aznar, uno de los diplomáticos franquistas que más trabajó en los problemas de Marruecos y del Sáhara.

Parecía que semejante conjunción de personalidades podía alumbrar la solución del conflicto. Pero todo fue un espejismo. Al igual que sus antecesores un cuarto de siglo atrás, todos ellos fracasaron. Incapaz de arrancar a Marruecos el más mínimo compromiso para forjar un acuerdo con el Frente Polisario, James Baker III abandonó su puesto de enviado especial del secretario general de la ONU para el Sáhara. Tras él fueron saliendo del escenario, con más o menos gloria, los demás personajes: George W. Bush fue sustituido por Barack Obama en la Casa Blanca, Ban Ki-moon relevó a Kofi Annan al frente de la ONU, Nicolas Sarkozy ocupó el despacho que dejó vacante Jacques Chirac, y José Luis Rodríguez Zapatero se instaló en el palacio de la Moncloa que acababa de desalojar José María Aznar. Incluso las compañías petroleras fueron abandonando, unas tras otra, el territorio.

Tan repentinamente como se había encendido, el gran foco se apagó y el Sáhara Occidental volvió a quedar sumido en la oscuridad. Hasta la irrupción de Aminetu Haidar.

En los últimos 35 años se ha derrumbado el Muro de Berlín, la Unión Soviética ha sido reducida a cenizas, internet ha revolucionado las comunicaciones y un presidente negro se sienta en el Despacho Oval. Pero todos esos cambios no han variado esencialmente la situación geopolítica en el Magreb. El pecado que España cometió contra el Sáhara sigue siendo fuente de sufrimiento para quienes un día fueron ciudadanos suyos de pleno derecho.

Hace sólo 35 años España era un 50 por ciento más extensa que ahora. El mérito correspondía a una sola provincia, la número 53: un desierto

inclemente situado frente a las islas Canarias que aparecía en los manuales escolares como el Sáhara Español.

El Sáhara nunca fue el paraíso que canta la abundante bibliografía sobre el territorio. Fue un enorme cuartel de 240.000 kilómetros cuadrados gobernado por militares cuya máxima motivación llegaba cada fin de mes en un sobre marrón: sus sueldos doblaban los de la Península. Bajo su férula contrabandeaban un buen número de comerciantes canarios, maldecían su suerte los soldados de reemplazo, hacían su agosto una legión de prostitutas y se deshidrataban en salvajes batallones de castigo presos políticos y civiles. Los despreciados saharauis, a su vez, mantenían como esclavos a numerosos negros a quienes anillaban los tobillos, con el visto bueno oficial.

Esto sucedía bajo la más absoluta ignorancia de la población española. Sólo de vez en cuando el Nodo, el noticiario que el régimen de Franco obligaba a proyectar en los cines, daba cuenta de su existencia para recordar a los ciudadanos que España era un imperio: «Encuadrada entre Marruecos, Argelia y Mauritania», decía la voz en *off* del locutor sobre fondo musical de *El ladrón de Bagdad*, «la provincia española del Sáhara constituye parte considerable de nuestra patria en el continente africano sobre una extensión superior a la mitad de la España peninsular. El Aaiún (Los Manantiales), en el sector norte, es la capital de esta inmensa terraza desplegada frente al Atlántico...».^[9]

El que la inmensa mayoría de los ciudadanos sólo conociera aquella «parte considerable de nuestra patria» a través de un proyector de cine ha permitido que sobre aquella «terrazza» se tejiera un tapiz de mentiras. Desorientados por la pérdida de su pasado, los antiguos colonos han reescrito su historia. Y, de paso, la del pueblo al que durante siete décadas mantuvieron bajo la bota militar. Los intereses políticos derivados del conflicto que desde hace un cuarto de siglo enfrenta a Marruecos, que reclama como suyo el territorio, con el Frente Polisario (Frente Popular de Liberación de Saguia El Hamra y Río de Oro), que persigue la independencia, han confundido aún más los hechos. Ni los viejos colonialistas españoles ni los invasores marroquíes ni los resistentes saharauis tienen interés en deshacer el espejismo. Tampoco la ONU ha

conseguido proyectar luz sobre los argumentos de unos y otros. El resultado es que, tras diez años de negociaciones, Naciones Unidas ha sido incapaz de cumplir el mandato internacional de celebrar un referéndum de autodeterminación.

El ejercicio de falsificación histórica comenzó el 28 de febrero de 1976. A las 11.30 horas, en la azotea del gobierno General de El Aaiún, el teniente coronel Valdés, último gobernador del territorio, arrió la bandera roja y amarilla. El primer gobernador marroquí, Ahmed Bensuda, izó entonces la enseña cherifiana. En posición de saludo, la decena de oficiales de los servicios de información españoles que asistían al acto debieron de sentir que el águila imperial de su bandera acababa de convertirse en una gallina.

En aquella ceremonia casi clandestina, España entregó a Marruecos un territorio similar a las tres quintas partes de la superficie de la Península, un banco pesquero de más de 150.000 kilómetros cuadrados en el que sólo dos años antes se habían recogido 270.000 toneladas de pescado, y un yacimiento de fosfatos a cielo abierto con unas reservas estimadas en 10.000 millones de toneladas. En el lote estaban incluidos 74.902 saharauis.

Esta cesión, justificada como «la única salida realista» por el último gobierno de Franco, fue condenada por la clase política con una insólita unanimidad. Para la ultraderecha, obsesionada con «la desmembración del territorio nacional», se trataba de un crimen de lesa patria. Para la izquierda, defensora del Tercer Mundo, era un crimen de lesa humanidad. Paradójicamente, a medida que han ido accediendo al gobierno, los gabinetes de Adolfo Suárez, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero han cerrado los ojos ante la represión marroquí contra los saharauis. Por el contrario, la opinión pública ha multiplicado sus acciones de ayuda.

En España existen 200 asociaciones de apoyo al pueblo saharaui y periódicamente se publican manifiestos a favor de las tesis del Frente Polisario. Muchos intelectuales y artistas se han comprometido públicamente a favor de un referéndum de autodeterminación para el Sáhara. En el verano de 2010, unos 8.000 niños musulmanes fueron

acogidos por familias españolas para que pasaran con ellas sus vacaciones. Sólo en 2009, más de 6.000 españoles visitaron los campamentos de refugiados de Tinduf, en el sur de Argelia. Ese mismo año, tres enormes caravanas, cada una de ellas formada por 60 vehículos cargados de ayuda humanitaria, partieron de todas las comunidades autónomas y llegaron hasta la ardiente *hamada*, la vasta meseta pedregosa en la que sobreviven 200.000 personas.

La solidaridad de la sociedad española choca con la postura oficial, que rechaza remontarse más allá de la ceremonia de entrega del 28 de febrero de 1976. Las leyes que mantienen clasificados hasta el año 2026 la mayoría de los documentos de aquel período son la última vuelta de llave del pacto tácito que oculta la etapa colonial. Una etapa que iniciaron un grupo de capitalistas —la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas—, un político —el primer ministro de Alfonso XII, Antonio Cánovas del Castillo—, un puñado de disciplinados aventureros —el alférez Emilio Bonelli y el capitán Francisco Bens fueron los más importantes— y una camarilla de funcionarios.

Un país de diseño

Emilio Bonelli era un alférez aragonés de 29 años que hablaba árabe, francés e italiano y se ganaba un sobresueldo escribiendo para los periódicos cuando, en octubre de 1884, el gobierno le dio cinco días de plazo para organizar una expedición al Sáhara. La precipitación estaba justificada. Cánovas intentaba adelantarse a dos sociedades inglesas que pretendían explotar la riqueza pesquera del territorio a beneficio de Su Majestad británica. El primer ministro tenía además intención de presentarse en la Conferencia de Berlín, que sólo un mes después decidiría

el reparto de África entre las potencias europeas, con pruebas irrefutables de que España había ocupado la región.

Bonelli zarpó con tres buques desde Las Palmas hasta la península de Río de Oro, en el Sáhara. Los indígenas de las tribus costeras, a los que describió como «miseros y pedigüños» en contraste con los guerreros del interior, no se opusieron cuando los recién llegados montaron la caseta prefabricada que transportaban. Este barracón sería el origen de la ciudad de Villacisneros. El alférez les convenció para que firmaran un acuerdo en el que los representantes de aquellas tribus colocaban su territorio «únicamente bajo la protección de Su Majestad el Rey de España». Ese documento permitió al gobierno de Madrid declarar, en 1884, el protectorado español entre el Cabo Blanco, al sur, y el Cabo Bojador, al norte.

En 1900, Francia y España acordaron el mapa definitivo del Sáhara Occidental. El Convenio de París, sellado en el Quay d'Orsay por dos funcionarios, el español Fernando León y Castillo y el francés Théophile Delcassé, dibujaba un territorio completamente ajeno a los habitantes del desierto y a cualquier accidente geográfico.

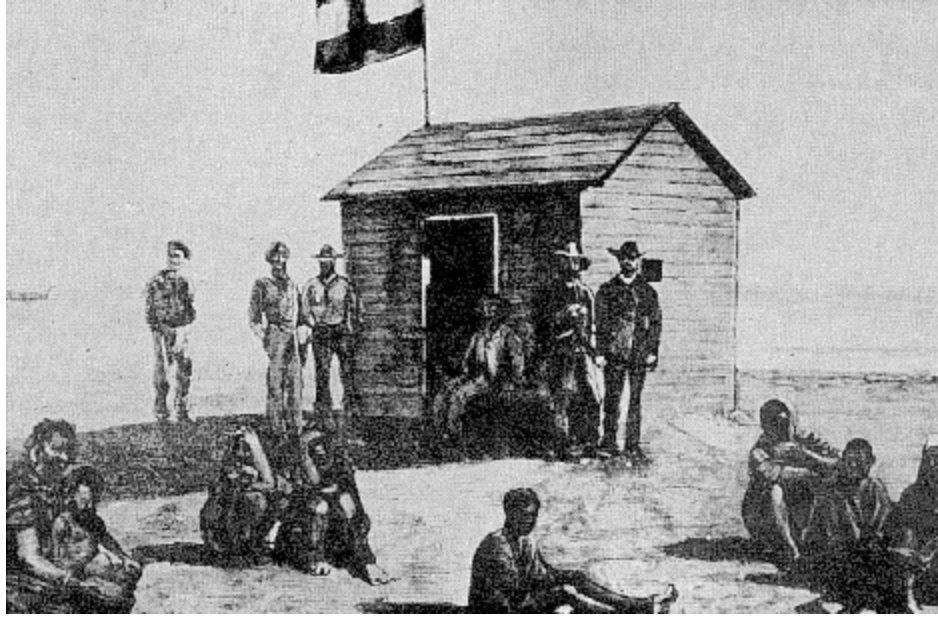
El límite norte del territorio quedó abierto. En el sur, la línea divisoria dejó cortada en dos la península de Cabo Blanco, a fin de que Francia se quedara con la riqueza de la Bahía del Galgo. Luego los políticos deslizaron sus tiralíneas por el desierto unos kilómetros hacia el norte hasta llegar al paralelo 21° 20' N. Siguiéron por él hasta encontrarse con el meridiano 13° O de Greenwich. A partir de ese punto la frontera enfila la dirección NO y describe entre los meridianos 13° y 14° O de Greenwich una extraña curva. ¿Para qué? Pues para dejar en manos de Francia las minas de la región de Iyil.

Ministerio de Estado

Sección de Política

Excmo. Sr.

En vista de lo solicitado en diferentes ocasiones por la Sociedad española de Africanistas y Colonistas y la de Pequeñas Canarias africanas, considerando la importancia de las instalaciones españolas establecidas en Rio Oro (Lat $23^{\circ} 36' N$) (Long. $9^{\circ} 49' O$) Angra de Cintra (Lat $23^{\circ} 06' N$) (Long. $10^{\circ} 01' O$) y Bahía del Oeste (Lat $20^{\circ} 51' N$) (Long. $10^{\circ} 56' O$), en la Costa Occidental de Africa y en vista de los documentos que las tribus independientes de esta parte de la Costa, que en varias ocasiones han solicitado y obtenido de la protección de los españoles, han firmado ante el representante de la Sociedad española de Africanistas y Colonistas Don Emilio Bonelli, durante la expedición que ha realizado, en el mes de Noviembre último, a bordo de la Goleta de Guerra "Ceres," en unión del Capitán de fragata Don Pedro



El germen de la ciudad de Villacisneros, hoy rebautizada como Dajla, era una barraca miserable en la que se hacinaba un puñado de soldados.

Los ambiciosos proyectos de Cánovas languidecían cuando, en 1904, el gobierno decidió enviar al territorio al capitán Francisco Bens —que había nacido 37 años antes en La Habana y se había curtido en la guerra de Cuba—, con 31 soldados de infantería. Cuando llegó a Villacisneros descubrió que los españoles estaban amedrentados por los temibles «hombres azules», a los que entregaban comida a cambio de una relativa paz. Bens estableció tres guarniciones en la costa: La Güera (al sur), Villacisneros (en el centro) y Villa Bens (al norte). Estos barracones dispersos fueron la avanzadilla de la colonización española.



Imagen habitual en el interior del desierto a finales de los sesenta: varios nómadas pastorean su ganado.

Los militares, encargados de controlar el interior del desierto, se encontraron con un inmenso vacío resquebrajado por numerosos ríos fósiles (los *uad*). Un clima implacable los aplastaba con temperaturas de 50 °C en los mediodías de agosto y los hacía tiritar con valores bajo cero en las noches invernales. Con desesperante frecuencia, el *irifi*, un viento del suroeste cargado de arena que los europeos conocemos como siroco, se abatía durante días sobre aquel mundo desolado. Liebres, erizos, lagartos, tortugas, hienas, chacales, gacelas y avestruces habitaban el lugar, que era permanentemente recorrido por caravanas de hombres y animales que buscaban un poco de agua. Al contrario que sus vecinos marroquíes, los saharauis eran altos y delgados, y se entendían en *hasaní*, una lengua que comparte menos del 75 por ciento de los términos con el dialecto marroquí, la *dariya*.

Aquellos hombres, que se agrupaban en tribus tanto más belicosas cuanto más alejadas se hallaban de la costa, no tenían noticia de la existencia de la moneda: practicaban el trueque. La forma habitual de

calcular la fortuna de un individuo consistía en contar los camellos (dromedarios, en realidad) que poseía. Se trataba de un valor más sólido que la plata (con la que tallan sus joyas) y que el oro (del que desconfían como portador de mala suerte). El camello era el medio de transporte y proporcionaba carne y leche para la mesa, piel y pelo para los tejidos de las jaimas (amplias tiendas de campaña bajo las que organizan su hogar), excremento para el combustible y tiro para la labranza en los oasis. Además, era la unidad de pago de las deudas de sangre.

Las fuerzas del capitán Bens no eran suficientes para imponer su autoridad más allá de las empalizadas de sus fuertes. La primera en denunciar aquella precariedad fue Francia: los nómadas atacaban sus colonias y luego se ponían a salvo en las posesiones españolas. Pero también los rebeldes protestaron, ya que consideraban que España no les protegía suficientemente de las expediciones de castigo galas. Ambas partes pidieron al gobierno de Madrid un mayor compromiso en la aventura africana.

Fernando León y Castillo no fue más que el primero de una larga lista de funcionarios ineptos que entre 1904 y 1912 firmaron tratados que atribuían distintos estatutos jurídicos a la región de Villa Bens, en el norte, y al Sáhara Español. A la primera la convirtieron en protectorado, mientras que al segundo lo calificaron como colonia. De esta forma abrieron una vía al expansionismo alauita en una zona que jamás había estado bajo el dominio del sultán. En 1956 y 1957 bandas armadas marroquíes al mando del nacionalista Ben Hamu incorporaron a los saharauis a su *yihad* (guerra santa contra el infiel) y se enseñorearon del desierto. Fue necesaria una vasta operación militar hispano-francesa, denominada por los galos *Escouvillon* (Escobillón) y por los españoles Huracán, para aplastar las revueltas. La contienda le costó a España 69 muertos y la entrega al recién independizado Marruecos de la provincia de Villa Bens, que en adelante sería conocida como Tarfaya. Con aquel territorio, Madrid proporcionó también a la monarquía cherifiana un argumento para reivindicar el resto del Sáhara.

Un negocio ruinoso

La mayoría de los historiadores afirman que la colonización propiamente dicha no comenzó ¡hasta 1959! Fue a partir de esa fecha cuando la ciudad de El Aaiún, que había sido fundada en 1934 por Antonio de Oro junto a un manantial, dejó de ser un villorrio y se convirtió en la capital del Sáhara. La población española en el territorio pasó de 1.700 a 5.681 personas. Franco intentaba mantener la ficción de un imperio precisamente cuando las demás potencias europeas abandonaban el continente.

Al dictador no le guió en ese empeño solamente su formación africanista. También influyeron ciertos informes confidenciales. Aquella tierra hostil y pedregosa tenía la forma de la gallina de los huevos de oro: riqueza pesquera, posibilidades petrolíferas y uno de los yacimientos de fosfatos más importantes del mundo. Franco desoyó las llamadas de la ONU (constantes a partir de 1965) e ideó varias artimañas para aferrarse al territorio. En 1961 convirtió el Sáhara en una provincia española; en 1967 creó la Yemaá o Asamblea General, un manipulado e inútil parlamento saharauí, y en 1973 ideó un estatuto de autonomía. El gobierno de Arias Navarro llegó a elaborar ese estatuto, y la Yemaá lo aprobó el 4 de julio de 1974. Pero las presiones de Hassan II impedirían finalmente su promulgación.

Los primeros indicios de la existencia del petróleo que hasta hace cuatro años han buscado los americanos de Kerr McGee y los franceses de Total Fina datan de 1940. Pero las prioridades de la posguerra española, primero, y los avatares de la Segunda Guerra Mundial, después, retrasaron las investigaciones. A finales de los años cincuenta el gobierno contrató dos aviones dotados de ondas ultrasónicas y magnetómetros para analizar y fotografiar la zona. Éstos y otros estudios señalaron la franja comprendida entre El Aaiún y Cabo Bojador (con la que acaban de hacerse los estadounidenses) como el lugar con más posibilidades de atesorar crudo. Naturalmente, Franco jamás se hubiera atrevido a perforar un metro sin el visto bueno de Estados Unidos. Y ese permiso suponía, lisa y llanamente, compartir el negocio.

El gobierno de Madrid aceptó sin rechistar la propuesta de las compañías del cartel: beneficios al 50 por ciento. Once empresas se repartieron el territorio.^[10] Todas ellas invirtieron 3.000 millones de pesetas de la época (18,03 millones de euros). Las investigaciones comenzaron en marzo de 1961. Tres años después ya habían hallado indicios de crudo en 27 puntos.

El esperanzador hallazgo coincidió, desgraciadamente, con el descubrimiento de rentabilísimos yacimientos en Libia y en el Mar del Norte, y las compañías, ávidas, emigraron hacia aquellas nuevas bolsas en 1965. Franco aún hizo otro intento, dos años más tarde, ante Esso, Gulf, Aramco, Anaconda, W. R. Grace, British ICI, Socalta e International Minerals and Chemical Corporation. Todas rechazaron la oferta. Ninguna estaba dispuesta a arriesgar en un territorio cuya descolonización la ONU llevaba dos años exigiendo.

En 1976 vencieron, con la retirada de España, las concesiones de cuatro compañías petrolíferas para hacer prospecciones en la plataforma marina del Sáhara: Cepsa, EN de Petróleos de Aragón y las filiales españolas de Continental y Gulf. Fueron las últimas multinacionales atraídas por la riqueza del subsuelo de aquel desierto. Hasta ahora. Dado que las investigaciones bajo control español fueron interrumpidas por la descolonización, la posibilidad de que bajo los viejos pozos precintados se oculte un tesoro continúa siendo una incógnita.^[11]

Igual fracaso, aunque por distintos motivos, cosechó el dictador con los fosfatos, un mineral que se utiliza para elaborar fertilizantes. En los años cuarenta, un catedrático de Geología de la Universidad de Madrid, Manuel Alía Medina, elaboró un informe que llegó hasta El Pardo. En él afirmaba que el Sáhara Occidental era rico en este producto. Tan rico que permitiría a España autoabastecerse e incluso competir en el mercado mundial.

Franco, que en aquellos tiempos de escasez estuvo incluso dispuesto a considerar el famoso invento del «motor de agua», se tomó muy en serio el informe. Ordenó al Ministerio de Industria que se pusiera en marcha y, a través del INI, creara la empresa Adaro y comenzara las excavaciones. Él mismo acudió al Sáhara, en 1950, para alentar los trabajos. Pero cinco años

más tarde Adaro presentó un informe negativo. El INI suspendió la búsqueda.

El dictador volvió sobre el viejo informe del geólogo Alía en 1961 y ordenó reanudar las prospecciones. Un año después se fundó, con capital de sociedades americanas e inglesas, la Empresa Nacional Minera del Sáhara (Enminsa). Esta vez la búsqueda dio resultado. Los ingenieros no daban crédito a su hallazgo. A cien kilómetros al sureste de El Aaiún habían topado con un yacimiento espectacular: 250 kilómetros de largo y 15 de ancho, y a una profundidad de entre dos y cuatro metros tan sólo.

En 1969 Enminsa creó Fos Bucrá. La nueva sociedad fue constituida con un préstamo de 4,5 millones de dólares de dos bancos estadounidenses (Eximbank y First Wisconsin National Bank) para la compra de material, por supuesto también estadounidense. Era el precio para que Tío Sam desoyera las voces descolonizadoras de la ONU.

La extracción del mineral se inició en 1972. A cielo abierto, enormes tractores dragalinas levantaban con sus cucharas hasta 40 toneladas de arena. Una cinta transportadora de 90 kilómetros de longitud, construida por Krupp, llevaba el fosfato a una velocidad de cuatro metros por segundo hasta la playa de El Aaiún, en donde era embarcado.

En 1973 la inversión en Fos Bucrá superaba ya los 24.000 millones de pesetas (144,24 millones de euros), pero el ritmo de extracción de mineral (23 millones de toneladas en 1974) profetizaba una amortización a corto plazo. Sin embargo, los cálculos fallaron. Esta vez la política dinamitó el negocio.

Marruecos, tercer productor y primer exportador mundial de fosfatos, no podía quedarse impasible ante semejante competencia. Tampoco el recién nacido Frente Polisario, que ya olía la independencia, podía consentir un expolio de las riquezas de su Sáhara. Una noche, un comando de siete guerrilleros sabotó la cinta transportadora y paralizó la actividad de la mina. Dos años después, con la entrega del territorio a Hassan II, España perdió el resto de la inversión. Tras la invasión de Marruecos, el INI retuvo el 30 por ciento del capital de la empresa, que aún conserva a través de la Sociedad Estatal de Participación Industrial (SEPI). Pero el cambio de

administración y los ataques polisarios la convirtieron en una máquina de perder dinero.



Instalaciones de la empresa Fos Bucrá, creada para explotar los yacimientos de fosfatos del Sáhara.

En cuanto al negocio de la pesca, precisamente el anzuelo que había desencadenado la colonización, fue un desastre hasta el final. El rendimiento de los barcos canarios era insuficiente y España jamás vio una peseta de los buques extranjeros que vaciaban las costas sin ningún control.

Así pues, a pesar del espejismo de la pesca, el petróleo y los fosfatos, el Sáhara siempre fue deficitario para España. Un ejemplo: el gasto por habitante en la Península era de 5,4 pesetas en 1963 (0,03 euros), mientras que allí llegaba a las 18 (0,11 euros). Otro: los presupuestos para el territorio alcanzaron en 1974 la astronómica cifra de 2.374,837 millones de pesetas (14,28 millones de euros), y en ella no estaban reflejados los gastos

militares ni los de las empresas paraestatales, que constituían la parte del león.

Esclavos y corrupción

En la historia de la colonización los hechos desaparecen tras las fábulas. Los antiguos colonos se jactan de la relación fraternal de los españoles con los nativos. Nada más lejos de la realidad. Su trato con ellos fue el de los señores con los vasallos y la supuesta armonía se compró con las ayudas sociales, utilizadas para manipular una vieja sociedad que se regía por reglas muy estrictas.

Los saharauis formaban parte de un engranaje que se remonta hasta el siglo XIII. A través de una sola palabra, *uld* (hijo de), quedaban establecidas la tribu, la fracción, la familia de un individuo y hasta su clase social.

En la cúpula de aquella nación itinerante que encontraron los españoles se aposentaban los guerreros (*arab*), los políticos y religiosos (*chorfa*) y los letrados (*zuaia*). A todos ellos pagaban tributo u *horma*, en concepto de protección, los *znaga*: pastores, agricultores y pescadores. Agregados a estas tribus figuraban los artesanos (a quienes los españoles denominaron *majarreros*) y los bardos. En último lugar estaban los negros esclavos y los libertos. Una *yemaá* o asamblea de notables (que inspiraría la que crearon más tarde los españoles) gobernaba cada tribu, cuyo jefe recibía el título de *chej*. En contra de la interpretación interesada que le dieron las autoridades españolas, primero, y la ONU, después, el *chej* no tenía ningún poder ejecutivo. Se trataba de un hombre respetado que actuaba como moderador en las disputas y como portavoz de las resoluciones de la *yemaá*.

El despliegue de pequeños puestos y guarniciones militares por el interior del Sáhara trastocó la aristocracia de los nómadas. Las tribus

guerreras se empobrecieron, pues sus fusiles y su influencia pasaron a manos de los soldados. Por el contrario, prosperaron los *znaga*, que ya no necesitaban pagar protección. Los españoles mantuvieron intacto el resto del sistema social. Incluso permitieron que la justicia coránica actuara paralelamente a la oficial. Los encargados de administrarla eran los *cadis* o jueces locales o comarcales y, en casos de apelaciones de parte, los *codat*.

No obraron así por respeto a la cultura musulmana, como algunos pretenden hacer creer ahora. De haber sido ésa la razón de su comportamiento no hubieran tolerado la proliferación de prostíbulos en los que corría el alcohol cerca de las mezquitas, ni hubieran instaurado el castigo de restregar el prohibido *halufo* (cerdo) en la boca de quienes no se sometían a sus órdenes. Su actuación respondió a una política dirigida a controlar a los saharauis. Se les permitían todas las arbitrariedades dentro de su mundo, pero no se toleraba la más mínima insubordinación frente a España. Entre las costumbres que consintieron, ocultaron y hasta protegieron figura la esclavitud. Como parte de su política *amistosa*, las autoridades españolas llegaron a enviar soldados a recuperar los siervos fugados de algún *chej*.

En el censo español de 1974, a partir del que la ONU diseñó el referéndum de autodeterminación, figuran 3.018 esclavos, una cantidad que, teniendo en cuenta el total de la población del territorio, rebasa ampliamente lo anecdótico. Eran utilizados por sus dueños en las labores más penosas y en el cuidado del ganado. El trato que recibían era despectivo y la comida, infame. Los saharauis ceñían los tobillos de las mujeres con pulseras de plata, tanto más gruesas cuanto más rico era su propietario. Monseñor Félix Erviti, prefecto apostólico del Sáhara, recordaba cómo arrebatában el jornal a los negros que construyeron la iglesia de la playa de El Aaiún. De nada servía que, de acuerdo con su conciencia cristiana, él se negara a pagar directamente a los amos y entregara el dinero a los trabajadores.^[12]

El primer informe del Comité Hispano-Saharaui para el Tribunal de La Haya reconoce con cinismo la existencia de la esclavitud: «La población negra del Sáhara —dice— aparece incorporada a las distintas tribus. Esto se debe a que hay cierto tipo de esclavos, los *Abid Na'ma*, que se reproducen

en el seno de la misma familia por medio de fecundaciones [sic] de mujeres adquiridas con este fin. Los así nacidos no se venden y cuando son libertados (en el curso del siglo xx han ido desapareciendo gradualmente como tales) siguen perteneciendo a la *cabila*».

Abid significa esclavo en *hasanía*, y es una propiedad de la que el musulmán no puede ser desposeído, según el Corán. Los saharauis siguieron comprándolos hasta los últimos años de la colonización.^[13]

Los *abid* fueron utilizados asimismo como carne de cañón en la lucha contra los independentistas. Así lo recoge un comunicado del Polisario en 1975: «Con el fin de sembrar la discordia [...], el colonialismo y la reacción intentaron florecer el racismo entre nuestros hermanos, ya que formaron una guardia para proteger los intereses del partido fantoche [se refiere al españolista Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS)];^[14] dicha guardia está compuesta en su totalidad por hermanos de color. La guardia [...] fue armada y lanzada a la calle con la protección de los militares fascistas, muchos de nuestros hermanos [polisarios] fueron cruelmente torturados en la vía pública».^[15]

La detención y devolución de los esclavos fugados a sus amos fue una pequeña parte de una estrategia más amplia para la captación de voluntades. Pero la clave de la misma, sobre todo a partir de 1958, tras la entrega de Tarfaya a Marruecos, fueron las ayudas sociales.

Al principio, los *chiuj* (plural de *chej*) recibieron los sacos de harina, arroz, té, azúcar pilón o garrafas de aceite que les proporcionaban los colonizadores con agradecimiento, pues entendían que no habían hecho nada para merecerlos. Pero cada vez que un *chej* recibía más cantidad que los demás comenzaban las disputas. Un informe del gobierno General de la Provincia firmado el 25 de diciembre de 1969 por quien llegaría a ser uno de los hombres fundamentales del territorio, Fernando López Huerta, refleja esta situación: «Es curioso constatar que cuanto [los saharauis] reciben de España lo consideran una dádiva a la que no tienen ningún derecho, pero desde el momento en que unos pocos obtienen cualquier concesión (por justificada que esté) una gran mayoría se considera defraudada y perjudicada si no se le hace extensiva».

El mismo informe recoge el nacimiento de una fuerte rivalidad entre los jefes de tribu: «[Cuando viajan a El Aaiún] se esfuerzan por entrevistarse con todas las autoridades gubernativas con el objeto de conseguir algún beneficio que les fue denegado en su oficina [territorial], solicitar algo a título graciable y, sobre todo, conseguir un incremento en su prestigio personal». «Como consecuencia —concluye—, se crea un clima de inquietud entre los restantes *chiuj*, que no cejarán hasta ser igualmente recibidos para no desmerecer ante su gente».

Esta rivalidad fue hábilmente manejada por las autoridades para someter a los nativos. A cambio de sueldos y suministros, los *chiuj* firmaron cuantos manifiestos de adhesión a la metrópoli les fueron presentados. Así lo reconoce un informe de la Delegación Provincial de la Juventud remitido al director general de Promoción del Sáhara cinco años más tarde, el 7 de junio de 1974. «Los [saharauis] que perciben sueldos del Estado nos estiman y alaban en proporción a la cantidad de dinero que perciben». Y añadía: «El prestigio de España se mantiene en los puestos del interior por la ayuda alimenticia y los subsidios de paro. Este reparto muchas veces está mal encauzado por sus propios alcaldes y no hace que todos estén contentos. Muy al contrario, piensan que cuando se les da eso es que se les saca más, dando lugar, también, en algunos casos al lucro y al favoritismo». La picaresca se convirtió en ley: unos meses antes, tras una manifestación de 500 personas en demanda de trabajo, su capataz expuso a las autoridades la causa de su indignación con un razonamiento que daba la vuelta de forma impecable al trato paternalista que les dispensaban los españoles: «El gobierno es mi padre, y un padre no debe permitir que un hijo se acueste sin cenar».^[16]

Algunos *chiuj* vieron un negocio en la sustracción de parte de las ayudas para venderlas en Marruecos. Otros les imitaron, y pronto la corrupción, consentida por los españoles, se extendió por todo el territorio. «Según las autoridades marroquíes —dice un informe del Estado Mayor del Sáhara fechado el 1 de abril de 1975— continúa llegando a Tantán [sur de Marruecos] abundante mercancía de contrabando procedente del Sáhara a bordo de Land Rovers y de camiones. Esta mercancía se almacena en lugares distantes entre 100 y 140 kilómetros de Tantán. En una operación

presenciada por el jefe de la Cía. de Tantán durante la noche del 31 al 1, la Gendarmería logró descubrir unos lugares donde se almacenaban mercancías a 20 kilómetros de [la localidad del Amma Fatma».

Mientras unos pocos se llenaban el bolsillo, el hambre se cebaba en amplias zonas de la población. Sirva como testimonio la transcripción de la conversación confidencial que mantuvieron el secretario general del Sáhara Rodríguez de Viguri y el entonces líder del partido españolista PUNS, Ijalihenna uld Rachid, el 9 de enero de 1975, en el despacho oficial del primero:

IJALIHENNA: De los problemas que he visto estos días en el sur, el mayor es el del hambre.

SECRETARIO GENERAL: ¡Cómo que hambre!

IJALIHENNA: Hambre, sí. En Auserd la gente no tiene nada que comer. Hay muchísima gente que no tiene nada para comer. Hay mujeres que a la hora de comer o cenar ponen el agua a hervir diciéndoles a los niños que van a servir la cena, esperando que los niños se duerman.

SECRETARIO GENERAL: Eso es en casos aislados.

IJALIHENNA: Hay mucha gente que no tiene nada. Yo he visto la miseria, he estado con ellos. Es verdadera miseria. La gente no tiene nada.

SECRETARIO GENERAL: ¿Qué hacen entonces los *chiuj*, qué hacen los jefes de las oficinas locales?

IJALIHENNA: Nada. Aquí nadie hace nada.

El latrocinio de los *chiuj* acabó creando un malestar que favorecería el nacimiento de un nacionalismo al margen de las viejas estructuras tribales. Ese cambio social, que precipitaría el abandono del Sáhara por parte de España, germinó a raíz de la explotación de los fosfatos, en 1969.

Putas y contrabandistas

La necesidad de carreteras y pistas que enlazaran las principales ciudades y fortines del desierto, la construcción de un puerto para embarcar el mineral y el trabajo en las minas proporcionaron numerosos empleos. Buena parte de ellos fueron ocupados por saharauis.

La creciente demanda de trabajadores, junto a la fuerte sequía que abrasó el *sahel* (zona sur del desierto del Sáhara) entre 1968 y 1973, alteró la naturaleza nómada de la población. Familias enteras acudieron en masa a las ciudades, desbordando todas las previsiones del gobierno. Construyeron en torno a ellas un cinturón de barracas y jaimas, y levantaron a su albedrío casas que pronto se convirtieron en barriadas. Así nació el suburbio llamado Casas de Piedra, en la parte alta de El Aaiún, corazón de la resistencia contra la ocupación española primero y contra la marroquí después. En 1967, fecha en la que comenzó a construirse el pantalán de la playa, a 25 kilómetros de la capital, vivían en ésta 6.000 nativos; tres años después la cifra se había duplicado.

El Land Rover sustituyó al camello. El transistor, primero, y la televisión, después, mostraron a los saharauis un mundo desconocido. En pocos años los comerciantes, los trabajadores de las pistas, los soldados de la Policía Territorial y de Tropas Nómadas y los estudiantes dieron a luz una pequeña burguesía. La aristocracia tribal comenzó a diluirse y a ser sustituida por un sistema de clases.

Un informe remitido por las autoridades del territorio al gobierno de Madrid en el verano de 1974 explicaba el impacto de esta nueva situación entre los jóvenes saharauis en El Aaiún: «La juventud nativa, mezcla de todas las tribus, acude a los bares, donde primero se comporta como espectadora, para luego hacer lo que ve del europeo y del marroquí. Más tarde se suele dejar la melena y adoptar ropas tipo *hippie*, nikis ajustados y pantalones campana. Le gusta el dinero fácil, pero no el estudio. Cambian frecuentemente de trabajo. Muchos se enfrentan con su padre o se independizan».

Habitados a la austeridad de la vida en el interior, los muchachos quedaban fascinados en cuanto pisaban la capital. El informe ya mencionado trazaba un retrato preciso de la ciudad: «La vida —decía— es de tipo colonial. Los del interior la tienen como centro de desahogo y

esparcimiento. Muchos bares de todos los tipos, un cabaret, abundantes casas de prostitución, dos casinos, un cine, ningún periódico y escasísimos, por no decir ninguno, actos culturales».

El comercio y la prostitución eran negocios florecientes.

Respecto al primero, los precios estaban gravados por los fletes a Canarias, que era el principal mercado de abastecimiento del territorio. Pero también se beneficiaban del régimen de exención fiscal de las islas y del imperante en el Sáhara respecto a los artículos de importación extranjera. Gran parte de los sueldos dobles de funcionarios y militares y de los giros que recibían los soldados de sus familias se esfumaban en vehículos de marcas europeas (Mercedes, sobre todo), relojes, magnetofones, tomavistas y cámaras de fotos. Esta situación acabó convirtiendo a El Aaiún en una plataforma de contrabando entre Canarias y los países vecinos.

En cuanto a la prostitución, era ejercida en numerosos tugurios repartidos por la parte baja de la ciudad. La mayoría de las mujeres frisaban la cincuentena y su sonrisa mostraba los efectos de las enfermedades habituales en su trabajo. Habían sido desahuciadas profesionalmente en Canarias y llegaban al desierto —muchas de ellas en expediciones secretas organizadas expresamente por los mandos militares— a librar su última batalla. A pesar de su aspecto, no daban abasto. Sólo 7.424 de los 20.126 habitantes europeos del territorio eran mujeres. A los 12.702 varones restantes había que sumar decenas de miles de soldados de reemplazo. Todos los integrantes de esta tropa eran clientes potenciales de las visitadoras.

Cuando los saharauis intentaban disfrutar de todas aquellas atracciones se encontraban con que El Aaiún los rechazaba. El propio informe de 1974 acusaba esa situación: «Existe un apartamiento casi total del nativo, al que poco aprecio se le tiene, y un verdadero racismo, sobre todo por parte de los peninsulares. El canario está mucho más integrado con ellos. El español acude a sus círculos, a sus casinos, a sus bares, y con el nativo mantiene una posición de apartamiento. En los jóvenes se refleja con respecto al nativo la misma actitud que mantienen sus padres».

Aquella era una sociedad construida por y para militares que, según el informe, habían llegado hasta allí atraídos por los generosos sueldos: «El

principal [móvil] —decía— es el incentivo económico. El acostumbrarse a recibirlo hace que aumenten las necesidades y los gastos, atándose al territorio más tiempo del previsto. Otros acuden a él refugiándose de problemas íntimos. Son escasísimos los que acuden impulsados por motivos idealistas».

El censo de 1974 afirma que la provincia número 53 estaba habitada por 74.902 nativos musulmanes, 20.126 europeos y una cantidad indeterminada, que puede cifrarse en varios miles, de soldados de reemplazo. Una rígida jerarquía, reflejo de la castrense, mantenía a estos tres grupos en departamentos estancos.

El gobernador general era la encarnación de Franco en la provincia. Esta suerte de virrey era un general de brigada o división nombrado por la Presidencia del gobierno y el Ministerio del Ejército. Vivía en la que sin duda era la mejor mansión del territorio, situada en el corazón de El Aaiún, justo frente al Gobierno General. La casa fue heredada por los gobernadores marroquíes que le sucedieron, convirtiéndola en su residencia oficial. Desde ella, el gobernador marcaba el ritmo de la vida en el desierto. Contaba con la ayuda de un secretario general, designado por Presidencia del gobierno, cuya morada estaba significativamente situada, pared con pared, a la espalda de su chalé. Sólo los asuntos judiciales escapaban a su poder y quedaban en manos de la Capitanía General de Canarias.

Una red de delegados gubernativos, alcaldes y coroneles de regimiento se encargaban de hacer cumplir sus órdenes. En el escalafón social se hallaban exactamente un peldaño por debajo del gobernador. Sus amplias casas, de una sola planta, con estancias de techos abombados para aliviar el calor y agradables porches, se alineaban a lo largo de la calle principal. Algunos jefes militares habitaban en la barriada de Colominas, en la parte alta de la ciudad, en viviendas especialmente diseñadas de acuerdo a su rango: eran las más grandes y las únicas que tenían puerta de entrada para el servicio. Aquella puerta era como un galón. Junto a ellas estaban las de los oficiales, todas ellas iguales y un poco más pequeñas que las anteriores. Sus habitaciones se distribuían en torno a un patio central que la mayoría de los inquilinos había cubierto con el trabajo gratuito de cuadrillas de soldados.

El rango de esta aristocracia colonial abarcaba a todos los habitantes de la casa, que asumían como propias las estrellas que llevaba prendidas del pecho el cabeza de familia. Sus componentes alternaban en el casino de oficiales, situado en la calle principal. En una población carente de refugios para el ocio, este lugar era un muro de contención entre las clases sociales. Estaba prohibida la entrada a los familiares de los suboficiales, de los comerciantes y, por supuesto, de los saharauis. Desde la calle, los transeúntes podían oír la música de los guateques que los vástagos de la oficialidad organizaban cada sábado.

Numerosos suboficiales vivían con sus familias también en Colominas. Sus casas, construidas de acuerdo a su grado, parecían cajas de zapatos divididas en una gran cocina, tres dormitorios, un cuarto de baño y un patio con pilón. Otros alquilaban viviendas en las callejuelas de la parte baja de la ciudad, justo sobre la Saguia El Hamra, el cauce que atraviesa 600 kilómetros del norte del Sáhara como una cicatriz prehistórica, recoge en charcos malolientes las aguas fecales de El Aaiún y se estrella estéril contra una barrera de dunas frente al Atlántico.

La mayoría de estos alojamientos serían considerados barracas en la España de hoy: suelos de cemento, paredes de adobe y condiciones insalubres. Muchos eran propiedad de saharauis que, conocedores de la necesidad de sus inquilinos, las arrendaban a precio de oro. Sus habitantes solían ser comerciantes canarios. La vecindad entre las familias de los suboficiales y las de los canarios acabó creando un vínculo de clase entre ellas. No era infrecuente ver a unos y otros compartir unas cervezas en el casino de suboficiales, un edificio mucho más humilde que su hermano mayor.

Cada día, a la puesta del sol, un piquete de soldados con banda de cornetas y tambores recorría la calle principal hasta llegar al Cuartel General, donde se celebraba la ceremonia de bajada de bandera. Esa música, así como los toques de diana, a las 7 horas, y de retreta, a las 22, repetidos en los numerosos cuarteles que rodeaban la ciudad, marcaban la vida de la comunidad con mayor intensidad que las llamadas a la oración que los muecines gritaban desde los minaretes de las mezquitas, pues éstas eran escasas y se hallaban en el extrarradio. A última hora de la tarde las

calles se llenaban de soldados que mataban sus horas de paseo entre las tiendas del zoco y los numerosos bares de putas.



Vista aérea de El Aaiún a principios de los años setenta. Los techos en forma de media esfera alivian el calor en las casas.

Aquella sociedad era un dique contra el que se estrellaban los deseos de los jóvenes saharauis. El fracaso de la política de integración fue escandaloso. Basten tres ejemplos.

En la enseñanza: en 1972, en los institutos de El Aaiún y Villacisneros había 883 alumnos europeos frente a 141 saharauis. Según el censo de 1974, de los 61.202 nativos mayores de cinco años nada más que el 11,6 por ciento sabían escribir el árabe y el español.

En la sanidad: en 1972 sólo había 22 médicos para asistir a toda la población del territorio. El 95 por ciento de sus pacientes eran europeos.

En el trabajo: los padres intentaban que sus hijos abandonaran los estudios y empezaran a ganar dinero, y éstos sólo hallaban trabajo como braceros bilingües en gasolineras y comercios, donde eran explotados. Las

empresas oficiales (Fos Bucrá, Cubiertas y Tejados) les pagaban menos de la mitad de sueldo que a sus compañeros españoles.

«Su decepción —admitía el informe de 1974— llega al ver que no reciben el apoyo que esperan, que se les cierran las puertas y se les segrega en lugar de atraerlos. Con el tiempo —añadía—, estos jóvenes ven defraudadas sus ilusiones, se dan cuenta de que no son españoles ni tampoco verdaderos musulmanes, y caen en un estado de frustración propicio a la introducción de cualquier ideología [...]. Si esta juventud, que actúa como levadura de los jóvenes del interior, no es controlada mediante un acercamiento y un estudio más concienzudo de sus problemas, dentro de poco la represión por la fuerza se hará necesaria, con todas las consecuencias que en los organismos internacionales puede acarrear para España».

Lejos de admitir esta realidad, las autoridades intentaron apuntalar la vieja estructura tribal. Dos antiguos y leales *chiuj*, el procurador en Cortes Seila y el alcalde de Villacisneros Suilem, fueron incorporados al Consejo de Administración de Fos Bucrá. En 1970 se creó el DNI bilingüe, que intentaba reforzar la idea de pertenencia a España de los saharauis. Los hijos de algunos notables fueron becados para que estudiaran en Canarias y en la Península...

Fue como intentar detener un río con presas de arena.

Batallón de castigo

Si el Sáhara colonial constituyó para los jóvenes saharauis un agravio, para muchos jóvenes españoles fue un penal.

La historiografía militar ha ocultado sistemáticamente uno de los rasgos básicos del Sáhara: su carácter de presidio. En 1897 fueron enviados allí los

anarquistas de Barcelona. En 1932, los implicados en la Sanjurjada. Y en 1936, los izquierdistas de Canarias. Pero no terminó ahí la lista...

El Comité de Enlace, centro de espionaje creado en Madrid por el ministro de Información Manuel Fraga, archivó el 30 de septiembre de 1968 el siguiente documento: «Ha comenzado a ser conocida en los medios políticos de Madrid la denuncia formulada por un grupo de ex militares en África sobre las brutales condiciones a que se hallan sometidos en el Sáhara los jóvenes soldados, estudiantes y obreros enviados a batallones disciplinarios. El más terrible de éstos es el conocido con el nombre de Batallón de Cabrerizas. Se da la circunstancia de que al mismo han sido enviados algunos de los estudiantes que destacaron en Barcelona por su labor en el sindicato democrático, así como otros obreros y estudiantes castigados por la Capitanía General de Canarias». El informe, cuya procedencia no aparece reseñada, aporta algunos nombres: «José Elizalde Pérez, estudiante de Derecho en Valencia; Alexis Pablo García Bravo, estudiante canario de Económicas; Antonio José Díaz, estudiante de Barcelona; Juan Ruiz Molina, obrero de Málaga, y Cebrero Molina». En el batallón de Cabrerizas, según el documento, existían dos compañías, una de las cuales («la segunda») se hallaba desplazada en el interior del desierto y estaba vigilada por legionarios, «algunos de ellos alemanes hitlerianos».

«Las condiciones de existencia en el pelotón de castigo son infernales —prosigue el texto—. Los detalles conocidos recuerdan escenas del filme británico *La Colina*. El pelotón está al mando de un nazi que ostenta en el uniforme la Cruz de Hierro hitleriana. Se les obliga a trabajar a paso ligero durante trece horas diarias y a comer en contados minutos y al trote. Se les prohíbe hablar, fumar y recibir correspondencia. Se duerme en el suelo, sin colchoneta. Las palizas son frecuentes. Se obliga a los muchachos a marchar con sacos terreros sujetos a la espalda con alambres. En los hornos de cal, en pleno desierto, se suceden los casos de deshidratación absoluta, graves quemaduras, ceguera y desequilibrio mental».

Aunque los batallones de castigo no figuraban en las ordenanzas militares, eran una costumbre del ejército de África por la que el general Franco sentía mucho aprecio. De ellos había extraído, junto con Millán Astray, el embrión de la Legión. El de Cabrerizas se creó el 13 de diciembre

de 1956 con los hombres que purgaban penas en las brutales compañías disciplinarias de Melilla.

Aquella tropa, en la que se mezclaban soldados de reemplazo con 183 ladrones, asesinos, represaliados políticos y testigos de Jehová que se negaban a vestir el uniforme, fue embarcada en los cruceros *Miguel de Cervantes* y *Almirante Cervera*. Pusieron proa hacia Villacisneros a las siete de la tarde del 11 de noviembre de 1957 para doblegar las bandas armadas marroquíes del nacionalista Ben Hamu. El batallón de Cabrerizas formaba parte de la operación hispano-francesa Huracán/*Ecouvillon*.

Cuando terminó el conflicto, los soldados del batallón fueron destinados a cargar y descargar materiales en la playa de El Aaiún y a fortificar la ciudad. Pero un acontecimiento que se recuerda como «El incidente del 62» hizo que los mandos decidieran apartarlos de la capital.

Ocurrió en el casino de oficiales. El lugar no era todavía el edificio bien plantado que, ahora con el nombre de Casa de España, pueden ver los escasos visitantes nostálgicos que recibe El Aaiún. En su solar había un pabellón con seis habitaciones, una cocina y, bajo un cañizo, las mesas del comedor. El conjunto estaba rodeado por una valla de tablas. La noche del suceso tres o cuatro parejas bailaban en la pista de arena mientras un grupo de personas —en su mayoría varones— mataban el tiempo bebiendo whisky escocés, que gracias al régimen fiscal del territorio costaba lo mismo que una caña en la Península.

Entre las 22 y las 23 horas, un hombre trepó hasta el tejado del edificio de la compañía Iberia, que entonces se hallaba en construcción. Llevaba un mosquetón y dos cargadores de cinco balas. Desde su atalaya podía ver, a 50 metros, el patio del casino iluminado por las bombillas de la fiesta.

En la pista bailaban el teniente director de la banda de música y su esposa, embarazada de siete meses. Sentados a una mesa apartada, los padres de la mujer, que habían llegado a la ciudad hacía unos días, observaban las evoluciones de la pareja.

El primer disparo derribó a ambos bailarines. El proyectil, cinco centímetros de plomo recubiertos de cobre, atravesó limpiamente las dos cabezas unidas.

Los presentes no habían tenido tiempo de reaccionar cuando sonó el segundo estampido, y poco después un tercero. El coronel Galindo, jefe del Tercio, se lanzó a la calle gritando: «¡Toque generala!». Todos pensaron que aquello era un ataque de las bandas del Ejército de Liberación que sólo cuatro años antes habían asolado el territorio. «¡Toque generala!», bramaba Galindo.

El caos duró apenas cinco minutos. Los militares ya habían localizado la procedencia del fuego cuando éste cesó repentinamente. Empuñando sus pistolas llegaron hasta el tejado de Iberia. En el suelo, muerto, estaba el corneta al que con tanta desesperación llamaba el coronel minutos antes. El legionario había sido enviado hacía unos meses al batallón de castigo de Cabrerizas. Aquella noche no se había presentado al toque de retreta. Tras abrir fuego contra sus superiores, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.^[17]

«El incidente del 62» decidió a los jefes militares a buscar una solución a los frecuentes estallidos de demencia que mostraban los soldados represaliados. Dieron orden de dividir el batallón en dos grupos: uno de ellos fue destinado a la Cabeza de Playa, a 25 kilómetros de El Aaiún; el otro, a la ciudad de Smara, en el interior del desierto.

Todos fueron destinados a trabajar en la construcción de pistas para enlazar los puestos del territorio. Durante 12 horas al día, manejaban el pico y la pala mientras soportaban temperaturas de 50 °C. Pero aquel infierno no era nada comparado con el que sufrían algunos de sus compañeros en los hornos de cal de Smara. Los castigados debían introducir en ellos carbón, sobre el que depositaban las piedras de cal. El fuego abría las piedras y las convertía en cal viva.

De vez en cuando, alguno de aquellos individuos enloquecía o se rebelaba. Entonces le ataban un saco terrero a la espalda. Lo hacían con cinchas de lona o con alambre de espino, según la gravedad de la falta y el humor del mando, que solía ser malo. El desgraciado tenía que vivir con esos 50 kilos auestas durante los tres meses que solía durar el castigo. Lo mandaban a la cama a la medianoche y lo levantaban a las 5. Comía a paso de marcha, con la escudilla en una mano y el cubierto en la otra. Recogía la basura y la cargaba en un camión al que luego debía seguir al trote durante

tres o cuatro kilómetros, hasta el vertedero, donde debía vaciarlo y volver corriendo tras el vehículo hasta el cuartel. Se duchaba también corriendo: completamente uniformado se enjabonaba mientras pasaba bajo los chorros de agua. En todo el tiempo que duraba el castigo jamás se cambiaba de ropa, dormía en el suelo, no podía fumar y tenía prohibido hablar con nadie. Estaba bajo vigilancia permanente y atado a su saco.

Al cabo de tres meses, el soldado parecía un fantasma. Con unos alicates, le cortaban los alambres que sujetaban el saco. Las profundas llagas de las ataduras, las laceraciones de los roces, el estado al que había quedado reducido el castigado no conmovían a los mandos. Era el momento de la paliza: «Para que no olvides todo lo que has pasado», le decían mientras le golpeaban. Luego lo enviaban a la enfermería durante una semana.

Los casos de locura no cesaron. Incluso crecieron entre los reclutas de reemplazo que habían tenido la desgracia de ser enviados a hacer el servicio militar a mil kilómetros de sus hogares. Pero los jóvenes no mataron a más oficiales. Aquellos que decidían licenciarse por la vía rápida volvían las armas contra sí mismos por la noche, en la intimidad de las garitas. Sus familiares recibían, como era preceptivo, una nota oficial en la que el ejército les comunicaba que sus hijos habían muerto accidentalmente mientras manipulaban un arma.

Naturalmente, ninguno de estos hechos aparece reseñado en el historial del regimiento, que está archivado en el Instituto de Historia y Cultura Militar, en Madrid.^[18]

Tampoco figuran casos similares en los historiales de la Legión, cuerpo en el que se aplicaban idénticos castigos. En el Tercio III, con base en El Aaiún, y en el IV, con base en Villacisneros, había sendos pelotones de este tipo. Cuando llegaban los nuevos reclutas, sus jefes les hacían leer la inscripción que figuraba en la pared principal del patio: «Entrarás siendo un delincuente...». No habían tenido tiempo de ver más cuando les caía el primer golpe mientras les ordenaban repetir la leyenda completa. El ritual era conocido como El Bautizo. Varios legionarios de Villacisneros intentaron huir de este infierno cruzando a nado la bahía que separaba el

cuartel del otro lado de la península. Quedaron horriblemente mutilados por los tiburones que habitan aquellas aguas.

El teniente general Gerardo Mariñas Romero fue coronel jefe de este Tercio durante los últimos años de la colonización. A su vuelta a la Península, donde fue nombrado capitán general de la VIII región militar, con sede en A Coruña, escribió dos libros que tuvieron notable éxito entre sus compañeros de armas: *Recuerdos del Sáhara* y *El Sáhara y la Legión*. Ambos son muy líricos y, por supuesto, nada mencionan acerca de todos estos sucesos.

El batallón de Cabrerizas fue liquidado en mayo de 1976. Hacía seis meses que Franco había muerto, tres que la bandera española había sido arriada en el Sáhara y seis años que un hombre llamado Basiri había encendido el movimiento nacionalista.

SE BUSCA A BASIRI

En 1970 estalló un movimiento nacionalista de carácter moderado y comenzaron los problemas. A pesar de sus mensajes conciliadores, las autoridades se negaron a pactar. Lo reprimieron a tiros, encarcelaron a sus dirigentes y su líder, Basiri, desapareció bajo la arena del desierto. De esta manera España perdió la oportunidad de tutelar un nuevo Estado en el Magreb.

La luna apuraba el cuarto menguante en el cielo de El Aaiún el 29 de julio de 1970. El reloj del comandante Asensi, ayudante del gobernador Pérez de Lema, recién nombrado delegado provincial de Seguridad, marcaba las 4.30 de la madrugada cuando se presentó con dos Land Rover con capota de lona en el portalón del cuartel de Artillería. A bordo de los vehículos iba una patrulla formada por legionarios del Tercio Juan de Austria, a las órdenes de un capitán y de un brigada adscritos al Cuartel General. Del calabozo, situado en la misma entrada del regimiento, junto a la garita del centinela, sacaron a un hombre bajo. La capucha de la chilaba ocultaba su rostro barbado. Llevaba una bolsa de plástico en una mano y no iba esposado.^[19]

Le hicieron subir a uno de los vehículos. La temperatura era dulce (18 grados centígrados) y El Aaiún estaba dormido y a oscuras. La comitiva cruzó el centro de la ciudad y enfiló la carretera de la playa. Pasó frente al aeropuerto y, a unos 10 kilómetros, torció a la derecha, hacia la cadena de dunas que corre paralela al Atlántico. Al pie de una de aquellas masas de arena, el prisionero fue obligado a descender del coche. Le ordenaron avanzar a la luz de los faros.

Ésa fue la última vez que alguien vio con vida al padre del nacionalismo saharauí. Tenía 28 años y se llamaba Bassir Mohamed uld Hach Brahim uld Lebser, aunque era conocido entre los suyos como Basiri.

Los rastros documentales de esta historia han desaparecido. Los 1,5 millones de cajones del Archivo General de la Administración (el tercero más grande del mundo), en Alcalá de Henares, tienen lagunas muy sospechosas: en ellos se guardan papeles oficiales que hacen mención a otros que simplemente no aparecen. Además, los más altos responsables del gobierno en el territorio han muerto: el general Pérez de Lema, el comandante Asensi, el capitán que mandaba la patrulla...

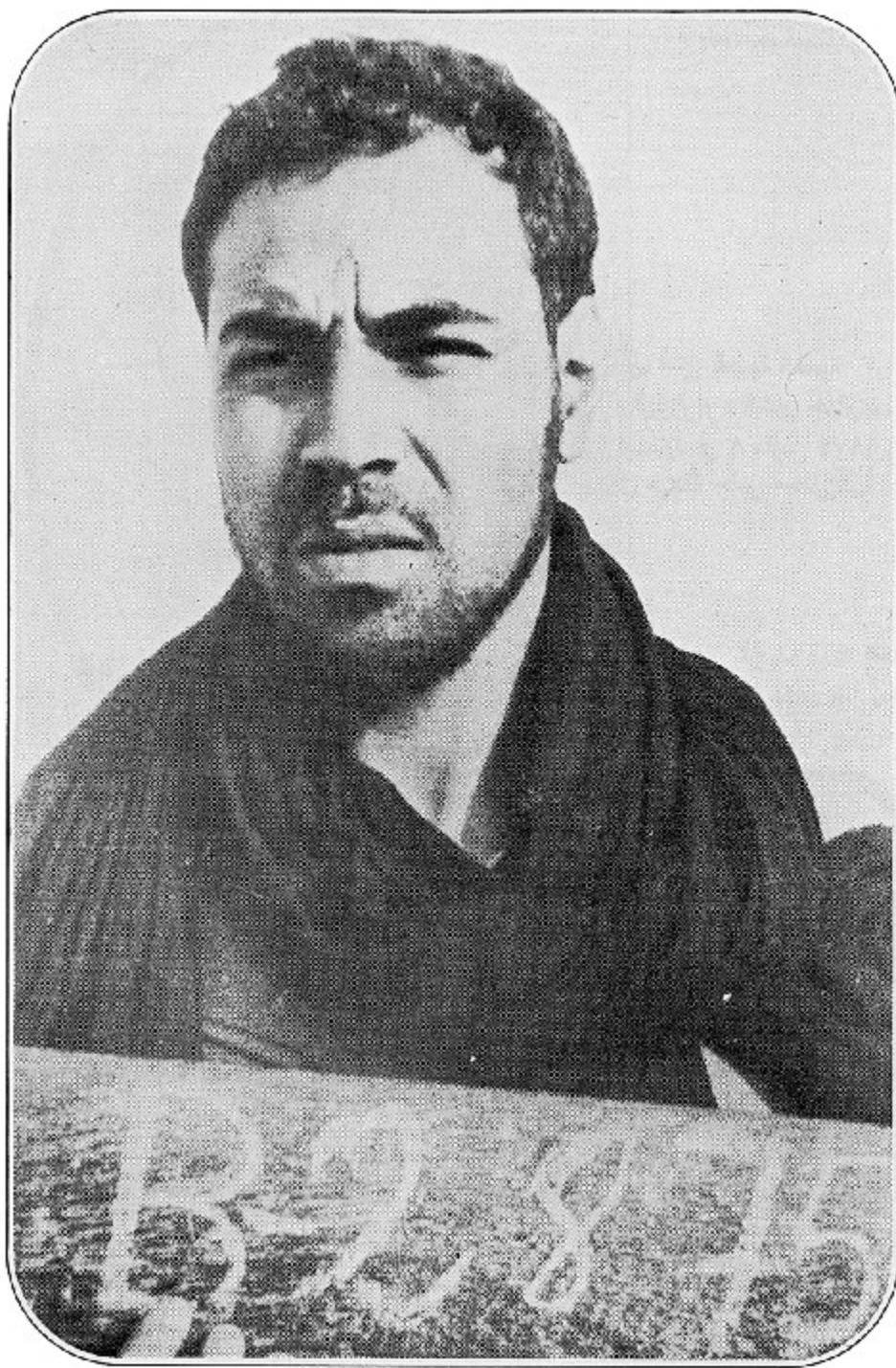
El paso de Basiri por este mundo sólo consta directamente en tres documentos del Gobierno General del Sáhara archivados en Alcalá de Henares. Los tres son falsos.

Existe, empero, una fotografía: en la imagen aparece un hombre moreno, de facciones regulares, que guiña los ojos para protegerse de la luz violenta del sol. Su pelo corto y su barba cuidada indican que la instantánea debió de ser tomada inmediatamente tras su detención, cuarenta días antes de su desaparición. En las manos sostiene un tablón de madera sobre el que, con torpe caligrafía, han garabateado su número de presidiario: B-2875.

De los tres documentos, el más revelador es el expediente personal del prisionero. Fue emitido por la subdelegación gubernativa de Daora (al noroeste del territorio) con el número 7492. En él sólo figuran su nombre, su tribu (Erguibat) y su fracción (Lemuadenim). Todas las demás casillas de la ficha están en blanco: subfracción, familia, datos personales, estado, bienes, profesión, residencia... Pero Basiri había sido detenido como organizador de la primera manifestación contra la presencia colonial española, en la que acababan de perder la vida una decena de personas. ¿Cómo explicar entonces que ni siquiera haya algo escrito bajo el epígrafe de «calificación política» en su ficha? A menos que cuando el expediente fue redactado Basiri ya estuviera muerto y enterrado, y que ese papel sustituyera a otro, el expediente auténtico, más comprometedor para las autoridades coloniales.

Las revelaciones de tres personas que conocieron el suceso por boca de testigos presenciales han sido claves para reconstruir su final. Todas ellas

han preservado el anonimato hablando a través de monseñor Félix Erviti, penúltimo prefecto apostólico para el Sáhara Occidental, y acogiéndose al secreto de confesión: entre los viejos soldados del ejército de África sus testimonios serían considerados una delación. Yo me he comprometido a respetar su código a cambio de la verdad. Pero si alguien busca una evidencia podrá hallarla bajo las dunas que bordean la carretera entre El Aaiún y la playa.



La última fotografía del líder nacionalista Basiri fue tomada por la policía española horas después de su detención. En las manos sostiene su número de prisionero: B-2875.

El nuevo «mahdi»

El hombre que sublevó a los saharauis y atemorizó a los militares españoles era el fundador de un partido cuya existencia, como la de cualquier organización política, era prohibida severamente por la legislación franquista. Basiri nació en Tantán en 1942, según confesó él mismo a sus interrogadores en el cuartel de la Policía Territorial de El Aaiún.^[20] Era el XXXI Año Triunfal y el águila de la bandera franquista ondeaba sobre la pequeña ciudad, a unos pocos kilómetros del *uad* Draá, el cauce que señalaba la frontera norte del Sáhara Español con Marruecos. El orgulloso imperio hispano no duró mucho: a finales de 1957 las bandas del Ejército de Liberación marroquí de Ben Hamu se lanzaron sobre él, y se resquebrajó con escasa resistencia. A cambio de la paz, España cedió al rey Mohamed V casi todo el territorio de Ifni y un buen mordisco en el norte del Sáhara: la provincia de Tarfaya, a la que pertenecía Tantán. Los saharauis no ganaron con el cambio. «Ante la brutalidad de la ocupación y la represión marroquíes iban pronto a echar de menos la administración y el ejército de Franco. Lo que era una excepción y una forma de intimidación con éstos, se convirtió con aquélla en práctica corriente de un método de gobierno, exacciones, pillaje y ejecuciones sumarias», confirma el historiador mauritano Ahmed Baba Miské.

Basiri siguió estos acontecimientos desde Marrakech y Casablanca, donde estudió el bachillerato. Poco más se sabe de su infancia y adolescencia. En las actas de sus interrogatorios figuran algunos datos concretos de la peripecia del prisionero: sus estudios de periodismo en El Cairo y Damasco, su regreso a Casablanca en 1966 con la cabeza llena de las emergentes ideas panarabistas del egipcio Nasser y las tesis socialistas del partido sirio Baaz, sus artículos en los periódicos *El Assae* y *Chomoa* bajo el seudónimo Basiri... En 1968, una frase deslizada en uno de sus textos hizo saltar la alarma en el Ministerio de Información marroquí: «Sáhara de los saharauis». El periódico fue multado y clausurado y Basiri huyó hacia Smara, en el Sáhara Español.

Smara es la ciudad santa del Sáhara. No había más que cañaverales en ese lugar, al este de El Aaiún, hasta que el *chej* Ma El Ainin levantó su

mezquita y su palacio en 1898. Este hombre, que se proclamó *mahdi* o imán reformador inspirado por Alá, es recordado por los saharauis como santo y milagrero. Durante muchos años se erigió en la máxima autoridad del desierto. Combatió ferozmente a los colonizadores franceses y tejió una red de conspiraciones que a punto estuvo de sentar a su dinastía en el trono de Rabat. Cuando murió, dejó en los saharauis una impaciente esperanza en la venida de un nuevo *mahdi*. En cierta manera, Basiri encarnó esa ilusión.

Su cálido recibimiento en Smara no puede entenderse sin conocer el complejo sistema tribal del desierto. Basiri era miembro de los Erguibat, la tribu más numerosa del Sáhara. El linaje de los Erguibat se remonta hasta comienzos del siglo XVI (909 de la hégira), cuando, según afirma la tradición, un descendiente de Mahoma llamado Sidahamed Erguibi llegó a ese territorio. Tres de sus hijos fundaron otras tantas fracciones tribales. La de Basiri, los Lemuadenim, desciende del primero de los vástagos de Erguibi, llamado Ali, y de uno de sus nietos, Muedem. Cada una de estas fracciones está dividida en múltiples subfracciones que a su vez se dividen en familias o *ahel*. El *ahel* de Basiri eran los Lebser, y desde hacía muchos años la mayor parte de sus miembros habían arraigado en Smara. Toda una elaboradísima tradición de hospitalidad acogió, pues, al fugitivo cuando se presentó allí en 1968.

Un primo hermano, Brahim Limam, le alojó en su casa. Al principio Basiri sobrevivió con la venta de amuletos religiosos. Pero rápidamente su formación y sus conocimientos del Corán le convirtieron en un hombre destacado: consolaba a los enfermos, aconsejaba sobre cuestiones sagradas... Sus vecinos comenzaron a mostrarle agradecimiento con pequeñas donaciones. Durante las conversaciones deslizaba con prudencia algunas ideas políticas independentistas adobadas con la ideología de los regímenes de Siria y Egipto. Aquellas semillas cayeron en tierra fértil.

En Smara, las relaciones entre los saharauis y los españoles eran cada vez más difíciles. Hacía un tiempo se había instalado allí el duro batallón de Cabrerizas. Desde la llegada de aquella tropa se multiplicaron los robos en la ciudad. Y sucedió algo más grave: varios de sus miembros intentaron violar a una saharauí. El odio al colonizador empezó a germinar.

Seis hombres conjurados

Entre las cinco y las seis de una tarde de diciembre de 1969, dos jóvenes escuchaban un programa en árabe de la BBC en una pequeña tienda. De repente, el locutor desveló la existencia de negociaciones entre España, Marruecos y Mauritania para repartir el Sáhara entre estos dos últimos países. Los muchachos corrieron a casa de Basiri para contarle lo que habían oído. Uno de ellos se llamaba Abdelhay uld Sid Emhamed, era ciego de nacimiento y hoy vive en los campamentos de refugiados de Tinduf; el otro, Brahim Gali, escribiente de Tropas Nómadas, llegaría a ser ministro de Defensa de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) y responsable directo de las más humillantes derrotas de Marruecos en el campo de batalla.

En la habitación de Basiri se reunieron seis jóvenes, en su mayoría reclutados por el ejército español. No podían imaginar aquel atardecer, mientras discutían indignados en torno a una tetera, el poder que contenía su ira:

—¡Van a repartir el Sáhara como si fuera un trozo de pan!

—Los españoles regalaron Tarfaya a los marroquíes. No es extraño que pretendan hacer ahora lo mismo con nuestro territorio.

—¡Debemos crear un partido político para reivindicar la independencia!

Sobre la reunión planeaba la marginación en la que España mantenía a los saharauis con la complicidad de *chiuj* corruptos: los militares nativos no pasaban de suboficiales, sólo una decena de estudiantes habían logrado becas para estudiar en la Península o en Canarias, los empleados de las empresas públicas cobraban menos de la mitad que los españoles, no existía un solo médico o abogado saharauí...

Un grupo de visitantes interrumpió la conversación. Era sabido que el ejército pagaba espías que lo mantenían informado de los menores acontecimientos en los cuatro confines del desierto (en el Archivo General de la Administración figuran muchas de sus confidencias). Basiri y sus amigos cambiaron de tema para no levantar sospechas. Tomaron té y jugaron a las cartas con los recién llegados hasta medianoche. Cuando se cerró la puerta tras el último de ellos, reanudaron la discusión. A las tres de

la madrugada no habían llegado a ninguna conclusión y se citaron para el día siguiente.

—Bueno, ¿queréis algo serio de verdad? —espetó Basiri a sus amigos—. Si no estáis dispuestos a morir o a enfrentaros a muchos problemas, a interrogatorios, a las cárceles, es mejor no intentarlo.^[21]

El 18 de diciembre de 1969 nacía el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara, antecedente inmediato del Frente Polisario.^[22]

Los seis fundadores se comprometieron a mantener en secreto el Movimiento y formalizaron su decisión ante el Corán: «Juro en nombre de Dios Supremo y Grandioso y en nombre de su Libro que no traicionaré a mi organización ni a mi patria». Allí mismo se repartieron las tareas del partido: Basiri fue elegido secretario general; Abdelhay uld Sid Emhamed, secretario general adjunto; Sidi Lebser, tesorero; Brahim Gali, secretario de afiliación; Salama Mami, encargado de asuntos militares, y Salem Lebser, encargado de asuntos civiles.^[23]

Decidieron ser cautos a la hora de reclutar neófitos: la Administración colonial tenía ojos y oídos en los lugares más insospechados. Empezaron a extender su idea más allá de Smara, pero sólo entre gente de plena confianza. Tal vez esa prudencia explique la abrumadora mayoría de miembros de la tribu Erguibat entre los primeros hombres de la organización. Su discurso, sutilmente salpicado de alusiones religiosas, era fácilmente asimilable y se basaba en verdades evidentes: los saharauis eran parias en su propia tierra, España permanecía en silencio ante las reivindicaciones de Marruecos y Mauritania y no les garantizaba protección hasta el momento de su autodeterminación.

El runrún independentista comenzó a recorrer el norte del desierto: Echdeiría, Hausa, Mahbes, Hagunía, Daora y El Aaiún. Los afiliados eran sobre todo trabajadores en la construcción de pistas y algunos miembros del cuerpo de Tropas Nómadas, como el propio Salama Mami, cabo y chófer del coronel del regimiento. Los afiliados más ricos entregaban a la organización 5.000 pesetas (30,05 euros) de entrada y 1.000 (6,01 euros) mensuales; los estudiantes, 500 de entrada (3,01 euros) y 200 al mes (1,20 euros).^[24]

A medida que el partido crecía, aumentaba el riesgo de que fuera descubierto. Ese peligro se disparó cuando Basiri decidió redactar un documento que tituló: «Carta abierta del pueblo saharauí al Gobernador General». En el texto, sin firma, recordaba a Pérez de Lema que los saharauis nunca habían sido dominados por otros pueblos, rechazaba cualquier intento anexionista por parte de los tres países vecinos (Marruecos, Mauritania y Argelia) y solicitaba al gobierno que «en su día y de común acuerdo se nos conceda regirnos por nosotros mismos, de una forma escalonada». El planteamiento no podía ser más moderado ni más respetuoso. Pero pecaba de ingenuidad: Pérez de Lema y el comandante Asensi no eran diplomáticos demócratas, sino militares franquistas dispuestos a hacer lo necesario para que en el desierto no se moviera un grano de arena. Si la carta era abierta, su respuesta fue cerrada: apretaron las tuercas a todos los confidentes para que localizaran a sus autores.

Entretanto, los conjurados establecieron su primer contacto internacional con el país que es hoy su protector: Argelia. Curiosamente, sus cartas de presentación viajaron a bordo de un vehículo del ejército español. Cada año, en el mes de mayo, se celebraba en el oasis argelino de Tinduf un *mugar* o feria a la que acudían gentes de Marruecos, Mauritania, Argelia y el Sáhara. Siempre asistía una representación oficial española. Brahim Gali trabajaba entonces como administrativo en la subdelegación gubernativa de Smara y mantenía excelentes relaciones con el subdelegado, el capitán valenciano José Luis Alonso Rodríguez. Con la disculpa de que nunca había salido del territorio, le pidió que le llevara con él. Las misivas iban en su zurrón. En ellas, los conspiradores exponían los fines de su movimiento y apuntaban la posibilidad de que algún día los acontecimientos pudieran forzarles a solicitar ayuda de sus vecinos del Este.

Sucedería antes de lo que pensaban.

Bajo sospecha

Cuando Brahim Gali volvió a Smara el movimiento ya había sido descubierto. Las autoridades no atisbaron su magnitud hasta el 4 de junio de 1970, según admite un informe confidencial del Gobierno General del Sáhara fechado el 23 de junio: «[Ese día] se tiene conocimiento en esta delegación [de la Región Norte], por confidencia del natural Bachir uld Buera, que el número de afiliados al partido es considerable». Bajo el epígrafe «Relación de los acontecimientos a partir del 4 de junio» se afirma: «Se envió el día 5 de junio al teniente Coto a las localidades de Smara, Hausa y Echdeiría a fin de que comprobara la veracidad de la información, resultando que, efectivamente, todo era cierto y que eran muy numerosos los miembros del partido, encontrándose entre ellos un elevado número de soldados de Tropas Nómadas, policías, intérpretes, conductores, auxiliares administrativos y profesores de Corán. Es decir, prácticamente todo el personal de confianza de los jefes de puesto».

Gali fue llamado al despacho del subdelegado. Durante más de una hora, el capitán Alonso intentó convencer a su subordinado de que renegara de sus ideas. De la persuasión pasó a la amenaza:

—Tú y tus amigos tenéis un destino oscuro. Puedes ser juzgado o, peor aún, alguien puede cortarte la cabeza.

Ante el obstinado silencio de Gali, intentó comprarle:

—¿Prefieres algún otro puesto? Podemos darte protección por si intentan algo contra ti.

Gali replicó entonces:

—Señor, temo que un día alguno de ustedes me diga lo que los romanos a los tres capitanes que mataron a Viriato: Roma no paga a traidores.

El capitán se levantó, rojo de ira, y señaló hacia la puerta:

—¡FUERA!

En el pasillo estiraban la oreja y contenían la risa varios saharauis dóciles a la administración colonial. Gali sospechó que entre ellos estaba el que le había denunciado. Se volvió hacia el capitán y habló con forzada calma:

—Usted puede decirme lo que quiera, pero no en ese tono. Me voy con toda mi dignidad. ¡Buenos días!^[25]

El poder de una casete

En ese momento el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara no era la preocupación fundamental de las autoridades. La presión internacional había puesto nerviosos a los políticos de Madrid: la ONU, Marruecos y Mauritania exigían a España, cada una por un interés distinto, que desalojara el territorio. Los testimonios sobre el origen marroquí del cabecilla de la conspiración, que había desaparecido de Smara y se hallaba oculto en la casa de un pariente en El Aaiún, indujeron a los militares a pensar, erróneamente, que el movimiento había sido creado por Marruecos y que su respaldo era débil. Decidieron enfrentar el problema con una sola maniobra y convocaron, para el 17 de junio, una manifestación de adhesión a España en la plaza de África, de El Aaiún. Invitaron a los notables y, para que levantara acta, a la prensa internacional. Tan ciega era su confianza en la sumisión de los saharauis.

Basiri entendió que la fecha de la manifestación marcaría su destino: los conspiradores tenían apenas un mes para hacerse fuertes y salir a la luz. Hasta ese día, las autoridades coloniales no se atreverían a iniciar una operación de acoso por miedo a enturbiar el ambiente. Después del 17 de junio comenzarían la cacería y el esfuerzo no habría servido para nada.

No se equivocaba. En ese momento, en las oficinas del Servicio de Información, situadas en el palacio del Gobierno General de El Aaiún, los oficiales tecleaban un informe urgente: «Medidas que puede adoptar el gobierno respecto al Partido». Como muestra de sus intenciones, baste un párrafo: «Una acción directa con carácter secreto o camuflada bajo otros

móviles consistiría en la detención de la cabeza visible como primera medida. Habría de ser detenido en secreto y trasladado a algún lugar fuera del territorio, manteniéndole incomunicado [...]. A continuación, se actuaría de forma similar, pero no tan drásticamente, contra los miembros más destacados que, a la vez, serán los más vulnerables. Consistiría la acción sobre éstos en destituciones si son *chiuj*, pérdida del negocio a los comerciantes, traslados y expulsiones a los militares, etcétera».^[26]

Basiri lanzó una ofensiva propagandística desde Mahbes (al noreste del territorio) hasta La Güera (al suroeste). De Smara salieron emisarios que captaron nuevos miembros que, a su vez, se convirtieron en mensajeros a la búsqueda de acólitos. Se pasaban unos a otros una cinta de casete, grabada en un viejo Aiwa por el propio Basiri, en la que éste les explicaba las razones y los objetivos de su movimiento. La consigna era acudir a El Aaiún el día 17 para manifestarse pacíficamente en un lugar apartado de la concentración oficial. La organización se multiplicó a una velocidad tan endiablada que la información de los espías se quedaba obsoleta antes de llegar a su destino. En tres semanas había alcanzado los 4.700 afiliados, según reconoció Basiri en el interrogatorio al que fue sometido el 29 de junio.

A pesar de este éxito, hasta el último momento Basiri no abandonó sus intentos de negociar con las autoridades españolas. En ausencia del general Pérez de Lema, envió una carta y solicitó audiencia al delegado gubernativo, López Huerta, para entregarle un memorándum con sus reivindicaciones: fin del sistema corrupto de los *chiuj*, disolución de la Asamblea General del Sáhara, inicio de una autonomía como primer paso hacia una futura independencia, preparación de personal saharauí para que en su día sustituyera al personal español, igualdad de oportunidades entre nativos y europeos, desarrollo económico del territorio... El martes 16 de junio, día anterior a la manifestación, se reunió con varios de sus seguidores en una casa del barrio del Cementerio, en El Aaiún: «El delegado me ha dicho que la carta que le enviamos no tiene ningún valor», les comunicó.

Esa misma tarde sus partidarios comenzaron a llegar a El Aaiún desde todos los lugares del territorio. Muchos se habían trasladado por su cuenta, pero otros habían sido ayudados con los fondos de la organización. Una

multitud fue concentrándose en la salida de la ciudad hacia Smara. Allí, en la explanada de Zemla, levantaron sus jaimas. Al caer la noche, el lugar parecía una feria. Había cientos de tiendas entre las que correteaban los niños; las mujeres cantaban, reunidas en círculos; los hombres asaban camellos recién sacrificados. A la vista de aquel ambiente de fiesta, nadie hubiera predicho la tragedia que se avecinaba.

Los militares habían decidido no poner impedimentos a los saharauis que intentaran acceder a Zemla. Esperaban identificar así a los revoltosos, sobre todo a los que pertenecían al ejército. Pero se llevaron un gran chasco: los hombres se embozaron con los turbantes y, además, la mayoría se colocaron gafas de sol. ¿Cómo reconocer a alguien entre miles de personas envueltas en amplias túnicas blancas o azules, con las cabezas cubiertas por turbantes negros y los ojos ocultos tras gafas de espejo?

El amanecer del día 17 alumbró un siniestro presagio. En las puertas de la Misión Católica, en pleno centro de la ciudad, apareció un cartel en el que alguien había dibujado la bandera española hecha jirones en el suelo y, clavada sobre ella, triunfante, la enseña cherifiana. Si en un primer momento el origen marroquí de Basiri había hecho sospechar a los mandos del Gobierno General sobre la paternidad del movimiento, aquel desafío reforzó las sospechas.

A las ocho de la mañana, cuatro horas antes de la concentración oficial, la multitud de Zemla comenzó a entonar cantos patrióticos y consignas a favor de la autodeterminación. Aunque durante los interrogatorios Basiri negó haber estado en la concentración y dijo que había permanecido todo el tiempo en casa de un amigo en El Aaiún, varios de sus correligionarios más cercanos niegan esa versión. A primera hora de la mañana, afirman, el líder nacionalista se presentó en Zemla, envuelto en una *derraá* azul, para entregar una nota manuscrita en árabe a sus compañeros. En ese folio ya vislumbraba los riesgos de su acción: «En nombre de Alá Clemente y Misericordioso. A nuestros queridos y respetados hermanos, nuestros saludos afectuosos y cálidos. Estamos bien. Las autoridades han rechazado recibir el memorándum y encontrarse con los miembros de la organización. Nosotros hemos decidido no participar en sus manifestaciones sino de la siguiente manera. Nos reuniremos aparte, en las jaimas, y quien quiera

hablar de parte de la Administración no tiene más que venir a vernos. Sabed que el asunto es peligroso, muy peligroso. Las cosas son muy complejas y la situación, explosiva. Todo irá bien, se arreglará pacíficamente. Os recomiendo perseverancia y firmeza. Perseverad, no reneguéis».^[27]

Basiri aún estaba en Zemla cuando los primeros enviados de la Policía Territorial, al mando del teniente Coto, se acercaron a los manifestantes con el cándido propósito de instarles a que se sumaran al acto oficial. Pero ya era tarde para cualquier componenda. El lenguaje se iba tornando más duro y las actitudes más agresivas. Vehículos cargados con saharauis embozados recorrían las calles de la ciudad lanzando gritos contra la presencia colonial. Una representación de los concentrados, en la que no se encontraba Basiri, se negó en redondo a las pretensiones de los emisarios y exigió la presencia de Pérez de Lema para exponerle directamente sus reivindicaciones. El general accedió.

Poco podía hacer el gobernador, aun en el dudoso caso de que ésa hubiera sido su voluntad, para satisfacer las demandas del movimiento. ¿Cómo iba él a cambiar las estructuras de poder del Sáhara, férreamente definidas por la presidencia del gobierno español que entonces desempeñaba Carrero Blanco? ¡Su mera conversación con los manifestantes ya conculcaba la legislación de partidos políticos!

Pérez de Lema acudió a Zemla. Su actitud respondió punto por punto a todas las pautas del comportamiento colonial: gesto respetuoso, promesas aplazadas y una petición inmediata y aparentemente razonable. El general, vestido de uniforme, escuchó con paciencia las demandas de los cabecillas y recogió su memorándum. Les prometió que en los próximos días tendría mucho gusto en recibirles y discutir sus peticiones. Y les pidió que, entretanto, se unieran a la manifestación oficial. Pero la táctica no le dio resultado: los nativos se negaron.

Pérez de Lema volvió a su automóvil fuertemente irritado. Antes de subir al coche para volver a la plaza de África, donde los *chiuj* y las autoridades le esperaban bien dispuestos para aplaudir su discurso de hermandad entre España y el pueblo saharauí, dio órdenes explícitas a sus hombres apostados en los alrededores de Zemla. Debían impedir a toda costa cualquier movimiento de los concentrados hacia el centro de la

ciudad. Por la tarde, cuando terminara el acto oficial, despejarían la explanada.

Aún hubo otro intento semioficial de llegar a un arreglo. Varios *chiuj*, indudablemente con el visto bueno del gobernador, instalaron sus jaimas frente a las de la organización e invitaron a los rebeldes a reunirse con ellos. Algunos acudieron, pero todo lo que pudieron obtener de los notables fueron invitaciones para que se fueran a sus casas. Irritados por lo que consideraron una nueva burla, acabaron increpándolos y apedreando el coche en el que huían acompañados de un sargento saharauí retirado y de un soldado.

Hacia las tres de la tarde, los dirigentes del movimiento hicieron ver a Basiri la conveniencia de que se retirara de Zemla. No tenía documentos de residencia en el Sáhara Español. Además, no debía olvidar su origen marroquí. Ambas cosas suponían un peligro excesivo para él mismo y para la organización. El líder nacionalista se ocultó en casa de su pariente Muisa uld Luchaá uld Lebser, en el barrio que se extiende detrás de lo que fue la piscina General Agulla, muy cerca del Parador de Turismo.^[28]

Fuego a discreción

A las cinco y cuarto de la tarde, Alberto Lubary, el teniente de la Policía Territorial que vigilaba la concentración desde un Land Rover en compañía de un sargento primero y ocho agentes, envió un mensaje alarmante al cuartel: la multitud crecía rápidamente, numerosos vehículos llegaban a Zemla desde el barrio musulmán de Casas de Piedra y los ánimos se encrespaban por momentos. El capitán de servicio formó rápidamente el retén del acuartelamiento: sesenta temblorosos soldados de reemplazo que no tenían la más ligera idea de cómo disolver una manifestación. Iban a

bordo de seis Land Rover: 48 de ellos armados con porras y 12 con mosquetones.^[29] Una docena de armas de fuego era lo que necesitaba aquel polvorín para estallar.

Los policías cortaron el tráfico entre Casas de Piedra y Zemla para intentar contener el crecimiento de aquella marea humana. Un cuarto de hora más tarde se presentó en el lugar el delegado gubernativo, López Huerta, que ordenó desplegar los vehículos a 500 metros de la concentración. Los asustados soldados, arrancados durante un año de sus estudios o de sus trabajos en la Península y Canarias, sudaban copiosamente bajo el uniforme de policías del desierto. Un sol de plomo les quemaba las espaldas y, frente a ellos, una masa embozada lanzaba gritos que, por incomprensibles, sonaban aún más amenazadores.

Tres de los manifestantes avanzaron hacia los militares.

—¿Qué pasa con nuestras peticiones?

—Nada, ha dicho Franco que no hay problema, pero tenéis que marcharos a casa —respondió López Huerta con resolución.

—Danos un papel oficial.

—¿Acaso no creéis en mi palabra? —fingió ofenderse el delegado.

—Queremos un papel oficial —insistieron los emisarios.

López Huerta mandó que los detuvieran.

Los miles de saharauis que seguían atentamente la escena estallaron en gritos de indignación. López Huerta ordenó avanzar a los soldados, que fueron recibidos con una lluvia de piedras. Entonces gritó que abrieran fuego. Tres saharauis cayeron al suelo, heridos de bala. El parte oficial de la policía, fechado el mismo día de los hechos, dice textualmente:

«A petición del Delegado Gubernativo se ordenó cargar contra la concentración y hacer fuego al aire para disolver la misma. Dado que no retrocedían y la lluvia de piedras y agresión con palos a las Fuerzas de Orden Público era copiosa, como igualmente varios disparos de arma corta, hubo que replegarse y volver a cargar sucesivamente, llegándose a una situación de contención, con una separación de 100 metros e inmovilización por ambas partes, recibiendo la orden del Delegado Gubernativo de que se informase al Mando y procediéndose a la evacuación de tres heridos nativos por arma de fuego, como igualmente de las Fuerzas de Orden Público por

pedradas, entre ellos el Delegado Gubernativo, Capitán Labajos y Agentes [sic] que a simple vista eran los más dañados».

Según la interpretación oficial, pues, los saharauis dispararon varias veces con pistola contra una apretada línea de soldados sin rozar a uno solo. Los soldados, por su parte, hicieron fuego al aire y cayeron heridos de bala tres saharauis. Pero esto no es todo.

A las siete y media apareció una compañía del Tercio Juan de Austria al mando del capitán Arcocha. El capitán de servicio de la Policía Territorial que firma el parte se lava las manos: «Interrogado éste [Arcocha] sobre su presencia en dicho lugar, me contestó que tenía órdenes de disolver la concentración, ordenando él el despliegue de sus fuerzas, rebasando nuestra línea de contención». Parece cierto que las órdenes de Arcocha procedían del mismísimo general Pérez de Lema, alarmado por el retrato de la situación que acababa de hacerle el magullado López Huerta.

«La compañía del Tercio —sigue el parte— continuó su avance lento, estando ya muy cerca se hizo fuego al aire, siendo agredidos con piedras y palos, al igual que la anterior Fuerza de Policía, en cuyo momento se vio que caían a tierra algunos nativos, dándose a la fuga todos los concentrados y siendo perseguidos por la Compañía del Tercio».

Los hechos se repiten: «Se hizo fuego al aire» y «cayeron varios nativos». ¿Qué podían esperar los saharauis en aquella época mágica en la que los estudiantes y obreros de la Península también tenían la facultad de *volar sobre los grises*?

La multitud, en la que había mujeres y niños, se desbandó aterrorizada. Los legionarios persiguieron a sus integrantes un buen trecho, bayoneta en ristre, y asaltaron el campamento. Entre las tiendas desmanteladas, la comida volcada, los miles de chancletas perdidas en la precipitada huida y los restos rotos de jarras, vasos y teteras, quedaron tirados los muertos y los heridos.



El general Pérez de Lema, gobernador del Sáhara, el 17 de junio de 1969. Mientras posaba junto a estos notables saharauis, una manifestación de miles de nativos era disuelta a tiros en las afueras de El Aaiún.

Mucho se ha especulado sobre el número de víctimas. El parte oficial dice que «se envió un coche a buscar ambulancias procediéndose a retirar en las mismas dos muertos y unos veinte heridos». En la versión que dieron a la prensa, las autoridades añadieron que los dos muertos eran negros y de filiación desconocida. Marruecos y Mauritania, dispuestos a pescar en río revuelto, elevaron la cifra a más de treinta. En su libro *Sáhara. La verdad de una traición* (1988), Diego Aguirre aventura que «hubo a lo sumo cuatro muertos y 21 heridos». Pero sólo tres años más tarde, en el titulado *Guerra*

en el Sáhara (1991), afirma: «Es probable que los muertos sobrepasaran la decena».

Varios dirigentes del partido acudieron a casa de Muisa uld Luchaá, donde seguía oculto Basiri. Le explicaron lo ocurrido y le advirtieron de que el ejército había tomado las calles y estaba deteniendo a mucha gente. Los que habían podido hacerse con un medio de transporte huían hacia el interior del desierto para ponerse a salvo en Marruecos, Argelia y Mauritania. A él le ofrecieron un coche.

—¡Vamos a Mauritania! —le pidieron.

Ante el estupor de los presentes, se negó.

—Nadie podrá decir que soy un aventurero que ha llevado a la gente a la muerte y luego ha desaparecido.

Los otros insistieron. Eran ya las diez de la noche largas y sabían que en cualquier momento podía presentarse la policía en la casa.

—No —repitió Basiri—. Ya huí una vez de Marruecos, donde me sentía extranjero. Pero de mi propia tierra no huiré.^[30]

Sus compañeros le abrazaron y le dejaron solo, junto a un transistor que retransmitía una y otra vez en diferido el discurso que el general Pérez de Lema había pronunciado por la mañana en la Plaza de África. A las tres de la madrugada, una patrulla de la Policía Territorial llamó a la puerta:

—Es mejor que te entregues.

Fue tan alto el número de detenidos que los calabozos de los cuarteles quedaron colapsados. Las autoridades tuvieron que despachar a la mayoría hacia las cárceles de Canarias y del sur del territorio: Candil (Villacisneros), Bir Nazarán, Auserd, Tizla, Bojador y Güelta. Basiri recibió sus primeras palizas en el mismo cuartel de la Policía Territorial de El Aaiún. Uno de sus correligionarios, Salem Lebser, le vio allí el día 18 con un costado tumefacto por los golpes. Luego le trasladaron a Habs Shargui, la cárcel de El Aaiún. Comenzaban a interrogarle a la una de la madrugada y terminaban con él hacia las cinco. Varios testigos vieron cómo en dos ocasiones, al menos, fue devuelto inconsciente a su celda.

Para ayudar al comandante Asensi y al capitán Alcalde en los interrogatorios fueron enviados desde Madrid dos oficiales de la Policía Armada.^[31] Cuando consideraron que Basiri había contado todo lo que

sabía, lo trasladaron a Sidi Buya, el cuartel de la Legión, en la otra orilla de la Saguia El Hamra, el río seco que parte en dos el norte del territorio. Parecía que su calvario había terminado: incluso le prestaron algún libro y le dejaron cambiarse de ropa. Unos días después lo llevaron al cuartel de Artillería. De allí saldría para su último viaje.

Pistas falsas

En el Archivo General de la Administración sólo hay tres documentos dedicados a Basiri y los tres son falsos. Del primero (su ficha personal) ya hemos hablado. Los otros dos tienen membrete del «Gobierno General de la Provincia del Sáhara» y, a la vista de los hechos, sólo pueden explicarse si forman parte de una campaña de confusión sobre el destino del reo. Uno, fechado en El Aaiún el 28 de julio y dirigido por el «delegado gubernativo accidental» al subdelegado de Daora, es una orden de detención contra Basiri, del que se afirma que ha sido ordenada su expulsión a Marruecos. El otro, atravesado por un gran sello de «muy urgente», lleva fecha de 15 de septiembre y fue enviado por el delegado provincial de Orden Público también al subdelegado de Daora. En él afirma haber recibido noticias de que Basiri, «que fue expulsado a Marruecos el día 29 de julio [...] se ha infiltrado en la provincia, a través de Argelia». Todo indica que para entonces el líder independentista llevaba ya mes y medio inmóvil bajo las dunas de la carretera de la playa. Hubiera sido un auténtico milagro que consiguieran detenerlo. Ante las insistentes preguntas sobre el destino del prisionero, las autoridades coloniales llegaron, un año después, a hacer correr el rumor de que había muerto en el intento de golpe de Estado contra Hassan II en Sjirat. Todavía en 1998, en respuesta a una reclamación formal de sus familiares, el Ministerio de Asuntos Exteriores negó, tras consultar a

Interior, que el Estado español tuviera algún indicio de la suerte que corrió el líder saharauí.

Hasta hoy historiadores de varias nacionalidades han polemizado sobre el destino de este hombre que en sólo unos meses logró provocar un incendio nacionalista desde el *uad* Draá hasta La Güera cuyas llamas siguen aún ardiendo en el desierto. El español Francisco Villar especuló con su asesinato, el francés Maurice Barbier dijo que fue expulsado del Sáhara Español, el mauritano Ahmed Baba Miské apostó por su muerte (aunque no se atrevió a precisar si los autores habían sido marroquíes o españoles), el francés Paul Balta endosó a un periodista español la versión de su fallecimiento durante los interrogatorios y el militar José Ramón Diego Aguirre se escabulló afirmando: «Probablemente ni siquiera llegó hasta la frontera».



GOBIERNO GENERAL
DE LA
PROVINCIA DE SAHARA

Delegación Gubernativa de la Región Norte

Am Ew

Fecha AAIUN, 28 de julio de 1.970
Su referencia
Nuestra referencia 7378-2a
Asunto Rdo. fotografías natural de-
tenido se cita.
Destinatario

jsg/.

Sr. Subdelegado Gubernativo de

DAORA

El Ilmo. Sr. Jefe Accta. de Información y Delegado Provincial de Orden Público en escrito de fecha 28 del actual, comunica a esta Delegación lo que sigue:

---"Por haber sido ordenada la expulsión del natural detenido BASIR MOHAMMED ULD HACH SIDI BRAHIM ULD SIDI EMBARC LEBSEB, de Erguibat, Lemuadenin, a Marruecos, adjunto remito a V.I. fotografías del interesado, para ser distribuidas entre las Oficinas de su Demarcación con la orden de detención del mismo, en caso de ser hallado en el interior del Territorio."-----

Lo que le traslado para su conocimiento y el mas exacto cumplimiento, adjuntándole a tal efecto, una fotografía del interesado.

Dios le guarde muchos años.

EL DELEGADO GUBERNATIVO ACCIDENTAL,



Roberto Antón



GOBIERNO GENERAL
DE LA
PROVINCIA DE SAHARA

Jefe Acctal. de Información
y
Delegado Provincial de Orden
Público

*Ref. 10/10/70
y archivar a
Exp. 11*
CONFIDENCIAL

Fecha: AAIUN, 15 septiembre 1.970
Su referencia
Hasta referencia
Asunto: Orden localización y detención
de un natural.
Destinatario: Sr. Subdelegado Gubernativo

DAORA

MUY URGENTE

Por haberse recibido noticias que indican que el natural marroquí BASIR MOHAMMED ULD HACH BRAHIM ULD LEBSEER, de Erguibat, Lemuadenin, que fué expulsado a Marruecos el día 29 de julio último por su participación en los incidentes del día 17 de junio anterior y estar implicado en la formación y dirección del Partido Clandestino Organización Avanzada para la Liberación del Sahara, en el sentido de que se ha infiltrado en la Provincia, a través de Argelia, proce - da a la realización de las gestiones oportunas para su localización y detención en la urgencia que el caso requiere, poniéndolo a mi disposición caso de ser habido.

Lo que le comunico para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a Vd. muchos años.

EL JEFE ACCTAL. DE INFORMACION
Y DELEGADO PROVINCIAL DE ORDEN
PUBLICO.-



Órdenes de detención de Bisiri que inducen a la confusión sobre su final.

DECLARACION DE BASSIR
MOHAMED U/HACH BRAHIM
ERGUIBAT, LEMUADENIN.

TIENE ESTUDIOS DE ARABE EN MARRAQUECH, RABAT Y CASABLANCA, ASI-
MISMO ESTUDIO EN EL CAIRO DURANTE DOS AÑOS. ALLI ESTUDIO BACHI-
LLERATO Y ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.

EDAD: 1.942 (28 años), NATURAL DE ZONA DE TAN-TAN, SOLTERO.
DURANTE LAS OPERACIONES DE 1.957 ESTABA EN MARRAQUECH ESTUDIANDO
LLEGO AL SAHARA EN 1.968, POR PRIMERA VEZ PARA VIVIR CON SU TRI-
BU, HABIENDO PERMANECIDO AQUI HASTA LA FECHA.

DURANTE EL TIEMPO DE DISTANCIA HA VIVIDO DE LOS REGALOS DE SU TRI-
BU Y DE LA VENTA DE ESCAPULARIOS.

HA ESTADO VIVIENDO EN SMARA CASI TODO EL TIEMPO DESDE 1.968.
EN AAIUN HA ESTADO DESDE HACE UNOS QUINCE DIAS, VIVIENDO EN LAS
CASAS DE PIEDRA, EN CASA DE MUSA U/LEMSER TRASLADANDOSE A UNA CA-
SA CERCA DE ATLAS CUANDO SE TRASLADO EL CITADO MUSA.

MANIFIESTA QUE NO PREPARO NADA DEL PARTIDO Y CONTINUA DICHIENDO
QUE FUE EL DIA 11.12.69, DEBIDO A QUE TENIA OIDO EL QUE SAHARA
SE IBA A DIVIDIR, ORGANIZO UN PARTIDO PARA ELIMINAR ESTA DESU-
NION.

EL PARTIDO ORIGINALMENTE SE LLAMADA "ORGANIZACION AVANZADA DEL
SAHARA" PRETENDIA QUE ANTES DE QUE FUESE POR LAS OFICINAS GUBER-
NATIVAS, PASARAN POR EL PARA ACONSEJARLES. Y UNA VEZ ORGANIZADO
EL FUNCIONAMIENTO DEL PARTIDO Y COMUNICADO A LA GENTE, ALREDEDOR
DE 25 PERSONAS, SE FILIARON EN EL. ENTRE ESTOS PRIMEROS AFILIADOS
FIGURAN:

- GALI U/SIDI MUSTAFA U/, ERGUIBAT, ULAD TALEB.
- ABDELHAY U/SIDI MOHAMED, ERGUIBAT, SUAD
- MULEY AHMED U/HABA, SARGENTO DE T. NOMADAS
- NASH, ERGUIBAT, SUAD, SOLDADO DE TROPAS NOMADAS
- SALEM U/SIDI BRAHIM, U/LEMSER, ERGUIBAT, LEMUADENIN- CIVIL.
- HAMUDI U/, ERGUIBAT, SUAD, SOLDADO DE A.T.N.
- HAMEDDI, ERGUIBAT, SUAD, SOLDADO A.T.N.
- SIDI U/LIASAMA U/LEMSER, HERMANO DE SALEM U/SIDI BRAHIM- CIVIL
- SUEILINA U/EL MAMI, CABO A.T.N., de ERGUIBAT, SUAD

LOS RESTANTES PRIMEROS FILIADOS, NO RECUERDA SU NOMBRE.

EN PRINCIPIO, AL NUEVO FILIADO LES DABA UNAS TEORICAS SOBRE LOS
PRINCIPIOS ESTABLECIDOS ANTERIORMENTE, UNA VEZ CONFORMES Y EL -
"NOVICIO" ACEPTABA LA INSTRUCCION, JURADA ANTE EL CORAN LA FIDELI-
DAD AL PARTIDO.

A MEDIDA QUE SE VA FILIANDO LA GENTE, SE LO COMUNICAN AL GALI U/

SIDI MUSTAFA, ERGUIBAT, ULAD TALLO, SOLDADO DE POLICIA, DESTINADO EN SUMRA, A TRAVES DE UNAS CARTAS Y ASI, VA CONFECCIONANDO LAS LISTAS DE LOS AFILIADOS AL PARTIDO, DICE QUE ACTUALMENTE HAY UNOS 4700 FILIADOS MANIFIESTA QUE UNA MALETA SUYA CON TODOS LOS PAPELES, ESTA EN PODER DE HATARI, AGENTE DE LA POLICIA, AUN CUANDO RECONOCE QUE DE DICHA MALETA HA SACADO MUCHOS PAPELES LOS CUALES IBAN DESTINADOS A HACER PETICIONES AL GOBERNADOR GENERAL, ASIMISMO HACE DIEZ DIAS LAS LISTAS DE AFILIADOS LAS TENIA HATARI MANIFIESTA QUE LE ENTREGO LAS LISTAS A UN PRIMO DE HATARI DEL CUAL DESCONOCE EL NOMBRE PERO SABE QUE ES DE FILALA Y ESTE SE LAS ENTREGO A HATARI. EN ESA LISTA HABIA UNOS TRESCIENTOS. HATARI ACTUABA COMO SECRETARIO PARTICULAR DEL DEPONENTE ACOMPAÑANDOLE A TODOS LOS SITIOS EN LAS LISTAS GENERALES CADA INDIVIDUO FILIADO VA ACOMPAÑADO DE UN NUMERO PARA IDENTIFICACION. DEL 1 AL 20 CORRESPONDEN A FILIACIONES DE SMARA DEL 20 AL 90 AAIUN, DEL 90 AL 110 SMARA, DEL 110 AL 300 AAIUN. LOS DEMAS NUMEROS YA NO FUERON ORDENADOS SEGUN UNA LEY O SUCESION, SINO QUE INDISTINTAMENTE SE HACIAN RELACIONES Y SE ASIGNABA NUMERO. EN CADA PUESTO Y LUGAR DE CONCENTRACION DE HOMBRERES EXISTE UN JEFE QUE ES EL QUE LLEVA LAS LISTAS PARTICULARES.

LOS DE LA PISTA DE IUCRAA Y LA PISTA DE HAGUNIA TIENEN COMO JEFE ASIMISMO COMO DAORA Y HAGUNIA, A SIDAHAMED U/RAHAL, DE IAGGUT, QUE TRABAJA EN OBRAS Y PISTAS COMO CAPATAZ.

Asimismo, en Aaiún, igualmente SIDAHAMED U/RAHAL es el que lleva la relación y Secretaría de los asuntos del Partido, el citado da cuenta al Deponente de todos los asuntos que hay, siendo BASIR, su superior jerárquico.

En Smara el encargado de hacer las filiaciones y escritos es el GALI, el cual tiene como superior jerárquico y Jefe a MULEY AHAMED, Sargento de A.T.N.

En Tifariti el secretario es el Interprete de la Oficina Gubernativa y el jefe es LANBAS U/SAID U/YUMANI, de Erguibat, Boibat. En Hausa el Jefe supremo y secretario a la vez, es el Interprete de la Oficina Gubernativa.

En Echdeiría el Secretario es ENDADI U/ ALI U/ ABDI, comerciante de Erguibat, Suad y el jefe es MORADI.

En Mahbes el secretario es un tal SAID de Erguibat, Suad, soldado de A.T.N. es posible que el mismo individuo sea a la vez el Jefe.

SIDAHAMED U/RAHAL, conoce quien tiene de delegado como jefe en DAORA, HAGUNIA y Pistas de ambos Puestos.

En Aaiún los elementos mas significativos son: (A continuación

Declaración de Basiri, obtenida durante los interrogatorios a que fue sometido en el cuartel de la Policía Territorial de El Aaiún.

El 23 de junio, seis días después de la tragedia de Zemla, el general Pérez de Lema remitió su versión de los hechos al director general de promoción del Sáhara, Eduardo Junco Mendoza, en Madrid. Decía en su carta que la idea inicial del partido no iba contra España, pero elementos pro marroquíes, argelinos y mauritanos, «dada su inteligencia y mayor preparación», se hicieron con su dirección y lo reorientaron. También advertía: «Se hace necesario que a los culpables se les castigue con todo rigor, actuar con mano dura y no permitirles que puedan tener ocasión de engañar una vez más al pueblo sano saharauí». Y concluía: «En cuanto a la población nativa, en su mayoría coincide en que los incidentes han venido para bien, creen que los culpables deben ser sancionados con la mayor severidad y que esta severidad se mantenga y rigurosidad para evitar [que] se puedan repetir actos como los del día 17».

La desaparición de Basiri quebró para siempre la confianza de los saharauis en España y arruinó la mejor ocasión de llegar a una descolonización pacífica del territorio. Ocho meses después del análisis del general Pérez de Lema la población nativa inició una conspiración que desembocaría, tres años más tarde, en la fundación del Frente Polisario.

16 HOMBRES Y 5 FUSILES ROTOS

Tres años después de los sucesos de Zemla, los supervivientes del movimiento nacionalista crearon el Frente Polisario, de carácter independentista y radical. Pronto se unieron a ellos jóvenes universitarios de la antigua provincia española de Villa Bens, entregada a Marruecos en 1958 y renombrada como Tarfaya. El grupo se dio a conocer con un ataque contra un puesto militar cercano a la frontera con Marruecos.

El sangriento final de la manifestación de Zemla, el 17 de junio de 1970, provocó la desbandada de gran parte de los jóvenes saharauis. Durante los últimos seis meses de aquel año, centenares de ellos se refugiaron en los países vecinos, sobre todo en Mauritania. Otros muchos fueron retenidos en prisiones repartidas por todo el territorio administrado por España. Pero los cargos contra los detenidos eran muy débiles. Además, varios eran parientes de algún *chej*, y la política colonial aconsejaba tener contentos a estos notables. La infraestructura militar tampoco permitía mantener a tanta gente en la cárcel. A principios de 1971 casi todos fueron puestos en libertad. Sólo cinco que formaban parte del ejército continuaron entre rejas dos años más en Canarias.

Las autoridades dificultaron la reintegración de los excarcelados a la vida civil: les negaron cualquier empleo y presionaron a su entorno para que les rechazara. Si un amigo les acompañaba, era inmediatamente amonestado. La represión llevada a cabo por el comandante Asensi logró aterrorizar a los saharauis. Cuando los nacionalistas acudían de visita a una casa, la incomodidad de los anfitriones era evidente. Los lazos ancestrales de amistad y hospitalidad entre los hombres del desierto se aflojaron.

Sólo durante un tiempo.

A finales de 1971 y principios de 1972 el nacionalismo, que los militares consideraban ya cadáver, empezó a rebullir. Esta agitación tuvo dos escenarios: el Sáhara Español y el sur de Marruecos, concretamente la provincia de Tarfaya, cedida por Franco a Mohamed V en 1958.

El servicio de información no tuvo gran dificultad para identificar a los protagonistas del resurgir nacionalista en el Sáhara. Se trataba de viejos amigos de Basiri: Brahim Gali, Abdelhay Sid Emhamed, Sidi Luchaá Sid Brahim, Luchaá Mohamed Lamin Meiled, Salama Mami, Lehbib Auba... Aquellos tipos embozados se deslizaban como fantasmas en las apacibles noches de El Aaiún y Smara. Según los espías del Gobierno General,^[32] se reconocían por medio de una contraseña, *orili tabaco* (no tengo tabaco).^[33] Para celebrar sus reuniones elegían lugares imposibles. En El Aaiún, por ejemplo, solían citarse en pleno centro, frente al cine Las Dunas, ante la Delegación Gubernativa o junto a la Delegación de Política Interior. Como si en el Madrid franquista Santiago Carrillo hubiera elegido conspirar en la Puerta del Sol, frente a la Dirección General de Seguridad. Otras veces se encontraban en coches o en casas frecuentadas por gentes con ganas de divertirse jugando al póker o bebiendo.

Algunas de estas citas no pasaron inadvertidas a las autoridades. Como ejemplo, dos informes secretos: «En la actualidad se están celebrando en Smara reuniones de nativos. A las mismas asisten elementos politizados, ya conocidos. Determinados informadores no dan gran importancia al carácter de las citadas reuniones, si bien añaden que las mismas, ante una circunstancia concreta, pueden subir de tono y derivar en acciones».^[34] «Días pasados llegó a Mahbes Hatri uld Mohamed uld Sidahamed, obrero de pistas, el cual recogió nombres de miembros del partido político en aquella localidad y números de carné de identidad, diciéndoles que ya recibirían instrucciones de Aaiún [sic]. Estuvo en contacto con soldados de la Agrupación de Tropas Nómadas, sin que se pudiera precisar con quienes»^[35].

Las primeras acciones de este grupo fueron bastante inocentes, pero sirvieron para revivir la llama independentista entre sus compatriotas y para sacar del sopor a los españoles. A principios de 1972 los conjurados lanzaron en varios lugares céntricos de El Aaiún rudimentarias octavillas:

estaban escritas en castellano (era complicado encontrar una máquina de escribir árabe) y calcadas con papel carbón. En ellas exponían, básicamente, las mismas reivindicaciones que habían provocado, dos años antes, la manifestación de Zemla: formación y mejoras sociales para los saharauis, autonomía como paso previo a la independencia y rechazo a las pretensiones anexionistas de los países vecinos.

Para entonces había nuevo gobernador en el Sáhara: Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil, que años después llegaría a vicepresidente del gobierno con Adolfo Suárez. En 1981 sería señalado por algunos medios de comunicación como el Elefante Blanco que esperaba el teniente coronel Tejero en el Congreso de los Diputados la noche del 23-F. A pesar de su presunto papel en el golpe de Estado, De Santiago era considerado en el Sáhara una persona más dialogante que su antecesor Pérez de Lema. En cualquier caso, las reglas básicas del juego que él debía vigilar seguían siendo las mismas. Ordenó que aquellas hojas desaparecieran de las calles «antes de tocar el suelo» y que los sospechosos fueran confinados en lugares del interior del desierto donde nadie les conociera.

Brahim Gali fue de los primeros detenidos. Le pararon en pleno día, en el mes de julio, cuando bajaba en su Seat 600 por la cuesta del Parador de Turismo. Cerraron el coche, le ordenaron subir a un Land Rover de la Policía Territorial y lo llevaron a Bir Nazarán, al este de Villacisneros. Durante tres meses lo mantuvieron en una tienda de campaña, fuera del edificio del cuartel pero dentro de la alambrada que rodeaba éste. Estaba prohibido acercarse a él. Su compañero Breh uld Hamdi uld Mulud fue confinado en Auserd, y Muisa uld Luchaá uld Lebser y Buchar uld Ahmed uld Haidar fueron enviados al puesto de Cabo Bojador.

La aparición de El Uali

Mientras Gali se impacientaba en su pequeña tienda de Bir Nazarán, en Tantán, la ciudad más importante de la provincia marroquí de Tarfaya, surgía una figura esencial para la historia saharauí. Se llamaba Chej El Uali Chej Ma El Ainin Mustafá Sayed, aunque sus amigos le conocían como Lulei. En sólo cuatro años su nombre sería pronunciado, con devoción o con odio, en los cuatro confines del Magreb.

Los saharauis establecidos en Tantán habían mantenido vivo el sentimiento nacionalista. Marruecos había contribuido a ello: los había convertido en ciudadanos de segunda, los había sometido a presión policiaca y los había aislado por hablar *hasanía* y rechazar la *dariya*, el dialecto marroquí. Por si no eran ya fácilmente reconocibles por su vestimenta (el turbante y la *derraá*) y por su lengua, sus documentos de identidad llevaban una clave que los señalaba ante cualquier funcionario, que no solía dejar pasar la ocasión de humillarlos.

Las noticias sobre la masacre de Zemla (1970), exageradas por los medios de comunicación marroquíes, les habían alarmado. Quien más quien menos tenía familiares en el territorio administrado por España. Los relatos de los fugitivos que llegaron a la zona huyendo de la represión española revelaban el rostro perverso del colonialismo. La indignación y el rechazo desembocarían, en dos años, en un estallido nacionalista.

Entre el 25 y el 27 de mayo de 1972, decenas de estudiantes se lanzaron a las calles con pancartas para reclamar la liberación del Sáhara. La policía marroquí detuvo a cerca de medio centenar y, durante más de una semana, exhibió su repertorio de tormentos. Entre las primeras víctimas estaba El Uali, un joven alto y delgado que estudiaba Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Rabat. Le aplicaron la tortura conocida como *El pollo asado*: le colgaron por los pies y por las manos de un palo apoyado sobre dos bidones y le golpearon el cuerpo con sogas mojadas.

El Uali había nacido en un impreciso lugar del desierto mauritano, al este del Sáhara Español. Su padre, Mustafa, su madre, Breiku, y sus seis hermanos eran nómadas de la tribu Erguibat. La vida de la familia consistía en perseguir con su exiguo ganado cualquier nube que prometiera descargar unas gotas de agua. Esta actividad, practicada por la mayoría de los saharauis, les ha dado el nombre de «hijos de las nubes». Una sequía

especialmente dura los arrojó como náufragos a los arrabales de Tantán. Los padres afrontaron aquel suceso como una desgracia y los hijos mayores tuvieron que emplearse en la construcción por un salario de miseria. Pero para los más pequeños de la familia fue una oportunidad. En la ciudad, El Uali y su hermano pequeño, Bachir, pudieron estudiar.

El Uali, que había sido pastor de cabras en los *frig* o campamentos del desierto, se convirtió en estudiante de las escuelas Mohamed V de Tantán, en universitario becado en Rabat, en viajero curioso en Amsterdam y París, en vendedor de tabaco rubio americano de contrabando, en líder estudiantil en la facultad de Derecho, en intrigante en Trípoli... Y, de vuelta a su tierra, en víctima de las torturas de la policía marroquí. De aquella cárcel sin letrinas de Tantán salió con el cuerpo maltrecho y una férrea convicción: Marruecos jamás apoyaría un Sáhara libre. Fue entonces cuando decidió fundar su propia organización política.

Se dirigió a Rabat y, en agosto, participó en el Congreso de la Unión Nacional de Estudiantes Marroquíes. Creó las primeras células de lo que llamó Movimiento Embrionario para la Liberación de Saguia El Hamra y Río de Oro, pero la organización languideció rápidamente. Las autoridades argelinas se mostraron escépticas cuando acudió a pedirles apoyo y sus compañeros comenzaron a alejarse del proyecto. Unos meses después, el movimiento sólo contaba con cinco universitarios; dos de ellos se retractarían al poco tiempo.

Por esas fechas llegó a Tantán un emisario de la organización nacionalista de Brahim Gali, que permanecía en el Sáhara Español. Traía una invitación para los estudiantes saharauis de la ciudad: puesto que parecían compartir su objetivo, les invitaban a unirse a su lucha. Durante el resto de ese año numerosos enviados llevaron mensajes a un lado y a otro de la frontera trazada por el colonialismo sobre el paralelo 27° 40'. En enero de 1973, los dos grupos de saharauis se citaron en Zuerat, al norte de Mauritania. Unos padecían la dominación española; otros habían probado la tiranía marroquí. Todos soñaban con un Sáhara independiente.

Encuentro en Mauritania

Amparados en la noche, solos o en parejas, a bordo de Land Rover y por rutas poco transitadas, salieron de El Aaiún los seis miembros del grupo de Gali: Ahmed Caid Salem, Muisa Luchaá Lebser, Bachir Abdalá, Mohamed Salem, Mohamed Saadbu y el propio Gali. Otros dos (Luchaá Mohamed Lamin Meiled y Emhamed Eeyu) les esperaban desde hacía meses en Zuerat.

La comunidad saharahui del norte de Mauritania estaba formada en gran parte por antiguos miembros del Ejército de Liberación del Sáhara (ELS) que habían escapado de la Operación hispano-francesa Huracán/*Ecouvillon* (1957). Entre los exiliados de primera hora destacaba Emhamed uld Zieu, un viejo combatiente que había intentado mantener viva la llama de la resistencia contra el colonialismo. A ellos se les unieron, en 1970, los fugitivos de la represión desatada por las autoridades españolas tras los sucesos de Zemla. Aquellos refugiados se habían convertido en pequeños comerciantes, trabajadores en las minas de Miferma, obreros del ferrocarril... Algunos se habían hecho ricos y vivían en Nuadibú y en Nuakchot. Todos se mostraron dispuestos a ayudar a los recién llegados en sus gestiones ante las autoridades mauritanas.

Gali y sus compañeros basaban sus esperanzas de conseguir ayuda militar en el hecho de que Mauritania, que había arrancado a Francia su independencia hacía sólo 12 años, en 1960, siempre se había manifestado a favor de la autodeterminación de los saharauis. Era la suya una ilusión bastante ingenua. Fueron recibidos por varios gobernadores, por el jefe de los servicios de inteligencia y por el ministro del Interior, Mohamed uld Mohamed Saleh. Explicaron que eran nacionalistas y que, después de la experiencia de 1970, habían decidido empuñar las armas. Sus interlocutores les recomendaron que crearan un partido pacifista, a ser posible promauritano. No hubo acuerdo.

A primeros de abril comenzaron a llegar los estudiantes de Tantán. También ellos tuvieron que dividirse en varios grupos y bajar por distintas rutas para no llamar la atención de los policías de los territorios que atravesaban: Marruecos, Argelia, España y Mauritania. Las autoridades de

este último país, recelosas ante las manifiestas ambiciones expansionistas de Rabat, tenían por norma expulsar a los marroquíes que sorprendían en su territorio. Un saharauí influyente utilizó sus contactos para hacerles creer que varios hijos suyos, estudiantes en Tantán, estaban a punto de llegar para unirse a su causa. Aunque le prometieron que no los detendrían, varios de ellos, perdidos en medio de un siroco, se toparon con un control de carretera y fueron arrestados.^[36] Hizo falta utilizar toda la fuerza del *lobby* saharauí para que los pusieran en libertad.

El Uali llegó a Zuerat unos días más tarde, tras visitar Zak, en el sur de Marruecos, y Tinduf, en el suroeste de Argelia, y sondear la opinión de las comunidades saharauis de ambas ciudades. Intentó una última gestión con las autoridades mauritanas. Pero éstas no variaron la oferta hecha a Gali y a sus compañeros.

Los conjurados acudieron a la casa de Chej uld Erguibi, uno de sus protectores, para pasar revista a la situación. Sumaban una veintena. Entre ellos había universitarios de Rabat, escolares de Tantán, gentes de Zuerat del entorno de Emhamed uld Zieu y originarios del Sáhara Español. Todos formaban parte de la misma nación. Sólo faltaba una representación argelina para completar el puzzle en el que habían fragmentado al pueblo saharauí las fronteras artificiales diseñadas por los políticos franceses y españoles. En esa reunión decidieron seguir adelante solos. Allí mismo, un mes antes del nacimiento del Frente Polisario, apostaron por la lucha armada.

Salieron del cónclave con una misión. Unos debían conseguir armas; otros, municiones; éstos, ropa militar; aquéllos, *guerbas* o pellejos de cabra para transportar agua. Hubo quienes partieron con la misión de difundir su credo por el desierto e invitar a todas las tribus, fracciones, subfracciones y familias a participar en el congreso de fundación de un movimiento de liberación armado. Quedaron en reunirse de nuevo en Zuerat el día 29.

Los saharauis de Argelia se mostraron prudentes ante el ofrecimiento de aquellos arrojados mensajeros. Temían la reacción del régimen socialista de Huari Bumedián si averiguaba que estaban implicados en una organización violenta. Paradójicamente, ellos, que desde hace 35 años vienen siendo acusados de haber inspirado la creación del Polisario, fueron mucho más

reacios ante el proyecto que sus parientes del sur de Marruecos (sensibilizados por la represión de las manifestaciones de 1972), de Mauritania (guardianes de la semilla nacionalista desde 1957) y del Sáhara Español (encolerizados por la represión de Zemla). Para convencer a los saharauis argelinos, El Uali tuvo que viajar hasta Tinduf y utilizar toda la capacidad de seducción que le atribuyen sus biógrafos.

El nacimiento del Polisario

El congreso en el que nacería el Frente Polisario comenzó en Zuerat el 29 de abril de 1973. Los 17 hombres que participaron en él representaban a los saharauis de Argelia, Marruecos, Mauritania y el Sáhara Español. Éstos son sus nombres: Emhamed Zieu, Luchaá Mohamed Lamin Meiled, Ahmed Caid Salem, Mohamed Saadbu, Muisa Luchaá Lebser, Bachir Abdalá, Mohamed Salem, El Uali, Omar Hadrami, Mohamed Abdelaziz, Sid Ahmed Batal, Mohamed Lamin Ahmed, Mohamed Lamin Buhale, Labat Hamdi Meyara, Ahmed Filali, Dah Nafa y Brahim Gali.

De ellos, tres traicionarían años más tarde a sus compañeros y se pasarían a Marruecos (Omar Hadrami, Bachir Abdalá y su hermano Mohamed Salem), tres morirían en combate (Mohamed Saadbu, Labat Hamdi Meyara y El Uali), tres serían secretarios generales del Frente Polisario (Brahim Gali, El Uali y Mohamed Abdelaziz), dos alcanzarían la presidencia de la RASD (El Uali y Mohamed Abdelaziz) y cinco desempeñarían algún ministerio (Omar Hadrami, Brahim Gali, Sid Ahmed Batal, Mohamed Lamin Buhale y Mohamed Lamin Ahmed).

El congreso duró 48 horas. Sin interrupciones. Los asistentes permanecieron en vela y apenas probaron bocado. Se desvanecían de sueño, pero no podían detenerse por dos motivos. De un lado, temían que la policía mauritana les descubriera y decidiera detenerles. De otro, se habían citado

con un grupo de correligionarios siete días más tarde, el 6 de mayo, en un lugar llamado Ahsey Bujsheiba, entre Mahbes y Zak, en la frontera sur de Marruecos, para lanzar su primer ataque contra España.^[37]

Aprobaron un manifiesto, una organización interna y una estrategia de movilización. Eligieron un comité ejecutivo de siete miembros y un buró político de 21. Los miembros del comité ejecutivo eran Abdelhay Sid Emhamed, Sidi Luchaá Sid Brahim, Mohamed Saadbu, Mohamed Lamin Ahmed, Mohamed Lamin Buhale, Abdi Bubut y Brahim Gali. El comité designó secretario general a Brahim Gali. A pesar del protagonismo que los historiadores han dado a El Uali en el nacimiento del Polisario, lo cierto es que en el primer congreso sólo fue elegido suplente del comité ejecutivo. También se ha escrito que, mientras Gali apostó por el ala militar del movimiento, El Uali se decantó por la política. No es cierto: los dos eligieron formar parte del brazo militar. En cuanto al buró político, como no había suficientes asistentes para cubrir sus 21 puestos, los reunidos optaron por dejar varias plazas vacantes para las gentes del territorio administrado por España, del sur de Marruecos y de Argelia.

En el manifiesto constitutivo del Frente Polisario, titulado «Programa de acción nacional» y redactado con grandilocuentes apelaciones a las masas, se apuntan los objetivos de la organización: «La liberación nacional de todas las formas de colonialismo», «la creación de un régimen republicano nacional», la conservación de «la civilización y la herencia religiosa» y la participación en «la revolución árabe» y en el «movimiento de liberación nacional y democrático mundial». Sin embargo, dos líneas del documento han llevado a varios historiadores a pensar que se trata de un texto antedatado. Éstas son: «Considerar la ayuda mutua con la revolución argelina en una fase transitoria como elemental para hacer fracasar las maniobras sobre el Tercer Mundo». El Polisario no se benefició de ayuda argelina hasta 1975, por lo que esa frase difícilmente pudo haber sido escrita en 1973. Y menos en Mauritania.

Un diario senegalés, *Le Soleil*, fue el primero en dar noticia de la creación de la organización revolucionaria. Pero nadie en el Magreb prestó atención a aquel comunicado. Menos que nadie, las autoridades militares

del Sáhara Español. No despertarían de su sueño colonial hasta 20 días más tarde, cuando un disparo fortuito del Polisario casi les rompe los tímpanos.

Plan de ataque

Poco después del congreso del Frente Polisario, ocho hombres subieron a bordo de un destartado Land Rover en Zuerat. Ninguno de los supervivientes de aquella expedición recuerda la fecha exacta en que comenzó su aventura, pero debió de ser antes del 3 de mayo, puesto que el 6 debían hallarse mil kilómetros al norte, en Ahsey Bujsheiba, para unirse a otro grupo de diez guerrilleros procedentes de Tarfaya. Juntos tenían planeado anunciar la existencia de su rebelión atacando un puesto militar español.



Los primeros carnés del Frente Polisario estaban confeccionados en cuero. Éste es el de Brahim Gali, el primer secretario general de la organización.

Hacinados en el vehículo, subieron por Mauritania hasta Ain Ben Tili, en el límite fronterizo con el Sáhara Occidental. Viajaron durante toda la

noche para no llamar la atención de las patrullas. Cerca ya de la frontera española sufrieron el primer contratiempo: la transmisión del coche cayó al suelo. Pero un saharauí conoce el motor de su Land Rover tan bien como su abuelo conocía las posibilidades de su camello. A ambos les va la vida en ello: es su medio de transporte en un territorio hostil. Sujetaron la pieza con alambres y siguieron su camino. En Ain Ben Tili tomaron la carretera que conducía hasta Tinduf. Un corto tramo de esa pista cruzaba la esquina más oriental del territorio administrado por España. Apenas eran 30 kilómetros, pero peligrosos.

Hacía pocos minutos que habían pisado el Sáhara Español cuando una patrulla les dio el alto. Brahim Gali, el flamante secretario general del Polisario, era un viejo conocido de los policías. Si lo descubrían, toda la operación fracasaría. Sus compañeros le echaron al suelo, colocaron varias mantas sobre su cuerpo y se sentaron encima. Los soldados eran del cuerpo de Tropas Nómadas, y entre ellos había españoles y nativos. Recorrieron con el haz de sus linternas el interior del vehículo. Estaban revisando los papeles del coche, expedidos en Argelia, cuando Gali asomó la cabeza bajo las mantas y reconoció a un saharauí que apuntaba al vehículo con su fusil. «¡A ése lo conozco!», farfulló. Los otros le taparon rápidamente: «¡Agacha la cabeza, que nos van a joder!». Finalmente, el cabo que mandaba el grupo les franqueó el paso. Aquel saharauí que les apuntaba, y que estuvo a punto de detener a media cúpula de la organización, hoy milita en el Polisario y vive en los campamentos de Tinduf.

Los siete guerrilleros habían pactado con el conductor llegar hasta la frontera entre Argelia y Marruecos. A partir de ahí, debían apañárselas solos. Echaron a andar hacia el punto de encuentro con sus compañeros. Caminaron durante dos días y una noche. Cuando ya se creían perdidos, vislumbraron la ciudad de Zak. A la derecha reconocieron la carretera hacia Tinduf, por la que circulaban los camiones que iban al *mugar*. Descansaron esa noche y, por fin orientados, localizaron a sus camaradas al cabo de 24 horas.

La improvisada tropa estaba formada por 17 hombres uniformados con prendas de todos los ejércitos de la zona: una camisa marroquí, un pantalón mauritano, una guerrera española... Lo que la recién nacida intendencia de

la organización había podido conseguir aquí y allá. En realidad, aquel uniforme era una metáfora de las fronteras coloniales. Sólo cinco de ellos iban armados, y únicamente las escopetas de tres funcionaban. Viéndolos, nadie hubiera profetizado que iban a desencadenar una tormenta de plomo en el desierto. Sus nombres: El Uali, Brahim Jalil (alias *Yambla*), Bachir Saleh, Bachir Salek, Hamdi Salek (alias *Salem Rubbayyi*, en homenaje al ex presidente de Yemen del Sur), Mohamed Lasiad, Mohamed Saadbu (alias *Mohamed Lemtín*, que quiere decir robusto), Mohamed Fadel Ali (alias *Kararat*, palabra que significa decisión), Brahim Abderramán, Brahim Gali, El Kazuani Ali, Salek Suilem, Lehbib Dafa Yaa, Salek Ahmed El Uali (alias *Ghandi*), Buda Taki, Abdi Bubut y El Farrah Yahdih.

Necesitaban un medio de transporte. Robaron dos camellos y los cargaron con las *guerbas* y los víveres. Los polisarios marchaban a pie junto a las bestias, con las vetustas armas al hombro. Avanzaron por territorio marroquí, bordeando la frontera con España. Caminaron jornada tras jornada, soportando las bruscas caídas del termómetro desde 45 °C durante el día hasta 12 °C por las noches. Sus pies se inflaron como melones y se llenaron de ampollas. A Brahim Gali comenzó a hinchársele la rodilla izquierda. Su rótula era un erizo que laceraba la pierna con sus púas. Como apenas podía moverse, decidieron acampar dos días. Estaban en Marruecos, a unos 20 kilómetros del fuerte de Janguet Quesat.

Gali entendió que en aquellas circunstancias el descanso era un riesgo inadmisibles. Si permanecían ociosos, su moral podía derrumbarse. Envío a El Uali y a Abdi Bubut a explorar el terreno. Debían acercarse hasta el pozo de Janguet Quesat, recoger agua y averiguar todo lo que pudieran sobre el fuerte: cuántas personas formaban la guarnición, a qué horas hacían los cambios de guardia, si recibían visitas, si había alguna patrulla legionaria en los alrededores... Ya habían decidido que dicho puesto militar era su objetivo, pero aún no estaban seguros de si sería mejor atacarlo directamente o preparar una emboscada a sus ocupantes.^[38]

El Uali y Abdi Bubut partieron con los dos camellos la noche del 19 de mayo. Amparados en la oscuridad, se aproximaron al pozo, que se hallaba situado en el centro del *uad* que pasaba ante el fuerte, a unos centenares de metros. Desde allí calcularon el número de soldados y observaron su actitud

relajada. No vieron ninguna patrulla en los alrededores. Llenaron sus *guerbas* y, antes del amanecer, volvieron al campamento.

El centinela de los guerrilleros les divisó cuando aún estaban a varios kilómetros de él: eran dos manchitas sobre la gran explanada amarilla. Avanzaban ligeramente hacia la derecha, para no delatar a sus compañeros en el caso de que alguien les siguiera. El Uali y Abdi Bubut no se dieron cuenta de que dos soldados montados a camello habían aparecido en el horizonte. A través de sus prismáticos, el vigilante observó cómo los militares alcanzaban a sus compañeros y discutían con ellos. Derramaron el agua de sus *guerbas*, les obligaron a descender de los camellos y se los llevaron a pie hacia el fuerte.

Tan pronto Brahim Gali fue informado de lo sucedido, decidió rescatar a sus camaradas antes de que los trasladaran a la guarnición de Echdeiría, 42 kilómetros al sur e inexpugnable para las fuerzas con las que contaba. Si los españoles conseguían hacerles hablar, la organización saltaría en pedazos y el trabajo de varios años no habría servido para nada. Eligió a cuatro miembros de la partida para que le acompañaran y repartió las escopetas entre ellos; él se quedó con un subfusil averiado. Los otros intentaron convencerle de que delegara el mando, dado el estado de su rodilla. «No me fío de que vosotros podáis llevar esto correctamente», rechazó con soberbia.

A las cinco de la tarde del día siguiente se pusieron en marcha. Los hombres caminaban delante de su jefe renqueante y luego esperaban a que les alcanzara. Entonces encontraron un campamento de pastores de cabras, que miraron con suspicacia su atuendo y las armas. Gali intentó tranquilizarlos:

—Somos saharauis y luchamos para expulsar a los españoles. Los soldados del fuerte han cogido prisioneros a dos compañeros nuestros, y vamos a liberarlos.

La telaraña que une a las gentes del desierto decidió la situación. Los pastores contaron a los partisanos todo lo que sabían: el número de soldados que había en el puesto, cuántos camellos tenían, con qué frecuencia recibían visitas... Al despedirse de ellos, Gali les dio un consejo:

—Haced que vuestro rebaño pase mañana sobre nuestras huellas para que los españoles no puedan relacionaros con nosotros.

Los guerrilleros siguieron camino hacia el fuerte. Desde donde estaban ya podían ver, a través de los prismáticos, al soldado apostado a la entrada y los camellos atados. El sol se ocultó en el horizonte cuando se hallaban a tres o cuatro kilómetros de Janguet Quesat. Avanzaron hasta situarse a dos kilómetros del puesto y, ocultos entre los árboles y arbustos del *uad*, planificaron el ataque.

El primer tiro

Brahim Gali observó en la oscuridad el fuerte de Janguet Quesat. Era una pequeña construcción en forma de U abierta hacia el río. La habían levantado los españoles para vigilar el pozo que daba nombre al lugar y para controlar el paso de nómadas por la frontera con Marruecos, que se hallaba a sólo cinco kilómetros en dirección norte.

Los pastores le habían contado que en el fuerte se alojaban seis soldados saharauis de la Policía Territorial. El centinela estaba recostado contra la pared a la entrada del edificio. Los otros debían de hallarse en la primera habitación de la izquierda, de la que salían voces y un rectángulo de luz. Distinguía cuatro puertas más, pero no sabía tras cuál de ellas habían encerrado a sus dos compañeros. Estaba seguro de que todavía los tenían allí, puesto que veía un camello ensillado: probablemente los policías lo habían dejado preparado para enviar aviso de su captura a la guarnición de Echdeiría en cuanto amaneciera.

Observó el cielo oscuro y calculó que serían las nueve. En media hora saldría la luna y les resultaría imposible acercarse sin ser descubiertos. Repasó la situación: dos de sus hombres estaban en ese momento escalando el muro trasero del edificio para alcanzar el tejado; otro se había situado a la izquierda, para ocuparse del centinela; él y Mohamed Saadbu, que se

encontraba agachado a su lado, serían los encargados de reducir al resto de la guarnición.

Tras varios días de marcha por el desierto, la rodilla izquierda le dolía como si la hubieran atravesado con un clavo. Casi no podía caminar. Por eso había decidido que permaneciera a su lado Mohamed Saadbu, más conocido como *Mohamed Lemtín*, dada su gran fortaleza física. La adrenalina le había hecho olvidar aquel pinchazo atroz, pero en caso de que volviera a darle problemas, Mohamed podría ayudarlo.

Su compañero le daba seguridad además por otro motivo: llevaba uno de los tres fusiles que funcionaban. Los otros dos estaban en manos del encargado de neutralizar al centinela y de los que debían apostarse en el tejado. Por ese arsenal les habrían ofrecido más dinero en un anticuario que en una armería. Se trataba de escopetas de principios de siglo con las que los nómadas salían a veces a cazar gacelas. Gali las había recolectado entre amigos y familiares, que las guardaban como recuerdo. Tan antiguas eran que ya no existía en el mercado munición para ellas. Los guerrilleros tuvieron que fabricar sus propias balas encajando los proyectiles, comprados a militares corruptos en Mauritania, en viejas vainas ya usadas llenas de pólvora; sobre el fulminante martillado pegaron cabezas de cerillas ablandadas en agua. Todavía había dos armas más: una escopeta que había sido imposible rehabilitar, con la que uno de los guerrilleros del tejado intentaría asustar a los soldados, y el imponente subfusil Z-45, negro mate, con un cargador de 25 balas, que llevaba el propio Gali. Ambas tan inútiles como juguetes.

En cuanto comenzaron a aproximarse al fuerte, un perro se acercó ladrando. Gali maldijo por lo bajo: con ese enemigo no contaban. Ordenó a su compañero que se deshiciera del animal mientras él se adelantaba. Saadbu llamó con voz tenue al can y juntos se dirigieron hacia el río. Cuando Saadbu volvió a alcanzarle, Gali ya estaba a pocos metros del edificio. En ese momento, el centinela entró en la habitación iluminada.

¿Les habría oído e iría a avisar a sus compañeros? Gali y Saadbu no esperaron para averiguarlo. Tras echar una rápida ojeada a las dependencias que permanecían a oscuras y asegurarse de que no iban a ser sorprendidos

por la espalda, irrumpieron en la estancia. En la pequeña habitación se hacinaba la guarnición jugando al dominó y bebiendo té.

—¡Alejaos de las armas! —gritó Gali.

Seis pares de ojos le miraron sobresaltados. La mayoría le conocían; él también les conocía a ellos. El subfusil y la escopeta de Saadbu les quitaron las pocas ganas que tenían de moverse. Se oyeron pasos en el techo: los dos guerrilleros que se habían acercado al fuerte por la parte trasera ya estaban en el tejado. Desde el calabozo, situado enfrente, llegaban los gritos de El Uali y Abdi Bubut para que los liberaran. El combatiente que debía encargarse del centinela, libre ya de su misión, acudió a soltarlos. Como la puerta estaba cerrada con candado, levantó el fusil y golpeó el cerrojo con la culata. El arma estaba cargada y se disparó. Ese tiro, el único en aquella operación incruenta, fue el primero de una larga guerra que se prolongaría durante casi veinte años. En el conflicto que estalló con el disparo, a las 21.30 horas del 20 de mayo de 1973, España, Marruecos, Mauritania y los propios saharauis tendrían que enterrar y llorar a muchos muertos. Entre ellos, varios de los protagonistas de Janguet Quesat (o El Janga, como lo llaman desde entonces los saharauis).

Aquel suceso, que entroncaba con lo ocurrido tres años antes en la barriada de Zemla, en El Aaiún, supuso un punto de inflexión definitivo en la historia del Sáhara Occidental. Las apetencias de los países limítrofes sobre el territorio se destaparon. Tras el ataque al fuerte español, Marruecos vio cómo el control de las conspiraciones se le escapaba de las manos.^[39] En un principio, intentó recuperarlo proporcionando vestuario militar a los nacionalistas. «Marruecos les presta mucha ayuda», afirmaban los informadores adscritos a la región de Villacisneros.^[40] «Hace unos 25 días enviaron de Tantán para los del Partido que se encuentran en la zona de Temtucer 40 *kandoras* (tres cuartos con capucha) de tergal color garbanzo, 250 *zaragüelles* (pantalones) blancos y 240 pares de *nailas* (sandalias) como las usadas por nuestras unidades».

Pero ésta y otras acciones similares no consiguieron que los partisanos olvidaran el afán expansionista de Rabat. Tampoco necesitaban su ayuda. Estaban haciendo nuevos amigos.

Durante una entrevista con el entonces vicepresidente argelino Buteflika, El Uali había conseguido dos flamantes Land Rover, tres camiones cargados de víveres y cuarenta camellos. Los servicios de información españoles estaban al tanto de estos contactos. Sabían que los argelinos llevaban sus camiones hasta Tinduf, un punto al sur de su país, clave por su proximidad a las fronteras española, marroquí y mauritana. Desde allí, los guerrilleros transportaban la mercancía hasta sus bases en el interior de Mauritania con el consentimiento del régimen filofrancés de Mojtar uld Dadá. Las autoridades de El Aaiún también tenían información precisa acerca del dinero que el coronel Gadafi hacía llegar a los nacionalistas, por vía diplomática, hasta Nuakchot.

Muchos historiadores atribuyen equivocadamente la acción de Janguet Quesat a uno de los dos prisioneros liberados durante el ataque al fuerte: El Uali, que un año después se convertiría en el líder del Polisario. Aunque la mayoría de los participantes eran saharauis originarios de la provincia marroquí de Tarfaya, la dirección de la operación corrió a cargo de Brahim Gali, nacido en El Aaiún. El papel de El Uali y el grupo de estudiantes procedentes de Tantán que más adelante accederían a la cúpula de la organización fue secundario. También se ha apuntado hacia Tinduf, en Argelia, para señalar el cuartel general del grupo. Es otro error. Mauritania consintió en prestar su territorio como refugio a los partisanos, hasta el punto de que, unos meses más tarde, España solicitaría ante las autoridades de Nuakchot permiso para perseguirlos más allá de sus fronteras. La respuesta fue negativa. Es falso asimismo que Gadafi proporcionara armamento para el asalto. Durante el primer año, el arsenal del Frente Polisario se nutrió exclusivamente de las armas capturadas al ejército español. No había un solo cartucho de procedencia libia en sus cananas. «La composición actual de las bandas es de 35 hombres», afirmaba un informe de la Jefatura de Política Interior del 7 de septiembre de 1973. «Poseen ocho camellos y 20 armas. De ellas, cuatro son pistolas y 16 armas largas. Exceptuando los fusiles quitados a la Policía Territorial en Janguet Quesat, el resto de las armas largas está compuesto de *tsaías*, *arbaías* (viejas escopetas francesas, de un solo tiro, provistas de cargadores de nueve —*tsa* en *hasanía*— y cuatro —*arba*— cartuchos, respectivamente) y

armas similares de calibres y tamaños diversos, en mal estado de conservación. Algunas de ellas se encuentran atadas con cuerdas por rotura de la culata. También parecen poseer algunas escopetas de caza robadas la mayoría a saharauis».

A-29
EXP.
C-B



Gobierno General de la Provincia de Sahara

DELEGACIÓN GOBERNATIVA
REGIONAL NOROCCIDENTE

SMARA

Smara, 21 de Septiembre de 1973

NOTA INFORMATIVA

Número 9.680

DELEGACIÓN GOBERNATIVA REGIONAL NOROCCIDENTE
2ª SECCION
Registro de Entrada N.º 6508
Fecha 27-9-73 A-1961
63

ASUNTO: Actividades del Partido.
PRECEDENCIA Esta Delegación (Nombros)
CALIFICACION C-3
REFERENCIA

Como continuación a la N.I. nº 1.643 de 16 del actual, se adquieren noticias en las que se dice que los naturales LUEILIT ULD EL MUSTAFA ULD SEID, Erguibat, Tahs lat y MOHAMED ULD JALILI ULD MOHAMED BACHIR, Erguibat, Fogra se reunieron en Argel con el Uasir Dougla Argelino (Vicepresidente Argelino) Abdelasis uId Buteflika el cual les prometio toda clase de ayuda, así como la prome- tida por el presidente Libio, habiendoles sido entrega- dos dos Land Rover nuevos con los cuales han regresado a Iggueti.-

Hecho 1
Fue

DESTINATARIOS: IMIC. SR. JEFE DE POLITICA INTERIOR.-

QUELTA

AAIU.-

Documento secreto español que informa de la entrevista mantenida en Argel entre El Uali y Buteflika, entonces vicepresidente y hoy presidente de Argelia. Está fechado el 21 de septiembre de 1973.

Partes de guerra

La versión de los militares españoles sobre el ataque a Janguet Quesat discrepa notablemente de la de los polisarios. Ambas coinciden solamente en la detención que precipitó el hecho. Según el parte oficial del ejército español, firmado por el capitán Manuel García Rodríguez, de la Tercera Compañía de la Policía Territorial, la mañana del día 20 el cabo jefe del destacamento de Janguet Quesat vio una huella cerca del pozo y, «pensando que sería de personal infiltrado», organizó una patrulla. En el *uad* Agreinat encontraron a Abdi Bubut, «que tiene a su familia en Tirsal», y a El Uali, «que tiene a su familia en Menseied». El documento afirma que Abdi Bubut venía de Mauritania y El Uali de Argelia.

A partir de este punto se inician las discrepancias. Así, el parte afirma que los asaltantes, «unos 10 o 12», irrumpieron en el fuerte cuando los militares «estaban cenando». El documento continúa afirmando que, cuando los guerrilleros les ordenaron alejarse de las armas, el cabo «casi al instante cogió un mosquetón y lo tiró por la ventana más próxima, por lo que fue arrinconado por Gali». Según los partisanos, el hombre no se atrevió a pestañear, encañonado como estaba. Y el fusil cuyo salvamento se atribuye heroicamente pasó inadvertido a los atacantes porque se hallaba detrás de la puerta de la habitación. Parece más creíble la versión de los polisarios: ese mosquetón fue (junto a 500 cartuchos ocultos en una caja metálica) el único material bélico que dejaron en el puesto cuando se retiraron; si hubiesen visto al cabo lanzar el arma por la ventana, no habrían tenido más que salir y recogerla.

Según los españoles, éste fue el primer botín de guerra de los nacionalistas: 5 mosquetones, 6 corrajes con 40 cartuchos cada uno, 6 mantas, 10 litros de aceite, 20 kilos de harina, 5 pilones de azúcar y té. Además de los camellos.

En aquel puesto sin teléfono, Gali y los suyos se sintieron tan seguros que durante casi una hora explicaron quiénes eran y qué hacían allí a los hombres que los contemplaban atónitos y con los brazos en alto. Fue una especie de mitin político, en el que les detallaron su proyecto independentista.

—No tenemos nada contra vosotros —dijo Gali—. Sois saharauis inconscientes de que estáis siendo utilizados contra vuestro propio pueblo. Los que lo deseáis, podéis uniros a nosotros. Pero si no queréis, no os haremos ningún daño.

—Transmitid esto —continuó El Uali—: no somos una banda ni tampoco extranjeros. Somos saharauis de pura cepa. Y esperamos que todos los compatriotas que estáis en las filas del ejército español evitéis el enfrentamiento con nosotros. No deseamos derramar vuestra sangre.

Luego, ante el silencioso auditorio, tomaron varios trozos del carbón que los soldados tenían para hervir el té y garabatearon con ellos en las paredes eslógenes, en castellano y en *hasanía*. Uno de los partisanos trepó a la torre de vigilancia, arrancó la bandera rojigualda de metal y escribió sobre ella: F.P. (Frente Polisario). Según el parte español, Brahim Gali comentó «que se les había olvidado traer una [bandera] de Marruecos». Gali lo niega.

Los siete asaltantes cogieron seis camellos de la guarnición y dos rehenes, y partieron hacia el noroeste. Entraron en Marruecos a unos 30 kilómetros del lugar en donde les aguardaban sus nueve compañeros, con el fin de protegerlos de posibles represalias. Allí, en un paraje conocido como La Cabeza del Tasamimel, entregaron uno de los animales a los dos prisioneros y los soltaron.

Cuando los dos rehenes liberados alcanzaron Janguet Quesat eran las 8.30. El cabo al mando les ordenó que siguieran hacia el cuartel de Echdeiría para dar aviso de lo sucedido. Hacía varias horas que había emprendido ese mismo viaje uno de los soldados saharauis que los guerrilleros habían dejado en el destacamento. Según el parte antes mencionado de la Policía Territorial, hizo el camino a pie hasta que se encontró con un pastor al que pidió prestado su camello. Cuando, a las 15.30, los dos liberados llegaron a Echdeiría, los militares españoles ya estaban informados. Entonces comenzaron la caza de los guerrilleros.

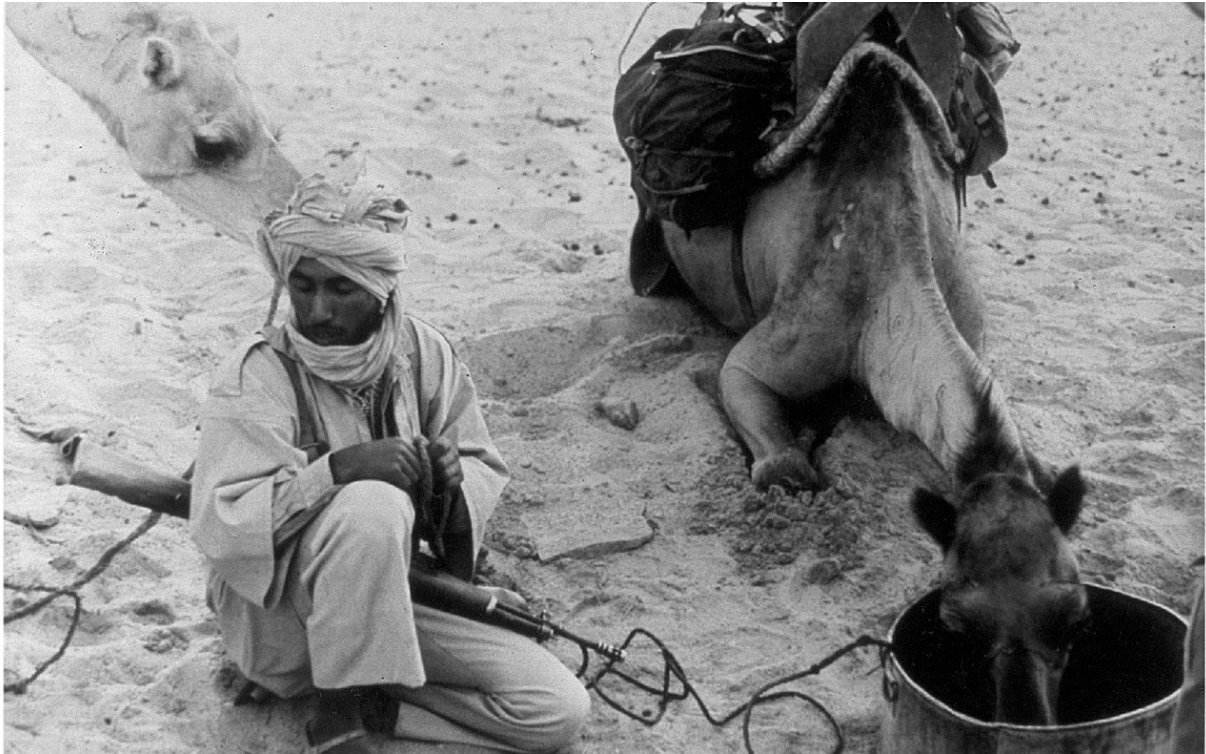
Gali y los suyos se habían ocultado bajo unas rocas, en el fondo de un cañón. Durante 48 horas permanecieron allí, como alacranes. Desde su escondite observaron el gran despliegue de tropas organizado para capturarles: Land Rover, aviones y helicópteros peinaban la zona. Gali

afirma que la mayoría eran españoles, pero que también había marroquíes. Tal colaboración entre los ejércitos de España y Marruecos, dos naciones que oficialmente discrepaban sobre el destino del Sáhara, resulta extraña. Varios militares españoles que conocieron aquella operación de rastreo la desmienten tajantemente. El teniente general Fernando Íñiguez, que durante cuatro años fue jefe de Estado Mayor en funciones en El Aaiún, asegura que en ese período jamás se coordinó una sola operación con los marroquíes. «Ni siquiera por cortesía», remacha. José Ramón Diego Aguirre cree probable que el ejército cherifiano se enterara del ataque a Janguet Qesat (el fuerte estaba al borde de su frontera) e hiciera una batida para localizar a sus autores y averiguar sus intenciones exactas.

A los dos días se calmó el estruendo de los aviones y helicópteros. Tampoco era visible ninguna patrulla en el horizonte. Los guerrilleros salieron de su madriguera para buscar al resto del grupo. Una vez reunidos todos, redactaron en pleno desierto un comunicado dando cuenta de su acción. Un mensajero se encargó de hacerlo llegar hasta Argelia para darle publicidad.

Los demás se dividieron en tres «secciones»: una de cinco hombres y dos de seis. Ebrios de moral por lo que consideraban un gran éxito militar, ya se veían como un ejército. En un movimiento audaz, las *fuerzas armadas saharauis* cruzaron entre Hausa y Echdeiría y ocuparon el puesto de Bir Lehlú, cien kilómetros al este de Tifariti, que en ese momento estaba vacío. El objetivo era distraer la atención del ejército español, concentrada en la frontera con Marruecos, y dar la impresión de que contaban con un contingente numeroso. Dejaron constancia de su paso por el fuerte escribiendo eslóganes en las paredes y arrojando con las municiones y las ropas que pudieron encontrar.

En los meses siguientes, el Polisario multiplicó sus acciones. La Oficina de Información Diplomática en Madrid desmintió con indignación a la prensa internacional que publicó estos hechos. La guerra entre España y el Polisario había comenzado.



Combatiente del Polisario de la primera hora. En el regazo lleva un cetme robado al Ejército español.

LA HORA DE LA SANGRE

Entre 1973 y 1975 el Sáhara fue escenario de la guerra entre España y el Polisario. Durante este período los guerrilleros lograron paralizar la explotación de los fosfatos y obligaron al gobierno de Arias Navarro a sentarse a negociar oficialmente. Los caídos del ejército español durante los enfrentamientos fueron una decena. Es imposible precisar el número de polisarios muertos, puesto que muchos de ellos fueron entregados a patrullas de la Legión y jamás se les volvió a ver.

Muisa Luchaá recorrió con los prismáticos la amplia llanura que se extendía a sus pies. Hacía 24 horas que espiaba con Brahim Gali y otros tres guerrilleros desde la cima de un monte pelado. Buscaban a una patrulla española para caer sobre ella, pero el día estaba nublado y les resultaba difícil ver con precisión más allá de un par de kilómetros.

Muisa recordó la conversación que había mantenido pocos días atrás con su viejo amigo, el prefecto de la localidad mauritana de Bir Mugrein. El funcionario le había recibido a la puerta de su casa vestido con una *derraá* blanca. Mientras tomaban el té, Muisa le explicó que él y sus compañeros del recién nacido Frente Polisario tenían intención de atacar a las patrullas españolas que pasaban habitualmente cerca de la frontera, y le propuso un pacto:

—Nos abstendremos de emprender cualquier acción que pueda dañar tu jurisdicción. Esperamos una actitud recíproca por tu parte.

El prefecto señaló su uniforme de campaña, que colgaba de una percha en un extremo de la habitación.

—Mientras yo vista ese uniforme nunca traicionaré a Mauritania —dijo—. Atacad en El Aaiún o en Smara. Pero no toquéis Guelta, ni Amgala, ni

Tifariti. Están demasiado cerca de nuestra frontera y podríais crearnos problemas con los españoles.

A pesar de la advertencia, Muisa y sus compañeros se habían instalado entre Amgala y Tifariti. Desde mayo, hacía ya cuatro meses, los guerrilleros sólo habían disparado un tiro: el que estalló de forma fortuita en el fuerte de Janguet Quesat. El resto de sus acciones habían sido incruentas. No obstante, los militares de El Aaiún habían dado orden de capturarlos a toda costa. Por eso los polisarios se movían cerca de la frontera. En caso de peligro tendrían la posibilidad de refugiarse en Mauritania.

Al anochecer el grupo bajó del monte. Avanzaban a pie. Iban armados con dos *arbaías*, un máuser y un cetme de los capturados en Janguet Quesat. Su reserva de provisiones se estaba acabando.

El día siguiente, 29 de septiembre de 1973, amaneció despejado. Desde un altozano, divisaron una jaima en la lejanía. Muisa y Gali se acercaron hasta ella, donde unos pastores les dieron agua y algunos alimentos. Volvían al campamento cuando descubrieron huellas de camellos. Por su número y su forma concluyeron que eran seis animales que acababan de cruzar al trote desde Amgala hacia Tifariti. Se trataba de una patrulla española que no tardaría en hacer el recorrido en sentido inverso.

Para cuando alcanzaron de nuevo el cerro en donde les esperaban sus tres compañeros la visibilidad había vuelto a cerrarse. El siroco oscurecía el horizonte con un manto de arena. A cubierto entre unas rocas, embozados en sus turbantes, discutieron durante largo rato un plan de ataque. Uno de ellos propuso esperar a los españoles en el cercano *uad* Budher, que por su proximidad a la frontera mauritana ofrecía una rápida vía de escape. La partida se puso en marcha.

Dos de los hombres quedaron apostados en lo alto de un montículo cercano. Muisa, Gali y un tercer guerrillero llamado Lehebib permanecieron la noche y el día siguiente emboscados entre los matorrales del *uad*. Al caer la tarde del día 30 divisaron la patrulla acercándose. Estaba compuesta por cinco soldados saharauis de la Policía Territorial a las órdenes de un cabo, también nativo. Marchaban de forma rutinaria, pero antes de llegar al cauce algo les hizo sospechar. El cabo ordenó a sus hombres que se distribuyeran en parejas y avanzaran con cuidado. Dos de los policías se acercaron hacia

el lugar en el que Gali permanecía oculto; otros dos se aproximaron a donde Muisa y Lehebib esperaban agazapados. La última pareja se dirigió hacia un lugar del río en el que no había nadie.

De repente, Gali emergió entre la maleza y disparó al aire su *arbaía*.

—¡Colgad vuestras armas de las sillas y desmontad! —ordenó.

Muisa y Lehebib también se incorporaron.

—¡Soltad las escopetas y bajad de los camellos! —gritaron.

Los cuatro policías que se hallaban cerca de Gali obedecieron inmediatamente. También lo hizo uno de los que se hallaban frente a Muisa. El otro se resistió: era Brahim Alamin, el cabo que mandaba la patrulla. Muisa insistió, mientras le apuntaba con su arma.

DELEGACION GUBERNATIVA REGION NORTE

SEGUNDA SECCION

Expediente n.º 3.261 Fecha apertura 3-12-68
 NOMBRE MUISA ULD LUCHAA ULD LEBSEK a)
 Tribu ERGIBAT Fracción LEWADENIN Subfracción
 T.º documento 64.050 Expedido en Acim Fecha 7-3-63
 Nacido en Smara 1931 Edad Datos personales
D.N.I. n.º 13-3145066 expedido en Acim el 5-4-71
 Residencia Smara Esposa Hijos
 Otros parientes el padre el hijo sustituto
 Profesión Cargo oficial
 Bienes Habla el

CALIFICACION

Peligroso ☒ Político ☒ Pro. marroquí Anti. español
 Sospechoso ☐ Común ☐ Contra
 Informador ☐ Marroquí ☒ Sabotaje ☐
 Activista ☒ Argelino ☐ Hojas propaganda ☐
 Agente-enlace ☐ Mauritano ☐ Cartas ☐
 Propagandista ☐ Dinero ☐
 Infiltrado ☐ Fechas Procedencia
 Expulsado ☒ Fechas 5-6-67 Destino Smara
 F. A. R. ☐ Destino Grado Licenc. ☐
 B. A. L. ☒ Destacado ☒ Detenido ☐ Colaborador ☐ Istiqlal. ☐ Caid 30
 F. L. S. ☐ Dirigente ☐ Seguidor ☐ Colaborador ☐
 A. N. P. ☐ Destino Grado Licenc. ☐
 OALS ☒
 Contrabandista ☐ con Marruecos ☐ Argelia ☐ Mauritania ☐
 Agitador laboral ☒ Pistas ☐ Huelguista ☐
 Familiares sospechosos

Detenido en Fechas
 Otras actividades Enlace JATRI



REVISIONES
 28 ENE. 1970 *mp*



Ficha policial de Muisa Luchaá. En ella se le califica como «peligroso», «agitador laboral», «promarroquí» y «antiespañol».

—¡Baja del camello! ¡No queremos hacerte daño!

El hombre descendió lentamente, pero conservó su fusil en la mano.

—¡Suelta el arma! —insistió Muisa.

De repente, el cabo se echó el mosquetón a la cara y apuntó a Muisa. Lehebib disparó. La bala le entró al militar por el estómago y le salió por la espalda.^[41]

Los guerrilleros subieron al herido a un camello. Ellos montaron los otros cinco animales que quedaban y ordenaron a sus prisioneros que avanzaran delante, hacia el sur. El cabo falleció a los 15 minutos.^[42] Lo enterraron allí mismo, a cinco kilómetros del lugar de la emboscada. Luego la partida continuó hacia Mauritania.

Brahim Alamin fue el primero de la decena de miembros del ejército que sucumbieron en los enfrentamientos directos con el Polisario ocurridos entre 1973 y 1975. Sólo los nativos fueron sepultados. Los demás fueron introducidos en ataúdes de cinc herméticos y enviados a sus familiares. En cuanto a los guerrilleros caídos en combate contra los españoles, hay que sumarles un número importante de prisioneros desaparecidos.

La madrina Mauritania

Cuatro días después del ataque de Budher, el Gobierno General envió a Mauritania al jefe de Política Interior. Tenía la misión de entrevistarse con el prefecto de Bir Mugrein. Sus órdenes eran tajantes: debía exigir la devolución inmediata de los prisioneros, que habían sido confinados en algún lugar del país, y la captura y entrega de los «bandidos». El encuentro, que comenzó a las 10 de la mañana, transcurrió en un clima de frialdad extrema. Según el acta levantada en El Aaiún, desde el primer momento «el prefecto adoptó un aire insolente».



Las patrullas a camello de la Policía Territorial, como la que aparece en la imagen, fueron el primer objetivo de los guerrilleros saharauis.

—Las autoridades mauritanas tienen una actitud pasiva y en muchos casos de apoyo a los grupos de bandidos —expuso con vehemencia el español—. Eso ha provocado que la osadía de esos desalmados haya ido creciendo, hasta desembocar en la agresión a la patrulla de la Policía Territorial.

—Los que usted llama bandidos no son tales —contestó el prefecto con aire ausente—, sino una organización para la liberación de su territorio. En cualquier caso, yo no sé nada del asunto que menciona.

—Tenemos la certeza de que ustedes sabían que se iba a producir el ataque —replicó el español, colérico—, puesto que habían retirado a los *harkes*^[43] de los puestos cercanos para dejar el campo libre a los atacantes.

—No sé de qué me habla. Tengo que informarme en Nuakchot. Esto llevará bastante tiempo —respondió el prefecto.

El mauritano sabía perfectamente de qué le estaban hablando. De hecho, los camellos capturados en los ataques a Janguet Quesat y a Budher se hallaban en aquel momento mezclados con los de las *harkas* y Muisa Luchaá estaba bajo arresto por orden suya. Dos días después de la emboscada, el prefecto había llamado a Muisa y le había recriminado la ruptura del acuerdo al que habían llegado. Sólo le retuvo durante diez días.

Por aquellas fechas, durante una reunión de amigos en su casa, el prefecto comentó que su país estaba sometido a fuertes presiones para que permitiera las acciones del Polisario, e incluso para que animara la creación de nuevas partidas.^[44]

Ciertamente, desde esa fecha hasta 1975 Mauritania fue la base de operaciones más importante del Frente. Los guerrilleros con que contaba entonces la organización, entre 250 y 300, según el servicio de información español, circulaban a sus anchas por el país. De los 37 lugares en los que denuncia su presencia un informe secreto de la Jefatura del Gobierno General del Sáhara fechado el 1 de octubre de ese año, 24 de ellos se hallan en Mauritania, cinco en Marruecos, cinco en el Sáhara Español y tres en Argelia (incluido Tinduf, que figuraba como «zona de paso»).

El padrino Gadafi

Si la Mauritania del filofrancés Mojtar uld Dadá ponía su territorio al servicio de los hombres del Frente Polisario, la Libia de Muhamar El Gadafi les suministraba armas y dinero. Así lo afirma un informe secreto fechado 20 días después del ataque a Budher. El documento también señala que los guerrilleros recibían alimentos y ropa de la Argelia del socialista Huari Bumedián. La ayuda de cada uno de estos países respondía a intereses diferentes y hasta contradictorios. Mauritania intentaba favorecer una nación que hiciera de colchón entre el expansionismo marroquí y su propio territorio. Argelia buscaba un pueblo amigo que le permitiera asomarse al Atlántico. Y Libia aspiraba a la creación de un país Erguibat que incluyera el sur argelino, con sus grandes bolsas de gas y de petróleo.

Los miembros del Polisario no sólo se movían con impunidad por Mauritania y hacían gala de sus acciones contra el territorio controlado por España,^[45] sino que eran visitantes bien recibidos en los organismos oficiales. Varios informes secretos mencionan que El Uali acudía con frecuencia a la delegación gubernativa de Bir Mugrein, ciudad donde el 27 de diciembre de 1973 las autoridades habían cedido a la organización el edificio de una antigua escuela. También hacen constar que el gobierno de Nuakchot pagaba 10.000 pesetas de entonces (60,10 euros) al encargado de captar afiliados para el partido en Zuerat. Antes de la muerte del cabo Brahim uld Alamin, los guerrilleros cobraban 7.000 francos Cefa; después de su hazaña les subieron el sueldo hasta 20.000 (unas 2.000 pesetas; 12,02 euros).

Desde luego, los medios materiales cada vez más modernos que exhibía el Frente no podían salir de las cuotas de los Erguibat o de las colectas que hacían los nacionalistas entre los trabajadores de Fos Bucrá y de Obras y Pistas. Ese dinero, que no sobrepasaba las 100.000 pesetas mensuales (601,01 euros), estaba destinado fundamentalmente a crear entre los saharauis la ilusión de que mantenían la guerrilla. La exigua cantidad no podía financiar un ejército que a finales de 1974 contaba con unos 300 hombres.

Simulando que buscaban ganado perdido, varios informadores españoles espionaron a lo largo de ese año los campamentos más importantes del Polisario. Éste es el resultado de sus indagaciones:

En el de Ergueua, situado cerca del *uad* Lemghader, había 30 personas y 20 camellos de montura al mando de un guerrillero llamado Bahaha. En el de Amat Chegat, al mando de Muisa, había 20 hombres con ganado y un autobús. En el de Rabuni, a 60 kilómetros de la frontera del Sáhara y 40 de la de Mauritania, los nacionalistas llevaban subfusiles y granadas de mano. Y en el de Udeiat Tatrart, a unos 40 kilómetros al noreste de la *saguia* Dait El Aam, en Argelia, bajo la autoridad de El Uali, había seis escuadras de 22 hombres cada una. Unos 70 de estos guerrilleros disponían de fusiles de asalto kalashnikov (calibre 7,62 mm, 600 disparos por minuto, alcance eficaz de 400 metros). El resto portaban armas semiautomáticas, fusiles checos y *arbaías*. Sobre una loma relucía una ametralladora antiaérea. El parque móvil estaba compuesto por una veintena de Land Rover con matrícula mauritana. Tanto Bahaha como Muisa y hasta el propio Gali admitían que el arsenal venía de Libia.

Gadafi fue, en efecto, el primer padrino del Frente Polisario.^[46] Las promesas de ayuda que el entonces vicepresidente argelino Buteflika había hecho a El Uali durante la audiencia que le había concedido en septiembre en Argel se reducían a las remesas de ropa y víveres que de vez en cuando llegaban en un camión blanco hasta Tinduf. Desde allí el Frente las trasladaba a Mauritania.

El Polisario entró en contacto con Gadafi a través de una persona de confianza de éste, Mohamed Said.^[47] Fue él quien concertó la cita entre El Uali, Muisa Luchaá y otro dirigente saharaui llamado Mohamed Lamin con el coronel, que en aquel tiempo gozaba de crédito internacional en su ambición por erigirse en adalid de las luchas de liberación africanas. Aún no se había convertido en el histrión que reflejan los medios de comunicación desde hace más de dos décadas. El encuentro se celebró en el despacho oficial del líder libio, en Trípoli. Gadafi, que vestía de civil, sólo estuvo acompañado por Said. Durante hora y media mostró una actitud comprensiva con los problemas que le plantearon sus interlocutores. Al término de la reunión prometió a los guerrilleros ayuda en armas y dinero.

Quedaron en que las primeras serían entregadas regularmente a través de la embajada de Libia en Nuakchot. El dinero sería ingresado en una cuenta bancaria. Cumplió su palabra.

Cada vez que llegaba una remesa de armamento, cosa que sucedía con frecuencia, los saharauis acudían a la embajada libia en Nuakchot y cargaban fusiles y *bazookas* en sus Land Rover. Las autoridades mauritanas nunca protestaron.^[48] En cuanto al dinero, era recogido regularmente por El Uali en un banco de Tinduf.

Gadafi no dudó en pregonar su postura: «Nuestro pueblo árabe héroe en Saguia debe eliminar la ambición de los colonialistas y ser la punta de la flecha nacional de la lucha contra el pecho de los agresores» (emisión de Radio Trípoli del 16 de agosto de 1974). En su audacia llegó a posar alguno de sus aviones en el Sáhara, según indica un mensaje confidencial de radio que envió la guarnición española de Villacisneros el 22 de octubre de ese mismo año.

El idilio entre Gadafi y el Frente Polisario se prolongaría nueve años. Durante ese tiempo sólo se produjo un breve distanciamiento debido al precipitado apoyo libio a la Marcha Verde. Gadafi respaldó la maniobra de Hassan II como un golpe al colonialismo. Pero tras la ocupación del Sáhara por Marruecos, el coronel recuperó su discurso habitual con renovadas fuerzas. A partir de 1976 envió semanalmente caravanas de ayuda a los campamentos de refugiados de Tinduf.

La ruptura definitiva se produjo en 1984, cuando Gadafi reclamó el apoyo de la RASD para presidir la cumbre de la OUA en Trípoli. Los países miembros estaban divididos en dos bloques. Los que se oponían a la pretensión de Gadafi argumentaban que éste buscaba aprovechar la ocasión para zanjar a su favor el problema de Chad, en donde respaldaba, frente a Francia, a uno de los dos bandos de la sangrienta guerra civil. Entre estos países estaban algunos de los que mayor apoyo prestaban al Polisario. La RASD se negó a respaldar al líder libio. En represalia, éste cortó radicalmente la ayuda a los saharauis.

Mohamed Abdelaziz, presidente de la RASD y secretario general del Polisario tras la muerte de El Uali, se quejó amargamente de la actitud de

Gadafi ante Julius Nyerere, padre de la independencia de Tanzania y en aquel momento presidente de la OUA.

—Os ha hecho un favor —comentó Nyerere.

—¿Cómo puedes decir eso? —se escandalizó Abdelaziz—. ¡Hasta ha expulsado a los saharauis que estudiaban en Trípoli!

—Os ha hecho un favor —repitió el tanzano—. Es mucho mejor que os la haya jugado ahora, que estáis en buena posición, que más tarde, en un momento en que os halléis más débiles. Porque —concluyó— de todas formas os la iba a jugar.

Guerra abierta

Pero en 1974, diez años antes de ese episodio, el Polisario aún tenía las cananas y el bolsillo bien surtidos por Gadafi. Durante todo ese año se sucedieron los ataques contra patrullas españolas. Las partidas nacionalistas solían estar formadas por 11 hombres. Se aproximaban hasta la frontera con seis camellos, sobre los que transportaban 1.200 proyectiles por arma automática. Además, cada tirador llevaba a cuestas otros 300. Cuando llegaban a un punto cercano a la zona prevista para la emboscada, dejaban a dos hombres cuidando los animales y el resto seguía a pie. Dos parejas avanzaban en vanguardia, detrás iba el jefe del comando y otros cuatro hombres cerraban la marcha. La táctica, con ligeras modificaciones, solía ser siempre la misma: atraer la atención de los españoles, provocar su persecución hasta un lugar determinado y allí sorprenderlos para apoderarse de su armamento. Luego se replegaban por parejas hasta un sitio previamente fijado en el que les esperaban dos compañeros con los camellos. Sólo durante ese año se produjeron una decena de combates entre los guerrilleros, que sufrieron al menos siete bajas (sin contar a los desaparecidos), y el ejército, que enterró a nueve hombres.

Existen pruebas documentales de que los españoles violaron las fronteras de los países vecinos en al menos dos de los enfrentamientos. Así fueron los sucesos:

El 21 de noviembre de 1973 la patrulla de Tropas Nómadas denominada Solera fue atacada por un grupo procedente de territorio marroquí en la zona de la cabeza del *uad* Arraid. Un cabo saharauí cayó muerto. El informe, redactado cinco días después en El Aaiún y calificado de secreto, dice textualmente: «Se montó una operación de seguimiento y destrucción del grupo atacante, *dentro del territorio marroquí*, dando por resultado la captura de dos prisioneros».

El 26 de enero de 1974 otro grupo atacó una patrulla de la Policía Territorial en los montes Lemgasen. Los españoles lograron detener a cinco guerrilleros; otros cuatro lograron huir. Ayudados por unidades llegadas de guarniciones vecinas, los militares persiguieron a los fugitivos. El informe secreto de esta operación, redactado dos días más tarde, dice: «Se continuó la persecución con las patrullas apoyadas y enlazadas por los helicópteros. Ya *en terreno mauritano*, se ordenó ametrallar una cueva donde parecía que pudieran estar escondidos. Posteriormente, la patrulla de la policía comprobó que en esa gruta se encontraban otros dos elementos que esperaban el regreso de los nueve infiltrados y que al observar la presencia de los helicópteros emprendieron la huida. *Recorridos 25 kilómetros dentro del territorio mauritano* y al objeto de evitar posibles incidentes con la nación vecina, finalizó la persecución, regresando todas las patrullas a Tifariti».

Además de los ataques armados, durante 1974 el Polisario organizó varias manifestaciones, protestas y sabotajes en diversos puntos del territorio. El más importante de estos últimos fue el perpetrado muy cerca de El Aaiún contra la cinta transportadora de mineral de Fos Bucrá, la empresa con la que el régimen de Franco esperaba rentabilizar la colonización del Sáhara.

Arden los fosfatos

El 18 de octubre de 1974 un miembro del Frente que trabajaba en Fos Bucrá dejó abierta una ventana de los talleres que la compañía tenía en la playa, a 25 kilómetros de la ciudad. Por la noche se introdujo en el edificio desierto. Buscaba dos llaves, las de las estaciones 7 y 8, desde las que se controlaba un gran tramo de la cinta. Era improbable que sus jefes las echaran en falta, porque normalmente utilizaban las copias que se hallaban en la central. Pero fue incapaz de localizarlas entre los manojos que encontró. Ante la duda, se las llevó todas. No pesaban menos de diez kilos. Se dirigió a las estaciones, que a esa hora estaban vacías, y fue probándolas hasta dar con las que buscaba. Luego volvió a la playa, entró otra vez por la ventana y dejó las demás en su sitio.

La noche del día 19 un Land Rover con las luces apagadas se acercó a un kilómetro de la estación 7. Siete hombres, todos ellos empleados de Fos Bucrá afiliados al Polisario, descendieron y siguieron el camino a pie. Llevaban guantes, monos de trabajo y, para que sus huellas no permitieran identificarlos, calzaban idénticos zapatos del 41. Tenían la misión de destruir las dos estaciones sin hacer daño a nadie. El propósito del Frente era detener la explotación de las riquezas minerales de su país. La presencia de cinco trabajadores (dos españoles y tres saharauis) en la estación frustró el intento. El jefe del grupo dio orden de retirada. El ladrón de las llaves corrió a devolverlas a su sitio. A nadie se le pasó por la cabeza hacer una copia.

Volvieron al día siguiente, entre las 22.30 y las 23.00 horas. Esta vez los puestos estaban vacíos. Se dividieron en dos grupos, cada uno de los cuales llevaba diez litros de gasolina y, a falta de llaves, una maza de diez kilos. Tres de los hombres se dirigieron a la estación 7, y los otros cuatro fueron a la 8. En cada uno de los comandos iban un electricista y un experto en electrónica. Ellos serían los encargados de inutilizar los TT-40, unos aparatos que detectaban las averías en el tramo de cinta que controlaba cada estación. Tras echar abajo las puertas, cada uno de los técnicos actuó a su manera. El de la estación 7 descargó su maza sobre el TT-40. El de la 8, en cambio, lo desactivó cuidadosamente con un juego de destornilladores.

Luego arrancaron los paneles de madera que recubrían los cables eléctricos, los partieron y los apilaron a modo de leña. Maldijeron al percatarse de que habían olvidado llevar pintura para escribir eslóganes en las paredes. Con grasa consistente firmaron su hazaña: «F. Polisario». Y añadieron algunas consignas en árabe y en español:

«EL SÁHARA PARA LOS SAHARAUIS»

«PARAR LA EXPLOTACIÓN DE NUESTRA RIQUEZA»



La cinta transportadora de fosfatos fue incendiada por el Frente Polisario. El sabotaje paralizó la extracción de mineral.

La grasa empapó de tal modo los muros que durante treinta años, y a pesar de las numerosas capas de cal que recibieron, afloraban una y otra vez las viejas inscripciones.

A las 00.00 horas rociaron los paneles con la gasolina, les prendieron fuego y huyeron. Tal como les habían ordenado, los sabotadores de la estación 8 entraron en El Aaiún por la carretera de la playa y los del puesto 7 por la de Fos Bucrá. Antes de llegar a la ciudad enterraron los monos, los guantes y los zapatos. Incluso cambiaron las ruedas de los vehículos y abandonaron los neumáticos usados.

Las autoridades no se enteraron de lo sucedido hasta las 08.30 del día siguiente. A esa hora un empleado de la empresa se presentó en el cuartel de la Policía Territorial para advertir de que dos estaciones estaban ardiendo. Cuando los agentes llegaron al lugar, una hora más tarde, descubrieron con estupor que, además de ambos puestos, se habían quemado 150 metros de cinta transportadora en la estación número 7 y 210 en la número 8. El desastre paralizaría la extracción de fosfatos durante mucho tiempo. En cuanto al origen del fuego, los restos de madera y de trapos empapados en gasolina y las pintadas en las paredes no dejaban lugar a dudas. Inmediatamente comenzó la cacería de los autores.

La policía detuvo a cientos de sospechosos. Los interrogatorios fueron tan brutales que algunos inocentes se proclamaron culpables para que cesara la tortura. Mientras tanto, los auténticos responsables habían vuelto al lugar del atentado y apagaban junto a sus compañeros los restos del incendio.

Pocos días más tarde, tras examinar los aparatos calcinados, las autoridades afinaron sus investigaciones. El modo en que había sido desactivado el TT-40 de la estación número 8 sugería que entre los sabotadores había un electricista de la empresa. Varios empleados saharauis fueron detenidos. Durante los interrogatorios, uno de ellos mencionó que en vísperas del incendio un compañero le había preguntado si tenía las llaves de la estación 7. El círculo comenzó a cerrarse.

El Polisario estaba al tanto de las investigaciones policiales gracias a las confidencias de varios agentes nativos. Cuando supo que la policía pisaba los talones a sus hombres ordenó a éstos que no huyeran. En realidad, el

hecho de que los detuvieran favorecería su estrategia. De esa manera se pondría en evidencia que los saboteadores no eran marroquíes ni argelinos, como insinuaba la propaganda oficial, sino hijos de familias de El Aaiún. Un hecho así provocaría malestar social y ayudaría a movilizar a los saharauis. Pero no todos los afectados estaban dispuestos a jugar ese papel.

En cuando supo que la policía le estaba buscando, el electricista que había conseguido las llaves desapareció del mapa. Sus compañeros recibieron la orden de buscarle. Al final lo hallaron viviendo en su Seat 600, en lo más profundo de una *grara* (extensión de arbustos que pueden alcanzar hasta los dos metros de altura), al sur de El Aaiún.

—Tienes dos alternativas —le dijeron—. O te entregas, resistes las torturas y lo niegas todo durante tres días, que es el tiempo máximo que duran los interrogatorios, o huimos todos a Zuerat.

Avergonzado por su cobardía, el hombre afirmó que resistiría.

Y cumplió su palabra. Sus cómplices lo supieron porque los confidentes que tenían en la policía les contaron que el detenido había pasado la tercera noche gritando en el calabozo. Supusieron que si los españoles habían seguido torturándole era porque no había hablado. Tras varios días a salto de mata, hicieron una fiesta y por fin volvieron a dormir a sus casas. Pero la información de los agentes nativos era incompleta. Al cuarto día el electricista se derrumbó. Esa misma noche los detuvieron a todos en sus camas.

Los seis hombres fueron conducidos al cuartel de la Policía Territorial. Nada más llegar les pusieron unas fundas de almohadas en la cabeza, a modo de capucha. En los interrogatorios participaron un capitán, un teniente, dos sargentos y Mahamud, un saharauí al que España agradecería más tarde sus servicios ascendiéndole a teniente. También estaba presente un médico, que detenía las palizas cuando los golpes afectaban a zonas vitales y tomaba el pulso a los detenidos cuando se desvanecían.

Al cabo de 24 horas, todos estaban cubiertos de sangre y habían confesado. El médico curó sus heridas y les inyectó un calmante para ayudarles a dormir. A la mañana siguiente los metieron en un coche y los llevaron a la cárcel.^[49]

Para seguir trasladando los fosfatos desde la mina hasta el puerto las autoridades contrataron una flotilla de camiones. Pero el Polisario secuestró a su propietario, un empresario canario llamado Antonio Martín. El sabotaje de la cinta paralizó la mina de Fos Bucrá hasta que España se marchó del Sáhara.

La rebelión de los cipayos

El secuestro de Antonio Martín marcó un cambio en la táctica del Polisario. Aunque el Frente continuó hostigando puestos militares aislados en el interior del territorio, su objetivo fundamental se trasladó a la captura de rehenes para obligar a las autoridades españolas a negociar.

El 11 de mayo de 1975 sopló al noroeste del Sáhara un terrible siroco. El viento convertía los granos de arena en proyectiles que azotaban los cuerpos de los hombres a las órdenes del sargento Daniel Fuentes Garrote. La expedición regresaba a su campamento tras escoltar una cuba de agua hasta la localidad de Mahbes, muy cerca del vértice que forman las fronteras de Marruecos y Argelia. El finísimo polvo del desierto se colaba por los resquicios de sus gafas siroqueras y, mezclado con las lágrimas, formaba unas legañas de piedra. Se introducía por las rendijas de sus armas y al mezclarse con el aceite creaba una pasta que las inutilizaba. Se infiltraba en los motores de los coches, que a los dos años comenzaban a agonizar sin remedio. Incluso los mecanismos de precisión encerrados en las cajas de acero estancas de los relojes sumergibles suizos eran incapaces de detener la invasión. El polvo penetraba por las fosas nasales de las personas, se posaba en sus pulmones y provocaba ataques de asma desconocidos en cualquier otro lugar del planeta.

En medio de aquel infierno, los dos Land Rover de la expedición saltaban más que rodaban a lo largo de los 18 kilómetros de explanada

pedregosa que separan Mahbes del lugar en el que estaba acampada la patrulla Domingo, del cuerpo de Tropas Nómadas. El sargento Fuentes, un zamorano de 23 años, intentaba divisar el campamento a través del vendaval de arena que se estrellaba contra el parabrisas. Tenía prisa por llegar. En Mahbes le habían comentado que el día anterior había desaparecido en aquella misma zona otra patrulla, denominada Pedro. Los detalles de lo ocurrido aún no estaban claros. Por fin, a las 18.30, divisó la loma en la que acampaban sus compañeros.

La patrulla estaba compuesta por una veintena de hombres, ocho de ellos españoles y el resto saharauis. Al mando estaban los tenientes Fandiño y Álvarez. Habían dispuesto los vehículos como parapetos contra el viento y se habían refugiado en tiendas de campaña, también llamadas *benias*, levantadas a su resguardo. De un lado del montículo se hallaban las tiendas de los españoles y del otro, las de los saharauis. Fuentes y sus hombres colocaron sus armas junto a las demás, en el interior de uno de los coches, cubiertas por lonas y por prendas de abrigo para protegerlas de la arena. Luego se introdujeron en las *benias*.

Dos saharauis asomaron los rostros en una de las tiendas, donde estaban acurrucados seis militares nativos: dos cabos y cuatro soldados. Pidieron a uno de los cabos que le preguntara al teniente a qué hora tenía previsto que salieran hacia el vivac (campamento central provisional). El militar volvió al poco con la respuesta (a las 20.00 horas) y marchó a refugiarse a su *benia*.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando, sobre el viento que aullaba como un coyote contra las cuerdas de las tiendas, se oyó movimiento en el exterior. Los militares nativos se asomaron y vieron que un grupo de seis compañeros saharauis había recogido las armas del Land Rover y se dirigía hacia la zona de los españoles, al otro lado del cerro. Aquello les pareció muy extraño. Salieron y les preguntaron qué estaban haciendo. Por toda respuesta, los aludidos les apuntaron y les ordenaron quedarse donde estaban. Los maniataron y uno de los amotinados hizo un disparo al suelo. Inmediatamente se oyeron cinco tiros en la zona de los europeos.

Luego les ordenaron tumbarse en el piso de los Land Rover. Pusieron en marcha los vehículos y dieron la vuelta a la loma. Cuando llegaron a la *benia* de los españoles los hallaron atados de pies y manos. Uno de ellos, el cabo Ángel Moral, un burgalés de 21 años, estaba tirado en el suelo. Aún vivía, pues movía un pie levemente, pero no tardaría en fallecer. Los rebeldes distribuyeron a sus prisioneros en los vehículos y emprendieron la marcha hacia el este. Todavía era de día. Cuando supusieron que habían cruzado la frontera argelina, uno de ellos improvisó un mástil sobre el vehículo, donde colocó una bandera del Frente Polisario.

A las nueve de la noche la caravana se detuvo en una zona montañosa. Los amotinados desplegaron los coches en círculo y organizaron una guardia. Uno de los vehículos arrancó. Al rato volvió acompañado por un Land Rover civil, en el que viajaban cuatro saharauis de paisano. Un cabo, que parecía ser el cabecilla de los rebeldes, se acercó a ellos y les informó de los pormenores del secuestro. Todos subieron otra vez a los Land Rover y reanudaron la marcha.

Pararon en medio de la oscuridad. El movimiento de gente hizo suponer a los rehenes que se hallaban en un campamento. Un hombre ordenó a los españoles que bajaran de los coches y subieran al Land Rover civil que les acompañaba desde su única parada. Los guerrilleros ordenaron a los saharauis que les dijeran sus nombres. Separaron a un cabo y a los demás los introdujeron, aún maniatados, en una cueva de seis metros cuadrados. A la mañana siguiente los trasladaron a otra gruta aún más pequeña. Durante los 15 días que permanecieron encerrados en ella sólo recibieron como alimento pan mojado en agua, aceite y, en contadas ocasiones, pequeñas cantidades de carne hervida. Desde su agujero oían voces de instrucción y toques de silbato. Cuando alguno precisaba hacer sus necesidades sacaba la mano por un respiradero para avisar al centinela y éste lo escoltaba hasta las afueras del campamento. Durante esos breves paseos tenían prohibido mirar a los lados.

El día 27 se abrió la puerta de la cueva y entró un polisario de unos treinta años, acompañado por un escribiente. El interrogatorio se centró en la colaboración prestada a España por cada uno de los prisioneros para combatir al Frente. Finalmente les preguntaron si deseaban seguir con

España o preferían trasladarse con sus familias al campamento. Los cinco respondieron que querían volver al Sáhara Español.^[50]

El secuestro de las patrullas, unido al creciente número de deserciones de soldados saharauis encuadrados en la Policía Territorial y en Tropas Nómadas, resquebrajó la confianza de los militares en estos «cipayos».^[51] El 16 de mayo el gobernador general del Sáhara, Federico Gómez de Salazar, declaró a los periodistas que habían acudido al territorio para cubrir la visita de la comisión de las Naciones Unidas: «Ante esta situación, si alguno de los soldados resulta dudoso, se le da la baja». Unos días antes los militares habían desarmado y despedido a 200 saharauis que se habían enrolado en el ejército español hacía tiempo. Temían que decidieran pasarse al Polisario.

El secuestro de las patrullas Domingo y Pedro se produjo la víspera de la llegada de la comisión de la ONU a El Aaiún. El Polisario buscaba exhibir con un gesto militar su fuerza ante los enviados del organismo internacional. Logró su objetivo. Tras su accidentado viaje por el Sáhara Español, la comisión viajó a Argelia, en donde se entrevistó con los dirigentes del Frente e incluso pudo charlar con los prisioneros españoles. De vuelta a Nueva York, los enviados de la ONU redactaron un informe en el que decían: «El Frente Polisario, pese a haber sido considerado un movimiento clandestino hasta la llegada de la misión, parecía ser la fuerza política dominante del territorio. La misión fue testigo de manifestaciones masivas de apoyo al movimiento».

Pero el Polisario, aun siendo mayoritario, no era la organización monolítica que creyeron ver los funcionarios de la ONU. Su rápido crecimiento, la procedencia dispar de los guerrilleros y las presiones de los países de la zona amenazaban con dinamitarlo.

EN LAS CUEVAS DEL POLISARIO

A lo largo de 1974 el Polisario creció rápidamente. Saharauis procedentes de Argelia y Mauritania se unieron a los del sur de Marruecos y a los del Sáhara Español. Las tensiones tribales que provocó esta fusión, alentadas desde los países de la zona, fueron sofocadas con una dura represión por la cúpula dirigente. El intento de crear un partido títere de Madrid acabó en un ridículo internacional.

Los documentos secretos de hace un cuarto de siglo preservan el nombre de Mustafa A. Este individuo, que ahora ejerce como policía de Marruecos en el Sáhara Occidental, era lo que los servicios de información españoles consideraban una fuente A-1: un espía de máxima confianza. En septiembre de 1974, A-1 decidió tomarse unas vacaciones. Salió de El Aaiún hacia el sur, hizo un alto en La Güera y un día después cruzó la frontera y llegó a la ciudad mauritana de Nuadibú. Esta tumultuosa localidad pesquera era entonces uno de los principales centros de captación de los guerrilleros independentistas. En diciembre de 1973, el Polisario había abierto allí una oficina de reclutamiento, en un local cedido por el gobierno. Al frente de la delegación, en la que trabajaban 30 personas, las autoridades españolas situaban al propio Brahim Gali. No pasaba mucho tiempo desde que un saharauí llegaba a la ciudad hasta que el Frente enviaba a uno de sus miembros a sonsacarle noticias del territorio bajo control español.

A-1 fue pronto abordado por un tipo delgado que le sonaba vagamente. Se trataba de un saharauí originario de la provincia de Tarfaya. Comenzaron hablando de amigos comunes y terminaron comentando el ambiente cada vez más enrarecido de El Aaiún. Aquel hombre enjuto afirmó que debían

liberar su país y que la única forma de lograrlo era trabajando con el Frente. A-1 formuló una respuesta de compromiso y se despidieron.

Al día siguiente le esperaba una sorpresa desagradable: había sido denunciado ante la policía como espía a sueldo de España. A-1 juzgó prudente poner tierra por medio y sacó un billete en el primer tren que partía hacia Zuerat, al noreste del país. No sabía que ese ferrocarril era el medio de conexión entre la oficina central del Polisario y las partidas que atacaban el Sáhara, y que por ello los guerrilleros lo mantenían permanentemente vigilado. Tras él subieron al vagón dos individuos. Uno de ellos era Mohamed Lemtín, el fornido compañero de Gali en el ataque a Janguet Qesat. A-1 no detectó el peligro.

Al poco de descender del tren en la estación de Zuerat, sintió que le tapaban la boca con su propio turbante, lo levantaban del suelo y lo introducían en un coche que arrancó inmediatamente. Todo había sucedido en segundos. Recorrieron entre tres y cuatro kilómetros, calculó A-1, hasta llegar a una jaima situada en las afueras de la ciudad. La tienda estaba habitada por una pareja de ancianos y un niño. Allí lo retuvieron, sin pronunciar palabra, durante la tarde. Por la noche le subieron a un Land Rover («matrícula RIM 411», anotó su mente entrenada) y volvieron a Zuerat. Le hicieron entrar en una casa. Más adelante se enteraría de que se trataba de la oficina del Frente, conocida entre los revolucionarios como Casa de Muisa, en alusión a Muisa uld Luchaá uld Lebser, uno de los jefes de la organización.

Muisa aparecía en las órdenes de busca y captura del Gobierno General del Sáhara como miembro de la tribu Erguibat, fracción Lemudenim, *ahel* Lebser (la misma fracción y la misma familia que el asesinado Basiri), con DNI B-3145066. «Después de haber tomado parte activa en los incidentes [de Zemla] de junio de 1970 —decía su ficha—, huyó a Mauritania. Es uno de los principales dirigentes del Polisario». Los informes le consideraban «muy peligroso» y anotaban que solía llevar una pistola oculta en la capucha de su chilaba.

En la casa, además del propio Muisa, le esperaban varios miembros relevantes de la organización: Ahmed uld Caid Salah (fundador del Polisario junto a Gali y número 1 en la lista de busca y captura), Abdalahe

uld Banda (ex sanitario del puesto de Mahbes, número 4 en la lista), un hijo del ex sargento Abbas uld Mohamed (también en busca y captura), Luchaá uld Mohamed (padre de Muisa y asimismo reclamado por España) y el ya mencionado Mohamed Lemtín.

Durante toda la noche A-1 fue sometido a interrogatorio. Le preguntaron si había llegado a Mauritania como informador del gobierno, le exigieron detalles sobre su trabajo en El Aaiún, le obligaron a revelar lo que sabía acerca del censo confeccionado por los españoles... El espía temblaba de miedo. Había huido precipitadamente de Nuadibú, por lo que nadie salvo él y sus captores sabía que se hallaba en Zuerat. Podían eliminarlo sin problemas. Cuando le propusieron unirse al Frente aceptó sin dudar.

Por la mañana lo volvieron a llevar a la jaima en la que le habían retenido la tarde anterior. Esta vez no estaban sólo los viejos y el niño. Había otros dos saharauis, antiguos obreros de Fos Bucrá y también en busca y captura. Hacia las 11.00 Mohamed Lemtín se presentó con otro fuera de la ley. Le ordenaron subir a un Land Rover. Lemtín conducía mientras su compañero no le quitaba ojo. Apenas hicieron un alto desde Zuerat hasta un punto cuya situación él calculó al sureste de Tinduf. A-1 se hallaba en el campamento de Rabuni, corazón del Polisario, justo al lado de donde hoy está el centro de recepción de visitantes extranjeros de la RASD. Los detallados croquis del lugar que el espía realizó para los españoles a su vuelta a El Aaiún permiten comprobarlo.

El recinto, al que no estaba autorizado el acceso de vehículos, se hallaba en torno a un pequeño cerro en medio de la pedregosa *hamada*. En él los guerrilleros habían horadado varias cuevas que habían protegido con planchas metálicas similares a las que se utilizaban para que los coches pudieran salvar los pasos de arena. Las bocas de estas grutas artificiales, que se comunicaban como los túneles de un hormiguero, estaban tapadas con trapos del mismo color que la tierra tostada del lugar. Cerca había un cauce seco en cuyas riberas se alineaban varias jaimas. A A-1, como nuevo miembro de la causa, le dejaron en libertad, aunque no le proporcionaron arma ni le encomendaron servicio alguno. Abrió bien los ojos y los oídos.

En el lugar más elevado del cerro ondeaba una bandera del Frente Polisario. Tres centinelas armados con fusiles AK-47 y equipados con

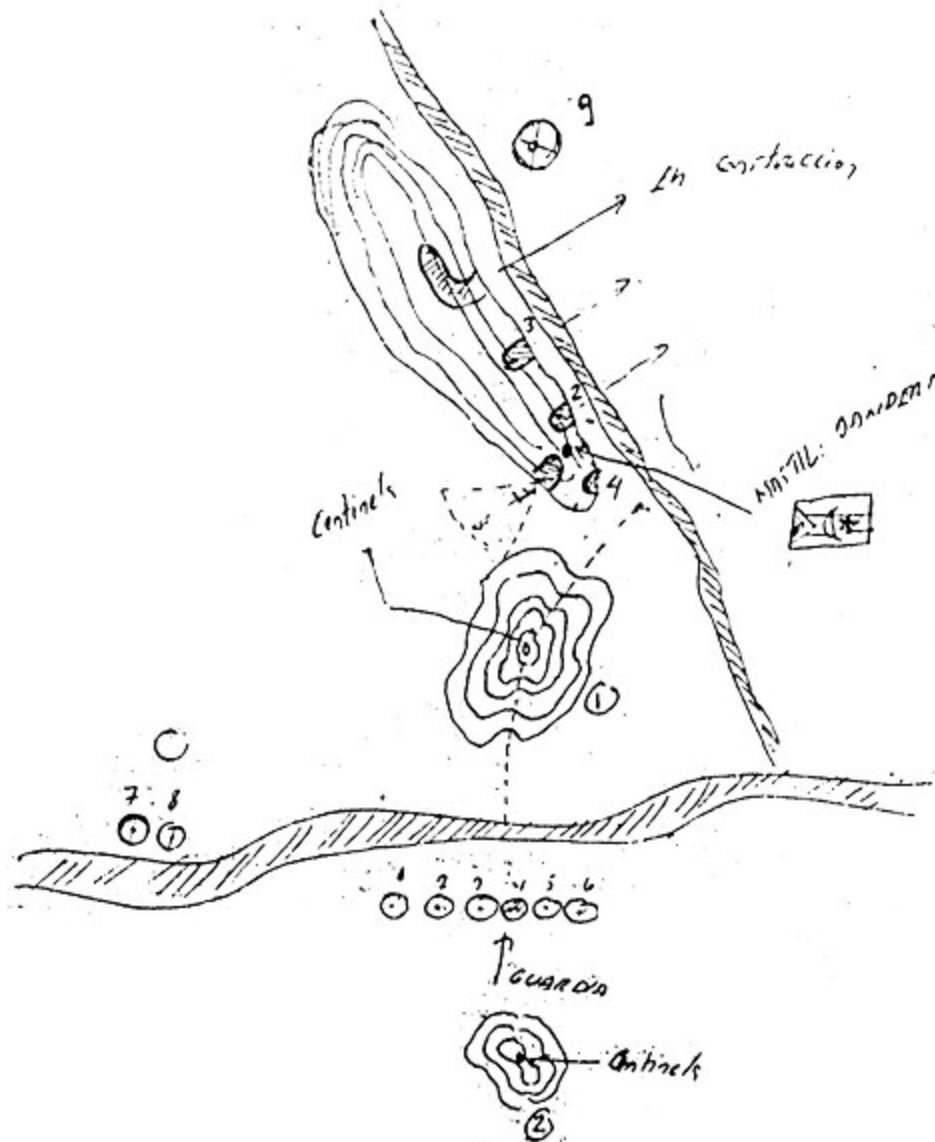
prismáticos vigilaban el campamento y sus alrededores ocultos en lo alto de dos colinas y en una de las grutas artificiales. De las nueve jaimas alineadas a lo largo del riachuelo, dos estaban ocupadas por argelinos y otras cuatro por familiares de los guerrilleros. A-1 no logró averiguar para qué servían las demás. Sí se enteró de que los cuarteles se hallaban dentro de las cuevas y de que una nueva gruta en construcción estaba destinada a alojar a un grupo que acababa de llegar de Marruecos.

Observó que en el campamento había cinco partidas de entre 12 y 16 hombres, cuyos miembros iban siempre armados y hacían instrucción diaria. Al mando estaba Lehebib uld Sidi, que un año atrás había huido del Sáhara hacia Mauritania con un coche robado a la empresa Fos Bucrá. A sus órdenes había dos jefes militares: Chamba, un argelino de 38 años, y Daha, un marroquí de unos 30 y tez muy blanca. Vio cinco prisioneros, entre ellos un agente de la Policía Territorial al que los guerrilleros maltrataban continuamente. El individuo sangraba por una brecha que le habían abierto en la cabeza al golpearle con una pieza de Land Rover.

Poco a poco, A-1 fue ganándose la confianza de sus captores. Comprendió que estaba fuera de sospecha el día que le entregaron un arma y dos cartuchos y le ordenaron que se alejara del campamento y aprendiese a disparar. La nueva situación le permitió recoger datos que cuatro meses más tarde, cuando consiguió huir, obligaron a las autoridades españolas a revisar toda la información de que disponían respecto al funcionamiento del Polisario.

El informe elaborado a partir de sus declaraciones, fechado el 5 de febrero de 1975, puso al descubierto el organigrama de la organización. Por primera vez El Uali fue señalado como secretario general. «El Frente — afirmaba el documento— está dividido en tres alas: política, diplomática y militar». La primera estaba encargada de la propaganda y de la acción psicológica y entre sus responsables figuraba en lugar destacado Muisa Luchaá. El ala diplomática estaba formada por «los individuos más conocidos y seleccionados» y entre sus jefes mencionaba a Gali y al propio El Uali. De este último señalaba: «Realiza personalmente las gestiones. Tiene bastante dinero y hace uso de él a mano rota. Así como su compañero Gali, es criticado y envidiado por el resto de los componentes del equipo».

En cuanto al ala militar, citaba a los jefes de Rabuni ya mencionados: Lehebib, Daha y Chamba.



Mapa del campamento guerrillero de Rabuni dibujado por el espía del gobierno español Mustafa A. En él aparecen detalladas las cuevas y los puntos de vigilancia de los nacionalistas.

Respecto a la estrategia de los guerrilleros, el expediente revelaba que las jaimas que se encontraban en la frontera de Mauritania con el Sáhara pertenecían a colaboradores que les informaban de los movimientos de las patrullas españolas y eran una de sus fuentes de suministro de agua y víveres. «Desde el planteamiento de un golpe hasta su ejecución —añadía

— transcurre un plazo bastante largo, a veces incluso de dos meses. En ese tiempo la partida estudia el lugar de la emboscada, las posibilidades de reacción de los españoles y los refuerzos con los que podrían contar éstos».

Tal vez la parte más sorprendente del texto sea la que describe las fuertes disidencias internas existentes en el Polisario. Una información especialmente valiosa, ya que el Frente ha sido visto hasta hoy como un movimiento sin fisuras.

Fisuras en el Polisario

El Gobierno General del Sáhara conocía la existencia de discrepancias en el Frente, pero no calibraba su importancia. Una nota secreta fechada el 28 de septiembre de 1973,^[52] casi un año antes de que A-1 presentara su informe, describía el incidente ocurrido en la vivienda de un comerciante en la ciudad mauritana de Zuerat. Varios guerrilleros comentaban la buena marcha de la organización e insistían en la necesidad de golpear rápida y repetidamente en el territorio hasta conseguir expulsar a los españoles, cuando fueron interrumpidos:

—Sois unos jóvenes insensatos —les espetó un anciano mauritano de la fracción Ulad Musa de Erguibat—. Sé que los mauritanos os animan a que cometáis esta locura. Pero ¿por qué no mandan a su gente en vez de a los hijos de Erguibat? A ellos les interesa que vosotros organicéis líos en el Sáhara porque pretenden sacar tajada. Pero fijaos en que no envían a su gente para que muera.

Gali, entonces secretario general de la organización, reaccionó airado:

—¡Nosotros no necesitamos la ayuda de nadie para liberar nuestro país! ¡Tú eres un viejo ignorante que no comprende nada!

La discusión fue subiendo de tono hasta el punto de que el dueño de la vivienda levantó la reunión.

Cuando Muisa Luchaá se enteró de lo que había ocurrido, fue a ver a Gali. Lo encontró en la calle, rumiando su malhumor. Allí mismo le echó en cara su vehemencia y le advirtió de que su forma de actuar dañaba las simpatías que tenían. El secretario general tumbó a Muisa de un puñetazo y en la caída éste se golpeó la cabeza contra un muro. Cuando logró reponerse, Gali ya se había marchado. Sangrando abundantemente, Muisa se dirigió a su casa en busca de un mosquetón, proclamando a voces que iba a acabar con su amigo. Ante el cariz que tomaba la situación, acudió la policía, que encarceló a Gali y envió a Muisa al dispensario. Dos días después, el capitán jefe de Zuerat les notificó su expulsión de la ciudad. Al frente de 40 seguidores y 30 camellos, partieron hacia Nuadibú.^[53]

Muisa y Gali no tardaron en hacer las paces. Un informe secreto de la jefatura de Política Interior de El Aaiún, fechado sólo dos semanas después del incidente de Zuerat, los describe compartiendo el mando de una partida que se desplaza a lo largo de la frontera entre Mauritania y el Sáhara. «Por sus declaraciones —dice el texto—, Gali parece un fanático idealista y Muisa un fatalista». Y señala la aparición de un tercer personaje en escena: «Entre los miembros del Polisario hay diferencias, como lo demuestra [...] la discusión por el mando de un grupo entre Gali y Mahamud uld Bahaha».

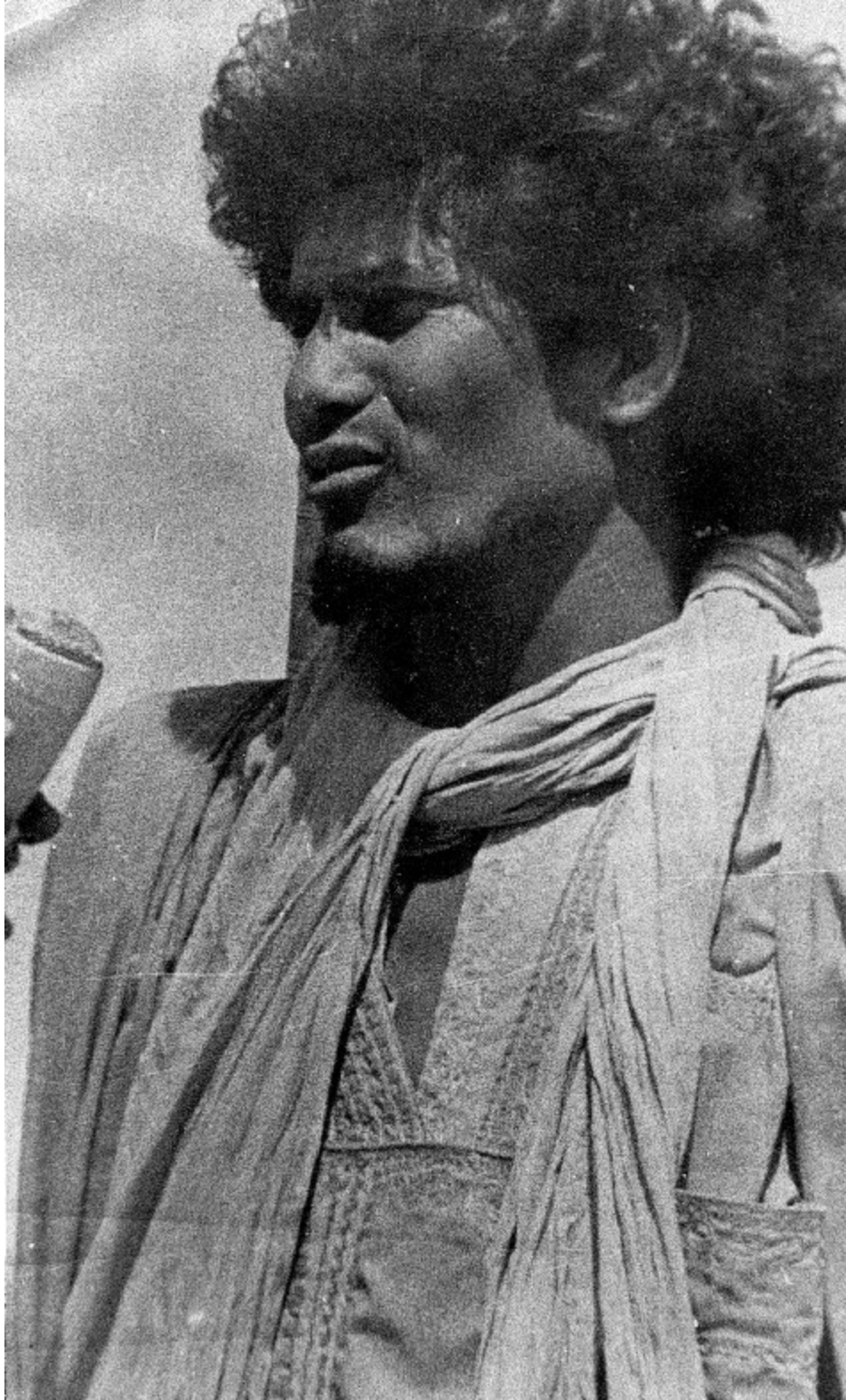
La información que los españoles tenían sobre Bahaha era pobre. Figuraba con el número 63 en la orden de busca y captura. Bajo su nombre y su tribu (Ulad Sidi Hamad) sólo decía: «Ex *harkeño* [paramilitar] francés. Incorporado recientemente a los grupos subversivos». Sin embargo, sus ambiciones pronto le harían merecedor de más prosa. El 24 de octubre, una nota informativa secreta^[54] recogía una discusión entre él y Gali en la delegación mauritana de Bir Mugrein. Bahaha mostraba su desacuerdo con los ataques contra los saharauis, «en los que se exponían a dar muerte a familiares propios». El 2 de enero de 1974 varios dirigentes del Polisario y dos capitanes del ejército mauritano se desplazaron hasta Bir Mugrein con la excusa de asistir a la inauguración de una oficina de reclutamiento de guerrilleros. En realidad, su presencia respondía al deseo de «suavizar las tensiones entre Bahaha y la pareja formada por Gali y Muisa, que han

tenido fuertes discrepancias suscitadas por competencia en el mando. Mahamud [Bahaha] aspira a ser el jefe absoluto de todos los grupos del *Yebha Tahariri* [Frente de Liberación]», según una nota informativa secreta. [55]

Bahaha no estaba solo en su rechazo a las agresiones contra las patrullas saharauis, los métodos de intimidación y las represalias ordenadas por la cúpula de la organización. Un amplio sector de la guerrilla, sobre todo el procedente del Sáhara Español, reprobaba las prácticas de Gali, quien tomaba nota y fotografiaba a todos los saharauis que hallaba pastoreando y les advertía de que aquel que informara a las autoridades sobre la situación de las partidas sería pasado por las armas. [56]

Tampoco les gustaba el comportamiento de El Uali, que en enero de 1974 se hallaba al frente de la oficina de reclutamiento de Bir Mugrein. Cuando llegaba a la ciudad algún saharauí procedente del territorio español, el futuro líder del Polisario ordenaba que lo llevaran a su presencia, donde le amenazaba con tomar represalias contra él y contra su familia si no se apuntaba a la organización. El objetivo era formar una relación de adeptos, con sus nombres y sus DNI, con el fin de presentarla en su día ante la ONU. [57]

Pero poco podían hacer los polisarios moderados frente a las gentes de Tahalat, la fracción Erguibat a la que pertenecía El Uali. Los miembros saharauis, marroquíes, argelinos y mauritanos de Tahalat eran numerosos entre los guerrilleros. Esto explicaría en parte el rápido ascenso de este hombre, que en el segundo congreso del Frente Polisario ya se hizo con la secretaría general de la organización, y la instauración de una política basada en el terror sobre los saharauis administrados por España que no compartían sus ideas. Numerosos ejemplos avalan esta última afirmación:



El Uali, cuando era secretario general del Frente Polisario, con su atuendo habitual: la derraá y el turbante enrollado en torno al cuello.

El 17 de diciembre de 1973 los espías del Cuartel General averiguaron que el Polisario había ordenado a sus agentes preparar acciones terroristas en el interior del territorio colonial. Fueron instados a colocar artefactos explosivos o asesinar a algún *chej* en El Aaiún, Villacisneros o La Güera.^[58]

El 11 de enero de 1974 los españoles descubrieron que los guerrilleros habían planeado el asesinato de seis *chiuj*,^[59] a los que acusaban de ser «las antenas del colonialismo». Los militares les recomendaron que durante un tiempo no durmieran en sus jaimas, consejo que atendieron.^[60]

El 6 de febrero de 1974 el servicio de información completaba la relación de objetivos de la banda: cinco miembros de la Yemaá, dos de ellos procuradores en Cortes, dos sargentos, el ayudante del juez de Smara...^[61] Es decir, la élite de los nativos que apoyaban a España.

Por si quedaba alguna duda de la veracidad de estas amenazas, el 2 de abril de 1974 Muisa Luchaá, que iba escoltado por dos ciudadanos argelinos, manifestó en Zuerat a un confidente de los españoles que en cuanto tomaran el poder eliminarían a los *chiuj*, a los saharauis encuadrados en la Policía Territorial y a los informadores del Gobierno General.^[62]

Una nariz y una oreja

La muerte de dos soldados saharauis en enfrentamientos con los guerrilleros fue el primer aviso de que el Frente no bromeaba. Pero el 26 de abril se produjo un suceso que por la crueldad de su ejecución alteró el ánimo de los naturales del territorio.

A las seis de la mañana de aquel día, Mohamed Fadel dormía junto a su hermano Mahayub a seis kilómetros del punto en que el *uad* Argan atraviesa la línea fronteriza entre el Sáhara y Marruecos. Estaban rendidos, pues habían dedicado la jornada anterior a conducir su ganado hasta aquella

zona, en la que unos cuantos chaparrones habían hecho brotar algunos arbustos.

Comenzaba a clarear cuando una voz despertó a los pastores.

—¿Cuál de vosotros es Mohamed Fadel?

Siete hombres embozados con sus turbantes y armados con cetmes, *transis* [fusiles franceses del año 36] y *chacos* [máusers] les rodeaban.

—¡¿Cuál de vosotros dos es Mohamed Fadel?!

Mohamed se levantó.

Dos de los guerrilleros le condujeron tras una loma alejada varios metros, donde le quitaron el DNI. A continuación le arrojaron al suelo y, con el gesto preciso de quienes están acostumbrados a matar animales, le rebanaron la nariz y la oreja derecha. Antes de que la sorpresa y el miedo dieran paso al dolor, Mohamed Fadel recibió una lluvia de culatazos en la cabeza, el tronco y los testículos. No tuvo tiempo de gritar: se desmayó enseguida. Cuando recuperó la consciencia estaba solo. Se cubrió las heridas con el turbante y, dando tumbos, volvió junto a su hermano Mahayub, que le esperaba preocupado. Apoyándose en él, consiguió llegar hasta unas jaimas cercanas. Los nómadas del *frig* lo condujeron hasta el puesto español de Echdeiría, desde donde fue evacuado a El Aaiún.

Las autoridades urgieron a los médicos para que les permitieran interrogarle. Pero todo lo que obtuvieron de los atemorizados pastores fue que los agresores iban a pie, por lo que era probable que hubieran dejado sus camellos al otro lado de la cercana frontera, y que llevaban la cara tapada y usaban expresiones ajenas al dialecto *hasanía*. Ni Mohamed Fadel ni Mahayub habían podido reconocer a ninguno.^[63]

Fadel, un soltero de la tribu Erguibat (fracción Boihat) que acababa de cumplir 50 años, sabía el porqué del cruel castigo. El 8 de marzo unos tipos que dijeron ser miembros del Polisario le habían obligado a mostrarles su DNI. Le explicaron que una patrulla española les perseguía y llegaría allí en unas horas. Cuando los militares le preguntaran si había visto pasar a alguien, debía responder que sí. Y cuando le interrogaran sobre la dirección que habían tomado los fugitivos, debía señalar el sur. A continuación, los guerrilleros se dirigieron hacia el este.

Apenas había pasado una hora cuando llegó una patrulla de Tropas Nómadas. Pero Fadel no mintió y señaló hacia el Este, el punto por el que había desaparecido la partida. Ignoraba que los guerrilleros habían dado un rodeo y se habían apostado entre unas rocas, a poco más de un kilómetro del lugar donde él se encontraba. Esperaban a los españoles para caer sobre ellos. Desde sus escondrijos pudieron observar, a través de los prismáticos, los expresivos gestos del saharauí indicando a los militares la dirección que habían tomado.

El Polisario relata el episodio de un modo diferente. Según su versión, los guerrilleros llevaban tres días emboscados, esperando que los españoles aparecieran para acribillarlos. Desde su escondrijo vieron que Fadel buscaba unos camellos que se le habían perdido. Uno de los polisarios salió a su encuentro y le indicó que estaban detrás de una loma cercana. De este modo descubrió la posición del grupo. Cuando apareció la patrulla, Mohamed Fadel les delató. En el tiroteo que se entabló a continuación cayó Bachir Lehlaui, precisamente el hombre que le había ayudado a localizar su ganado. Fue el primer guerrillero muerto en combate.^[64]

A partir de la mutilación de Fadel los saharauis redujeron al mínimo su colaboración con los españoles. El 14 de mayo, un informe secreto advertía del «amilanamiento» que mostraba «el personal». Y proponía una solución: «Esto puede ser muy peligroso, de no ser contrarrestado con un acto de fuerza y escarmiento por nuestra parte, con el fin de elevar la moral y darle al natural la impresión de que está amparado».

Los polisarios aprovecharon el impacto de su acción. Por ejemplo, en el lugar desde el que, a finales de mayo, dispararon por segunda vez contra el puesto de Janguet Quesat, los soldados españoles hallaron un papel titulado: «AVISO a todos los mercenarios saharauis en el ejército fascista español». El texto decía: «El Frente Popular ha acordado responder a los ataques lanzados por las fuerzas colonialistas y los mercenarios árabes que se dicen saharauis pero que son traidores, pues han vendido su patria y sus familias al colonialismo [...] para poder cobrar el sueldo al final de cada mes, aunque no sabe ninguno de ellos si podrá llegar a ese final de mes o morirá antes».

Hispanófonos contra francófonos

Esta política de amedrentamiento provocó disidencias entre los polisarios procedentes del territorio administrado por España y los llegados desde el sur de Marruecos, Mauritania y Argelia. Los naturales del Sáhara Español, los «hispanófonos», vivían con el temor de hacer daño a sus propios familiares, situación que no sufrían sus camaradas de otras nacionalidades. Acentuaba su malestar el que los «francófonos» (así llamados por su dominio del idioma de la potencia que había colonizado sus países) se habían hecho con el mando de la organización.

A-1 ya había adelantado en su relato la escisión latente en el Polisario: «El dilema que existe es que los individuos mejor preparados políticamente son extranjeros, desconocidos por tanto para los administrados, y en cambio los componentes de los grupos procedentes del Sáhara no tienen talla política».

Un informe confidencial de los servicios de información españoles ampliaba las revelaciones de A-1. En él se identificaba a los siete miembros que componían la cúpula (significativamente denominada por los guerrilleros con un término francés, *sommet*): cuatro de ellos, incluido el secretario general, El Uali, eran de origen marroquí; otro era argelino, y sólo dos procedían del Sáhara Occidental.

Las rencillas afloraron en el congreso de la organización celebrado en Mauritania desde el 5 de agosto hasta el 1 de septiembre de 1974. Sólo el prestigio de El Uali logró la aprobación de los diez puntos del programa del partido. El primero de ellos exigía «la retirada de las tropas españolas y la creación de un contingente de fuerzas populares del Polisario». Es decir, poner a la población saharauí en manos del *sommet*.

El ambiente continuó enconándose durante los meses siguientes. En enero de 1975 el *sommet* ordenó arrestar a varios guerrilleros de origen marroquí. Sucedió en el campamento de Udeiat Tatrart, en territorio argelino, y provocó un estallido de descontento. Las bases se amotinaron y detuvieron a los miembros de la cúpula, a los que obligaron a enfrentarse a una asamblea. Es preciso imaginar la escena para valorar el desenlace: siete hombres sentados en el centro de un anillo formado por decenas de

individuos indignados y armados hasta los dientes. La reunión se celebró al aire libre y duró tres días y tres noches, sin interrupción.

Sobre los cabecillas llovieron las acusaciones: opresión, autoritarismo, desinformación... Los sublevados impusieron la creación de un comité militar formado por 20 hombres elegidos por la base para vigilar al *sommet*. Su jefe sería un nativo del Sáhara Español: Bachir uld Abdala, con DNI B-8152393. Los miembros de la cúpula procuraron evitar que esta concesión pareciera arrancada a la fuerza y la valoraron como una buena idea. De esa manera lograron calmar a su tropa. Poco a poco fueron abriendo brecha en el punto que ellos sabían más débil de sus hombres: la procedencia. Con una sabia dosificación de elogios y recriminaciones, consiguieron atraerse a los guerrilleros de origen marroquí y argelino. En cuanto se hicieron con la voluntad de la mayoría, propusieron la abolición del comité militar que acababa de crearse. Lograron su propósito.

Los nativos del Sáhara Español siguieron rumiando su malestar en pequeños grupos, apartados de la multitud. Pero si pensaban que la prueba de fuerza había terminado, se equivocaban. El *sommet* estaba decidido a que jamás se volviera a cuestionar su autoridad. Como primera medida destinó a 15 de los revoltosos a las partidas que operaban al sur de la frontera española. A otros los envió a hacer un curso de guerrilla en el interior de Argelia. Finalmente, con el panorama despejado, ordenó la detención y el encarcelamiento, en el campamento de Rabuni, de los miembros del efímero comité militar que debía haberlo controlado.

Este episodio aparece detallado en un informe confidencial del Gobierno General del Sáhara fechado el 26 de marzo de 1975.^[65] El escrito relata que cuando el hermano de Bachir uld Abdala, el saharauí al mando del comité militar, se enteró de que éste había sido detenido subió a un coche y partió con otros compañeros para reunirse con los 15 sublevados enviados al sur. Acordaron liquidar a los miembros del *sommet*, pero necesitaban apoyos. El hermano de Bachir se comprometió a buscarlos entre los saharauis del Frente. Aunque en el documento no consta el resultado de sus gestiones, sí figura la intención del *sommet* de retrasar el siguiente congreso de la organización hasta que se calmaran los ánimos. Fuentes del Polisario hablan también de una oscura emboscada contra El

Uali, de la que éste salió ileso. Con el tiempo, Bachir uld Abdala se pasaría a Marruecos.

El Polisario continuó con su política de amenazas contra los saharauis que no comulgaban con sus ideas. La noche del 26 de marzo introdujo bajo las puertas de los militares nativos una carta en la que advertía: «Tus pasos están medidos tanto como tus días. Tu familia se verá envuelta en tu propia sangre. El día menos pensado te llegará...».^[66] Sólo cuatro días después secuestraron a un *chej* durante su boda en una jaima situada a mitad de camino entre Mahbes y Echdeiría. El hombre consiguió huir tras 48 horas.^[67]

Gobierno General de Sahara SERVICIO DE TELECOMUNICACION

RADIOGRAMA

Calificación SD N° P. Fecha depósito Hora
De AAIUN Para MAHBES Transmitido el Hora
El Operador,

I. RV- A19
150612

El DELEGADO GUBERNATIVO JEFE POLITICA INTERIOR
Al GOBERNADOR GENERAL

TEXTO:

ok so tiep NUMERO....20.920, Secc. 2ª
SEGUN INFORMES EN CAMPAMENTO FPOLISARIO LLAMADO
DAIA EL JADRA EL DIA DIEZ HUBO ENFRENTAMIENTO AR-
MADO ENTRE GRUPO CONTRARIO A SEGUIR ACTUANDO BAJO
DIRECTRICES ARGELINAS Y LULEY Y PARTIDARIOS DE AR-
GELIA Punto AL PARECER RESULTO MUERTO UNO DE ARO-
SIEN Y OTRO DE LAIAICHA QUEDANDO OTROS HERIDOS GRA-
VES Punto COMO CONSECUENCIA GRUPO PRIMERO MARCHO
HACIA MAURITANIA Punto CALIFICACION NOTICIA B-2
Fin

Aaiún, 12 de Junio de 1.975
EL DELEGADO GUBERNATIVO
[Firma]

Clasificación N.° Para RECIBIDO.

Radiograma del ejército en el que se recoge un enfrentamiento a tiros entre polisarios pro argelinos y naturales del Sáhara Occidental. Está fechado el 12 de junio de 1975.

Fronteras movedizas

Los polisarios sólo compartían un objetivo: la expulsión de los españoles. El Frente reunía marxistas, panarabistas, islamistas, pro marroquíes, pro argelinos, pro libios... Se movía en el plano internacional según el lugar desde el que le soplaban las ayudas. Los partisanos ni siquiera estaban de acuerdo respecto a los límites que habría de tener su país.

En la carta que Basiri envió al gobierno español en 1970, antes de su desaparición, el padre del nacionalismo saharauí ya reprochaba a las autoridades que hubieran modificado las fronteras del Sáhara: «Nuestro pueblo ha confiado al gobierno español el mantenimiento de su unidad, así como que se encargue de alejar a los ambiciosos», decía la misiva, en clara referencia a los países vecinos. «Pero España ha ido abandonando en todas las regiones parte de nuestra patria —añadía—. Cedió territorio a Argelia por el este, a Mauritania por el sur y a Marruecos por el norte. Parte de este territorio fue entregado al gobierno de Francia cuando éste colonizaba los países vecinos. Otras partes fueron cedidas a dichos países cuando éstos consiguieron su independencia. Y no ha cesado en la entrega. Todo ello —concluía— sin consultar al pueblo saharauí».

Esa indeterminación de fronteras en un pueblo nómada sería más tarde aprovechada por Rabat para apuntalar sus tesis a favor de la marroquineidad del territorio. Lo sorprendente es que el plan de Hassan II para repartir el Sáhara con Mauritania, resucitado en 2001 por Kofi Annan para dividirlo entre Marruecos y el Polisario, estaba elaborado desde 1969. Es decir, seis años antes de que se llevara a la práctica. Así lo demuestra una orden de investigación secreta,^[68] firmada por el entonces gobernador general Pérez de Lema: «Marruecos estaría dispuesto a renunciar a Río de Oro a favor de Mauritania, quedando en sus manos Saguia El Hamra y Bucrá —escribe el general. Y continúa—: Para ello bastaría prolongar el paralelo que hoy constituye la frontera norte hispano-mauritana hasta su intersección con la costa. Partición apoyada en razones como las siguientes. Aunque no con riguroso detalle, constituye una frontera tribal entre los dos grupos étnicos del Sáhara: Erguibat y Ulad Delim. En la realidad —admitía—, esta

divisoria no es rigurosa, pero tendrá su fuerza en un organismo como las Naciones Unidas, donde no se suele ahondar técnicamente en ningún problema».

En 1974, El Uali, Muisa Luchaá y Mohamed Lamin Ahmed retomaron las reivindicaciones territoriales de Basiri. En una reunión celebrada en Trípoli presentaron a Gadafi un mapa del Sáhara que poco tenía que ver con los límites coloniales. Las fronteras estaban calcadas de las que había trazado del «país Erguibat» un saharauí de la fracción Ulad Musa para el Gobierno General. Con una diferencia: no hacía mención a tribu alguna y aparecía bautizado como Sáhara. El documento, estampillado con un sello de «secreto», se halla en los archivos de Alcalá de Henares. La frontera norte arrancaba en la desembocadura del *uad* Draá y seguía el cauce del río hasta su nacimiento, Ras *uad* Draá. Luego descendía, casi en línea recta, por territorio argelino hasta la localidad de Bou Bernus. Desde allí bajaba hasta Taoudeni, en Mali, cruzaba Mauritania hasta Chum y hacía una parábola antes de toparse con el océano Atlántico en Hasi Enhaila, al sur de Villacisneros. Es decir, arrebatava una porción de territorio mayor que el Sáhara Español a Marruecos, Argelia, Mauritania y Mali. Naturalmente, al líder libio le pareció perfecto que una nación criada a sus pechos debilitara a sus vecinos del Magreb.^[69]

El país Erguibat

El asesinado Basiri era un Erguibat, como Brahim Gali, como Muisa Luchaá, como El Uali. Los líderes del movimiento independentista pertenecían a esta tribu. En un informe secreto remitido al secretario general del Sáhara el 15 de enero de 1974, el jefe de Política Interior, Rafael

de Valdés, incluía la relación de guerrilleros en orden de busca y captura. De los 76 que aparecían en la lista, 42 eran Erguibat.

La preponderancia numérica de los Erguibat se manifestó pronto en un desprecio de casta hacia otros grupos tribales. Esta actitud aparece recogida en varios informes del Gobierno General. «Un grupo de personas pertenecientes a Erguibat, en su mayoría comerciantes, manifestó públicamente que el Sáhara es cuestión de España y los Erguibat, y que aunque ellos residían de momento en Mauritania lo importante era que pertenecían a dicha tribu y que en su día volverían al Sáhara», decía una nota secreta fechada el 4 de febrero de 1974.^[70]

Un informe confidencial aseguraba que Muisa Luchaá no permitía regresar a El Aaiún a varios guerrilleros de las tribus Ait Lahsen e Izarguien «para no echar a perder lo realizado hasta el momento por el partido, aunque piensa hacerlo posteriormente con el fin de que esté compuesto sólo por naturales de Erguibat».^[71] Y otro calificado como secreto revelaba que el Polisario recogía contribuciones entre «todos» los Erguibat de Marruecos, Argelia y Mauritania: en el interior, las familias nómadas donaban anualmente a la causa un camello; en las ciudades, los cabezas de familia pagaban 5.000 pesetas mensuales (30,05 euros) y las viudas, 1.000 (6,01 euros).^[72]

La influencia de los Erguibat fue percibida rápidamente en Marruecos y Mauritania, aunque con distintas consecuencias. En septiembre de 1974 Hassan II recibió a varios representantes de esta tribu y les aseguró que él reconocía que el Sáhara era su tierra. Acto seguido, ordenó que se repartieran víveres entre los Erguibat residentes en Tarfaya.^[73] La medida produjo el lógico malestar entre las otras tribus de la zona, hasta el punto de que unos meses después, en abril de 1975, los mandos de las Fuerzas Armadas Reales (FAR) se vieron obligados a separar a los soldados que habían destacado en el campamento de Tafnaidilet, al sur del país, en dos grupos bajo distinto mando: de un lado, los Erguibat, los Iaggut y los Ait Musa; de otro, los Izarguien, los Ait Lahsen y las demás tribus.^[74]

En Mauritania los problemas habían surgido bastante antes. En febrero de 1974, el capitán al mando del puesto de Bir Mugrein se desplazó a Nuakchot. Estaba desesperado. Por más que se esforzaba, no lograba

controlar a los polisarios debido a que sus soldados de origen Erguibat les avisaban cada vez que ordenaba un movimiento de tropas. Solicitó a las autoridades el relevo de los *harkeños* de esta tribu por mauritanos de otros linajes, «blancos o de color».^[75] Sin embargo, su ruego no fue atendido, en ese y en otros destacamentos como Ain Ben Tili, hasta abril del año siguiente, cuando el pacto entre Marruecos y Mauritania para repartirse el Sáhara estaba ya en el horno.^[76]

Un sobre amarillo

Las rivalidades tribales que minaban la fuerza de los guerrilleros apenas existían en la retaguardia del Polisario. A finales de 1974 y durante el primer semestre de 1975 los estudiantes saharauis de la Península, Canarias y El Aaiún se coordinaron para ejercer una fuerte presión sobre los colonos instalados en las ciudades del Sáhara, sobre todo en El Aaiún. Pero un descuido dejó al descubierto toda su red.

El vuelo 682 de Iberia, procedente de Arrecife, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas aterrizó en Barajas la tarde del 4 de noviembre de 1974. Fadel, de 19 años, conocido entre sus compañeros como *El Japonés* por sus ojos rasgados, se asomó por la ventanilla del avión. Los operarios del aeropuerto se movían por las pistas encogidos de frío a pesar de sus anoraks con capucha. Desde luego, el sol otoñal de Madrid no parecía el mismo que calentaba su ciudad natal, La Güera, al sur del Sáhara Español.

El joven cerró su cazadora y recogió los hatillos con los que su familia se había empeñado en cargarle. Estaba excitado, y no le faltaban motivos para ello. Llegaba a la capital con una beca de 10.000 pesetas mensuales (60,10 euros) para ingresar en la facultad de Filosofía y Letras.

—Al colegio mayor Nuestra Señora de África —ordenó al taxista que le recogió en el aeropuerto.

Ya en su destino, Bujari Ahmed Bericala se le acercó sonriente. Fadel rebuscó en sus bolsillos antes de farfullar:

—¡El sobre! ¡Se me ha olvidado el sobre en el avión!

Durante la revisión rutinaria del aparato una azafata encontró un sobre amarillo, tamaño folio, con la inscripción: «Apuntes de Derecho Mercantil». Como otros objetos perdidos, fue a parar a manos de agentes de la policía. Al abrirlo descubrieron varios documentos que les llamaron la atención. Entre ellos, el programa de acción nacional del Polisario, un escrito para «Su Majestad Hassan II, rey de Marruecos», varias cartas manuscritas en las que aparecían los nombres de saharauis residentes en Barcelona, Granada, El Aaiún, Villacisneros... Los inspectores tenían ante sus ojos toda la red estudiantil del Polisario.

Cinco días después, Fadel y Bujari fueron arrestados. El primero declaró a la policía que el 25 de octubre había volado desde el Sáhara a La Laguna para tramitar el traslado de su expediente académico a Madrid.^[77] En Lanzarote había tropezado con otro estudiante saharauí llamado Salem, al que conocía de cuando ambos militaban en la Organización Juvenil Española (OJE). Cuando se enteró de que tenía previsto viajar a la capital, Salem le pidió que llevara un sobre a un universitario que también se alojaba en el colegio mayor Nuestra Señora de África: Bujari. El día 4, justo antes de despegar el avión para Madrid, Salem se presentó en el aeropuerto con el sobre, en el que anotó: «Apuntes de Derecho Mercantil». Fadel juró a los policías que desconocía su contenido y que nunca dudó de que contenía apuntes.^[78]

Bujari tenía 21 años y era hijo de Ahmed Bericala, un saharauí que había ganado los galones de sargento en la Guerra Civil española y que al finalizar la contienda había vuelto al Sáhara, donde sirvió en la Agrupación de Tropas Nómadas. Tras la manifestación de Zemla, Ahmed Bericala abandonó el ejército y se dedicó al nomadeo. Sus otros hijos trabajaban en la Administración española en el territorio.

Bujari era un joven brillante. Lo reflejan sus notas de bachillerato en el instituto de Villacisneros y también sus altas calificaciones en la carrera de

Derecho, que había cursado en la universidad de La Laguna con una beca del gobierno español. Cuando casi tenía el título en las manos, una algarada política demoró su licenciatura. El catedrático de Derecho Mercantil represalió a los alumnos con un suspenso general. El joven saharauí se había desplazado a Madrid para preparar el examen de la asignatura pendiente. Entre tanto, vivía en el colegio mayor gracias a una beca del Estado: 10.000 pesetas mensuales (60,10 euros), de las que el Ministerio descontaba 5.000 por la manutención^[79] (30,05 euros).

Sentado en la comisaría de Barajas, tenía poco margen de maniobra. Admitió que el sobre amarillo se lo enviaba su amigo Salem, estudiante de segundo de Derecho en La Laguna. No tenía objeto que ocultara su dirección, pues la policía podía descubrirla con una simple llamada telefónica: Salem vivía en la calle Castillo, 55 3º izquierda.

El descubrimiento de aquel sobre desencadenó una vasta operación policial en la Península, en Canarias y en el Sáhara.^[80]

El centro de la investigación fue el colegio mayor Nuestra Señora de África, situado en el campus de la Universidad Complutense de Madrid, donde residían 40 saharauis. Los agentes descubrieron que los estudiantes desarrollaban su acción política bajo la cobertura de varias comisiones disfrazadas con el adjetivo de «culturales». Las había sobre asuntos árabes, europeos, asiáticos, religiosos, africanos, económicos... Cada una de ellas estaba integrada por tres alumnos. Bujari, que pertenecía a la de «asuntos jurídico-políticos» y en aquel momento estudiaba la competencia del Tribunal de La Haya sobre el problema del Sáhara, fue rápidamente señalado como el líder de la organización.

Los agentes recomendaron una investigación en Tenerife («las conexiones parten de allí y cabe confiar que sean la plataforma de enlace con las ramas superiores de la organización»), Barcelona («vigilar a los 300 trabajadores saharauis, sobre todo del ramo de la hostelería»), Málaga, Oviedo y Cádiz.

La poderosa red de información de la dictadura se puso en marcha. El 30 de diciembre la policía ya vigilaba una pensión situada en el número 49 de la calle Valverde, en Madrid, donde se alojaban numerosos estudiantes que, según los investigadores, realizaban «reuniones de carácter

político y pro-Polisario». En la misma fecha también habían colocado bajo observación el piso de Salem, en La Laguna, como presunta delegación del Polisario «para proselitismo y difusión de propaganda».

El gobierno de Arias Navarro retiró a varios saharauis la beca que disfrutaban. A Bujari lo confinó además en Villacisneros. Si con esa medida pensaba acabar con el problema, se equivocaba. Lo único que hizo fue trasladarlo al Sáhara.

Bujari y su padre, Ahmed Bericala, se dirigieron a Mauritania para relatar lo ocurrido al ministro de Asuntos Exteriores, que era de su misma tribu. Cuando los españoles enviaron a un sargento de la Policía Territorial con el encargo de hacerles volver al territorio «para explicar su actitud», Ahmed se negó a recibirlo y, a través de un intermediario, recordó a las autoridades que ya no era militar y por tanto no tenía por qué obedecer órdenes.^[81]

Tras la caída de la red del colegio mayor Nuestra Señora de África, la dirección del movimiento estudiantil se desplazó al colegio menor de El Aaiún, donde se alojaban los saharauis procedentes del interior del territorio que cursaban el bachillerato. La cabeza de la agitación era un estudiante de COU llamado Haibala Sidahamed Nayem. Este muchacho flaco, al que sus compañeros europeos habían bautizado con el mote de Cucaracha por sus cabellos tiesos como antenas, movilizó todos los colegios de la ciudad. La primera chispa saltó el 18 de enero de 1975 en la Sección Femenina, donde 13 nativas abandonaron las clases, «hartas de coser y bordar» y de que nadie les enseñara «a hacer la o con un canuto». Naturalmente, tras este afán de conocimiento se escondían las causas políticas de la protesta. El 30 de ese mismo mes los saharauis del instituto se declararon en huelga. Al día siguiente la revuelta alcanzó al colegio La Paz, donde los niños nativos agredieron a pedradas a los españoles...

La tensión se prolongó hasta agosto, cuando volvieron al Sáhara los universitarios que se habían salvado de las represalias del gobierno. Un informe secreto del Gobierno General afirma que la mayoría de ellos ni siquiera se matriculó en el curso siguiente: «Se han dado la gran vida con la beca y en julio han pasado facturas adicionales cuya mayor parte

corresponden a gastos personales e invitaciones». Ésa había sido su despedida. Unos días después marcharon con el Polisario.

El experimento Ijalihenna

El creciente control de los polisarios sobre los saharauis llevó a las autoridades de Madrid a intentar frenar su empuje con una operación de laboratorio que violaba flagrantemente la legislación franquista: la creación de un partido político. Según explica una nota informativa secreta fechada el 27 de diciembre, el objetivo de la iniciativa era doble. De una parte, pretendía «desvirtuar la influencia que la sola palabra partido contenía», ya que el Polisario era la única asociación política existente en el territorio. De otra, presentaba un programa tan avanzado como el de los nacionalistas, pero con «una nota diferencial»: la consecución de «una independencia diferida». Es decir, a través de los pasos ordenados por Arias Navarro. El invento recibió el nombre de Partido de Unidad Nacional Saharaui (PUNS).

Los servicios de información buscaron con sumo cuidado a la persona idónea para liderar su criatura. Finalmente eligieron a Ijalihenna uld Rachid, un Erguibat perteneciente a la misma fracción que El Uali, los Tahalat. Las características de este hombre encajaban como un guante en el retrato robot de Presidencia del gobierno: era joven y guapo como un galán latino, ambicioso, de carácter afable y probada inteligencia. Había estudiado Ingeniería Técnica Industrial con una beca del Estado y por aquellas fechas se encargaba en Madrid de las relaciones comerciales con los países árabes en la empresa Metalúrgica Santa Ana. Para colmo, estaba casado con una sevillana «de buena familia». El gobierno le hizo una oferta y él aceptó.

A mediados de octubre de 1974 Ijalihenna fue nombrado adjunto a la jefatura de Minería e Industria, en El Aaiún. Se alojó con su esposa en el

lujoso Parador de Turismo y el secretario general del territorio, Rodríguez de Viguri, le ofreció su coche oficial para que dispusiera de él.

El hombre elegido por España para presidir el futuro Sáhara independiente trabajó con ahínco. Un mes después de su llegada presentó ante el gobernador general, Federico Gómez de Salazar, el comité de su partido: una cuidada combinación de jóvenes y personas de edad. Las autoridades sufragaron su labor de propaganda. De entrada, abrieron oficinas de la organización en todas las ciudades y puestos del territorio.

La generosa aportación económica del gobierno queda patente en una conversación confidencial entre Ijalihenna y el coronel Rodríguez de Viguri, grabada secretamente a instancias del español. Durante la charla, el militar dijo textualmente: «Estamos esperando ocho millones de pesetas (48.081 euros) para comprar los despachos y los coches y pagarles».

El apoyo del último gobierno de Franco no fue sólo crematístico. Los servicios de información utilizaron la intimidación para engrosar las filas del PUNS. En esta tarea participaron desde los jefes militares destacados en el interior del desierto, que amenazaban con retirar las ayudas sociales a los saharauis reticentes, hasta algunas de las más altas personalidades de la nación.

En octubre de 1974, poco antes del hallazgo del famoso sobre amarillo, el ministro de la Presidencia, Antonio Carro, había convocado en su despacho del Paseo de la Castellana a dos estudiantes del colegio mayor Nuestra Señora de África: Ahmed Salek y Bujari Ahmed Bericala, quien como ya hemos visto pronto sería represaliado. Carro utilizó todo tipo de argumentos para convencerles de que se afiliaran al nuevo partido españolista. Les propuso que eligieran los cargos que deseaban desempeñar en la Administración del territorio. Incluso les aseguró que podían reservar un puesto, aunque no de primera fila, para El Uali. Los estudiantes respondieron que estaban en Madrid para estudiar y que no querían complicarse la vida con la política.

—Dejaros de niñerías —insistió el ministro—. En este momento nos están presionando la ONU, la Liga Árabe y la Organización para la Unidad Africana para que abandonemos el territorio. O nos ayudáis a garantizar vuestra independencia u os arrepentiréis.

Los saharauis repitieron que sólo querían terminar sus carreras. Carro dio un fuerte puñetazo en la mesa:

—¡Os juro por mis hijos —gritó fuera de sí— que España va a garantizar sus intereses con vosotros, con Marruecos o con el diablo!^[82]

El desarrollo del PUNS fue seguido paso a paso por el Gobierno General del Sáhara. Un informe confidencial de este organismo cifraba en cuatro los objetivos encomendados a Ijalihenna: «Uno: llegar a una inteligencia con el Polisario para suprimir sus ataques. Dos: crear un partido de amplia base partidario de la plena independencia tras una corta etapa de autonomía dirigida por España. Tres: fortalecer los lazos de unión entre jóvenes y viejos. Y cuatro: sustituir el desacreditado sistema de los *chiuj*, criticado por su vinculación interesada a España, inoperancia y afán de medro personal». El documento también hacía referencia a las dificultades que las autoridades observaban para alcanzar estos propósitos. Entre ellas figuraban «la resistencia de los *chiuj* a perder sus privilegios» y la acusación polisaria de que el partido era «una organización fomentada por la Administración».

Los nacionalistas se quedaban cortos en su afirmación. El secretario general del Sáhara, Luis Rodríguez de Viguri, era el verdadero jefe del PUNS en la sombra. Como demuestra la transcripción de las numerosas conversaciones grabadas en su despacho, adoctrinaba a Ijalihenna y le ordenaba detalladamente las misiones que debía llevar a cabo. Sirva como ejemplo el siguiente diálogo:^[83]

SECRETARIO GENERAL: «Estuve hablando con el señor Piniés [embajador de España en la ONU] y me hizo una sugerencia. Al programa [del partido] de 13 puntos le hicimos un pequeño retoque. Se refiere a las relaciones con los países árabes. Es que no sé por qué, ese punto hablamos nosotros de él y luego no lo pusimos. El señor Piniés quiere llevar ese programa a las Naciones Unidas antes del día 18 de este mes».

IJALIHENNA: «Esa sugerencia me la hizo también el embajador de Argelia cuando estuve en Madrid, referente a poner algo parecido en el programa. En el programa hay 13 puntos. Falta ése, el 14, que es cuestión de ponerlo en el sitio adecuado. Yo sé dónde ponerlo el punto ése, en el lugar del 10».

SECRETARIO GENERAL: «Irá con el número 11».

Una de las primeras tareas que Rodríguez de Viguri encomendó a Ijalihenna fue que viajara a Nuakchot para entrevistarse con El Uali y abrir una vía de diálogo entre el PUNS y el Polisario. La gestión fue un fracaso. Durante diez días el dirigente del PUNS permaneció encerrado en un hotel, esperando una llamada de El Uali. Ambos eran primos, aunque hasta entonces sólo se habían tratado por carta. Finalmente, Ijalihenna consiguió una cita para verle en una jaima. En la reunión estuvieron presentes otros polisarios que le insultaron y le acusaron de ser un «comprado». Los guerrilleros hicieron llegar al Gobierno General del Sáhara un mensaje: no admitían como interlocutor a Ijalihenna, «un imbécil al que nadie traga», aunque se mostraban dispuestos a mantener conversaciones con alguien «con más responsabilidad que ese idiota, como el secretario general o alguien del gobierno».

Tras el fracaso del acercamiento al Polisario, Rodríguez de Viguri comenzó a presionar a Ijalihenna para que engrosara la lista de afiliados a su partido, que se había estancado en 3.200, menos del 10% del censo electoral (35.000 personas).

—El objetivo es que cuando los polisarios me digan que quieren ser portavoces del Sáhara —le explicó Viguri el 23 de diciembre de 1974— yo pueda negarme y decirles: ustedes son una minoría, y el señor Ijalihenna arrastra a 30.000 o 35.000 personas.

—Pero es que el Polisario se refuerza cada mes que pasa —se lamentó el líder del PUNS—. Ya sé que no tienen muchos afiliados, pero sí muchos simpatizantes. En cada reunión que hacemos, más de la mitad de los asistentes son simpatizantes del Polisario.

Los españoles redoblaron sus chantajes para empujar a los saharauis a afiliarse: ofrecieron viviendas a los pobres, aumentos de sueldo a los trabajadores de Obras y Pistas y hasta la libertad a algunos presos a cambio de que estamparan su firma en los documentos de adhesión al PUNS. Pero fue inútil. En marzo de 1975 decidieron cambiar su política y comenzaron a contemplar la posibilidad de crear un segundo partido para vender el PUNS a Hassan II. Así le adelantó la idea Rodríguez de Viguri a Ijalihenna:

SECRETARIO GENERAL: «Hay una acusación [contra el partido] de monopolístico, de que es un partido único, y eso suena a la Alemania hitleriana, a la Italia fascista y a la España post joseantoniana [sic]. Por eso no sería malo que hubiera reconocido otro partido más. Y que se fundiera en su día con el PUNS. Podría tratarse de un partido obrero. Incluso de un partido pro marroquí. No cabe duda de que hay un sentimiento pro marroquí en minoría desde el punto de vista numérico, pero importante porque son los que tienen el dinero».

IJALIHENNA: «¿Pero eso qué tendría de progreso? ¿Qué vamos a implorar nosotros a Rabat? Aquí no hay partido de Marruecos, no hay nadie que quiera ser de Marruecos».

SECRETARIO GENERAL: «Vamos a ver, ¿y si lo hubiera?».

IJALIHENNA: «Si lo hubiera sería la respuesta a las reivindicaciones de Marruecos. Le digo algo. España puede hacer dos cosas: aceptar al Frente o abrir negociaciones con Marruecos».

Un mes después de esta charla, Rodríguez de Viguri encargó la formación de un nuevo partido político de tinte juvenil. Pero España ya disparaba con pólvora mojada, y era consciente de ello. Los informes policiales sobre el líder elegido, Muley Ahmed uld Halifa, le calificaban como un individuo de «escasa personalidad, malos antecedentes políticos y carente de ascendencia entre la sociedad». Los escasos promarroquíes que había en el Sáhara se subieron a su carro. Las gentes que se habían apuntado al PUNS de buena fe se sintieron burladas.

La creación de esa formación pro marroquí hace sospechar que a principios de abril de 1975 el gobierno español ya había decidido pactar el futuro del Sáhara con Marruecos. Existe otro dato, desconocido hasta ahora, que refuerza dicha tesis.

En el mes de abril Ijalihenna, a la cabeza de la plana mayor del PUNS, inició una visita oficial a Madrid. En todo momento el grupo estuvo bajo la vigilancia de la Brigada de Asuntos Árabes de la Dirección General de Seguridad. Los teléfonos de sus habitaciones en el hotel Mayorazgo, en el número 5 de la calle Flor Baja, fueron pinchados y su correspondencia fue controlada. Entre los detallados informes diarios que escribió el inspector Maestre, encargado de su seguimiento, figura uno especialmente revelador.

El día 10 uno de los lugartenientes de Ijalihenna, llamado Jalil, se entrevistó en el hotel Emperador con dos marroquíes que el día anterior habían llegado a Barajas en un vuelo de Air Maroc y que se hospedaban en el hotel Washington. Semejante encuentro hubiera debido disparar las alarmas de los servicios de información españoles. A menos que se tratara de una entrevista consentida y de que el gobierno estuviera empujando a los saharauis a la deserción.

Esta tesis cobra más fuerza a la luz de las declaraciones que Ijalihenna hizo a principios de mayo durante un viaje a París, Beirut y El Cairo. En la capital francesa el líder del PUNS afirmó que en el referéndum de autodeterminación debían participar los 40.000 habitantes de Tarfaya. También defendió que la consulta habría de contemplar la posibilidad de que los saharauis se unieran a Marruecos o a Mauritania. Ambas declaraciones iban en contra del programa de su partido y de la política oficial española. Sin embargo, nadie le pidió cuentas.

Tampoco le llamaron la atención cuando, de vuelta al territorio, recomendó a sus partidarios que guardaran las numerosas pancartas que habían preparado para recibir a la comisión de la ONU que llegaría al Sáhara el día 12. En ellas se rechazaba todo anexionismo extranjero. Ijalihenna aconsejó a los afiliados del PUNS que cuando hablaran con los enviados de Naciones Unidas no mencionaran Marruecos, Argelia o Mauritania: «Solamente debéis decir que la voluntad del pueblo saharaui es que España se vaya enseguida».^[84] Sería ingenuo pensar que los servicios de información no estaban detrás de estas maniobras.

El avión especial que trasladó desde Madrid a la comisión de la ONU aterrizó en el aeropuerto de El Aaiún a las 15.17 horas del lunes 12 de mayo de 1975. El grupo estaba presidido por el embajador de Costa de Marfil, a quien acompañaban los representantes de Cuba e Irán ante Naciones Unidas. Formaban el séquito sus respectivos secretarios e intérpretes.

Cuando la comitiva enfiló hacia El Aaiún, miles de saharauis que llevaban horas concentrados en los bordes de la carretera desplegaron pancartas y banderas negras, blancas, verdes y rojas del Frente Polisario que llevaban escondidas bajo sus *derraás*. Las autoridades españolas se quedaron atónitas: nada podían hacer ante los enviados de la ONU y la

prensa internacional para reprimir a la multitud, en el dudoso caso de que ésa fuera su intención. La primera impresión fue impactante. Los manifestantes, que coreaban consignas de «¡Fuera España!» y «¡PUNS traidor colonialista!», habían pintado el asfalto con eslóganes reclamando la marcha de España. Las mujeres hacían vibrar sus lenguas gritando *yu-yu*, y los niños acercaban sus caras a las ventanillas de los coches de los dignatarios repitiendo lemas de libertad.

El espectáculo, absolutamente pacífico, se repitió frente al edificio de la Asamblea General cuando los embajadores acudieron a entrevistarse con sus miembros. Y también en la localidad de Daora, a donde viajó la comisión al día siguiente. Pero el acto definitivo de esta pieza tragicómica se consumó el día 17 en Villacisneros, donde Ijalihenna gozaba de mayores apoyos y debía recibir a los diplomáticos. Horas antes del acto, el líder del PUNS, acompañado por sus lugartenientes Jalil y Hamudi, escapó en un avión a Las Palmas, en donde enlazó con otro a Ginebra. Desde la ciudad suiza voló directamente a Rabat. El día 19 los tres desertores fueron recibidos por Hassan II en el palacio real de Fez. Tras la audiencia, Ijalihenna se dirigió a los saharauis a través de Radio Rabat para defender las tesis marroquíes sobre el Sáhara.^[85]



El primer secretario general del PUNS, Ijalihenna uld Rachid, proclama su lealtad a Hassan II tras su defección a Marruecos.



GOBIERNO GENERAL DE SAHARA

Delegación Subnativa de la Región Norte

Aalún, 15 de Noviembre
de 1975

NOTA INFORMATIVA

Número: 21.483

Asunto: Disolución del P.U.N.S.

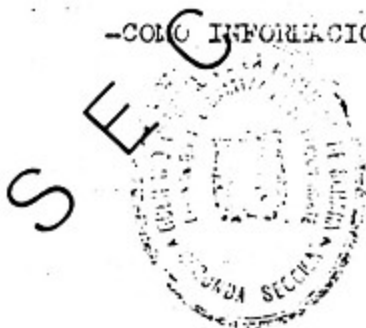
Procedencia: Esta Delegación

Calificación: A-1

Referencia:

A las 21 horas del día 14 ha habido en Casas de Piedra una reunión del PUNS presidida por el Secretario General DUEH ULD SIDNA ULD NOUCHE, en la cual han decidido disolver el Partido, ya que no se pueden oponer a la acción del F.POLISARIO y a su violencia contra los miembros del PUNS. Se ha autorizado a los componentes para unirse al F.POLISARIO en su lucha contra Marruecos.---

-COMO INFORMACION-



ILTMO. SEÑOR JEFE ACCTAL. DE POLITICA INTERIOR.-

PLAZA.-

Parte secreto de los servicios de información españoles que recoge la disolución del PUNS y la autorización a sus miembros «para unirse al Frente Polisario en su lucha contra Marruecos». Está fechado el 15 de noviembre de 1975.

¿Puede alguien creer que los servicios de información no estaban al tanto de la fuga y planes del vigilado Ijlihenna?

La agonía del PUNS aún se prolongó otros seis meses. A finales de mayo, los irreductibles del partido pidieron ayuda a la Administración para crear una milicia y nombrar funcionarios públicos. Las autoridades les dieron largas. El 6 de julio el Polisario organizó algaradas en todos los

puestos del sur del Sáhara. En Aargub los manifestantes asaltaron la sede del PUNS, en cuyo tejado izaron su propia bandera. Un dirigente del partido disparó su escopeta contra uno de los polisarios y fue detenido. El 17 de agosto el tesorero de la organización arrambló con los 1,3 millones de pesetas (7.813 euros) que quedaban en la caja y desertó a Marruecos.

Traicionados por todos, los menguados dirigentes del PUNS se reunieron en el barrio de Casas de Piedra a las nueve de la noche del 14 de noviembre de 1975, en vísperas de la Marcha Verde. Disolvieron el partido y animaron a sus partidarios a unirse al Polisario para luchar contra Marruecos.

BOMBAS EN EL AAIÚN

Presionado por dos intentos de golpe de Estado y violentos disturbios sociales, Hassan II distrajo la atención de su pueblo y de su ejército hacia el Sáhara Español. En 1974 diseñó un movimiento ficticio de liberación del territorio. La organización recibió el nombre de Frente de Liberación y Unidad (FLU) y le sirvió para encubrir ataques de sus fuerzas armadas contra puestos militares y atentados terroristas en El Aaiún. Entre sus víctimas figuran varios niños.

El 10 de julio de 1971 Hassan II celebró su 42 cumpleaños en el palacio de Sijrat, a 27 kilómetros de Rabat. Almorzaba solo bajo su tienda, como manda el protocolo. En las terrazas ajardinadas y salpicadas de chalets que se extienden a lo largo de tres kilómetros de playas, un millar de ilustres invitados conversaban, jugaban al golf y nadaban en la piscina. Entonces irrumpieron 1.400 cadetes de la academia militar de Ahermumu y la fiesta se convirtió en una carnicería.

El rey sobrevivió al golpe ocultándose en los retretes. En la matanza perecieron varios ministros y un centenar de diplomáticos, políticos y hombres de negocios. También fallecieron cuatro generales. Otros cinco, que estaban implicados en la asonada, fueron ejecutados inmediatamente. En un solo día, Marruecos perdió nueve de sus 15 generales. Y el rey descubrió que su trono cojeaba.

Hassan II ordenó a su hombre fuerte, el general Ufkir, que reprimiera las manifestaciones y las huelgas que se produjeron tras el golpe de Sijrat. Ufkir, el personaje más poderoso del país después del rey, era tan cruel como ambicioso. Alto y extremadamente delgado, tenía en el rostro una siniestra quemadura, que apenas ocultaban sus gafas oscuras. Él había sido

también el encargado de sofocar, con expeditiva brutalidad, las muestras de descontento que se repetían desde hacía tres años: ocupaciones de tierras por campesinos, huelgas de mineros y manifestaciones de estudiantes.

El rey no estaba a salvo. Trece meses después, el 16 de agosto de 1972, el ejército intentó de nuevo derribarlo. Hassan II volaba hacia Rabat tras pasar unas vacaciones en su castillo francés. El Boeing real, procedente de París, había hecho una escala en Barcelona, donde el monarca había almorzado con el ministro español de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo. Cuando sobrevolaba Tetuán, aparecieron seis F-5 marroquíes y lo ametrallaron. Una vez más, una serie de casualidades imposibles permitieron al rey salir ileso. En esta ocasión pagó la cuenta de sangre el propio general Ufkir, quien se *suicidó* de cinco tiros, alguno de ellos en la espalda. La corrupción del régimen había alcanzado tal grado de podredumbre que repugnaba hasta a los más leales al monarca.

A Hassan II no se le pasaron por alto dos detalles de esta nueva rebelión. Por una parte, los cazas que trataron de eliminarle habían despegado de la base estadounidense de Kenitra. Es decir, que el apoyo de Washington flaqueaba. De otro lado, la estrategia de la represión, que servía para someter al pueblo, no era efectiva con el ejército.

El monarca intentó conjurar estos peligros aproximándose más a Francia y enviando, en la primavera de 1973, a la amenazadora élite de sus tropas a combatir en los Altos del Golán, junto a Siria y Egipto, contra Israel.

Se reanudaron las huelgas. Incluso los grupos de oposición de Mohamed Basri^[86] atacaron varios puestos de la Gendarmería. Pero en esta ocasión el ejército estaba demasiado lejos para secundar la protesta.

La tranquilidad del rey duró poco. A principios de 1974 Siria, Egipto e Israel firmaron un acuerdo de paz. La vuelta de los militares a casa amenazaba de nuevo el trono. Hassan II urdió una estrategia para mantener a todos los marroquíes (pueblo y ejército) entretenidos en una partida de caza mayor. La pieza a cobrar era el Sáhara Español.

El plan se basaba en la extrema debilidad de España. Franco agonizaba. El almirante Carrero (contrario al abandono del territorio) había sido asesinado por ETA. Y no parecía probable que el príncipe Juan Carlos

decidiera jugarse la corona en una aventura africana. Hassan II contaba asimismo con el apoyo de Francia, donde su amigo Giscard d'Estaing acababa de ser elegido presidente de la República. Y el mundo árabe había contraído con él una deuda por los 700 soldados marroquíes muertos en Oriente Medio.^[87]

El rey actuó simultáneamente en tres frentes. Sobre el terreno, concentró a las tropas retornadas del Golán en la frontera con el Sáhara. De esta forma alejaba el peligro de un golpe de Estado y creaba la ilusión de un clima prebélico con España. En el interior, agitó ante el pueblo el reclamo de la unidad nacional. No le costó demasiado hacerse con el apoyo de la oposición: bastó con prometer una vaga apertura consistente en un gobierno de coalición en la primavera de 1974, elecciones generales y un parlamento para octubre de 1975. Más de 35 años después, la izquierda marroquí aún paga el desprestigio que le acarreó aquel pacto. En el plano internacional, Hassan II encomendó a los principales políticos del reino una intensa ofensiva diplomática ante más de 40 Estados.

Un ejército en la frontera

El cuerpo expedicionario marroquí regresó de Egipto los días 30 de abril y 3 de mayo de 1974. Inmediatamente fue enviado a la provincia de Tarfaya, fronteriza con el Sáhara. El material de guerra utilizado en Siria fue trasladado, a lo largo del mes de agosto, en aviones de Arabia Saudí hasta el aeropuerto de Rabat-Salé, desde donde fue transportado a bordo de camiones. Este arsenal fue ampliado con las numerosas compras de armamento que Hassan II realizó durante los meses siguientes: aviones en Estados Unidos, barcos en Francia, helicópteros en Italia, material usado en Corea del Sur... Informes secretos españoles se hacen eco de la incesante

llegada de barcos cargados de armas al puerto de Casablanca. En la mayoría de los casos se trataba de carísimos artefactos que sólo servían para enriquecer aún más a los altos jefes militares, que pagaban con dinero de Kuwait y cobraban comisiones escandalosas. Varias de aquellas partidas llegaron sin piezas de repuesto y los soldados no sabían manejar los artilugios más modernos.^[88]

La repentina presencia de los militares fue una maldición para los habitantes de Tarfaya, emparentados con los nativos del Sáhara Español y despreciados por Rabat. Los soldados expropiaron sus viviendas, requisaron sus camiones, se incautaron de sus cultivos y de su ganado y desviaron el agua de las ciudades de Tantán y Zak hacia sus cuarteles. Entraron en las jaimas y se llevaron cuanto les apeteció, desde víveres hasta alfombras. Destrozaron los palmerales para camuflar sus vehículos y derribaron casas y mezquitas para emplazar sus ametralladoras. Numerosas mujeres fueron violadas. Sus familiares eran insultados cuando acudían a la policía militar para quejarse: «¡Aquí están los de las *derraás*! ¿Queréis el Sáhara para vosotros solos? ¡Ya os arreglaremos las cuentas!». Un grupo se presentó ante el gobernador para denunciar los abusos, pero su demanda tuvo terribles consecuencias. Los militares no sólo quedaron eximidos de culpa. Además, muchas familias fueron forzadas a abandonar la provincia y trasladarse al norte del *uad* Draá. Y numerosos soldados oriundos de Tarfaya fueron destacados a otras zonas del país por temor a que decidieran amotinarse.^[89]

Las autoridades de El Aaiún estaban al corriente de la situación, pero desconocían las claves de la estrategia de Rabat. La desertión de un sargento marroquí de la tribu Erguibat, llamado Emhammed uld El Gadi, que el 4 de noviembre de 1974 se presentó en el puesto militar español de Hagunía, al norte de El Aaiún, y entregó su vehículo y su arma, les dio las claves que buscaban. El suboficial contó sus viajes a lo largo de la frontera, en compañía del teniente coronel Amarti, uno de los altos mandos de las Fuerzas Armadas Reales (FAR) en la zona, en busca de militantes del Polisario.^[90]

—No los buscábamos para dispararles, a menos que ellos nos atacaran —declaró—. Les dejábamos actuar porque al estorbar a España nos estaban

haciendo el juego. Además, tratábamos de ganárnoslos con el fin de evitar que crecieran demasiado y se convirtieran en un problema.

Para animarles a abrazar la bandera cherifiana, los militares les ofrecían dinero. Pero la inmensa mayoría de los guerrilleros rechazó la oferta. La corrupción se tragó, por supuesto, muchas de las cantidades destinadas a comprarlos. Una nota informativa confidencial del Gobierno General del Sáhara da idea de la situación: «Las autoridades marroquíes entregaron a Abdalahe uld Amed uld Hatat, de [la tribu] Ulad Delim, secretario del gobernador de Tantán, 80 millones de francos marroquíes [unas 800.000 pesetas de la época; 4.808 euros] para que los hiciera llegar al Polisario. Al parecer no ha entregado nada a nadie. En cambio, se ha comprado un barco de pesca y una parcela de tierra próxima a otra que posee el coronel Dlimi [sustituto del general Ufkir como ejecutor de la política represora de Hassan II]. A causa de ello ha cesado en su empleo y ha sido sustituido por Enfal uld Taleb, saharauí huido a Marruecos en 1958».^[91]

Cuando Rabat comprobó el fracaso de su estrategia para comprar al Polisario, decidió crear su propio grupo de liberación.

La leyenda de Ben Hamu

Mohamed ben Hammuch, luego conocido como Ben Hamú o Ben Hamu, es un personaje tan misterioso que parece irreal. Los pocos datos que existen de él datan de 1960, cuando rindió sus armas tras la disolución del Ejército de Liberación (EL), que había traído de cabeza a los militares españoles y franceses. Quienes le conocieron entonces le describen como un hombre fuerte, de unos 30 años, cejijunto, con bigote recortado y pelo corto y negro.^[92] Ya entonces tenía un abultado currículum. Al parecer, había sido sargento en el ejército francés, bajo cuya bandera se batió en la

Segunda Guerra Mundial y en Indochina. En 1955 desertó y se puso al frente de una partida para combatir a sus antiguos jefes. Acorralado, huyó a la zona española y vivió un tiempo como refugiado político en Tetuán y Xauen. La confianza que tenían depositada en él Mohamed V y el entonces príncipe heredero, Muley Hassan, además de sus dotes de mando, le catapultaron a finales de los cincuenta al puesto de jefe del Ejército de Liberación del Sur. Cuando éste fue disuelto, muchos de sus hombres ingresaron en las FAR; otros, los menos influyentes, fueron licenciados. A pesar de sus promesas, el gobierno jamás les reconoció ningún derecho. Algunos historiadores afirman que el rey ofreció entonces a Ben Hamu el grado de coronel, pero que él, tal vez despechado por la traición perpetrada por el trono, lo rechazó. Años más tarde, cuando el líder de la oposición Ben Barka, que había sido preceptor de Hassan II, se enfrentó a su antiguo discípulo, Ben Hamu le apoyó. A raíz del incidente, se vio obligado a huir a Argelia, donde supuestamente vivió hasta 1974. Ese año, el monarca echó mano de su leyenda para adornar su asalto al Sáhara.

Hassan II ya había ensayado antes la creación de un movimiento de liberación del Sáhara. En junio de 1972 nació en Rabat el Morehob (Mouvement de Résistance des Hommes Bleus). Su líder (y, que se sepa, único miembro) respondía por Edouard Moha. Era un antiguo agente de la policía marroquí, de unos 35 años, llamado Bachir Figuigui. En comunicados y ruedas de prensa proclamó su lucha por «la liberación de los marroquíes oprimidos en el Sáhara bajo el colonialismo». Pero la farsa no cuajó. En marzo de 1973 Moha-Figuigui se trasladó a Argel para dar mayor credibilidad a sus soflamas. Allí se entrevistó con el actual presidente de la RASD, Mohamed Abdelaziz. Durante el encuentro, intentó hacerle creer que conocía bien a los dirigentes del Polisario oriundos de Tarfaya. Le fue preguntando por todos ellos, hasta que cometió un error:

—¿Y cómo está el bueno de Hametu Jalili? —dijo.

Hametu Jalili es el nombre auténtico de Mohamed Abdelaziz.

Moha-Figuigui tuvo que escapar de Argel a toda prisa. En otoño de ese mismo año se estableció en Bruselas, desde donde siguió haciendo declaraciones. En enero de 1975 regresó a Rabat. Meses más tarde se entrevistó con la misión visitadora de la ONU y luego se eclipsó.^[93]

Hassan II necesitaba una leyenda como la de Ben Hamu para avalar un nuevo ejército de liberación. Pero el rey se resistía a despertar a la bestia dormida del EL, no fuera a revolverse contra él. En noviembre de 1973 llamó a palacio a 20 distinguidos veteranos que residían en Tarfaya. Algunos de ellos militaban en las FAR, otros ostentaban cargos civiles. La comisión mantuvo dos reuniones con el ministro del Interior y con el monarca para discutir la forma de reactivar la organización. Finalmente, Hassan II aplazó la decisión. Pero el fracaso de la política de atracción del Polisario y el escaso rendimiento de los agentes que había infiltrado en el Sáhara Español con la misión de captar voluntades le hicieron cambiar de opinión en el verano de 1974.

En agosto de ese año nombró al coronel Ahmed Dlimi jefe de la III Región Militar, que cubría la frontera norte del Sáhara. Dlimi, que hasta ese momento ocupaba el cargo de director del Gabinete Militar del rey, era un personaje tenebroso. Durante años había estado al frente de la seguridad del Estado, a las órdenes del general Ufkir. Había mantenido en sus calabozos a gran parte de los líderes de la oposición política y sindical, y se había complacido en torturarlos personalmente. Incluso se desplazó a París para eliminar al líder de la Unión Nacional de Fuerzas Populares (UNFP), Mehdi Ben Barka, y remitir a Rabat su cadáver troceado en un barril de ácido. También se le considera autor del *suicidio* de su antiguo jefe tras el fracasado ataque contra el Boeing real, en 1972.

Los hombres que habían llegado al Sáhara tras enterrar a centenares de camaradas en los Altos del Golán no recibieron su designación con entusiasmo. Al contrario que Ufkir, Dlimi era un hombre despreciado en el ejército. El general era un asesino, pero los militares sentían admiración por su impresionante hoja de servicios en los campos de batalla de Italia e Indochina. En relación con los niveles de corrupción de Marruecos, le consideraban relativamente honrado. El historial del coronel^[94] era diferente. No contenía nada de lo que pudiera enorgullecerse en público. Además, era notoria su debilidad por el dinero.

Dlimi desembarcó en Tarfaya con plenos poderes: sólo debía responder ante el rey. Organizó una oficina y situó al frente al teniente coronel Uali. La misión de éste consistía en obtener la máxima información posible sobre

el Sáhara Español. Para cumplirla, ordenó que todos los saharauis que entraran en Marruecos fueran interrogados. Los mandos militares debían localizar a los soldados nativos de la Agrupación de Tropas Nómadas o de la Policía Territorial que cruzaran la frontera para visitar a sus familiares y conducirlos a su presencia. Los *chiuj* recibieron instrucciones para que denunciaran a los civiles de su tribu que entraran en Tarfaya y los hicieran comparecer ante el gobernador de Tantán, Salah.

Tras ser sometidos a un exhaustivo interrogatorio, los saharauis eran invitados a alistarse en las FAR. En el caso de los militares, la oferta incluía tentadores incentivos económicos: una recompensa en metálico, el ascenso automático al grado superior del que tenían en el ejército español y un período generoso de vacaciones. Estas condiciones fueron confirmadas por el sargento marroquí El Gadi cuando reveló a las autoridades españolas la suerte de dos soldados que acababan de pasarse a Marruecos: «Han sido nombrados cabos primeros. Nada más alistarse les dieron tres meses de permiso, prorrogables si necesitaban más. El teniente coronel Uali le pagó a uno de ellos un millón de francos (601 euros). Al otro le dio sólo medio millón, porque no se había llevado el fusil», declaró El Gadi.

En cuanto a los civiles jóvenes, también les ofrecían enrolarse. Les pagaban 50.000 francos (30 euros) al mes, y les concedían nueve años de antigüedad y un subsidio familiar equivalente al que tendrían si fueran padres de seis hijos. Su destino era el cuartel del Batallón Meharista (fuerzas a camello) de Tantán, donde eran instruidos por 57 suboficiales pertenecientes a distintas tribus saharauis. Hacían vida aparte de los soldados marroquíes. No se alojaban en las instalaciones militares, sino en casas de la ciudad, y sólo acudían al cuartel para hacer instrucción. A mediados de noviembre ya habían sido reclutados 200 hombres de entre 18 y 20 años. Según el sargento El Gadi, 50 de ellos serían nombrados en poco tiempo cabos, y más de 30, soldados de primera. Estas condiciones, más ventajosas que las de un suboficial con 20 años de servicio, causaron un fuerte malestar entre los veteranos y animaron a desertar de las FAR hacia España a varios marroquíes de origen saharauí.

¿Para qué quería Dlimi soldados saharauis, si los de su ejército acababan de ser destacados lejos de la frontera del Sáhara por temor a una

rebelión? El coronel tenía sus razones. Premiaba a los desertores porque de esa forma desmoralizaba a las tropas nativas españolas. Y contrataba a los civiles porque ellos serían la cara visible del ejército de liberación que estaba fraguando entre bastidores.

La invención del FLU

Hassan II dio vía libre a la nueva organización a finales de 1974. El gobernador Salah y el teniente coronel Uali fueron los encargados de perfilarla en una serie de reuniones que se celebraron en Tantán durante el mes siguiente. Por esas fechas el rey ya había «perdonado» a Ben Hamu su apoyo a Ben Barka, le había hecho venir desde Argelia y le había instalado en un chalet de Rabat. Eso afirman repetidos informes de los servicios secretos españoles. Pero lo cierto es que ninguno de sus redactores vio jamás al legendario caudillo, que planea sobre toda esta historia como un fantasma. «Ben Hamu viajará a Tantán la próxima semana para ponerse al frente del nuevo ejército de liberación», decía uno de los partes confidenciales del Gobierno General de El Aaiún. «Ben Hamu no ha estado en Tantán ni en Tarfaya después de su vuelta a Marruecos», desmentía otro, fechado tres semanas más tarde. En los archivos del Sáhara, este hombre siempre está a punto de hacer algo, pero jamás lo consuma. Igual pudo participar en la creación del movimiento que estar muerto o confinado en una mazmorra. Nadie le vio.

SINTESIS DE INFORMACION CORRESPONDIENTE AL DIA 7 DE NOVIEMBRE DE 1974 N° 238 (Hoja 1)

Resumen de las declaraciones del Sargento de las FAR, EMMANUEL ULD EL GADI ULD BRAHIM ULD DJIL, Erguibat, Uld Musa, Uld Noia.INFORMACION DEL YEBHA

- Al principio (hace un año más o menos), el YEBHA estaba formado por hijos de saharauis, que estudiaban en Marruecos, más tarde se les añadieron algunos de la zona de TINDUF y más tarde los escapados del Sahara (hace pocos meses).
- Marruecos ha hecho ya varias gestiones para atraerse al YEBHA, ofreciéndoles dinero, pero hasta ahora no ha conseguido nada.
- El declarante iba siempre con AMARTI buscando a la gente del YEBHA por la zona, cuando empezaban a oír que atacaban nuestros puestos y se metían en Marruecos. No los buscaban para dispararles (a no ser que ellos atacaran) ni para ayudar a España ni al Sahara, sino por una parte para tratar de ganarlos y controlarlos ellos y por otra parte evitar que crecieran demasiado en número y se transformaran en un problema. Los tienen contralados de lejos, pero les dejan actuar porque tienen la esperanza de ganarlos más adelante y porque -aunque no trabajen para ellos- al estorbar a España les hacen el juego.
- Añade que hasta hace poco el YEBHA se llevaba muy bien con Argelia, pero recientemente les han dicho los argelinos que ni pisen TINDUF. Marruecos y Argelia tampoco se llevan muy bien. El YEBHA solo quiere Sahara independiente, nada de Marruecos ni de Argelia.

INFORMACION POLITICA DE MARRUECOS

- Cuando Marruecos vio que no conseguía atraerse al YEBHA, decidió montar una acción política. Para montar esa operación política llegó DELIMI a TANTAN (esto fue hace 3 ó 4 meses al principio de verano). Allí designaron una serie de militares y civiles que trabajan juntos bajo una misma dirección, formando una especie de "Deuxieme Bureau" (sic) bajo la dirección del Teocol. UELI, lugarteniente de DELIMI. La misión era obtener toda la información posible sobre el Sahara, todo saharauí que viajaba por cualquier motivo, si era civil, a través del Chej de su tribu, o si era militar, a través de mandos militares - (se refirió a soldados de ATN o PT que marchaban a Marruecos), eran llevados los prisioneros a presencia del Gobernador de TANTAN, SALAH y los segundos a la del Teocol. UELI. Allí se les ofrecía dinero y eran comprados para facilitar toda clase de información militar y política sobre el Sahara.

-Entre los militares encargados de esa misión están como más importantes:

-ABEBA CHEJ ULD SAIEC ULD BAALI	} Todos capitanes, algunos recién ascendidos.
-HABUBA ULD LABSID	
-MOHAMED ULD EMBAREC ULD EL HER	
-KIHDI ULD HUIMED, Yagut	
-AHMED ULD MULEY, Yagut	
-BEL-LAL ULD HEDDA	

-Entre los civiles están:

- BRAHIM ULD DJINI
- ALI BUIA ULD AOMAR ULD MELARA, retirado de las FAR y con el encargo especial de preparar gente para venir al Sahara como saharauis cuando se le diga (nunca confusamente y sin saberlo él mismo, se debe referir a los famosos exiliados, que pasarían al Sahara a una orden de Rabat).

Estos dos son los más importantes. También están todos los siguientes, que ostentan el cargo de Chej:

-FANDI ULD SAIEC ULD BAALI	
-SELAMA ULD JALIL, Erguibat, Uld Musa	
-DAHI ULD MAYEM, Erguibat, Uld Musa	
-ABESLAN ULD AMARA, Ait Lahsen, antiguo intérprete nuestro. (Este no quiere colaborar, pero por las presiones que le hacen no tendrá más remedio que hacerlo al final).	
-MUSTAFA ULD SERGU, Erguibat, Laiaicha	
-MOHAMED SALEM ULD LABSIDI, Erguibat, Boihat	
-ABDALA ULD AAYENNA, Erguibat, Selalca	
-CHEJ ULD AOMAR ULD MELARA	} Estos tres, hermanos de ALI BUIA, eran respectivamente Sargento, Brigada y Sargento de las FAR de donde se han retirado y han sido nombrados Chiejs
-SEIDAH ULD AOMAR ULD MELARA	
-HEIRA ULD AOMAR ULD MELARA	

CONFIDENCIAL

SINTESIS DE INFORMACION CORRESPONDIENTE AL DIA 7 DE NOVIEMBRE DE 1974 N° 238 (Hoja 2)

- Además de todos los citados hay más gente, Ciuj y del pueblo, que forman parte de esta organización destinada a obtener información del Sahara y a captar adeptos para Marruecos.
- Insiste en que no hay un solo saharauí que no sea localizado por alguien de esta organización y llevado a presencia del Gobernador SALAH o del Tecol. UELI, donde le dan dinero, no sabe cuanto, a cambio de información.
- Marruecos hizo el reciente despliegue de sus tropas por dos causas: una crear una barrera protectora para los desertores saharauí y sobre todo del YERHA que, como consecuencia de su campaña política, esperaban se pasarían en gran número; la otra razón era sembrar la inquietud y el miedo entre los habitantes del Sahara (españoles y saharauí) al pensar que efectivamente iban a atacar.
- Las propias tropas marroquíes y todos ellos creyeron los primeros días que iban a atacar y el miedo cundió entre las tropas porque decían y comentaban todos que "los españoles son mucho para nosotros" (sic), pero pasados estos días se dieron cuenta de que no iban a atacar. Marruecos NUNCA pensó en atacar realmente.
- Cuando llegaron estas tropas a la región, el Batallón meharista fué destacado en pequeños grupos que hacían de guías de las demás Unidades, como conocedores del terreno.
- La población de TARFAIA está descontenta con las tropas, que roban lo que pueden y molestan a las mujeres. Hay una policía militar que patrulla, pero en los jaleos que se producen, casi siempre le dan la razón a los militares.
- El despliegue militar actual de la región no es una cosa transitoria, sino que quedará siempre así: un batallón en cada puesto, cubriendo la zona con numerosas patrullas.

INFORMACION DEL YEIS TAHARIR

- Los propósitos de Marruecos con el Sahara son, si no tiene éxito la campaña política que actualmente lleva a cabo, intervenir con otro YEIS TAHARIR.
- Ya lo están organizando. Tiene filiados 200 hombres de 18 a 20 años. Están en TANTAN, siendo instruidos en el cuartel del Ben. Meharista. Les dan 50.000 francos al mes y no da más filiarlos les dan 9 años de antigüedad y subsidio familiar como si tuvieran 6 hijos. Ya han cobrado dos meses, el primero 65.000 francos y el segundo 50.000. Hay muchos clados saharauí, morenos y gente del Norte. Para instruirlos hay 57 suboficiales de tribus saharauí. El era uno de ellos. A estos suboficiales les han prometido un ascenso a primeros de año.
- De los 200 reclutados, 50 serán cabos y treinta y tantos soldados de 1º. Esto causa descontento entre los de las FAR, que dicen que tienen que esperar años hasta conseguir esas graduaciones y esa antigüedad.
- Los 200 tienen uniforme: el verde de meharistas. Hacen vida y horario aparte en el Cuartel. Cuando actúen llevarán un uniforme más claro, kandora y mailas.
- Actualmente están todavía en período de instrucción. Viven en casas en TANTAN y acuden al Cuartel a las horas de instrucción y de trabajo.
- Como armamento tienen el "transit", con el que hacen instrucción. Hasta la fecha no han sido instruidos mas que con esa arma. No sabe si más adelante les darán pesadas o metralletas.
- Marruecos tiene mucho interés en desertores militares del Sahara.
- De momento, Marruecos está esperando el resultado de su actuación política. Esperan el referéndum, el cual intentarán por todos los medios estropear, comenzando con la violencia y con el YEIS TAHARIR. Dice que hasta la fecha, exceptuando lo que oyó de que iban a venir tres a matar a HASSAN el locutor de Radio Sahara, no sabe que desde Marruecos se haya empleado la violencia en el Sahara, solo la política. La violencia vendrá después.
- Lo de HASSAN lo oyó decir a BRAHIM ULD DUMI, un día que oían la radio. También estaba delante y lo comentó MOHAMED ULD BRAHIM ULD SID, Ait Lehsen. El primero comentó: "Hassan estará muerto pronto". Al preguntarle él que por qué, le dijo que el Gobernador de TANTAN había dado dinero a 3 para matarlo.
- SEIHA también está sentenciado a muerte.
- De los 200 del YEIS TAHARIR, 70 son de Yagut. Los capitanes que nombró ayer están designados para mandarlos, cada uno un grupo, cuando estén instruidos. Reciben instrucción de guerrillas.
- El hecho de que los del YEIS TAHARIR recién filiados cobren más que un suboficial con 20 años de servicio ha creado gran descontento.

AGENTES MARROQUITES EN EL SAHARA

- Con respecto a saharauis colaboradores con Marruecos en su política, manifiesta haber oído decir que JATRI trabaja para Marruecos. Sabe que el Gobernador de TANTAN ha mandado dinero a JATRI recientemente.
- MOHAMED MULUD ULD SALEC ULD BAALI también trabaja para Marruecos. El 12 de Octubre, a las 14 horas, llegó a TIMBGLAI un helicóptero marroquí, pilotado por un sargento 1º, que llevaba al Coronel DELIMI, al Tecol. UELI, al Comte. HASAN, al Gobernador SALAH de TANTAN y al Cap. ABBU CHEJ. Por tierra desde Marruecos llegó también HANDI ULD SALEC ULD BAALI y desde el Sahara MOHAMED MULUD ULD SALEC ULD BAALI con un hijo suyo (no sabe cual). Se entrevistó con los anteriores, recibiendo una cantidad de dinero. Esto se lo ha contado el propio piloto del helicóptero.
- Otro agente marroquí es BUCHAR ULD AHMED ULD HAIDAR, de Izarguien. Sabe de él que hace algunos meses estuvo en Marruecos y se entrevistó con DELIMI y AMARTI (con AMARTI no está seguro). Ha oído decir a SELAMA ULD JALIL, Erguibat, Uld el Gadi, que BUCHAA había ido a TANTAN para hablar con el Gobernador.
- Con respecto a MAHAMUD BAHAMA, confirma la visita a RABAT con ABDALAH ULD JATAT, añadiendo que allí recibió 15 millones de francos para trabajar a favor de Marruecos y — pertrechar a su gente. En TINDUF estuvo haciendo después captación de adeptos y solo consiguió alistar a unos 15 hombres. Entonces fué detenido por la policía argelina que lo condujo a COLOM BECHAR. Los argelinos le propusieron que trabajara para ellos. No sabe si MAHAMUD aceptó o no. Lo cierto es que lo pusieron en libertad, por considerarlo que es posible que la venida al Sahara de MAHAMUD sea cumpliendo consignas argelinas y esté trabajando para ellos.

DESERTORES

- Sobre los dos desertores nuestros, dice que han sido nombrados Cabo primeros. Los dieron nada más filiarse tres meses de permiso, prorrogables si necesitaban más. Están en TANTAN, no sabe si en el YBIS TAHARIR o en una Unidad regular. Al de Yagut le dió el Tecol. UELI un millón de francos y al de Izarguien medio millón (por no entregar el fusil). Al segundo le dió el dinero el General de Agadir, que lo llamó

INFORMACION DE MAURITANIA

NI.2124.DGRN(Daora).041174.A-1 Por informes recibidos en la mañana de hoy en TEL, se tiene conocimiento de que se está construyendo un campo de aviación en la zona de HANEIDIA TEL-LIA, al Norte de la pista que una TANTAN con la Playa.
Los trabajos que se realizan a buen ritmo, los llevan a cabo unos 300 trabajadores.

NI.2125.DGRN(Daora).041174.A-1 En la mañana de hoy se ha tenido conocimiento de que en TANTAN, en el antiguo campo de aviación español de TAFSESETAT, han sido vistos cuatro aviones militares y dos helicópteros, los cuales según ha manifestado el informador han sido asignados fijos para el reconocimiento de la línea fronteriza del Sector Sur de Marruecos.

Aaiún, 7 de Noviembre de 1.974



Documento confidencial que recoge las declaraciones del sargento desertor de las FAR Emhamed uld El Gadi, donde éste explica el funcionamiento de los grupos terroristas organizados por Hassan II.

En las reuniones de Tantán sí estuvieron presentes varios de sus antiguos compañeros de armas. Una de sus tareas consistió en examinar los expedientes del viejo EL, que habían sido desempolvados y trasladados desde Rabat, para saber en qué situación y en qué lugar se hallaban los guerrilleros de 1958. Pronto comprobaron que era un empeño imposible.

Para localizar a los antiguos combatientes, el gobierno marroquí lanzó una fuerte campaña publicitaria. Los periódicos y las emisoras de radio animaron insistentemente a los veteranos y a las viudas y a los huérfanos de los caídos a acreditar su condición en oficinas repartidas por todo Marruecos, con el fin de que pudieran cobrar los atrasos que se les adeudaban. En la zona de Ifni, donde los guerrilleros habían sido especialmente activos, se presentó incluso una comisión que les convocó con el reclamo de que traía una recompensa en metálico para ellos. Naturalmente, no vieron un dirham. Las oficinas supuestamente habilitadas para abonar las deudas del Estado se transformaron en centros de reclutamiento para el nuevo movimiento.

Hassan II había ordenado que la mitad de los miembros de la organización fueran seleccionados entre la gente de Erguibat, la tribu más importante del Sáhara. El cuarenta por ciento debían pertenecer a Ait Usa y a Izarguien, también muy numerosas. El diez por ciento restante procederían de otras tribus. Pronto surgieron los roces por cuestión de origen entre ellos. Un informe confidencial del Gobierno General del Sáhara^[95] certificaba la repetición de las mismas rivalidades que socavaban la unidad del Frente Polisario. También en Marruecos las diferencias fueron originadas por «la arrogancia» que mostraban los Erguibat respecto a su papel en el futuro del territorio. «Como consecuencia —decía el documento—, ha sido necesario separar a los elementos de la siguiente forma: 1) Mayoría de Erguibat con Iaggut y Ait Usa, bajo el mando del capitán Abbua Chej. 2) Izarguien, Ait Lahsen y resto de tribus, bajo el mando de Mohamed El Jer». Estos dos capitanes habían luchado en el Ejército de Liberación. Pocos meses más tarde, el primero de ellos desertaría al territorio controlado por España.

A finales de febrero de 1975, Hassan II ya tenía listo un ejército de liberación a su medida. Los 500 combatientes fueron encuadrados en cuatro compañías y repartidos a lo largo de la frontera en grupos de 20. No vestían el uniforme verde olivo de las FAR, sino que se disfrazaban con *kandoras*, *zargüelles*, *nailas* y turbantes de color caqui, muy parecidos a los que utilizaban los polisarios. Iban armados con AK-47, fusiles con mira telescópica y pistolas rusas. Su misión consistía en infiltrarse en el Sáhara,

golpear a las tropas españolas y retirarse rápidamente bajo la protección del ejército.

En marzo de 1975 la emisora Radio Tarfaya y el periódico del Istiqlal, *Al Alam*, anunciaron a bombo y platillo el nacimiento del Frente de Liberación y Unidad del Sáhara (FLU). Bajo este nombre, las acciones terroristas y militares de Marruecos en el territorio serían justificadas como una continuación de la lucha del histórico e inaprensible Ben Hamu.

Terroristas en El Aaiún

Hassan II había conseguido introducir en el Sáhara a medio centenar de agentes, que provocaron incidentes en los tajos de las pistas del desierto, alimentaron los recelos de los *chiuj*, temerosos de que una rápida retirada de los españoles no les diera tiempo a ponerse a bien con Marruecos, y perpetraron atentados terroristas. El secretario general del PUNS, Ijlihenna uld Rachid, había profetizado esta ofensiva al secretario general del Sáhara, Rodríguez de Viguri, en una conversación confidencial que mantuvieron el 9 de enero de 1975: «En El Aaiún hay muchos promarroquíes —le advirtió—. Estoy seguro de que ahora están introduciendo armas en la ciudad. El día menos pensado nos matan a gente de aquí».

Trece días después, el 22 de enero, se confirmaron sus presagios. Faltaban cinco minutos para las diez de la noche cuando tres explosiones simultáneas sobresaltaron a los habitantes de la ciudad. Alguien había arrojado dos bombas sobre la tapia del cuartel de la Policía Territorial en el momento en que los militares pasaban lista de retreta. La deflagración dejó a nueve soldados heridos graves y a 27, leves. Otros dos artefactos fueron lanzados en el control que la Policía Territorial tenía en la salida de la carretera que unía El Aaiún con Smara. Un civil saharauí tuvo que ser hospitalizado. Por último, una bomba eléctrica estalló en la sede que tenía

el PUNS en el barrio nativo de Casas de Piedra. Los espías del Gobierno General culparon de los tres atentados a dos saharauis que huyeron inmediatamente a Marruecos. Nada más llegar a Tarfaya acudieron a ver al *chej* que les había captado. «¿Por qué habéis venido? —les espetó el marroquí—. ¡Habéis estropeado el asunto!»^[96]

Las tres explosiones fueron el anuncio de una campaña de atentados terroristas que azotó el Sáhara durante aquel año. A las once y media de la noche del 4 de mayo estalló una bomba en el servicio de caballeros del céntrico bar Bolera Americana y dejó herido al hijo del propietario. Casi al mismo tiempo, hizo explosión otra bajo el Seat 850 de un civil español. La onda expansiva rompió los cristales y desencajó los marcos de las puertas en los edificios cercanos. A la una y veinte de la tarde del día siguiente falleció un estudiante de 16 años cuando intentaba colocar un explosivo en la parte trasera de la Jefatura de Intendencia. El muchacho era hijo de un barbero marroquí y había nacido en El Aaiún.

A las ocho y diez de la tarde del 6 de mayo se produjo una fuerte deflagración en la parte trasera del centro de Lucha Canaria, muy cerca del Instituto de Enseñanza Media. Había allí varios bidones en los que los vecinos del humilde barrio de Las Latas tiraban la basura. Uno de ellos había reventado. A cuatro metros quedó tirado el cuerpo de un niño de unos diez años. Los policías acudieron inmediatamente y conjeturaron, por la piel quemada del muerto, que debía de tratarse de un saharauí que manipulaba una bomba cuando ésta le estalló en las manos.

El suceso provocó escenas de histeria y confusión en el barrio. Las madres llamaban a sus hijos y se encerraban con ellos en las casas. Los hombres se arremolinaban en torno al cadáver, que los agentes habían tapado con una manta. Se oían gritos de indignación. Al mismo tiempo, dos policías que acudían al lugar se toparon con un saharauí que huía. Al intentar detenerlo, el joven intentó arrebatarse a uno de ellos su fusil ametrallador Z-45. En medio del caos, un canario llamado José Antonio Pérez, de 35 años, buscaba a su hijo:

—¡Me falta mi hijo, me falta mi hijo!

Los policías le llevaron junto al cadáver. Levantaron la manta para que pudiera verlo, pero no lo identificó. Como el hombre seguía buscando al

muchacho, varios agentes se acercaron a su vivienda. Preguntaron a los familiares cómo iba vestido el desaparecido. Por la descripción de sus ropas confirmaron que se trataba del muerto.^[97]

Las bombas del FLU sembraron el pánico en la ciudad. A partir de entonces los militares durmieron con la pistola en la mesilla de noche. Los civiles sólo salieron a la calle para ir al trabajo y recelaron de todos los nativos. Y las madres prohibieron a sus hijos que se alejaran de las puertas de sus viviendas las pocas veces que les dejaban salir a jugar.

La responsabilidad directa de las autoridades marroquíes en estos atentados quedó de manifiesto una semana más tarde, cuando fue descubierta una red compuesta por 14 infiltrados en el territorio. Durante los interrogatorios, varios de sus miembros confesaron que en un hotel de Tantán se alojaban medio centenar de jóvenes de entre 19 y 24 años. Un teniente originario del Rif les entrenaba en técnicas terroristas. También revelaron que, cuando un grupo era designado para una misión, el propio gobernador de Tantán recibía a los miembros en su casa y les entregaba armas, granadas y 35.000 pesetas por cabeza (210 euros). Luego, el coronel Dlimi pronunciaba una arenga. Las partidas eran trasladadas en helicóptero hasta la frontera, desde donde se internaban en el territorio español. Uno de los grupos tenía como misión colocar bombas en el cine Las Dunas (el único de El Aaiún) y en los bares de prostitutas de la ciudad. A otro le habían sido encomendados los asesinatos de un locutor de Radio Sáhara, llamado Hassan, muy popular por sus charlas contra las pretensiones anexionistas de Rabat, y del sargento desertor marroquí El Gadi. En días posteriores, la Policía Territorial detuvo a diez terroristas armados con 16 granadas de mano, cinco pistolas, cinco cargas de plástico y cinco mecanismos de relojería.^[98] Sorprendentemente, el gobierno de Madrid sólo formuló débiles protestas ante la ONU.

Además de las acciones contra la población civil, los marroquíes minaron pistas del desierto y atacaron varios puestos militares. El 23 de marzo, 12 hombres tirotearon el de Amgala, junto a la frontera con Mauritania. No fue una escaramuza. Según el informe confidencial que da cuenta del hecho, el ataque duró una hora y para repelerlo los españoles tuvieron que efectuar 2.577 disparos y lanzar 27 granadas de mano. El 4 de

mayo fue tiroteado el puesto de Echdeiría, al norte del nacimiento de la Saguia El Hamra. Al día siguiente, Radio Rabat atribuyó la acción al FLU. Sin embargo, varios nativos de la zona declararon a los españoles haber visto vehículos de las FAR retirándose hacia Marruecos tras el enfrentamiento. El 10 de mayo, dos helicópteros de reconocimiento fueron atacados por misiles marroquíes a tres kilómetros de la frontera. Cinco días más tarde fue asaltado un camión civil en la misma zona: uno de sus ocupantes fue asesinado y otro resultó herido de gravedad. El 24 de junio un vehículo de artillería voló por los aires tras pisar una mina. En el suelo quedaron muertos un teniente, un sargento y tres soldados. No serían los últimos. Tampoco estas acciones hicieron reaccionar al gobierno de Madrid, que ni siquiera retiró a su embajador en Rabat.



Entierro de tres agentes nativos de la Policía Territorial, muertos al explotar una bomba colocada por infiltrados marroquíes en El Aaiún, en julio de 1975.

Los muertos españoles fueron enterrados de forma casi clandestina por orden del último gobierno de Franco. La única respuesta contundente que encontraron las tropelías de Marruecos llegó de los saharauis que servían en las FAR y, unos meses más tarde, de los que militaban en el Frente Polisario.

Enfrentamientos en las FAR

Desde finales de 1974 y hasta que España anunció su intención de entregar el Sáhara a Marruecos, las deserciones de soldados y suboficiales de las FAR originarios de la zona de Tarfaya fueron constantes. Estos militares se veían en el dilema permanente de desobedecer las órdenes que les daban o abrir fuego contra sus familiares del territorio español.

La tensión estalló el 15 de abril de 1975. Tres camiones marroquíes cruzaron la frontera y se adentraron en el Sáhara. En ellos viajaban 90 hombres. Tenían orden de atacar el acuartelamiento de Mahbes, cercano a la frontera. Los vehículos se detuvieron a pocos kilómetros del objetivo y los soldados descendieron. El jefe del grupo explicó el plan: la ofensiva correría a cargo de los soldados de origen saharauí, mientras que los demás permanecerían en retaguardia para facilitarles la huida. De este modo, la acción podría ser atribuida al FLU aun en el caso de que alguno de ellos cayera durante el tiroteo. Al frente de los atacantes debía ir un capitán de la tribu Erguibat. Cuando recibió la orden de avanzar, el oficial se negó. Le explicó a su jefe que se sentía incapaz de luchar contra sus familiares sin un motivo justificado. El otro le abofeteó, mientras un soldado le derribaba de un culatazo en la nuca. Otro soldado, éste de origen saharauí, disparó y el jefe del grupo se desplomó con un agujero en la frente. A continuación se formó una refriega en la que murieron siete hombres más. Según el informe español sobre este episodio, «una vez normalizada la situación, la columna regresó a Marruecos, donde sus miembros recibieron instrucciones para que justificaran los muertos y heridos alegando un accidente de coche».^[99]

Menos de dos meses más tarde, el 7 de junio, los marroquíes prepararon un nuevo asalto a Mahbes. El ataque formaba parte de una operación simultánea que incluía también los puestos de Negritas, Hausa y Echdeiría, al norte del Sáhara. Pensaban sorprender a unas guarniciones escasas y mal armadas. Pero estaban equivocados.

El capitán Abbua Chej recibió la orden de dirigir el ataque contra Mahbes. No era un oficial cualquiera: había sido miembro del Ejército de Liberación de Ben Hamu y había participado en la creación y en la organización del FLU. Poseía toda la información de la guerra sucia que

Hassan II estaba realizando contra el Sáhara. Como muchos otros, había sido un buen soldado mientras le habían mandado defender las reivindicaciones de Marruecos frente a los españoles en Ifni, o la causa árabe frente a Israel. Pero su disciplina flaqueaba desde que el objetivo consistía en hacer daño en su tierra. Sus críticas acababan de costarle un mes de arresto. Hacía tiempo que le daba vueltas a la idea de desertar.

La acción estaba programada para las tres de la madrugada del día 8. Varias horas antes, el capitán se acercó en su vehículo hasta las proximidades de Mahbes y disparó una ráfaga de ametralladora al aire. Los españoles respondieron con fuego de mortero. Abbua volvió al campamento e informó por radio a sus superiores de que el cuartel estaba bien defendido. A continuación ordenó a sus hombres que se alejaran de la zona.

Retornó a las cercanías del fuerte a la mañana siguiente. No adoptó ningún dispositivo de combate y envió a dos soldados a parlamentar. Volvieron al poco con la respuesta: el oficial al mando de la base, un teniente llamado José del Valle, requería su presencia. El capitán se aproximó en su vehículo. Fue obligado a detenerse junto a la alambrada. El teniente tenía muy claras sus obligaciones: tal vez aquel oficial marroquí quisiera cambiar de bando, pero lo cierto es que había entrado con hombres y armamento en el territorio. Le advirtió de que estaba en el punto de mira de un cañón CSR y ordenó que lo arrestaran, y a su unidad con él. Los españoles les requisaron 35 kalashnikov, tres lanzagranadas, una ametralladora pesada, seis vehículos y cuatro misiles antiaéreos portátiles Sam-7. A la vista de aquel arsenal quedaba claro que si el capitán hubiera querido hacer daño, lo hubiera hecho.

Abbua Chej proporcionó a los españoles abundante información sobre el FLU y sobre las tropas concentradas al otro lado de la frontera. Declaró que era partidario de la independencia del Sáhara y que estaba dispuesto a colaborar en la forma que se le indicase. Ofreció incluso hacer declaraciones en la radio, en la prensa y en la televisión para denunciar las maniobras de la política anexionista de Marruecos.^[100] El gobierno de Madrid tenía en las manos una bomba para desenmascarar públicamente el juego sucio de Rabat. Sin embargo, las autoridades volvieron a mirar hacia otro lado.

El lobby marroquí

Mientras perpetraba en el Sáhara esta guerra sucia, Hassan II desplegaba en el exterior una creciente actividad diplomática. Desde 1960, su táctica en la ONU consistía en presentar la descolonización como un asunto de incumbencia internacional. Sus argumentos obtenían gran eco entre los países del bloque socialista. En realidad, la ardorosa defensa de esas tesis progresistas era un modo de presionar a España para que accediera a negociar bajo mano la entrega del territorio.

Durante esa década y principios de la siguiente, el rey realizó numerosas gestiones secretas para forzar a Franco a una cesión pactada. En esta labor le apoyaron poderosos padrinos españoles. Uno de ellos fue el diplomático Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del gobierno José María Aznar. El 7 de septiembre de 1960 Aznar, que era embajador en la ONU, llegó a ofrecer a Rabat negociaciones bilaterales sobre Sidi Ifni, el Sáhara y Ceuta y Melilla. Otro amigo de Hassan II era el capitán general Muñoz Grandes,^[101] que a partir de 1962 mantuvo varias entrevistas con el dirigente del Istiqlal y padre de la teoría del Gran Marruecos, Allal El Fassi. El laureado capitán general intentó convencer a Franco para que cediera el Sáhara a Marruecos. En lugar destacado de la lista de intrigantes figura el ministro José Solís Ruiz, conocido como «la sonrisa del régimen». Solís comenzó su relación con Hassan II como mensajero entre el dictador y el monarca y terminó asesorando sobre los intereses de este último en España.

En 1974 Hassan II decidió lanzar su gran ofensiva anexionista. No puede decirse que fuera una acción improvisada. De entrada, nombró un gobierno especialmente diseñado para la batalla que se avecinaba. Aunque la presidencia seguía en manos de su cuñado Ahmed Osmán, varios personajes de probada solvencia se hicieron cargo de las carteras claves: Ahmed Laraki (Asuntos Exteriores), Ahmed Taïbi Benhima (Información) y Echinger (Interior). Más significativo que el de este último es el nombre de su secretario de Estado: Driss Basri, que en poco tiempo se convertiría en el hombre del rey para los trabajos sucios. Los saharauis que han sobrevivido a su eficaz represión en penales secretos de Marruecos pueden

dar fe de que fue un digno heredero del general Ufkir y del coronel Dlimi. Otro hombre clave fue el director del gabinete real, Ahmed Bensuda.

Pocos meses antes, el asesinato del almirante Carrero Blanco había forzado también a Franco a cambiar de Gabinete. El nuevo presidente del gobierno era Carlos Arias Navarro. Se trataba de un hombre formado en la escuela de los represores del régimen. Sus conocimientos de política internacional eran nulos. Sentía absoluto pavor a que el problema del Sáhara pudiera enemistar a España con los países árabes y a que éstos cortaran el suministro de petróleo en represalia. El diplomático Francisco Villar narra una anécdota ilustrativa en este sentido. El 23 de abril de 1974, Arias celebraba una cena en honor del primer ministro libio, Yallud, que se hallaba en España de visita oficial. Durante el ágape, el árabe atacó la presencia española en el Sáhara. Arias palideció y fue incapaz de improvisar una réplica.^[102]

El ministro de la Presidencia, Antonio Carro, fue el encargado de ocuparse del problema. Junto a él, Arias colocó al coronel Eduardo Blanco como director general de Promoción del Sáhara. Blanco era de la escuela del presidente: había sido su segundo en la siniestra Dirección de la Seguridad del Estado y le había sucedido en el puesto. Al frente del ejército estaba el teniente general Coloma Gallegos y en Asuntos Exteriores, el diplomático Pedro Cortina Mauri. Es decir, que el Gabinete que iba a enfrentarse con Hassan II en la batalla del Sáhara estaba compuesto fundamentalmente por militares y represores incapaces de jugar en el tablero internacional con una posibilidad razonable de éxito.

MISERIAS DEL GRAN JUEGO

La precaria salud de Franco paralizó al gobierno español. Hassan II aprovechó el desconcierto y recabó la ayuda de Francia y de Estados Unidos para sus planes expansionistas. El presidente Valéry Giscard d'Estaing negoció desde París el imprescindible apoyo político de Mauritania. Mientras tanto, la Marcha Verde era diseñada por agentes norteamericanos en un gabinete de estudios estratégicos situado en Londres y financiado por Kuwait. El secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger dio el visto bueno a la operación.

A Antonio Carro, sus compañeros de Gabinete le apodaban *Cromañón*. Tenía la nariz chata, los pómulos anchos, la mandíbula prominente, los ojos semiocultos por unas cejas hirsutas y el cráneo plano. Caminaba con los hombros alzados y la espalda encorvada, como si aún no hubiera logrado dominar plenamente la bipedestación. Pero esta imagen primitiva se desmoronaba en cuanto abría la boca y dejaba oír una voz fina y pausada, un educado susurro. Carro era un ejemplar muy evolucionado del franquismo, un especialista en apuñalar a sus enemigos con informes confidenciales, que había logrado hurtar el cuerpo en todas las reyertas del régimen a base de pasar inadvertido dentro de unos trajes grises que le daban apariencia de bedel. Aquel hombre era gallego y tenía el sentido común por evangelio.

Desde mediados de los años sesenta, el Sáhara había sido motivo de enfrentamientos constantes en el gobierno. De un lado, los hombres afectos a la Presidencia se empeñaban en retener el territorio haciendo caso omiso a las llamadas de la ONU para que España iniciara la descolonización. De otro, los funcionarios de Asuntos Exteriores, presionados en los foros

internacionales, abogaban por una salida rápida. Esta pugna había acabado con la carrera del ministro de Exteriores Castiella, y sobre ella habían pasado de puntillas sus dos sucesores: López Bravo y López Rodó. El nuevo titular de la cartera era Pedro Cortina Mauri, pero a Carro le correspondía la administración del territorio, y no estaba dispuesto a que esa tarea le costara el Ministerio de la Presidencia, que acababa de obtener. Por eso, en enero de 1974, con su nombramiento en la mano, se trasladó al palacio de El Pardo para consultar a Franco.

Sentado ante la mesa atestada de carpetas del jefe del Estado, Carro le expuso al general el problema que suponían las presiones de Naciones Unidas. Franco hizo un gesto de impaciencia:

—Si hay que ir a la guerra, vamos.

Carro no insistió. Mientras Franco viviera, España no abandonaría el territorio.^[103]

La idea del dictador consistía en dilatar la descolonización otorgando al Sáhara un estatuto de autonomía que pusiera su administración en manos de los nativos. En la práctica sería un papel mojado, porque todas las decisiones que tomaran los saharauis deberían ser sancionadas por el gobierno de Madrid. Pero con él quizá se calmaran los apremios de la ONU. Franco encargó a Carro la elaboración del proyecto.



Jaime de Piniés, en su despacho de la Embajada de España ante la ONU.

Si el ministro pensaba que amparándose en una orden directa del jefe del Estado iba a eludir los enfrentamientos con sus compañeros del gobierno, se equivocaba de plano. No contaba con los achaques que amenazaban la salud del dictador.

Seis meses después de la audiencia de Franco a Carro, el titular de Exteriores, Pedro Cortina, realizó una visita oficial a Washington. A la vuelta, recaló un par de días en Nueva York. Se hospedó con su esposa en el palacete del número 18 de la calle 72 Este, sede de la Embajada de España ante la ONU. Enfrente estaba la legación diplomática de Marruecos.

El embajador español era Jaime de Piniés. Este diplomático llevaba 15 años moviéndose por los pasillos de Naciones Unidas, había presidido en dos ocasiones el Consejo de Seguridad y años atrás había alcanzado popularidad en Estados Unidos al plantar cara al líder soviético Nikita Jruchev durante una violenta discusión en la Asamblea General. La foto de ambos blandiendo sus índices ante las narices del contrario fue portada de *The New York Times*. En el currículum del embajador figuraban los procesos de descolonización de Guinea Ecuatorial e Ifni. Hacía menos de

un año había sido arrancado de un merecido respiro en la Embajada de Londres y situado nuevamente al frente de la legación en la ONU.

Cortina era la antítesis del embajador. De Piniés era corpulento, moreno, bigotudo y sonriente. Cortina era flaco, lucía una elegante cabellera blanca aplastada hacia atrás que sobrepasaba en varios centímetros la moda del régimen, y era serio como la muerte.

Cuando, durante su estancia en Nueva York, el ministro le explicó al embajador el proyecto de autonomía que Franco había aprobado verbalmente en mayo, De Piniés torció el gesto:

—No servirá para nada.

—Pues es lo que hay. Es lo que nos da Presidencia del gobierno, y con ello habrá que trabajar este año —anunció Cortina.

—Esto no sirve para nada —insistió De Piniés—, porque a la comunidad internacional no le interesa si se le da a la población más o menos participación en la administración del territorio. Lo que espera, al cabo de tantos años, es que las promesas que hemos hecho se materialicen.

—Dudo que logremos más.

—Pues entonces ya podemos prepararnos para los conflictos que nos van a caer encima.^[104]

Su profecía se hizo realidad en treinta días.

Hassan II amenaza a Franco

Los servicios secretos de Hassan II tenían una discreta oficina en la Gran Vía de Madrid. Desde allí, un reducido grupo de espías se ocupaba de trabajos en los que el embajador Abdelatif Filali no podía mancharse las manos: pago de sobornos, control de disidentes marroquíes, espionaje militar... En julio, un golpe de suerte puso en sus manos el estatuto de

autonomía redactado por Antonio Carro. El texto fue remitido inmediatamente por valija diplomática hacia Rabat.^[105]

El rey de Marruecos no habría podido recibir un regalo mejor. Hasta ese momento, una parte importante del mundo árabe se resistía a avalar su reivindicación sobre el Sáhara. Muchos países, contrarios al expansionismo marroquí, preferían confiar en que España llevaría a cabo la descolonización. Pero ahora, con el estatuto de autonomía en sus manos, Hassan II podía demostrar que Franco sólo pretendía aprovechar el proceso de autodeterminación para prolongar de forma indefinida su presencia en el desierto. Aquel borrador le dio pie para organizar un escándalo internacional y acercar a su bando a los jefes de Estado más reacios a su política. El 8 de julio, con ocasión de la Fiesta de la Juventud, pronunció un discurso en el que amenazó con «la movilización general» de sus súbditos «para la recuperación de los territorios usurpados». Al día siguiente entregó al embajador de España, Adolfo Martín Gamero, una destemplada carta para el general.

SECRETO

FRANCO
11-VI-1974

ESTATUTO DEL TERRITORIO DEL SAHARA

CAPITULO I. DEL TERRITORIO DEL SAHARA Y DEL -
PUEBLO SAHARAUI.

Artículo 1º. El Sahara atlántico, delimitado geográficamente -
en cuanto a su frontera terrestre por los Tratados de 27 de ju-
nio / 11 de diciembre de 1.900 y 3 de octubre de 1.904, es un -
Territorio administrado por España que ejerce sus competencias -
de acuerdo con los principios contenidos en el artículo 73 de la
Carta de las Naciones Unidas.

Artículo 2º. España garantiza al pueblo saharaui (la integridad -
de su territorio y) el libre ejercicio de su derecho a la autode-
terminación. Toda alteración en el Estatuto político del Sahara
deberá ser decidida de conformidad con la voluntad del pueblo -
saharaui.

Artículo 3º. España ^{reconoce} (garantiza) al pueblo saharaui la exclusiva -
propiedad de sus riquezas y recursos naturales y el disfrute de -
sus beneficios.

SECRETO

Artículo 49. La condición de saharauí corresponderá exclusivamente a los (naturales) del Territorio (y se probará mediante la inscripción en el censo central del Aaiun y la posesión del Documento Oficial de Identidad.) Una Ley determinará las formas de adquisición y pérdida de la condición de saharauí y organizará el censo.

Durante el período de vigencia de este Estatuto los saharauís gozarán de todos los derechos a la nacionalidad española siempre que esto se ajuste a sus estructuras peculiares.

Artículo 50. El Estado español garantizará la integridad territorial del Sahara, lo representará en el ámbito internacional y asegurará su defensa. Los asuntos internos serán de competencia de los órganos propios del Territorio.

CAPITULO II. DEL GOBERNADOR GENERAL

Artículo 60. Las competencias reservadas a España por el artículo anterior, se atribuyen a un Gobernador General nombrado por el Jefe del Estado español a quien corresponderá (el ejercicio de las competencias reservadas y) la organización de los servicios requeridos al efecto, así como la tutela del régimen del Territorio y la defensa de las instituciones.

Artículo 70. Un Subgobernador, también nombrado por el Jefe del Estado, sustituirá al Gobernador General en casos de ausencia o Incapacidad de éste.

Estatuto de autonomía para el Sáhara, que nunca llegó a promulgarse. Contiene varias correcciones a mano y una anotación: «Franco. 11-VI-1974».

La misiva llegó en un momento crítico. El dictador había sido hospitalizado el 9 de julio a causa de una tromboflebitis. Diez días más

tarde traspasó temporalmente sus poderes al príncipe Juan Carlos. Hasta el 26 no pudo responder a Hassan II. Le remitió un mensaje muy cauto, en el que decía que España se limitaba a seguir la política de los últimos años, si bien adaptada a la doctrina de la ONU. El rey intuyó que la precaria justificación de Franco era una muestra de la debilidad española.

La tormenta internacional que Hassan II había hecho estallar sobre Madrid ablandó las posiciones del gobierno. En agosto el monarca envió a España a su primer ministro, el *cuñadísimo* Osmán, y al titular de Exteriores, Laraki. Su misión consistía en proponer a los españoles un arreglo al margen de la ONU. Los emisarios se entrevistaron con el presidente del gobierno, Carlos Arias, y con los ministros de Exteriores y de Presidencia, Pedro Cortina y Antonio Carro.

Osmán y Laraki gozaban de bien ganada fama de intrigantes. Entre halagos y amenazas veladas, hicieron ver a sus interlocutores que la reacción árabe ante el proyecto de autonomía demostraba que la prolongación de la presencia española era imposible. Luego expusieron los peligros que, a su juicio, implicaría para España un Sáhara independiente gobernado por un régimen socialista.

—Las islas Canarias se hallan a sólo cien kilómetros de El Aaiún. ¿Cuánto creen que tardaría en llegar a ellas la onda expansiva independentista? —advirtió Osmán.

El primer ministro argumentó que sólo Marruecos podía garantizar los intereses españoles en la zona. Incluso afirmó que su gobierno estaba dispuesto a compartir los fosfatos de Bucrá y la pesca del banco sahariano a cambio del traspaso del territorio.

Aunque el anciano Franco se aferraba al Sáhara con sus últimas fuerzas, Arias necesitaba rebajar la presión internacional. Al cabo de dos horas de negociación, accedió a paralizar el estatuto de autonomía.

—Sin embargo, debemos cumplir el referéndum de autodeterminación que nos ordena la ONU —alegó Cortina.^[106]

Osmán y Laraki rechazaron de plano la consulta. Sus motivos eran los mismos que les han llevado a boicotearla hasta hoy: estaban seguros de perderla. Para aplacarlos, Arias les aseguró que encauzaría la

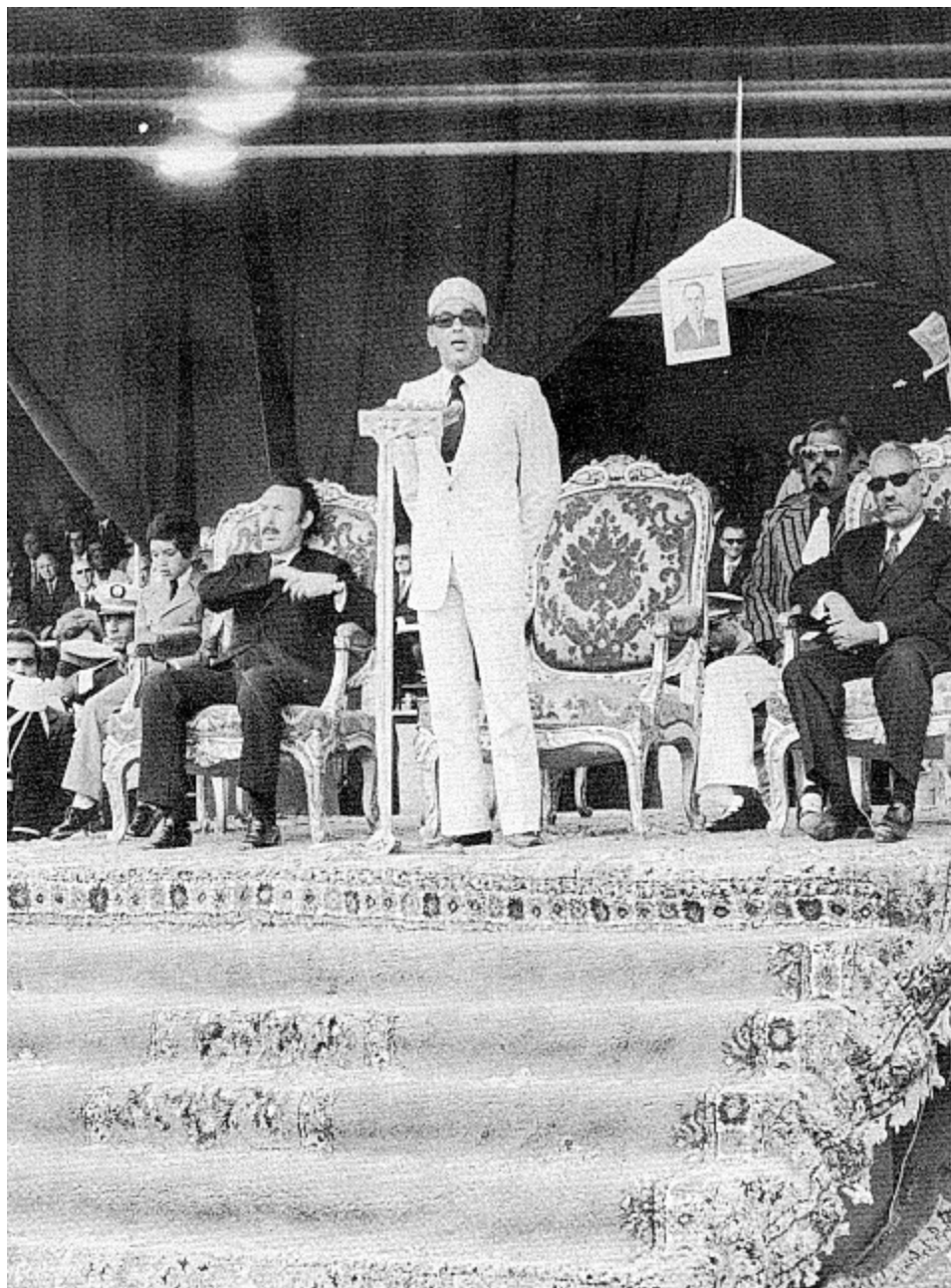
autodeterminación hacia Marruecos. Pero esta promesa no satisfizo a sus interlocutores.

Las tesis marroquíes eran avaladas por una larga serie de personajes e instituciones del Estado. El *lobby* promarroquí estaba formado por gentes tan heterogéneas como el embajador español en Rabat, Adolfo Martín Gamero; el Alto Estado Mayor; el Instituto Nacional de Industria; el financiero Alfonso Fierro; el *Abc* de Luca de Tena; el *Blanco y Negro* dirigido por Luis María Anson; el ministro José Solís... Todos ellos, dirigidos por la batuta del inteligente embajador de Marruecos en Madrid, Filali, formaban una auténtica diplomacia paralela que socavaba la que desarrollaba el Palacio de Santa Cruz bajo el mando del ministro Pedro Cortina.

España anuncia un referéndum

Madrid ordenó a las autoridades de El Aaiún que hicieran creer a los nativos que el estatuto ya se había publicado y sólo se demoraba la constitución del consejo de gobierno previsto en el mismo. En el territorio acababan de aterrizar un nuevo gobernador, el general Federico Gómez de Salazar, en sustitución de Fernando de Santiago, y un nuevo secretario general, el coronel Luis Rodríguez de Viguri. El primero era un tipo campechano, popular entre la tropa, cuya pública debilidad por las mujeres le valió el mote de *Gigi El Amoroso*. El segundo era un hombre de despacho, tímido, bajo, grueso y extremadamente inteligente que recibió el apodo de *Boliche*. El coronel Eduardo Blanco, director general de Promoción del Sáhara, trasladó a Rodríguez de Viguri las reservas de Madrid sobre el estatuto con la siguiente frase: «Guárdalo en el cajón. Ve aplicándolo, pero esto no tiene por qué trascender». Unos días después le comunicó que se olvidara definitivamente del documento. Rodríguez de

Viguri presentó la dimisión. Había comprometido su palabra ante los saharauis y ahora se veía obligado a traicionarla. Pero su renuncia fue rechazada.^[107]



Hassán II, flanqueado por los presidentes de Argelia, Huari Bumedián, y de Mauritania, Mojtar uld Dadá, durante un acto público celebrado en Marruecos.

La marcha atrás española tuvo repercusiones en el campo internacional. El recién elegido presidente de Francia, Valéry Giscard, era amigo de Hassan II. Hacía casi veinte años que los franceses se habían marchado de Marruecos, pero habían dejado amarrados fuertes intereses económicos. Respaldar al rey en su reivindicación era además una cuestión de Estado: con un Sáhara marroquí todo el África occidental sería francófona. Giscard movilizó a sus peones para convencer al presidente mauritano, Mojtar uld Dadá, de que cambiara de bando. El presidente de Túnez, Habib Burguiba, y el de Senegal, Léopold Senghor, se aplicaron a fondo en la misión. Poco a poco, Mauritania comenzó a aproximarse a Rabat.

El presidente uld Dadá era un abogado de 50 años muy receptivo a las sugerencias de París. Estaba casado con una francesa que presumía de parentesco con la familia De Gaulle y había sido alzado a la jefatura del Estado por la antigua administración colonial. Hasta ese momento había apoyado la política de Madrid en la ONU y había dado cobijo a las partidas del Polisario en su territorio. Entendía que la ocupación colonial del Sáhara frenaba las ambiciones anexionistas de Rabat sobre su propio país, y que la misma función de colchón cumpliría el territorio si se convertía en un Estado independiente. También por ese motivo se había alineado con Argelia, que preconizaba la participación de las naciones fronterizas con el Sáhara en el proceso de autodeterminación. Pero la retirada del estatuto le hizo sospechar que España y Marruecos estaban negociando en secreto un traspaso de poderes.

La posición de España era cada vez más comprometida. El acoso internacional había colocado al Ministerio de Asuntos Exteriores en un callejón sin salida. Desesperado, Cortina pidió audiencia a Arias Navarro. La única cualidad política del presidente del gobierno era su estricta fidelidad a las órdenes de Franco. Ahora, con el general enfermo, era incapaz de tomar decisiones para afrontar la crisis. Cortina intentó hacerle reaccionar. Le espetó que la solución era dejarse de maniobras dilatorias y poner en marcha la autodeterminación. El presidente sólo quería quitarse de encima aquel trozo de desierto que le distraía de los problemas internos del país, los únicos que realmente le importaban. En un nuevo cambio de rumbo, dio su aprobación al plan del ministro.^[108] Días más tarde, un

satisfecho De Piniés comunicaba a la ONU que la consulta se celebraría en los seis primeros meses de 1975. Exactamente ocho años después de que las Naciones Unidas la solicitaran por primera vez.

Operación Censo

El anuncio del referéndum no fue un farol. En El Aaiún se presentó una delegación del Instituto Nacional de Estadística (INE). Estaba encabezada por el director del organismo y traía el encargo urgente de elaborar un censo electoral saharauí. Los técnicos se entrevistaron con el jefe del Registro de Población, el comandante Emilio Cuevas. El militar les explicó la complicada estructura tribal de los nativos, sus claves culturales y sus costumbres. Cuanta más información recibían, mayor era su desconcierto. En sus tablas no encajaban aquellos polígamos itinerantes que marginaban a las mujeres en la línea sucesoria hasta el punto de que no llevaban los apellidos de sus madres.

Con el fin de que contrastaran sus explicaciones sobre el terreno, Cuevas fletó un helicóptero del ejército y se trasladó con los técnicos hasta un *frig* del desierto. El recelo de los saharauis del campamento hacia los recién llegados no animó a éstos. Pero lo que les sobrecogió fue su visita a Smara. En la ciudad santa fueron recibidos por el delegado gubernativo (una suerte de gobernador civil de la zona) y por el teniente coronel jefe del regimiento de Tropas Nómadas. El militar invitó a los recién llegados a tomar un café en la cantina del cuartel. Estaban de tertulia cuando se presentó un comandante.

—Una patrulla acaba de capturar a un grupo de polisarios.

—¡Que los fusilen! —ordenó el teniente coronel. El comandante se retiró y él siguió sorbiendo su café. Los funcionarios del Instituto se quedaron lívidos.

Al cabo de medio minuto volvió a presentarse el comandante.

—Mi teniente coronel, esa orden que usted acaba de darme... ¿La confirma?

—¡Que los fusilen!!

El comandante Cuevas se puso en pie, indignado.

—¡Esto es una ignominia! Fusilar a alguien sin un juicio previo es una barbaridad. Yo también he estado en combate y jamás he visto algo semejante. Quiero que sepa que voy a dar parte de usted al gobernador.^[109]

La visita terminó abruptamente. El grupo dejó los cafés a medias y partió hacia El Aaiún. Hacía sólo dos días que los técnicos del INE habían llegado al Sáhara, pero consideraron que ya habían visto suficiente. Su director se presentó ante el gobernador Gómez de Salazar y le comunicó que no podía comprometerse a realizar el trabajo que le habían encargado.

—Ésta es una tarea para los expertos del territorio —se disculpó.

Al día siguiente, el grupo regresó a la Península.

Su marcha planteó un problema grave a las autoridades. El tiempo se echaba encima. Era preciso hallar una solución urgente. El coronel Rodríguez de Viguri convocó a Emilio Cuevas.

—¿Se considera usted capaz de hacer el censo electoral? —le espetó.

—Necesitaré medios.

—Dispondrá de toda la ayuda que precise.

La elaboración de ese censo, que la ONU lleva 25 años utilizando, fue una operación militar. Cuevas organizó un curso de agentes censales para saharauis que tuvieran el bachillerato. Durante un mes, les instruyó en los rudimentos del padrón. Además de pagarles su trabajo, prometió emplearles después en el Gobierno General. Seleccionó a los 30 mejores. Con la ayuda de tres funcionarios españoles y el apoyo de los *chiuj*, comenzó su tarea.

Los agentes recorrieron el territorio, llamaron a todas las puertas y entraron en todas las jaimas. Su trabajo fue minucioso. No sólo elaboraron una lista de votantes, sino que documentaron a las familias, a las personas y hasta registraron su ganado.

A la vista del éxito obtenido, el secretario general volvió a llamar al comandante.

—Ahora debe usted organizar el referéndum.

En lugar de arredrarse ante semejante responsabilidad, Cuevas se encerró a repasar la experiencia de otros países. Finalmente, la tarjeta electoral que poseen los ciudadanos estadounidenses le sirvió de modelo para diseñar el referéndum.

El carácter nómada de una parte de la población hacía inviable obligar a cada individuo a depositar su voto en la circunscripción en que había sido censado. En el momento de la consulta, podía hallarse a trescientos kilómetros de allí. El comandante decidió que a cada persona que figurara en la lista electoral le fuera expedida una tarjeta, que debería entregar en el momento de votar. De esta manera, los saharauis podrían ejercer su derecho en cualquiera de las numerosas mesas instaladas por todo el territorio y quedaría anulada la posibilidad de que se produjeran votaciones dobles. Con el fin de evitar la falsificación de las tarjetas, pensó imprimirlas en papel moneda. El Gobierno General del Sáhara ordenó la compra de una buena cantidad en Madrid.

Las preguntas de aquel primer intento de referéndum nunca fueron comunicadas oficialmente. Sin embargo, Presidencia advirtió en secreto a las autoridades de El Aaiún de que serían las cinco siguientes:

- 1) ¿Desea que el Sáhara siga bajo Administración española como hasta ahora?
- 2) ¿Desea que el Sáhara siga bajo Administración española con un estatuto de autonomía?
- 3) ¿Desea que el Sáhara sea independiente?
- 4) ¿Desea la unión del Sáhara con Marruecos?
- 5) ¿Desea la unión del Sáhara con Mauritania?

El ministro de la Presidencia, Antonio Carro, viajó a El Aaiún en compañía del director general para África, coronel Eduardo Blanco, con el fin de supervisar la organización de la consulta. Sobre una pared y con abundancia de mapas y gráficos, los militares le explicaron el proceso. Cuando terminaron su exposición, Carro se dirigió a Cuevas:

—Muy bien, está muy bien. Pero aquí veo un defecto muy grave.

—¿Qué defecto? —se alarmó el comandante.

—Pues que, tal y como usted lo ha planteado, no hay manera de adulterar el resultado.^[110]

El comentario del ministro no traspasó las paredes de la estancia. El anuncio oficial del referéndum había sorprendido a Marruecos con la guardia baja. La posición española se convirtió en inatacable.

Hassan II gana tiempo

Hassan II se enfrentaba a un serio problema. Si el referéndum se celebraba, el Sáhara se le escaparía definitivamente de las manos. El rey era consciente de que el fervor nacionalista que él mismo había alimentado le devoraría. Prestigiosos juristas marroquíes y extranjeros fueron llamados a Palacio para examinar todas las posibilidades de frustrar la consulta.

El 17 de septiembre el monarca convocó una multitudinaria rueda de prensa internacional. Solemnemente, propuso a España acudir al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya. Proclamó que si la corte declaraba que el Sáhara era *terra nullius* (territorio sin dueño), aceptaría la celebración del referéndum. Si, por el contrario, los jueces afirmaban que Marruecos poseía títulos jurídicos sobre el territorio, pediría a la ONU que recomendara negociaciones directas entre Madrid y Rabat para la transferencia de su soberanía. La maniobra le permitía, al menos, ganar tiempo.

Para que su reclamación tuviera consistencia, debía estar avalada por alguno de los países vecinos. El intrigante ministro de asuntos Exteriores, Laraki, puso un cebo ante la débil y desorientada Mauritania:

—Marruecos declara que Mauritania está interesada en el futuro del Sáhara y ha de ser asociada, debido a sus derechos, a la solución del litigio que enfrenta a Marruecos y a Mauritania con España —declaró en la ONU—. Invito al gobierno hermano a asociarse con nosotros con vistas al dictamen del Tribunal Internacional de Justicia.^[111]

La declaración de Laraki suponía el reconocimiento de Mauritania ante la comunidad internacional. Rabat renunciaba así de forma implícita a las reivindicaciones territoriales sobre el país. Ésta era la garantía que había exigido Uld Dadá para atender las sugerencias de Valéry Giscard, Habib Burguiba y Léopold Senghor. El presidente ordenó a su embajador en Naciones Unidas que aceptara la oferta marroquí. Argelia se quedó sola y no puso problemas a la consulta.

Las relaciones entre los países del Magreb nunca fueron fáciles. Y la descolonización del Sáhara las había enturbiado aún más. En un ambiente de desconfianza se celebró, del 26 al 29 de octubre, la cumbre árabe de Rabat. A su término, los marroquíes difundieron una grabación en la que el presidente argelino, Huari Bumedián, decía textualmente: «He asistido a una reunión con Su Majestad el rey y con el presidente mauritano, durante la cual acordaron buscar una fórmula para resolver este problema [del Sáhara] después de la liberación. Fórmula que prevé la parte que corresponde a Mauritania y la que corresponde a Marruecos. Estuve, pues, presente, y di mi aval de todo corazón y sin ninguna segunda intención». Esta revelación demuestra que el reparto del territorio fue apalabrado un año antes de la Marcha Verde.

¿Qué razones llevaron a Bumedián a dar su visto bueno a la partición del Sáhara? En aquella fecha, mientras el Polisario y las FAR marroquíes hostigaban a los españoles, los políticos argelinos todavía carecían de una estrategia sobre el futuro del territorio. Para ellos era prioritaria la expulsión de España: con ese objetivo apoyaban a los guerrilleros. Su beligerancia contra Madrid quedó patente en diciembre, durante un almuerzo celebrado en la Embajada española en Nueva York. El homenajeado era el ministro de Asuntos Exteriores de Argelia, Abdelatif Buteflika, que desempeñaba la presidencia de la Asamblea General de la ONU. El actual jefe del Estado argelino tenía fama de *enfant terrible* de la diplomacia mundial. Era la mano derecha del presidente Bumedián, vestía trajes de Dior confeccionados a medida, apenas hablaba árabe y pasaba tanto tiempo en su villa de Argel como en el chalé que tenía en la Costa Azul. Este refinado

personaje lideraba, paradójicamente, a los países no alineados y estaba considerado como una esperanza para la famélica y turbulenta África.

Entre plato y plato, el embajador español, Jaime de Piniés, intentó explicarle la postura española. Buteflika le cortó:

—Ustedes sólo intentan retrasar la autodeterminación y ganar tiempo.

—No, no. Tenga en cuenta que antes de celebrar la consulta debemos elaborar un censo. Y ésa no es tarea de dos días —alegó De Piniés.

—Una personalidad de El Aaiún ha dicho que el territorio sólo podrá ser independiente con el apoyo de España —insistió el argelino—. Ustedes no son sinceros.

A la hora de los brindis, De Piniés hizo un discurso laudatorio del invitado y proclamó la amistad entre sus países. Pero Buteflika volvió a despacharlo con desprecio ante los 26 embajadores presentes.

—España sólo intenta ganar tiempo. Pretende maniobrar para quedarse en el Sáhara.

El español, haciendo gala de sus tablas, levantó su copa y proclamó:

—¡No hay derecho de réplica!

La tensión estalló en carcajadas. ^[112]

El papel de Kissinger

Hassan II era consciente de que existían muchas probabilidades de que el veredicto del Tribunal de La Haya le fuera adverso. Por eso decidió pedir ayuda a Estados Unidos. El 15 de octubre se entrevistó en Rabat con el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, el omnipotente manipulador de la política mundial, hoy acosado judicialmente por atentar presuntamente contra los derechos humanos en varios países durante

aquellos años. No ha trascendido el contenido de la conversación. Sí se sabe que, a su vuelta a Washington, Kissinger advirtió a la Casa Blanca:

—Temo mucho que tengamos que enfrentarnos a una nueva crisis. Los marroquíes tienen un aire muy decidido.^[113]

Frente a una Argelia socialista y a una Mauritania incierta, los norteamericanos no tenían dudas: debían apoyar a Marruecos. Pero ese apoyo habría de llevarse a cabo sin desestabilizar a España, que se encontraba en una situación muy volátil. Kissinger decidió forzar un entendimiento entre los dos países.

En sólo cuatro meses, Hassan II logró salir de las cuerdas contra las que le había situado el anuncio español del referéndum. Ahora contaba con los apoyos de Estados Unidos y de Francia, con la complicidad de Mauritania y con el «aval» de Argelia. Su próximo objetivo sería obligar a Madrid a suspender la consulta. Y atacó por el flanco que le quedaba: Ceuta, Melilla, los peñones de Alhucemas y de Vélez de la Gomera y las islas Chafarinas. Al tiempo que resucitaba en los foros internacionales esta reivindicación dormida, desató una campaña terrorista en ambas ciudades.

Presidencia del gobierno pidió una solución a Asuntos Exteriores. Pero poco podía hacer el ministro Cortina ante una estrategia que se escapaba a todas las convenciones internacionales. En enero de 1975 De Piniés redactó y presentó en el Ministerio un plan desesperado para frenar la ofensiva marroquí. Se trataba de entregar los islotes a Marruecos y negociar un plazo de 20 años para transferirle Melilla. Ceuta sólo le sería entregada cuando España recuperara Gibraltar. Todo ello, a cambio de que Rabat renunciara al Sáhara. Luego el diplomático proponía darle la independencia y ceder a Argelia un corredor a lo largo de la frontera norte del territorio, que sirviera de colchón con Marruecos. Le respondieron por teléfono:

—El gobierno no comparte tu tesis.

Las prisas de Carlos Arias en deshacerse del Sáhara aumentaban de día en día. Sólo le frenaba la oposición de Franco, que estaba cada vez más débil. En marzo, el dictador afirmó en una audiencia privada: «Los marroquíes han sido nuestros enemigos tradicionales, y seguirán siéndolo. Debemos entendernos con Argelia».

Kurt Waldheim se entrevistó con él en El Pardo el 12 de junio. El secretario general de la ONU deseaba saber hasta qué punto era firme el apoyo español a la autodeterminación de los saharauis. Jaime de Piniés estuvo presente en el encuentro. Franco estaba sentado ante su mesa cubierta por montañas de papeles. Se hallaba, como siempre, de espaldas al ventanal de su despacho, protegido por el contraluz frente a los visitantes, que quedaban deslumbrados. «Sus manos —contó De Piniés— tenían un movimiento tan acelerado que distraían la atención. Todas las miradas estaban fijas en ellas. Su lentitud en las reacciones, su escasa voz, nos produjeron una mala impresión. Ciertamente es que estaba alerta, seguía los problemas y, aunque con dificultad, se expresaba en el sentido que deseaba, pero para arrancar a hablar se producían unos silencios impresionantes. [...] Para oír la débil voz del jefe del Estado teníamos que aproximarnos».

Durante el encuentro, Franco sostuvo su intención de seguir adelante con el referéndum de autodeterminación. En el Cadillac negro que les llevaba por el Paseo de la Castellana de regreso al hotel Ritz, donde se alojaba Waldheim, éste comentó a De Piniés:

—A pesar de la enfermedad, le he visto alerta e informado.

Mientras el secretario general de la ONU recorría los países implicados en la autodeterminación, Marruecos urdía a sus espaldas una estrategia con Estados Unidos.

Cortina sospechó esa alianza el 9 de junio, cuando solicitó ayuda a Washington para que Rabat accediera a participar en una conferencia cuatripartita junto a Argelia, Mauritania y la propia España. El Departamento de Estado no movió un dedo. También Waldheim debió de barruntar que ocurría algo extraño, porque cuando los españoles fueron a pedirle que patrocinara la reunión, se mostró reacio. Como si albergara dudas sobre la firmeza de la postura española tras su visita a Madrid hacía sólo un mes, volvió a preguntar a Jaime de Piniés cómo veía el gobierno el futuro del Sáhara:

—Pensamos en la independencia, con la garantía de los países vecinos y de España —reiteró el diplomático.

—¿No es escasa la población para ese propósito? —insistió Waldheim.

De Piniés le contestó que las islas Comores sólo tenían 120.000 habitantes y Granada, 105.000.

—Y si Marruecos afirma que tiene miles de exiliados y Argelia y Mauritania dicen tener también muchos miles, con los 80.000 que calculan las autoridades españolas no cabe duda de que se podrá constituir un territorio independiente —añadió.^[114]

Mientras España se batía en el frente diplomático y esperaba el dictamen del Tribunal Internacional de Justicia, un reducido grupo de marroquíes eran asesorados por agentes estadounidenses para un proyecto secreto denominado Marcha Blanca. La financiación del trabajo, desarrollado en un gabinete de estudios estratégicos de Londres, corría a cargo de Arabia Saudí. Hassan II había encargado a su secretario de Defensa, el coronel Achakbar, la supervisión de los trabajos.^[115]

El 21 de agosto, Kissinger se hallaba en Jerusalén cuando recibió la confirmación de que el proyecto estaba listo. Casi dos meses antes de que la Corte de La Haya se pronunciara, el secretario de Estado norteamericano cerró la entrega del Sáhara a Marruecos con un telegrama remitido a Rabat desde la Embajada de EE.UU. en Beirut: «Laissa podrá andar perfectamente dentro de dos meses. Él la ayudará en todo», decía el texto. *Laissa* era el nombre en clave de la Marcha Blanca, que dos meses después lanzaría Hassan II con el nombre de Marcha Verde. *Él* era Estados Unidos.^[116]

Kissinger logró mantener en secreto su intervención al menos hasta después de la Marcha Verde. Así lo demuestra la entrevista que sostuvo con el ministro de Asuntos Exteriores argelino, Abdelatif Buteflika, el 17 de diciembre de 1975 en la residencia del embajador de Estados Unidos en París. El secretario de Estado de Estados Unidos estaba eufórico:

—«¡Enfant terrible!» —saludó a su colega—. Cuando le conocí, era un revolucionario. Ahora es un diplomático revolucionario.

—Es necesario, en ciertos periodos de la vida, si uno se sale un poco por la tangente —le siguió el juego Buteflika.

—Hablemos del Sáhara —propuso Kissinger—. Usted debe saber que no hicimos presión alguna sobre España para una solución determinada. De hecho, intentamos disuadir al rey (Hassan II) de que la Marcha (Verde)

entrarse (en el Sáhara Español). Francamente, queremos mantenernos al margen en la cuestión del Sáhara. No es una postura heroica.

—Hay un dictamen de la Corte Internacional de Justicia.

—Era ambiguo —replicó Kissinger.

—No, el tribunal consideró las alegaciones de cada parte pormenorizadamente y se pronunció por la única solución pacífica.

—No sé lo que significa la autodeterminación para el Sáhara. Puedo entenderla en el caso de los palestinos, pero éste es un problema algo diferente.

—La población de Qatar no es más importante —dijo Buteflika.

—Pero tenían un jeque. Tenían un Estado independiente.

—Pero ellos también pueden ser independientes.

—¿Qué pasará en el Sáhara? —preguntó Kissinger.

—Sólo hay un tipo de solución. Es una cuestión de principios. Podría haber un referéndum, y Argelia aceptaría los resultados. Si quieren estar con Marruecos o con Mauritania, Argelia no tendría ningún problema. O ser independientes.

—¿Puede celebrarse un referéndum aunque los marroquíes estén allí?

—Tendría que haber garantías —replicó Buteflika—. No puede haber un referéndum bajo las bayonetas. Podrían haberlo hecho cuando estaban los españoles, porque éstos se iban. Nos enteramos (por la prensa estadounidense) de que Estados Unidos podría haber parado la Marcha Verde.

—Eso no es cierto —saltó Kissinger—. Impedir la Marcha Verde hubiera significado perjudicar nuestras relaciones con Marruecos por completo, un embargo de hecho.

—Usted podría haberlo hecho. Usted podría suspender la ayuda económica y la ayuda militar.

—Pero eso habría significado arruinar nuestras relaciones con Marruecos por completo.

—No. El rey de Marruecos no habría acudido a los soviéticos.

—No creo que favoreciésemos a una de las partes. Tratamos de mantenernos al margen del problema.

—Su papel no podía ser marginal o desinteresado, ya que era evidente la cooperación militar con Marruecos.

—Permítame estudiar la cuestión del referéndum —dijo Kissinger—. Sobre todo si no exige la retirada (previa de Marruecos del territorio).^[117]

Nadie ha precisado en qué momento se enteró el gobierno español de que los norteamericanos respaldaban los propósitos anexionistas marroquíes. Lo cierto es que cuando lo supo no lo comunicó a la representación en la ONU ni al ejército del Sáhara. Los diplomáticos encabezados por Jaime de Piniés fueron burlados; lo mismo ocurrió en el desierto, donde civiles y militares siguieron jugándose la vida (y en algunos casos perdiéndola) sin saber que eran actores de una comedia cuyo desenlace ya había sido escrito.

HISTORIA NEGRA DE LA MARCHA VERDE

El 16 de octubre de 1975 Hassan II anunció la Marcha Verde: 350.000 civiles marroquíes, protegidos por las FAR, serían lanzados contra la frontera norte del Sáhara. Para conseguir su retirada, el presidente del gobierno, Carlos Arias, se plegó a todas las exigencias y soportó todas las humillaciones de Rabat. Traicionó a los saharauis, al ejército desplegado en el desierto y a la ONU. El traspaso del territorio a Marruecos y a Mauritania fue firmado por las Cortes dos días antes de la muerte de Franco.

El Tribunal Internacional de La Haya hizo público su informe el 16 de octubre de 1975. El párrafo esencial decía textualmente: «La conclusión del Tribunal es que los materiales y la información que le han sido presentados no establecen ningún lazo de soberanía territorial entre el territorio del Sáhara Occidental y el reino de Marruecos o el complejo mauritano. Así pues, el Tribunal no ha encontrado lazos jurídicos de tal naturaleza [...] que modificaran la descolonización del Sáhara Occidental y en particular el principio de autodeterminación a través de la libre y genuina expresión de la voluntad de los pueblos del territorio».

Era una clara derrota para Hassan II y un triunfo para los diplomáticos españoles. A partir de ahí, Naciones Unidas podría impulsar el referéndum de autodeterminación. Pero Marruecos jugaba con sus propias reglas.

Apenas unas horas después del fallo de La Haya, Hassan II se dirigió a su país a través de la radio y la televisión. El monarca manipuló descaradamente el dictamen de la Corte. Silenció los párrafos que negaban la soberanía marroquí sobre el territorio, afirmó que el derecho internacional islámico no diferenciaba entre «los lazos jurídicos y de

vasallaje», que el fallo mencionaba de pasada, y la soberanía territorial, y aseguró que el tribunal había establecido la legitimidad marroquí y reconocido la existencia de un conflicto jurídico entre Marruecos y España. Proclamó: «No nos queda más que recuperar nuestro Sáhara, cuyas puertas se nos han abierto». Y entonces hizo público el anuncio que, con ayuda de Kissinger, había preparado cuidadosamente: «En breves días» el rey mismo encabezaría una marcha pacífica hacia el territorio. Estaría formada por civiles y sería protegida por las FAR. Al término de la alocución, la radio comenzó a emitir música militar. Muchos marroquíes se echaron a la calle para manifestar su júbilo.

Es difícil creer que el gobierno de Arias Navarro no dispusiera de información previa sobre la operación que preparaba Hassan II. De hecho, cinco meses antes Pedro Cortina había remitido por télex a De Piniés unas declaraciones hechas el 28 de abril por el monarca a la emisora France-Inter, que fueron recogidas por las agencias internacionales de prensa: «¿Por qué mantenemos este ejército allá [en la frontera norte del Sáhara]? —se preguntaba el rey—. Por dos razones: primero, para afirmar la presencia marroquí; además, y sobre todo, para servir de marco, a todos los niveles, a la marcha inexorable que no dejará de emprender el pueblo marroquí, con su rey a la cabeza, en el caso de que espíritus amargados o ligeros pretendiesen iniciar el proceso de autodeterminación en el Sáhara».

[118]

Además, el embajador español en Marruecos, Adolfo Martín Gamero, ha relatado que varias semanas antes del discurso de Hassan II del 16 de octubre su legación recibió noticias de la preparación de un avance civil masivo hacia el sur, al frente del cual marcharía el propio rey, pero que no las comunicó a Madrid porque no estaban confirmadas. Días más tarde, el encargado de negocios de la Embajada hizo saber al Ministerio de Asuntos Exteriores que las autoridades de Rabat habían advertido a un español «de absoluta confianza» que los camiones de su empresa iban a ser requisados para trasladar civiles hacia el sur, «con el fin de preparar un paso pacífico de masas a través de la frontera».

[119]

Madrid no reaccionó ante este aviso.

El 17 de octubre, al día siguiente del anuncio de Hassan II, el Consejo de Ministros se reunió en El Pardo bajo la presidencia de Franco. En la

habitación contigua, un equipo médico permanecía pendiente de cualquier alteración en las constantes vitales del general. Cuando el ministro Cortina comenzó a desgranar su informe sobre la Marcha Verde saltaron las alarmas en los monitores de los doctores y el dictador tuvo que retirarse, aquejado de un fuerte dolor en el pecho. Arias Navarro siguió adelante con la reunión.

El nuevo envite de Hassan II había dividido al Gabinete en dos grupos: de un lado, los partidarios de abandonar el Sáhara en manos de Marruecos; del otro, los que se inclinaban por frenar la invasión a tiros. La discusión entre ambos bandos fue a cara de perro. El ministro Carro, que militaba en la primera facción, impuso su criterio con el siguiente razonamiento:

—La retirada es la finalidad última del ejército del Sáhara. Y siendo esto así, ¿cómo se puede convencer a la opinión pública de que sus jóvenes van a luchar en un combate sin victoria posible?^[120]

El Consejo decidió entregar el territorio a Hassan II. Al final de la reunión, Arias se concedió unas horas de reflexión para buscar la forma de llegar a un acuerdo con Marruecos.

Dos «andaluces» en Marrakech

El timbre del teléfono despertó a José Solís a las cinco de la madrugada. Al otro lado del hilo estaba el presidente del gobierno, que le convocaba a una reunión urgente en su despacho. El ministro del Movimiento pensó que tanta prisa sólo podía deberse a que Franco había muerto. Cuando llegó al palacete del Paseo de la Castellana, Carlos Arias estaba acompañado por Antonio Carro. El dictador no había fallecido, pero se encontraba muy grave.

—Debes ir a Marruecos y convencer al rey de que paralice la Marcha Verde. Si se niega, pídele que al menos la retrase para poder entablar negociaciones —le dijo Arias a Solís—. Había pensado viajar yo mismo. Pero, dada la delicada salud del Generalísimo, no puedo abandonar España.

[121]

¿Por qué Arias eligió a Solís como mensajero? Se trataba de una claudicación previa ante Hassan II. El candidato lógico para esa misión habría sido el ministro de Asuntos Exteriores, pero los marroquíes sentían fobia hacia Pedro Cortina, el más firme partidario de la autodeterminación del Sáhara en el gobierno. Solís tenía a su favor una próspera relación con Hassan II, cuyos negocios en España asesoraba. ¿Qué mejor garantía para el monarca alauita que negociar con quien, a fin de cuentas, era un amigo suyo?

En cuanto se quedó solo, Arias ordenó al Alto Estado Mayor que diera orden de abandonar el territorio a partir del 10 de noviembre. Éste es el texto del documento enviado por el teniente general jefe del Alto Estado Mayor y presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Carlos Fernández Vallespín, al teniente general jefe del Estado Mayor Central, en el Ministerio del Ejército:

«Junta de Jefes de Estado Mayor. N/Ref. JCO 804. Operación Golondrina. Excmo. Sr. Comunico a V. E. la decisión tomada por S. E. el Presidente del gobierno estableciendo la fecha del día diez de noviembre de mil novecientos setenta y cinco a las nueve horas para la iniciación de la Operación Golondrina. Madrid, dieciocho de octubre de 1975. Máximo secreto».

La Operación Golondrina venía siendo diseñada por los militares desde el 23 de mayo, fecha en la que Arias Navarro había ordenado la preparación de un plan de evacuación urgente del territorio. [122]

Solís voló ese mismo día a Rabat, en donde recogió al embajador Martín Gamero, y luego ambos siguieron viaje hasta Marrakech. Los españoles deseaban que su visita fuera lo más discreta posible. Cuál no sería su sorpresa al descender del avión y encontrarse con una compañía que les rendía honores militares. El espectáculo —un recado para la ONU— fue

filmado y emitido por televisión. La pomposidad de la ceremonia contrastó con la frialdad con que el ministro fue recibido por las autoridades.

El rey concedió audiencia a Solís esa misma mañana. Tras almorzar, ambos mantuvieron una entrevista de dos horas. Solís explicó al monarca que Franco había sufrido una grave recaída. Según Martín Gamero, que tomó notas de la reunión,^[123] Hassan II «se demudó» al conocer la noticia. La conversación se celebró en términos que el ministro luego calificó «de andaluz a andaluz».

—Mi gobierno teme que la Marcha que habéis anunciado provoque muertos al cruzar la frontera del Sáhara, que como sabéis ha sido minada —dijo Solís.

—La Marcha para recuperar nuestro Sáhara ha comenzado. Ya no puedo detenerla —respondió el rey.

—El gobierno español comprende que a estas alturas es difícil para Su Majestad paralizarla, pero puede detenerla después de que haya penetrado unos metros en el territorio. El mandato de autodeterminación de la ONU no impedirá que podamos encontrar entre nosotros vías para que el resultado de la consulta sea favorable a Marruecos. Si hoy llegamos a un acuerdo, las conversaciones ulteriores serán fáciles.

—Nunca buscaría una solución que fuera contraria a la dignidad de España —dijo el monarca—. Sin embargo, ustedes me han engañado en numerosas ocasiones. Ya le dije a su anterior ministro de Asuntos Exteriores, López Bravo, que España podía permanecer en el Sáhara cuanto quisiera, pero que nunca debía ponerme ante el hecho consumado de su independencia. Como muestra de mi buena voluntad le mostré varias zonas de la costa marroquí en las que, aunque la pesca era ilegal, la toleraría.

—Su Majestad puede estar seguro de que a España le interesa una monarquía fuerte en Marruecos —prometió Solís—. Los enemigos de esa monarquía son nuestros mismos enemigos.

—Me consta —siguió Hassan II— que la testarudez es una característica de Franco, pero también lo es de los alauíes como yo. No quiero que me vean ustedes como un rey encolerizado, sino como un amigo de verdad, aunque traumatizado. Los polisarios no hablan castellano ni comprenden nada del espíritu español.

—Majestad, España está dispuesta a abandonar el Sáhara desde este mismo instante y...

—¡Ahí está precisamente el error! —interrumpió el monarca—. Yo no quiero que se vayan ustedes tan pronto. Aún soy débil y necesito tener un aliado en el Sáhara. Hace tiempo le envié una carta a Franco en la que se lo explicaba. No puedo tolerar que sus militares destacados en El Aaiún se muestren más dispuestos a hablar con el Frente Polisario que conmigo. Para todo marroquí eso es sinónimo de acuerdo entre España y Argelia. Argelia supone un peligro revolucionario, y ahora ustedes van a dejar que esa ideología triunfe y se implante en el sur de Marruecos.

Solís propuso entonces una conferencia cuatripartita entre España, Marruecos, Mauritania y Argelia. Pero Hassan II, seguro del apoyo de Estados Unidos, rechazó tratar con los argelinos.

—Es sólo para guardar las apariencias, Majestad —insistió el ministro—. España está dispuesta a ayudar a Marruecos para que acabe quedándose con el Sáhara.

Pero el monarca tenía otros planes.

—Es mejor que ustedes vayan retirándose poco a poco. Y, a medida que lo hagan, campesinos auténticos de Marruecos les irán sustituyendo.

—Majestad, una ocupación poco a poco... ¡sería demasiado visible! Nosotros sólo pretendemos que los acuerdos de la ONU queden cubiertos siquiera en apariencia.

—No puedo parar la Marcha Verde —replicó Hassan II—. Si el general español que han puesto ustedes al frente del Sáhara ha encontrado el medio de entenderse con comunistas como los del Polisario, también podrá entenderse con los monárquicos que avanzan desde Marruecos. No tiene más que considerarlos como a los turistas que visitan cada año su país.

El rey estaba preocupado por la reciente visita del ministro de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina, a Argel. Sus gestiones habían facilitado contactos entre el general Gómez de Salazar y los líderes del Frente Polisario para lograr un intercambio de prisioneros, que se efectuó tres días después, el 21 de octubre, en el puesto de Mahbes, en presencia de oficiales argelinos. También tenía informes de que la actitud de los militares era cada vez más

favorable a los guerrilleros y de que muchos oficiales eran partidarios de parar la Marcha Verde a cañonazos.

—Sólo detendré a mis súbditos en el caso de que, antes de llegar a la frontera del Sáhara, la ONU decida que España y Marruecos arreglen este asunto de forma bilateral. Sus diplomáticos deben recibir instrucciones en ese sentido. Yo no puedo admitir la independencia.

Solís se rindió:

—Digo solemnemente a Vuestra Majestad que no queremos la independencia, que lo que necesitamos es cubrir las formas y salvar nuestros compromisos. Y que estamos de acuerdo en que el Sáhara sea para Marruecos.

Todo lo que el ministro obtuvo del encuentro fue la promesa de que Hassan II enviaría un emisario a Madrid para negociar los términos de la retirada española.^[124]

La hora de la traición

Marruecos utilizó todas las tretas imaginables para apartar a la ONU del proceso descolonizador y para burlar su empeño en celebrar un referéndum. El embajador marroquí ante Naciones Unidas era un tipo nervioso y grosero llamado Slaui, que se mofaba de los oradores españoles con burlas y muecas desde su escaño. Tenía órdenes de convencer a la ONU para que tirara la toalla y remitiera la solución del conflicto a una negociación bilateral entre España y Marruecos. Evitaba a la delegación española y solicitaba continuas audiencias a Kurt Waldheim para asegurarle que, tras el viaje del ministro del Movimiento a Marruecos, Madrid y Rabat se hallaban a punto de llegar a una solución. Las gestiones del marroquí sembraron la duda en el secretario general. Si el retraso de los españoles en celebrar el

prometido referéndum de autodeterminación en los seis primeros meses del año había alimentado sus recelos, el viaje de Solís los atizó aún más. Exigió a Piniés precisiones sobre lo que estaba ocurriendo. El embajador, ignorante de los manejos del gobierno, reiteró que Madrid nunca entregaría el Sáhara a Rabat:

—No tenemos libertad de movimientos para pagar ese precio, y ni nuestra dignidad ni el compromiso que hemos adquirido con la población saharauí nos lo permiten.^[125]

El Sáhara era víctima de una cadena de mentiras. Estados Unidos engañaba a Madrid ayudando en secreto a Marruecos a preparar la invasión. Madrid engañaba a la ONU y al ejército de África negociando en secreto la entrega del territorio a los marroquíes. Y los militares de El Aaiún engañaban a los saharauis adornando la postura oficial de Madrid.

El día 22 se encontraron frente a frente, en la residencia de oficiales de Mahbes, el secretario general del Polisario y el gobernador del Sáhara. Antes de que El Uali le preguntara por la visita del ministro a Marruecos, Gómez de Salazar declaró que Solís se había desplazado a Marrakech «para comunicar al gobierno marroquí que, en caso de celebrarse, la Marcha Verde pasaría a la historia como un gran desastre».

El Uali estaba convencido de que el ejército defendería las fronteras del territorio frente a una invasión de Marruecos. El mismo cálculo habían hecho los argelinos, que esperaban que España hiciera el trabajo sucio frente a la Marcha Verde. Pero lo cierto era que el general Gómez de Salazar no tenía la menor idea de cuáles serían las órdenes de Madrid. Por eso cuando el guerrillero le pidió el control de los puestos del interior y el mando de los soldados nativos de la Policía Territorial y de la Agrupación de Tropas Nómadas, él se evadió afirmando que la mayoría de esos puestos ya estaban en manos de tropas nativas, en su gran mayoría simpatizantes del Polisario. Como muestra de buena voluntad, invitó a los líderes guerrilleros a desplazarse a El Aaiún.^[126]



El gobernador del Sáhara, general Federico Gómez de Salazar, rodeado por los jefes militares del territorio, durante una visita de inspección a las fuerzas españolas desplegadas frente a la Marcha Verde, el 11 de noviembre de 1975.

En sólo cinco días la farsa estalló de forma brutal.

El 24 de octubre aterrizó en el aeropuerto de Barajas una delegación marroquí formada por el ministro de Exteriores, Laraki; el comandante de la región sur de Marruecos, coronel Dlimi, y el director de la Oficina Cherifiana de Fosfatos, Lamrani. El 25, Waldheim comenzó un recorrido por los países implicados en el conflicto. El 26, el dirigente polisario Brahim Gali fue recibido en triunfo en El Aaiún. Durante todo el día se celebraron en la ciudad manifestaciones en las que se corearon consignas contra Marruecos, Mauritania y Hassan II. No hubo ningún grito contra España.

Pero al día siguiente, 27, el ministro de Información de Marruecos, Benhima, declaró que el acuerdo con España estaba encarrilado, y Madrid mostró inesperadamente su juego. El Alto Estado Mayor fijó las fechas de abandono de cada uno de los puestos del territorio para que Marruecos

podría ir ocupándolos. El general Gómez de Salazar ordenó un fuerte despliegue militar en las ciudades: carros de combate fueron emplazados en puntos estratégicos, patrullas militares fueron apostadas en las esquinas, los barrios musulmanes fueron cercados con alambradas y se establecieron controles a la entrada y salida de los mismos, los militares tomaron el control del suministro de gasolina y de las comunicaciones telefónicas y decretaron el toque de queda entre las 18.30 y las 7 de la mañana. Gali y los líderes del Polisario que le acompañaban escaparon como pudieron de la ratonera en que se había convertido El Aaiún.

La traición se había consumado. Al día siguiente fueron despedidos todos los soldados saharauis del ejército. El día 30, mientras el príncipe Juan Carlos volvía a asumir la Jefatura del Estado en funciones, unidades de las FAR invadieron el norte del Sáhara. Las tropas españolas recibieron orden de mirar hacia otro lado. Sólo el Frente Polisario se enfrentó a los invasores. Los combates fueron durísimos y las bajas, numerosas en ambos bandos.

Los acontecimientos se precipitaron. El Gobierno General de El Aaiún puso en marcha la Operación Marabunta. Los españoles despejaron una franja de 10 kilómetros al norte del territorio. En ese límite tendieron una alambrada y, tras ella, sembraron el terreno de minas antipersonas. Tras este campo instalaron una nueva alambrada y otro campo minado. La artillería fue emplazada para, llegado el caso, crear una cortina de fuego que impidiera el paso de un ejército invasor.^[127]

Pero los 20.000 militares destacados en la zona tenían conciencia de que aquel despliegue no era más que un espectáculo para la galería. Sabían que el Sáhara había sido vendido y fueron numerosos los que se sintieron engañados. La indignación comenzó a mellar la disciplina. Algunos jefes solicitaron permiso para avanzar a sangre y fuego hasta el Palacio Real de Rabat. No era una bravata. Habían hecho cálculos precisos y se consideraban preparados para machacar a los 13.000 soldados de las FAR apostados al otro lado de la frontera. El tiempo previsto para la acción era de ocho días, y el número de bajas, 400. A ninguno le preocupaba qué ocurriría a partir del octavo día, cuando las municiones se hubieran agotado y, previsiblemente, los países árabes se alzarán contra España. En

presidencia del gobierno temían que Gadafi aprovechara la ocasión de liderar una *yihad* lanzando su aviación contra El Aaiún. Si no estalló el conflicto fue debido a la disciplina del general Gómez de Salazar. De haber estado al mando de aquel ejército un militar vehemente, la guerra quizá habría sido inevitable.^[128] Pero el gobernador no pudo evitar que sus oficiales pasaran información confidencial al Polisario. Tampoco consiguió frenar las deserciones entre la tropa.

Un hombre llamado Jatri

El 1 de noviembre, don Juan Carlos, entonces jefe del Estado en funciones, convocó en el palacio de la Zarzuela a Carlos Arias, a Pedro Cortina y a todos los jefes del Estado Mayor del Ejército.

—Mañana tomaré un avión para ir a El Aaiún —les anunció.

Al cabo de varios segundos de estupor, el ministro de Asuntos Exteriores exclamó:

—¡No podéis ir allí!

El príncipe calculaba que, aunque permanecieran callados, los militares aprobaban su iniciativa.

—Escúchenme todos —dijo—: Franco se encuentra a dos pasos de la muerte y yo soy el heredero... en funciones. Por lo tanto voy a ir a El Aaiún para explicar a Gómez de Salazar y a sus hombres lo que debemos hacer y cómo vamos a hacerlo. Vamos a retirarnos del Sáhara, pero en buen orden y con dignidad. No porque hayamos sido vencidos, sino porque el ejército no puede disparar contra una muchedumbre de mujeres y niños desarmados.

^[129]



Don Juan Carlos, entonces príncipe de España y jefe de Estado en funciones, durante su viaje relámpago a El Aaiún, el 2 de noviembre de 1975.

Arias y Cortina pensaban que lo que menos necesitaban las tropas del Sáhara era una inyección de moral o, peor aún, una confirmación de sus sospechas de que iban a recibir orden de retirada. Pero tuvieron que ceder ante el empecinamiento del príncipe.

Don Juan Carlos aterrizó en El Aaiún a las 11 de la mañana del día siguiente. Le acompañaban el ministro del Ejército y el jefe del Alto Estado Mayor. Visitó el Cuartel General y el Tercio Juan de Austria. A las 13.30 acudió al casino de oficiales, donde pronunció una arenga ante los mandos militares. Según la transcripción oficial, afirmó: «España cumplirá sus compromisos» y «deseamos proteger los legítimos derechos de la población civil saharaui». Pero también dijo: «No se debe poner en peligro vida humana alguna cuando se ofrecen soluciones justas y desinteresadas y se

busca con afán la cooperación y entendimiento entre los pueblos». Sin embargo, esta última parte de la transcripción oficial no coincide con la memoria de muchos de los presentes.^[130]

Cuatro horas después de su llegada, el avión del príncipe despegó de vuelta a Madrid. A sólo 200 kilómetros, en el aeropuerto de Las Palmas, el presidente de la Yemaá o Asamblea General del Sáhara, Jatri uld Said uld Yumani, descendía de un reactor de Iberia procedente de la capital y subía a otro de la Casa Real marroquí. El aparato le trasladó inmediatamente hasta Agadir, donde rindió pleitesía a Hassan II.

El hombre que, por decisión de las autoridades españolas, ostentaba la máxima representación de los saharauis era analfabeto, astuto y venal. La biografía política de este *chej* de la fracción Boihat de los Erguibat es rica en traiciones. En 1957 se comprometió con las bandas armadas de Ben Hamu que pretendían expulsar a los europeos del Magreb. Cuando los franceses y los españoles contrataron, huyó disfrazado de mujer. A partir de entonces su figura rechoncha envuelta en una *derraá*, sus labios gruesos enmarcados por una barba escasa, sus ojos pequeños y desconfiados y su sempiterno turbante estuvieron presentes en todas las conspiraciones que se urdieron en el territorio. Numerosos informes secretos del Gobierno General del Sáhara^[131] relatan que en 1970 financió la organización del luego asesinado Basiri. En 1972 compró una casa en Rabat y se construyó otra en Guleimín (sur de Marruecos), envió a su hermano Brahim a Mauritania para que contactara con el embrión del Polisario, recibió 14 millones de francos, equivalentes a 1.820.000 pesetas de la época (10.938 euros) de la Casa Civil de Hassan II y advirtió en una reunión celebrada en su casa de El Aaiún: «Pronto habrá muertos aquí». En 1973 mandó un grupo de instructores a Mauritania para estar presente en la gestación de la guerrilla nacionalista y conspiró con espías marroquíes en La Meca para «reunir a los saharauis de los países vecinos en el Sáhara Occidental, nombrar un presidente y unirse a Marruecos». En 1974 amenazó con un conflicto si España no continuaba pagando a sus amigos después de que éstos perdieran sus puestos de *chiuj*, animó a los demás miembros de la Yemaá a que fueran a buscar a sus familiares que se habían ido al Polisario y les obligaran a pedir perdón a las autoridades, reafirmó ante el ministro

del Ejército la confianza que su pueblo tenía puesta en España y fue acusado por el sargento desertor de las FAR El Gadi de trabajar para Marruecos y de cobrar sobornos del gobernador de Tantán. En 1975 era militante del españolista PUNS y acogió con entusiasmo la orden del secretario general de este partido, Ijalihenna uld Rachid, de no mostrar ante la misión de la ONU las pancartas que sus afiliados tenían listas para proclamar su rechazo a las pretensiones anexionistas de Marruecos.

La defección de Jatri fue urdida por el director general de Promoción del Sáhara, Eduardo Blanco, para respaldar la entrega del territorio a Marruecos, decidida por Arias Navarro.^[132] El encargado de negociar la traición fue Feidul ben Ali ben Dirham, comerciante de la tribu Ait Baamarán, próxima a la ex colonia española de Ifni, afincado en El Aaiún. Jatri y Feidul obtuvieron buenos réditos de aquel episodio: sus descendientes, los Dirham y los Yumani, se reparten hoy más del 50 por ciento de las riquezas del Sáhara.



Jatri uld Said uld Yumani, presidente de la Yemaá, rinde vasallaje a Hassán II en Agadir, el 5 de noviembre de 1975.

El presidente de la Yemaá había acudido el 30 de octubre, tres días antes de su desertión, a Madrid para participar en una reunión de procuradores en Cortes. En la capital se entrevistó con el ministro de la Presidencia, Antonio Carro, y con Eduardo Blanco. Poco antes había declarado en rueda de prensa que su pueblo no aceptaría la entrega del Sáhara a Marruecos y que confiaba en España para defender las fronteras del territorio.

Jatri juró fidelidad a Hassan II en el Palacio de la Municipalidad de Agadir «como presidente de la Yemaá y en nombre de las tribus del Sáhara». El juramento permitió a Marruecos argumentar en la ONU que la voluntad de los saharauis ya había sido expresada y que, por tanto, el referéndum de autodeterminación era innecesario. El razonamiento del embajador Slaui no tuvo eco entre los demás delegados.

Pulso en el paralelo 27° 40'

El 3 de noviembre los 350.000 participantes en la Marcha Verde ya estaban en Tarfaya. Su número era igual al de los nacimientos que se producían en un año en Marruecos. Durante 12 días, los voluntarios, en su mayoría campesinos pobres reclutados en todas las provincias del reino, habían sido transportados en 10 trenes diarios hasta Marrakech. Desde allí habían sido trasladados hasta Agadir, primero, y hasta Tarfaya, después, en 7.813 camiones.

Las conversaciones entre Madrid y Rabat avanzaban casi tan deprisa como la turba de desheredados. El mismo día 3, el primer ministro de Hassan II, Ahmed Osmán, viajó a España y se entrevistó con don Juan Carlos y con varios miembros del gobierno. Pero ni los contactos políticos bilaterales ni los llamamientos de la ONU hicieron variar la decisión del monarca de lanzar a su grey contra la frontera del Sáhara.

El 6 de noviembre, en medio de un siroco infernal, la Marcha Verde arrancó. Fuerzas regulares o del FLU, camufladas como grupos de campesinos, avanzaban en vanguardia. En las manos llevaban banderas marroquíes y algunas estadounidenses, retratos de Hassan II y ejemplares del Corán. Su imagen ilustró las portadas de los periódicos y abrió los informativos en las televisiones de todo el mundo.

A las 10.47, hora local, los primeros manifestantes alcanzaron las alambradas de la frontera, las cortaron y rebasaron el puesto fronterizo de Tah, abandonado por los españoles. Entonces se colocaron en cabeza nueve camiones en los que viajaban ministros, altos funcionarios y periodistas. Hassan II, que había prometido encabezar el desfile, prefirió seguir las noticias desde su palacio de Agadir.

La marcha se internó 10 kilómetros en el territorio. Su frente fluctuaba entre los 600 y los 1.000 metros. Entre las caravanas de camiones, los observadores españoles descubrieron columnas militares, autoametralladoras y blindados marroquíes que parecían intentar desplazarse hacia el este, donde las defensas españolas habían sido anuladas. La tensión alcanzó el máximo.^[133]

Madrid y Rabat habían pactado que la marcha se internaría 10 kilómetros en el Sáhara, permanecería allí 48 horas y luego se retiraría. Pero, una vez más, Marruecos rompió el acuerdo en el último momento. A las seis de la tarde, el embajador Martín Gamero llamó urgentemente al Ministerio de Asuntos Exteriores. El ministro de Información marroquí, Ahmed Taíbi Benhima, viejo rival de Jaime de Piniés en la ONU y amigo íntimo del rey, acababa de advertirle de que la marcha seguiría adelante a menos que España se aviniera a negociar de inmediato los detalles de la transferencia del territorio a su país. En caso contrario, el gobierno de Rabat no excluía la posibilidad de que se produjeran enfrentamientos bélicos.

Como para confirmar esta amenaza, al día siguiente 100.000 marroquíes traspasaron la frontera y abrieron un segundo frente hacia el este, la zona que España había dejado desprotegida.

Carro va al colegio en Agadir

La fría mañana del 7 de noviembre los médicos que atendían a Franco comunicaron a Arias Navarro que el dictador se encontraba muy grave y que era necesario operarle de inmediato. El presidente del gobierno estaba abrumado cuando recibió en su despacho al embajador de Marruecos en Madrid, Abdelatif Filali. El marroquí era portador de un ultimátum sorprendente.

—Miembros de mi gobierno se han desplazado hasta tres veces a Madrid en los últimos días para negociar el traspaso del Sáhara. Su Majestad opina que ahora deben ser los españoles quienes acudan a Marruecos para seguir tratando el asunto.

Al día siguiente, un reactor de la Subsecretaría de Aviación Civil trasladó al ministro de la Presidencia, Antonio Carro, desde Madrid hasta Rabat, donde recogió al embajador Adolfo Martín Gamero; desde allí siguieron hasta Agadir. No les recibió en el aeropuerto ninguna banda de música, como a Solís en Marrakech 20 días antes. Carro fue llevado directamente a un hotel, en uno de cuyos salones cenó esa noche con varios ministros de Hassan II. La velada fue tan dura que el español llegó a preguntar abiertamente a sus interlocutores:

—¿Qué pretenden ustedes? ¿La guerra?

La mañana del día 9 un coche oficial recogió a Carro y a Martín Gamero en la puerta del hotel. El vehículo no enfiló la carretera que lleva al palacio real ni se dirigió a ningún edificio oficial. Se detuvo en la puerta de un colegio público. Los españoles fueron conducidos hasta un aula. Ante la mesa del profesor, sobre la tarima, estaba Hassan II. El ministro y el embajador fueron acomodados en pupitres de la primera fila. En los de atrás se sentaron los miembros del gobierno marroquí.

En un francés impecable, el rey anunció:

—Sólo estoy dispuesto a disolver la Marcha Verde si antes ustedes me entregan el Sáhara.

—Majestad, sabéis que eso es imposible en este momento. Existen compromisos internacionales cuya apariencia debemos respetar. Las negociaciones entre nuestros dos países están muy avanzadas. Os consta

que estamos de acuerdo para que el Sáhara sea para Marruecos, pero debemos actuar legalmente.

—Mi pueblo necesita un compromiso concreto para retirarse de la frontera —insistió Hassan II.

El monarca no podía permitir que la Marcha Verde se disolviera sin haber logrado plenamente su objetivo: la masa, inflamada de nacionalismo, podía volverse contra él. Tampoco podía mantenerla mucho más tiempo en la frontera: pronto aparecerían las riñas y las enfermedades. Si España no ofrecía una garantía sobre el futuro del Sáhara, ordenaría avanzar a la multitud. El Estado Mayor de Rabat había calculado en 30.000 el número de bajas civiles para conmover a la opinión mundial. La guerra sería inevitable.

—No estoy autorizado para dar la garantía que pide Su Majestad —protestó Carro.

—Pues consiga usted autorización.

—España no puede ceder la soberanía del territorio, puesto que no dispone de ella. Además, la opinión pública no aceptaría una claudicación bajo la presión de la Marcha Verde.

La entrevista duró tres cuartos de hora. A su término, Carro quedó comprometido para entregar aquella misma noche a Hassan II una carta en la que el gobierno de Madrid le garantizara el Sáhara a cambio de que el monarca retirara la Marcha Verde.

De vuelta en su habitación del hotel, el ministro redactó a mano dos folios. En ellos le pedía al rey que retirara la Marcha Verde a cambio de abrir negociaciones tripartitas entre España, Marruecos y Mauritania. Luego telefoneó a Arias Navarro y le leyó el escrito: «A Su Majestad el rey Hassan II. Majestad, he venido a vuestro noble país enviado por el presidente del gobierno, don Carlos Arias Navarro, con el alto honor de someter a Vuestra Majestad lo difícil que resulta a nuestro gobierno continuar las negociaciones iniciadas como consecuencia del reciente viaje del señor Solís a Marrakech bajo la presión de la Marcha Verde. Es ésta la razón por la que, teniendo en cuenta el espíritu de los mutuos intereses de nuestros dos países y la salvaguarda de la paz internacional, ruego a Vuestra Majestad tenga a bien considerar la terminación de la Marcha Verde, con el

restablecimiento del *statu quo* anterior, habida cuenta que de hecho ya ha obtenido sus objetivos. Una vez anunciada y cumplimentada la anterior resolución, os aseguro en nombre de mi gobierno que España reemprenderá inmediatamente las negociaciones».



Camiones, jaimas y numerosos militares y civiles en el campamento de la Marcha Verde, en la frontera norte del Sáhara, el 7 de noviembre de 1975.

—Bueno, bueno. Déjeme meditar —respondió el presidente del gobierno.

Arias tardó cinco horas en dar su consentimiento. Esta vez Carro fue trasladado al palacio real. Hassan II le esperaba bajo una lujosa tienda cubierta de alfombras y presidida por una enorme mesa de consejo. Escuchó con atención el texto que le leyó el ministro y dijo:

—De acuerdo. Deme la carta. Mañana anunciaré por radio el fin de la Marcha. ^[134]

Carro, aliviado, regresó aquella misma noche a Madrid. A las 10 de la mañana del día siguiente (hora local) el mando del ejército español desplegado en la frontera norte del territorio remitió a las autoridades de

Madrid el siguiente parte: «La Marcha Verde parece iniciar su repliegue. A las 7.45 en zona de Tah comenzaron a levantar campamento y se inicia movimiento camiones hacia el norte de tal forma que a la hora de este parte la fracción más numerosa cercana a la alambrada se encuentra embalada lista para partir. En zona Agbaró está todo el campamento recogido preparado para embarcar».^[135]

Contrato de venta

Jaime de Piniés estaba trabajando en su oficina de Nueva York cuando sonó el teléfono. Eran las nueve de la noche del 11 de noviembre y hacía ya tiempo que el personal de la Embajada se había marchado.

9.11.75
madrid de aaiun
gogsa
a
dirprosa
nro. 10

parte num. 2: diez cuarenta y cinco (h.local) vanguardia
marcha verde ha cruzado paralelo veintisiete cuarenta zona de tah.

fin de transmision.

13.11.75
madrid de aaiun
gogsa
a
dirprosa
nro. 01

parte num. 26: a las veinte horas (h.l.) los ultimos elementos
de campamentos de la marcha verde han desaparecido del territorio
propio aunque persisten los instalados en zona marroqui al norte
del puesto fronterizo de tah.con esta nota se finalizan los
partes sobre la marcha verde.

fin de transmision.

Dos telegramas confidenciales que informan al mando español del desarrollo de la Marcha Verde. El primero anuncia que ha entrado en el Sáhara Occidental. El segundo, fechado siete días más tarde, da cuenta de su retirada.

De Piniés estaba agotado; días antes había tenido que ser hospitalizado durante un viaje a Madrid debido a unos extraños vómitos de sangre. Desde su cama del hospital había dictado una carta para Arias Navarro en la que denunciaba el doble juego del gobierno para llegar a un acuerdo con Rabat «al margen de las decisiones de la comunidad internacional». La misiva enumeraba las ofertas hechas hasta entonces por Hassan II a cambio de la cesión del Sáhara: bases militares españolas en el territorio, pago de la inversión realizada por el INI en las instalaciones de Fos Bucr  y participación en la explotación de los fosfatos, acuerdo amplio sobre explotación pesquera, protección de todas las inversiones españolas en el país, colaboración en industrias y complejos turísticos, alianza para

controlar el Estrecho y una parte importante del Atlántico... De Piniés terminaba: «En numerosas ocasiones estas ofertas han sido desestimadas por falta de seriedad de quienes las hacían y porque su historia pasada y presente no les hacía dignos de crédito. No sé qué tipo de ofertas han podido hacer en estos momentos, aunque dudo de que puedan superar las anteriores. En todo caso, es inconcebible que cuando acudimos al órgano ejecutivo de Naciones Unidas hagamos un doble juego sin esperar a que este órgano decida». Tras leer una copia de la carta, el ministro Cortina advirtió al embajador:

—Esto es fuerte, ¿eh?

—Pero tengo que hacerlo —replicó De Piniés.

—Lo entiendo.

El teléfono sonaba en su despacho de Nueva York. El embajador descolgó. Al otro lado del hilo, Kurt Waldheim le pidió que fuera a verle. De Piniés subió a su coche y 15 minutos más tarde llegó al despacho del secretario general, en el piso 38 del edificio de Naciones Unidas. Waldheim fue directo al grano:

—Puesto que ya no resistís la presión y queréis marcharos del Sáhara, yo me haré cargo del territorio y lo llevaré a la autodeterminación. Sólo necesito que me dejéis provisionalmente un contingente militar de 10.000 legionarios a los que colocaríamos bajo bandera de la ONU.

Al español le pareció una idea magnífica. El secretario general le advirtió:

—Debemos evitar que el plan llegue a oídos del gobierno marroquí, porque lo boicotearía, como ha hecho con otros anteriores.

El día 13, Waldheim entregó al embajador un documento, escrito en francés, en el que detallaba su estrategia. Decía que España anunciaría su retirada del Sáhara en una fecha por determinar. La ONU asumiría entonces la administración del territorio por un período de seis meses. En ese tiempo crearía una administración temporal, bajo la autoridad de un alto comisario, que estaría auxiliado por un grupo reducido de funcionarios. Para mantener el orden, España dejaría a 10.000 legionarios que sustituirían su gorra verde por el casco azul de Naciones Unidas. Ese mismo día, De Piniés transmitió el documento al Ministerio de Asuntos Exteriores con carácter urgente.^[136]

Pero el gobierno no le prestó atención. Un día antes, el 12 de noviembre, el primer ministro de Hassan II, Osmán, su titular de Exteriores, Laraki, y su director de la Oficina Cherifiana de Fosfatos, Lamrani, habían llegado a Madrid para negociar con el gobierno español la entrega del Sáhara. Por Mauritania acudieron el ministro de Asuntos Exteriores, Hamdi uld Muknass, y el embajador en Madrid. Y por España estuvieron presentes el presidente del gobierno, Carlos Arias, y los ministros de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina; del Movimiento, José Solís; de Presidencia, Antonio Carro; de Industria, Alfonso Álvarez de Miranda, y de Comercio, José Luis Cerón.

Cortina presentó a los marroquíes y a los mauritanos una declaración de principios redactada por él mismo. El documento anunciaba que España abandonaría el Sáhara el 28 de febrero del año siguiente y que hasta entonces crearía una administración temporal. El gobernador general sería «auxiliado» por dos gobernadores adjuntos nombrados por Marruecos y por Mauritania. Con todo ello estuvieron de acuerdo los marroquíes (los mauritanos actuaron como comparsas), pero rechazaron de plano el punto 3.º del texto, que señalaba que la voluntad del pueblo saharaui sería respetada y manifestada a través de un referéndum. El párrafo fue sustituido por este otro: «Será respetada la opinión del pueblo saharaui expresada a través de la Yemaá». Los marroquíes contaban con los buenos oficios de Jatri uld Said uld Yumani, el presidente de esta asamblea, para sortear el escollo del referéndum.

El Sáhara quedó sentenciado en dos días. Entre el 12 y el 14 de noviembre fueron negociados los Acuerdos de Madrid. Debido a lo avanzado de la hora en que quedaron cerrados, el ministro de Comercio, Cerón Ayuso, tuvo que llamar a una secretaria a su casa para que los pasara a máquina.^[137]

La declaración de principios iba acompañada por tres actas anejas que recogían los aspectos económicos de la operación. Entre otras promesas incumplidas, Marruecos y Mauritania reconocían en ellas «los derechos de pesca en las aguas del Sáhara a favor de 800 barcos españoles, por una duración de 20 años», y Rabat concedía derechos en su costa atlántica al norte del paralelo 27º 40' a 600 barcos españoles, y a otros 200 en su costa

mediterránea. Sólo tres meses más tarde, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, declararía ante el Congreso de los Diputados que los acuerdos eran «irreales». La realidad fue que España vendió a Marruecos el 65 por ciento de las acciones de la compañía Fos Bucrá por 5.850 millones de pesetas (menos de 35 millones de euros), pagaderos en cuatro plazos anuales sin interés. De poco le sirvió al INI conservar el 35 por ciento restante. La empresa, que en 1974 había ganado 876,9 millones de pesetas (5,2 millones de euros), vio caer sus beneficios hasta 412,2 millones (2,48 millones de euros) en 1975 y al año siguiente arrojó pérdidas de 1.772,1 millones de pesetas (10,65 millones de euros). Curiosamente, el ministro firmante de estos acuerdos, Álvarez de Miranda, fue vicepresidente de la sociedad hasta 1988.

Para tener validez jurídica, los Acuerdos de Madrid debían ir acompañados por una ley de descolonización cuya aprobación correspondía a las Cortes. Carro intervino ante ellas el día 18, cuatro días después de que la venta del Sáhara hubiera sido sancionada en el palacio de La Zarzuela. A pesar de ello, afirmó ante los procuradores:

—Quiero formular con la mayor solemnidad una declaración muy concreta. Ésta es que hoy por hoy el gobierno español no está vinculado por compromiso formal alguno respecto a la suerte del territorio y de la población.

Mientras el ministro arrancaba de este modo el asentimiento de las Cortes, Jaime de Piniés se enfrentaba en Nueva York a los debates de la Asamblea General. Si hasta ese momento la actuación del gobierno había sido caótica, la muerte de Franco, ocurrida dos días más tarde, sonó como un grito de sálvese quien pueda. Atacado con los mismos argumentos que durante los diez años anteriores había venido hilvanando ante la ONU para demorar la autodeterminación, el embajador presentó su renuncia a Pedro Cortina.

—Mi conciencia no me permite seguir así.

—Un embajador tiene que hacer lo que le mandan —replicó el ministro.

—No cuando le repugnan las órdenes.

—Tenemos todavía una salida —dijo Cortina—. Comunica a la ONU que si considera que hay que hacer alguna corrección en los Acuerdos de

Madrid, la haremos inmediatamente.

El día 28, De Piniés habló ante la Asamblea General.

—Si consideran que hay que introducir correcciones para una mejor garantía de los derechos de todos los interesados, corresponde a ustedes indicar el alcance de esas modificaciones.

Esta apreciación permitió incorporar, tras largas discusiones, la necesidad del referéndum de autodeterminación para concluir la descolonización del Sáhara.

El 5 de diciembre el embajador español se encontró con el habitualmente flemático Kurt Waldheim en un pasillo de la ONU.

—¡Esto ha sido una farsa! ¡Me habéis engañado! —le gritó, fuera de sí, el secretario general.

—Tienes que comprender que a mí tampoco me ha satisfecho —acertó a responder un avergonzado De Piniés.^[138]

Waldheim y De Piniés no eran los únicos que se sentían estafados. A 10.000 kilómetros de distancia, miles de militares destacados en el Sáhara se debatían entre la indignación y la obediencia a sus mandos.

EL ÉXODO

A finales de octubre de 1975 el ejército español recibió orden de retirarse de los puestos del interior del Sáhara para dejar el camino libre a Marruecos y Mauritania. Las tropas de Hassan II entraron en el norte del territorio a sangre y fuego, mientras que las fuerzas de Mojtar uld Dadá penetraban por el sur. Los guerrilleros del Polisario se enfrentaron a los invasores. Cerca de 40.000 civiles saharauis, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, que habían huido de las ciudades fueron bombardeados en el interior del desierto con napalm y fósforo blanco.

En el mismo instante en que las cámaras de todo el mundo enfocaban el vistoso espectáculo de la Marcha Verde frente al puesto occidental de Tah, 4.000 soldados marroquíes a las órdenes del coronel Ahmed Dlimi cruzaron en secreto, 500 kilómetros al este, la frontera norte del Sáhara. Su objetivo eran las pequeñas localidades de Hausa, Echdeiría, Farsía y Mahbes. Marruecos pretendía apoderarse de estos poblados, situados cerca de Argelia, ocupar luego Smara y avanzar hacia el sur, hasta encontrarse con las tropas mauritanas. De este modo, los saharauis quedarían apresados en la tenaza formada por ambos ejércitos.

Para entonces los militares españoles habían cumplido la orden de Arias Navarro de abandonar los puestos del interior del territorio y ya sólo controlaban cuatro ciudades: El Aaiún, Smara, Villacisneros y La Güera. El resto del desierto estaba en manos de los guerrilleros del Frente Polisario, al que se acababan de incorporar los 2.500 nativos despedidos de la Policía Territorial y de la Agrupación de Tropas Nómadas. Mal armados y peor alimentados, intentaron detener a las FAR.

El ejército marroquí entró en el Sáhara a sangre y fuego. Los soldados, que viajaban en columnas de camiones escoltados por tanques y vehículos blindados, habían recibido órdenes precisas: todo ser humano que encontraran al sur del paralelo 27° 40' y no fuera español debía ser considerado enemigo y eliminado. Numerosos testimonios, muchos de ellos recogidos por organismos internacionales, dan fe de que se aplicaron en su misión. Arrasaron los *frig*, mataron a familias enteras, torturaron a los hombres y violaron a las mujeres ante sus parientes desesperados, saquearon y quemaron las jaimas, ametrallaron a los animales y envenenaron los pozos. No fueron casos aislados de salvajismo, sino que formaron parte de una campaña destinada a exterminar a los nómadas para impedir que los guerrilleros pudieran abastecerse, buscar cobijo u obtener información en sus campamentos.^[139]

De este modo, los invasores ocuparon rápidamente Hausa y Echdeiría. Poco más tarde cayó Farsía. Pero quedaron atascados frente a Mahbes, donde el Polisario había instalado su centro administrativo. De él dependían las oficinas de otras localidades desperdigadas por el interior: Guelta Zemmur, Hausa, Bir Lehlú...

Los guerrilleros no tenían hombres ni armamento para defender las ciudades, pero sí podían dificultar el avance de las FAR atacando los convoyes de abastecimiento que Hassan II enviaba a sus tropas. A la caída de la tarde del 6 de noviembre, se lanzaron sobre una columna de camiones que trasladaba refuerzos desde la ciudad marroquí de Zak hacia Farsía: dos vehículos quedaron carbonizados y el resto se vio obligado a retroceder bajo el fuego de los kalashnikov. Dos días más tarde tendieron una emboscada a un convoy de seis camiones repletos de soldados: uno de los vehículos pisó una mina y saltó por los aires; los demás fueron abandonados entre una lluvia de balas, los estallidos de los depósitos de combustible y las columnas de polvo que levantaban los proyectiles de los morteros. Los saharauis se apoderaron de las armas, de los vehículos y de los sistemas de transmisión que dejaron atrás los fugitivos. La noche del 16 al 17 sorprendieron en los alrededores de Smara a un sargento y a un cabo marroquíes que habían sido enviados, vestidos de paisano, para espiar las defensas españolas de la ciudad. La tarde del día siguiente acribillaron un

vehículo que descendía por uno de los pasos del Daiat Chuecriat. En él viajaban un teniente, un suboficial y un capitán; los dos primeros murieron. El capitán confesó que en la zona se había instalado una agrupación táctica marroquí, formada por ocho compañías. Su misión consistía en ocupar Smara en cuanto fuera evacuada por los españoles.^[140]

Las FAR entran en las ciudades

El 19 de noviembre de 1975, Televisión Española mostraba imágenes del incesante trasiego de políticos en el hospital La Paz, de Madrid. Faltaban pocas horas para que los monitores conectados al cuerpo de Franco alertaran a los médicos de la muerte del dictador. Pero los legionarios destacados en Smara, 2.000 kilómetros al sur, no contemplaban la televisión, sino el bombardeo de un territorio que legalmente estaba bajo la administración de España. Ellos y los habitantes de la ciudad santa observaban impotentes la polvareda que levantaban los proyectiles con los que, a sólo 12 kilómetros de distancia, el ejército de Hassan II intentaba quebrantar la resistencia de los polisarios.

Aunque Sidi Mustafa Sidi Mohamed, un hombre de 43 años y aspecto severo, mantenía una calma aparente, cada uno de aquellos cañonazos alteraba el ritmo de su corazón. Su hijo Brahim Gali era uno de los principales jefes de los combatientes saharauis.

El Polisario había pedido a los habitantes de las ciudades que no las abandonaran, con el fin de organizar una resistencia interior cuando fueran ocupadas por los invasores. Sin embargo, eran muchos los que huían hacia Argelia, asustados por las noticias de las atrocidades cometidas por las FAR en Hausa, Echdeiría y Farsía y por la proximidad de los tanques

marroquíes. Los propios guerrilleros, tras aceptar la evidencia, se dispusieron a organizar el éxodo.^[141]

Al amparo de la noche, un grupo de ellos, polvorientos y agotados, acudieron a casa de Sidi Mustafa.



GOBIERNO GENERAL DE SAHARA

Delegación Gubernativa de la Región Norte

Aaiún, 7 de Noviembre
de 1975

NOTA INFORMATIVA

Número 21.457

Asunto: Combates entre Fuerzas marroquíes y F.Polisario

Procedencia:

Calificación: C-3

Referencia:

Se reciben informes procedentes de un individuo residente en Mahbes llegado el día 5, según los cuales, en ese poblado no ha habido combates entre el F.Polisario y Fuerzas marroquíes. El F.Polisario ha entrado en el poblado pero no ha permanecido en él. La antigua Base de Nómadas está vacía.

En la zona de Echdeiria, Farsia y Hausa habían penetrado unos 300 marroquíes que entablaron combate con elementos del Frente. Por Janguet Queset pasaron 23 vehículos marroquíes. En Farsia hubo unos 40 muertos por ambas partes llegando a enviar Marruecos 3 carros y 2 camiones. En Echdeiria 30 muertos. En Hausa no hubo bajas. Los marroquíes ocupan Echdeiria y Hausa, pero son atacados constantemente por el Frente. Asimismo hay numerosas fuerzas argelinas en la frontera Este. Algunos saharauis de las fuerzas marroquíes se han unido al F.Polisario.

-COMO INFORMACION-

Servicio de Política Interior.

C I U D A D

Informe secreto que relata la penetración de las tropas marroquíes en el noreste del Sáhara y sus enfrentamientos con los guerrilleros: «En Farsía hubo unos 40 muertos por ambas partes [...]. En

Echdeiria, 30 muertos. [...] Algunos saharauis de las fuerzas marroquíes se han unido al F.

Polisario». Está fechado en El Aaiún el 7 de noviembre de 1975.

—¡No podemos contener por más tiempo a los blindados! ¡Debéis huir rápidamente!

Los vecinos hicieron correr la noticia de casa en casa. En un instante, Smara se convirtió en un edificio en llamas que había que abandonar de inmediato. El destino era el *uad* Tazúa, al sur de la ciudad. Las calles se llenaron de vehículos cargados de enseres y de personas, de mujeres con niños atados a la espalda, de familias enteras que escapaban con lo puesto. Sidi Mustafa era consciente de que si los marroquíes le atrapaban lo eliminarían de inmediato. Ordenó a su mujer, a sus tres hijas y a su hijo pequeño que se dispersaran y fueran hacia Tazúa. A la hora de la oración del ocaso, también él se encaminó hacia el *uad*.

Llegó a la mañana siguiente. Cientos de personas que se habían congregado en el cauce seco intentaban conseguir un medio de transporte para salvarse. Localizó a su esposa y a su pequeño entre la multitud de desesperados que trataban de subirse a los Land Rover o negociaban una plaza a lomos de un camello o de un burro. Al poco se presentaron emisarios de los marroquíes para pedirles que no huyeran, pues nada les iba a pasar. Pero una de las hijas de Sidi Mustafa, que se había quedado en Smara, le hizo llegar un recado urgente.

—Si encuentras un coche, bien; si no, marcha a pie, porque fuiste el primero por el que preguntaron.

No le fue fácil encontrar un vehículo. A las cinco de la tarde dio con un camión que partía hacia Tifariti, en el este.

—Como verás, está cargado —le dijo el dueño, señalando la caja ocupada por sus bártulos.

Mientras negociaban, una anciana imploraba al conductor que la dejara subir, pero éste se negaba. Sidi Mustafa señaló que la mujer podía ir entre él y su esposa, y que llevarían al pequeño en brazos. El conductor accedió de mala gana. Arrancaron inmediatamente y enfilaron la polvorienta ruta del desierto. Aquella noche durmieron al raso. A las seis de la tarde del día siguiente llegaron a Tifariti. Allí, un grupo del Polisario les indicó que siguieran hacia Mahbes, 210 kilómetros más hacia el este. Alcanzaron el poblado la noche siguiente y se alojaron en la jaima de una antigua amiga.

[142]

Sidi Mustafa escapó justo a tiempo. El mismo día que llegaba a Mahbes, el comandante Pardo de Santayana, en representación del gobierno

español, entregaba oficialmente Smara al coronel Dlimi. Hacía una semana que Franco había muerto.

Cuando, 24 horas después, las FAR entraron en la ciudad, sólo quedaban en ella 600 saharauis que confiaban en las promesas de los marroquíes. Muchos, entre ellos mujeres y niños, fueron detenidos, torturados y *desaparecieron* en las mazmorras secretas de Hassan II. Mulay Mohamed, padre de un primer ministro de la RASD, fue apresado junto a varios parientes. Lo liberaron 16 años más tarde, el 21 de junio de 1991. Murió el 22.^[143]

Tras Smara, le llegó el turno a El Aaiún. Los blindados marroquíes irrumpieron con estrépito en sus calles la madrugada del 11 de diciembre. Con ellos entraron 2.000 soldados, que ocuparon los cuarteles abandonados por los españoles y sellaron las entradas y salidas de la ciudad.

El Aaiún presentaba un aspecto fantasmal: barrios enteros estaban desiertos. Sólo el 25 por ciento de los saharauis censados por España (sobre todo mujeres y niños) permanecían en la capital. La mayoría había escapado tras enterarse de la entrega de Smara a los militares de las FAR.^[144]

Sueliki Sidahmed Belgasem, *chej* de la tribu Erguibat y miembro de la Yemaá, fue uno de los últimos en huir. El 2 de noviembre acudió al casino de oficiales para escuchar el discurso del príncipe Juan Carlos, entonces jefe del Estado en funciones. Aunque el *chej* le oyó afirmar que mientras quedara una gota de sangre española el Sáhara no sería víctima de una agresión extranjera, no se fió. El 5 de diciembre entró en contacto con la red del Polisario en El Aaiún. Los nacionalistas le recomendaron que saliera al día siguiente, o ya sería imposible. Abandonó la ciudad en un Land Rover, junto a otras ocho personas. Su mujer y sus hijos (tres varones y tres chicas) tuvieron que quedarse. Algunos pudieron escapar dos meses después, pero otros no. Una de las hijas, de 16 años, fue encarcelada.^[145] Como la suya, numerosas familias quedarían divididas hasta hoy.

Tras la llegada de los militares, la Gendarmería se aplicó en reprimir las algaradas nacionalistas y en presionar a la población para que participara en manifestaciones de adhesión a Hassan II y enarbolara la bandera marroquí. Pero en los muros seguían apareciendo pintadas que exigían la

independencia y en las azoteas tremolaban banderas del Frente Polisario colocadas durante la noche.^[146]

En el extrarradio, los guerrilleros sostenían duros combates con las FAR y sabotaban una y otra vez la cinta transportadora de Fos Bocrá. La explotación de fosfatos, de cuyos beneficios España participaba en un 35 por ciento en virtud de los Acuerdos de Madrid, quedó paralizada durante largo tiempo.

La represión fue feroz. Hubo saharauis que fueron arrojados desde helicópteros o enterrados vivos. Los allanamientos de morada, detenciones y torturas fueron continuos y han sido documentados ante varios organismos internacionales.^[147]

Si en el norte del Sáhara la situación era dramática, en el sur era aún peor. Según un informe de la subdelegación de La Güera, el 12 de noviembre los españoles ya habían evacuado esta localidad pesquera situada en el extremo de la Península del Galgo, en la linde con Mauritania. En sólo seis horas, habían trasladado sus pertenencias en una barcaza a las bodegas del buque *Ciudad de Huesca*, que permanecía alejado de la playa. También embarcaron a sus muertos, cuya exhumación fue supervisada por Francisco Fraga, un funcionario de telecomunicaciones que hacía las veces de juez de paz. Cinco baúles metálicos, rotulados: «Gobierno General Güera» contenían el archivo de información, el archivo general, los expedientes personales de los habitantes, las fichas policiales... En la central eléctrica dejaron gasoil suficiente para un mes y en las destiladoras, agua para dos.^[148]

La Güera quedó incomunicada por tierra, mar y aire. No funcionaban el telégrafo ni el correo. El Frente Polisario, cuya bandera ondeaba en el puesto fronterizo, en la Delegación Gubernativa y en el cuartel de la Policía Territorial, se hizo cargo de la administración. Los guerrilleros prohibieron el acceso a las viviendas y a los edificios oficiales, cuyas puertas sellaron con candados, iniciaron el reparto del agua con un camión cisterna, mantuvieron los grupos electrógenos en servicio, cuidaron el orden público

junto a los saharauis licenciados del ejército español y vigilaron la frontera para evitar la infiltración de terroristas marroquíes desde Nuadibú.^[149]

Pese a sus esfuerzos, la situación era «catastrófica». Con esa palabra la calificaba un informe del representante de la empresa Incoesa España, uno de los pocos europeos que permanecieron en la ciudad varias semanas después de la evacuación: «Los dos problemas de gravedad que se presentaron [tras la marcha de los españoles] podían haber tenido caracteres epidémicos. En primer lugar, el número de animales abandonados era elevadísimo, y sin comida ni agua la aparición de la rabia era inminente, por lo que se ha procedido a su exterminación. La fábrica Osmar, al carecer de combustible, no podía elaborar cerca de 20.000 kilos de pescado, que comenzaron a entrar en período de putrefacción, por lo que nos hicimos cargo de dicha empresa para verificar el proceso industrial y alejar el peligro de epidemia».

A finales de noviembre y principios de diciembre aterrizaron en Nuadibú y en Nuakchot varios aviones Hércules marroquíes cargados de armamento para el ejército mauritano. El asedio de La Güera comenzó el miércoles 10 de diciembre. Al mediodía, las tropas de Mojtar uld Dadá se lanzaron sobre la ciudad, pero fueron rechazadas por el centenar de guerrilleros que la defendían. Volvieron a intentarlo al día siguiente, con el mismo resultado.



Escena de un duro combate entre el Frente Polisario y las FAR en el noreste del Sáhara.

La ineficacia mauritana impacientó a Hassan II, que esa noche envió a Nuadibú dos aviones de Air Maroc cargados de soldados y de piezas de artillería. La Güera fue sometida a un fuego cerrado: mientras un buque y varias falúas la bombardeaban desde el mar, la cadencia de los disparos desde tierra era de 18 proyectiles por minuto.^[150]

El día 13 despertó con el estrépito de las baterías montadas por Marruecos. Sidi Brahim uld Mohamed, un comerciante que volvía a la ciudad en Land Rover para reunirse con su familia, contempló horrorizado cómo varios edificios se derrumbaban bajo el fuego de la artillería.^[151] A media mañana, los asaltantes dieron un ultimátum a los saharauis: debían dejar salir a los civiles (la mayoría mujeres y niños) y rendirse antes de las tres de la tarde. Los dos jefes del Polisario, Mohamed uld Emhamed (alias *El Bendir*) y Mohamed Salec uld Buseif, rechazaron la oferta: evacuaron a los heridos al aeropuerto y se atrincheraron con sus guerrilleros en las fábricas de harina de pescado y en el antiguo cuartel de la Policía Territorial.^[152]

La masacre continuó hasta el 20 de diciembre. La Güera cayó tras diez días de asedio. El parte oficial habla de 94 muertos: 14 mauritanos y 80 saharauis. El informe secreto español que informó de lo ocurrido terminaba

así: «De los residentes habituales de la ciudad no ha salido nadie. La población está en poder de Mauritania».^[153]

Tres semanas después cayó Villacisneros. Al igual que en La Güera, el Polisario rechazó los ataques mauritanos que pretendían franquear el istmo que da entrada a la península de Río de Oro. Pero no pudieron con los marroquíes, que el 11 de enero de 1976 ocuparon la ciudad, en la que dejaron una guarnición de 1.200 soldados.

La huida

La ocupación militar de las ciudades provocó un éxodo masivo hacia el interior del desierto. La mayoría de los fugitivos eran mujeres, niños y ancianos, pues los jóvenes se habían incorporado a la resistencia. Los más adinerados huyeron en vehículos cargados con pertrechos, animales y personas. Quienes pudieron escaparon en camello o en burro. Pero la mayoría lo hizo andando: madres con fardos de ropa atados a la espalda y sus hijos cogidos de la mano vagaban por el desierto en grupos aislados; las embarazadas daban a luz solas, entre las piedras; los caminos estaban salpicados de los cadáveres de quienes no lograron soportar la dureza de la marcha. Entre diciembre de 1975 y enero de 1976, 40.000 personas huyeron de las ciudades y se incorporaron a los campamentos de refugiados en el interior del Sáhara. Las tropas marroquíes estaban alerta para interceptarlas y disparaban sobre ellas por sistema.^[154]

Los fugitivos se concentraron en los alrededores de Tifariti, Amgala, Guelta Zemmur y Um Dreiga. Estas localidades tenían dos características

comunes: conservaban alguna fortificación militar abandonada por los españoles y en sus alrededores había pozos de agua dulce.

En Tifariti, situada a unos 200 kilómetros al sureste de Smara, la proximidad de los marroquíes era una amenaza constante. La distancia entre sus posiciones y las de los guerrilleros era tan corta que en cierta ocasión una unidad del Frente salió a buscar leña con un Land Rover y se aproximó a varios vehículos creyendo que eran de su bando. Cuando el conductor se percató de que se trataba de coches de las FAR, hizo un viraje brusco y uno de los polisarios cayó a la tierra. Por suerte, los soldados no lo vieron. El saharauí llegó caminando a Mahbes tres días más tarde.

A pesar de la cercanía del enemigo, el Polisario organizó en los alrededores de esta ciudad cuatro campamentos de refugiados, cada uno de los cuales llegó a albergar a 1.200 personas. Parte de ellas habían llegado por sus medios desde El Aaiún y Smara, pero la mayoría había sido trasladada desde Um Dreiga, Guelta Zemmur y Amgala en camiones capturados a los marroquíes. Los guerrilleros les daban el poco alimento que tenían e intentaban ponerlos a salvo tras la frontera argelina, en Tinduf.

Badadi Mulud Mohamed, un antiguo funcionario de la Administración española, era uno de los encargados de recibir a la riada humana. Decenas de vehículos repletos de mujeres y niños llegaban de madrugada, para eludir a los marroquíes. La escena, iluminada por los faros de los automóviles y algunas hogueras, era sobrecogedora. En los campamentos se había desatado una epidemia de sarampión y muchos de los niños llegaban muertos. Otros agonizaban, víctimas de una misteriosa enfermedad respiratoria. Un médico y varios enfermeros argelinos se afanaban en hacer traqueotomías con cuchillos y tijeras apenas desinfectados. La mortandad entre los menores de 7 años fue tan devastadora que hoy es difícil encontrar en los campamentos de refugiados personas nacidas entre 1975 y 1976.^[155] Fue necesario constituir una Comisión de Entierros. Sus miembros dormían con un pico y una pala al lado, pues a media noche acudían los médicos a despertarlos.



Mujeres, niños y ancianos huyen de los marroquíes hacia el interior del desierto hacinados en camiones o a pie. Muchos no llegarían a su destino.

—¿Cuántos son esta vez? —preguntaban.

A veces eran diez, otras doce, otras quince. Un día fueron enterrados cuarenta niños.^[156]

Los que no habían conseguido un medio para viajar llegaban a Tinduf andando, con los pies en carne viva y los cuerpos heridos y cubiertos de polvo. Su apariencia de estatuas de ceniza era similar a la de los estadounidenses que escaparon de las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Como ellos, también los saharauis habían sido atacados por aviones.

La mayoría procedía de Um Dreiga, Guelta Zemmur y Amgala. Um Dreiga es un desfiladero entre montañas situado al este de Villacisneros. En tres campamentos distantes entre sí unos 500 metros se habían concentrado miles de fugitivos de la zona sur del Sáhara. Los ancianos descansaban al raso, bajo las *talhas* o acacias del desierto, y las mujeres construían precarias jaimas con mantas o con sus propias *melfas*: bajo una sola de estas finas piezas de tela podían cobijarse una madre y sus cuatro hijos. El Polisario intentaba evacuar a la multitud hacia el noreste.

En esa huida desesperada de los cañones marroquíes, la siguiente parada era Guelta, que en *hasanía* significa aljibe natural. Había allí una gran depresión en la que convergían varios *uads*. En tiempo de lluvia, la hondonada se transformaba en un estanque capaz de abastecer al ganado de los nómadas durante dos años. Sobre una montaña se alzaba un cuartel recientemente abandonado por la Policía Territorial. Un pequeño grupo del Polisario al mando de un saharauí llamado Luchaá debía atender y alimentar a 8.000 ancianos, mujeres y niños. Para lograrlo sólo contaba con las provisiones de arroz y leche en polvo que habían dejado los españoles en la guarnición.

Desde Guelta, los fugitivos seguían hacia Amgala, cerca de la frontera norte con Mauritania. Era una aglomeración de casas de piedra situada en el más grande de los *uads* que desembocan en un paraje de montañas y barrancos. También allí existía un cuartel de la Policía Territorial con los almacenes bien provistos de arroz y de leche condensada. Los alimentos abandonados encontraban pronto un destino: 5.000 personas, que los calentaban en decenas de hogueras repartidas por el campamento. Ahmed

Mulay Ali (alias *Bazooka*), encargado por el Polisario de atender a los refugiados, patrullaba los alrededores en busca de quienes se habían perdido o habían quedado rezagados. A menudo sólo daba con cadáveres. En otras ocasiones descubría a niños caminando solos o a madres que erraban por el desierto llamando a sus hijos a voces.

Una noche se presentó muy alterado un hombre de unos 35 años. Explicó que había dejado a su mujer embarazada, en estado muy grave, a siete kilómetros del campamento. Varios guerrilleros subieron a un Land Rover y, guiados por el individuo, emprendieron la búsqueda.

—¡Fátima! ¡Fátima! —gritaba el hombre a la oscuridad.

Finalmente la encontraron. La joven estaba tirada en la arena y su estado de gestación era muy avanzado. Cuando intentaban subirla al vehículo, expiró. Los polisarios la enterraron allí mismo. Sentado en el suelo, el viudo lloraba.

—¿Dónde están las armas? ¿Dónde están las armas? —repetía como un mantra.

Nada más llegar al campamento buscó al jefe militar, se alistó y marchó al combate.^[157]

La matanza

Los guerrilleros atacaban constantemente a los marroquíes para distraer su atención de los campamentos de refugiados. Actuaban en condiciones límite. Muchos iban descalzos o se protegían con sandalias de piel de cabra o de camello que los curtidores habían vuelto a confeccionar al no contar con el calzado fabricado en serie de los españoles. Se cubrían con *kandoras*, con guerreras, con trenkas, con gabardinas o con viejos abrigos cuya aparición en el desierto era difícil de explicar. Todos llevaban turbante: para

protegerse del frío, del sol y de la arena; para sacar agua de los pozos; para vendar las heridas; para atar cualquier cosa que se rompiera. En la cintura o cruzadas sobre el pecho portaban grandes cananas, y en las manos, un kalashnikov, un cetme, un fusil de repetición MAT-49 o un subfusil MAS-36.

El objetivo de los polisarios era aterrorizar a los soldados marroquíes. Para lograrlo aparentaban ser muchos más de los que en realidad eran. Por eso enviaban al frente a todos los hombres en edad de combatir, independientemente de su experiencia. Por eso también se desplazaban velozmente de un extremo a otro del desierto.

Resistían varios días ingiriendo únicamente té y agua. Una vez a la semana comían pan duro, arroz, aceite, dátiles y algo de carne. Si encontraban algún pozo, obligaban a los camellos a beber hasta hartarse; luego los amordazaban o les cortaban la lengua para que no comieran y retuvieran el agua en el vientre. Cuando la sed era insoportable, los mataban y sorbían el agua acumulada en sus estómagos. De este modo convertían a los animales en cisternas ambulantes.

Sus ataques solían ser inesperados. Si tenían noticias de que un batallón de las FAR se dirigía hacia una zona de dunas, ellos se adelantaban y se enterraban en ellas. Surgían de la arena disparando, a los mismos pies de los soldados, sin darles tiempo a reaccionar.^[158]

Desde comienzos de diciembre atacaron sistemáticamente el tren que trasladaba el hierro extraído de las minas de Zuerat hasta el puerto de Nuadibú. También inutilizaron las instalaciones de la compañía Miferma, situadas en la primera de estas ciudades. Estas acciones contra el corazón de la economía mauritana debilitaron el régimen de Uld Dadá.

El 13 de enero de 1976 incendiaron 700 metros de la cinta de Fos Brucrá. Para contener el fuego, los marroquíes tuvieron que destruir con granadas la estructura del tramo atacado. Unos días después, arrebataron a los mauritanos el poblado fronterizo de Ain Ben Tili. El 29 cayeron sobre Bir Nazarán y les causaron 60 bajas.

Incapaces de apresar a los guerrilleros, los marroquíes dirigieron sus armas contra los civiles que se hacinaban en los campamentos de refugiados. El 19 de enero, a las seis y media de la tarde, cientos de

personas se hallaban reunidas en Tifariti en una gran asamblea al aire libre. En el horizonte aparecieron dos cazas Phantom F-15. Los aviones parecían insectos de élitros brillantes. Nadie tuvo tiempo para reaccionar. Lo último que vieron los concentrados fue la enseña alauita roja y verde que campeaba en el fuselaje. Luego los pilotos hicieron funcionar las potentes ametralladoras de 15 milímetros y la tierra comenzó a hervir. Decenas de ancianos, mujeres y niños cayeron acribillados mientras la multitud corría despavorida.^[159]

En los días siguientes, los aviones marroquíes volvieron a atacar en varias ocasiones Tifariti, Um Dreiga, Guelta Zemmur y Amgala. Ya no utilizaron sus ametralladoras, sino que dejaron caer toneladas de napalm, fósforo blanco y bombas de fragmentación sobre los refugiados. El napalm descendía como una lluvia negra y se adhería a los cuerpos; una bengala final lo incendiaba, carbonizando a las víctimas. El paisaje quedó cubierto de estatuas de plástico negro, personas y animales en posturas imposibles. El fósforo blanco abrasaba la piel y asfixiaba a quienes se hallaban en los alrededores. Las bombas de fragmentación se desgranaban en múltiples artefactos del tamaño de pelotas de golf, que explotaban lanzando metralla en todas las direcciones.^[160]

Al mediodía del 12 de febrero de 1976, la enfermera española Gurutze Irizar, de 25 años, atendía en el campamento de Um Dreiga a varios pacientes en la tienda azul y blanca de la Media Luna Roja, cuando se oyó un estallido formidable y la tierra tembló. Gurutze se quedó paralizada en la puerta del dispensario. No entendía lo que ocurría: cientos de personas corrían aterrorizadas en todas las direcciones. Un Land Rover frenó bruscamente ante ella y el conductor le gritó que subiera. Acababan de bombardear los dos campamentos vecinos, situados a tan sólo 500 metros.

Gurutze había recorrido un largo camino hasta llegar a Um Dreiga. Nacida en Guipúzcoa, empezó a trabajar en el Hospital Clínico de Tenerife en 1973. Allí hizo amistad con otra ATS catalana, Montserrat Aizcorbe. Ambas comenzaron a salir con dos estudiantes saharauis de la Escuela de Enfermería, quienes les presentaron a otros paisanos que estaban matriculados en la Universidad de La Laguna. Todos eran del Frente Polisario. Gurutze se enamoró de Mohamed Salem, cuyo padre era

intérprete oficial de la Administración española en el Sáhara, y de quien heredó el apodo de *Paquito*. Montserrat se hizo novia de Buela Ahmed Zein, uno de los estudiantes de enfermería, que volvió al Sáhara al poco tiempo. En 1975 le siguieron sus compañeros. Cuando comenzó el éxodo, Gurutze y Montserrat viajaron a Argel, y desde allí a Tinduf. Montserrat y Buela se casaron el 31 de diciembre; Gurutze y Mohamed Salem lo harían en Guelta Zemmur dos meses más tarde.

El Land Rover dejó a Gurutze ante tres tiendas que formaban un improvisado hospital de campaña. Los supervivientes del bombardeo iban tendiendo a los heridos en la puerta. La mujer notó un fuerte picor en los ojos y las fosas nasales irritadas, como si se las hubieran frotado con pimienta. Tragar le producía dolor en la garganta y tenía una sensación de borrachera. Eran efectos del fósforo blanco de las bombas, que aún flotaba en el aire. Se dirigió al hombre que intentaba organizar el caos.

—¿Qué hago?

—¡Atiende primero a los que están peor!

Gurutze comenzó a administrar sueros y calmantes y a vendar con fuerza a los que sangraban para frenar las hemorragias. Pero no era suficiente. Personas que aparentaban no tener herida alguna dejaban de respirar repentinamente. Cuando ella se acercaba a comprobar qué les había pasado descubría sus cuerpos reventados bajo las túnicas. Entre los heridos graves encontró a su amiga Montse: varios trozos de metralla se le habían incrustado en la cadera y junto a la columna vertebral. La impotencia hizo estallar a Gurutze en un ataque de histeria. Un guerrillero la increpó tras darle un bofetón.

—¿No entiendes que si consigues salvar la vida de uno solo de nosotros habrá merecido la pena que te quedes?

Aquella noche el Polisario organizó un convoy para evacuar a los heridos hacia Guelta. Iban en las cajas de tres camiones, tumbados sobre colchones, sujetando sus propias bolsas de suero. Al alba se ocultaron bajo unas *talhas*. Desde su escondite vieron pasar aviones marroquíes y poco más tarde escucharon el estruendo de sus bombas en Um Dreiga. Cuando oscureció volvieron a ponerse en ruta. Al llegar a Guelta descubrieron que

también esta localidad había sido bombardeada. El Polisario se hizo cargo de las víctimas y las trasladó hasta Tinduf, en territorio argelino.

Gurutze volvió a Um Dreiga con todos los rollos de esparadrapo y paquetes de vendas que pudo conseguir. Los campamentos habían sido bombardeados tres días seguidos y los refugiados vivían en un estado de alarma permanente. Desmontaban sus jaimas antes del amanecer y se escondían de la aviación en los *uads* y en las rocas de los alrededores. Por la tarde, Gurutze salía con un saco a recoger los cuerpos desmembrados (brazos, pies, cabezas), que ya habían comenzado a atraer a las hienas.^[161]

Los saharauis que sobrevivieron fueron saliendo de Um Dreiga en grupos de 200, apretados en las cajas de dos camiones y dos Land Rover. Los convoyes tardaban ocho días en llegar a Tinduf.

La huida de los refugiados iba haciéndose más dramática a medida que se aproximaban a Argelia. Los blindados marroquíes llegaron a Tifariti después de que los aviones la hubieran bombardeado. El Polisario se apresuró a evacuar a la gente. Los guerrilleros trasladaban hasta 25 personas en cada Land Rover hacia Tinduf, al tiempo que intentaban frenar a los marroquíes. Entre los que, kalashnikov en mano, protegieron la huida estaban varios españoles que habían desertado de la Legión. Argelia envió un centenar de ambulancias para socorrer a los heridos, pero sólo una decena logró volver a su base; las demás fueron destrozadas por las FAR. La evacuación de Tifariti terminó en la primera semana de febrero.^[162] Durante la misma se produjeron centenares de muertos, heridos y desaparecidos. Pero el éxodo procedente del sur no terminaría hasta primeros de marzo de 1976, fecha en la que la última expedición procedente de Um Dreiga cruzó la frontera de Argelia.

La ayuda a los refugiados distrajo una parte importante de los efectivos del Polisario. A pesar de ello, no cesaron en sus acciones contra los invasores. El 21 de enero de 1976 consiguieron derribar un F-5 marroquí con un misil Sam 6; el piloto saltó en paracaídas y fue hecho prisionero. El episodio tuvo repercusión internacional, porque indicaba que los independentistas habían comenzado a recibir armamento sofisticado. Esta

impresión quedó confirmada en los meses siguientes, cuando derribaron otros tres aviones y un helicóptero. El 3 de febrero sostuvieron fuertes combates con las FAR en la zona de El Aaiún y cerca de Bucrá. El 14 y el 15 de febrero reconquistaron Amgala, que había sido ocupada el 29 de enero por los marroquíes. Pero el Frente sabía que no contaba con medios para mantener durante mucho tiempo la ocupación de los puestos conquistados: se imponía la guerra de guerrillas, una experiencia inédita en el desierto que se prolongaría con éxito hasta 1991.

El Polisario también tuvo en cuenta la evolución de los acontecimientos en el plano internacional. Sus dirigentes estaban al tanto de que España estaba a punto de poner fin a sus responsabilidades en el Sáhara. Decidieron aprovechar el vacío jurídico causado por la desaparición de la metrópoli antes de que se les adelantaran los marroquíes. La noche del 27 al 28 de febrero de 1976 se reunió el Consejo Nacional Saharaui, máxima representación de la voluntad popular tras la autodisolución de la Yemaá, firmada un mes antes en Guelta Zemmur. El cónclave se celebró en Bir Lehlú, un pozo rodeado de construcciones de adobe y de enormes piedras ovaladas, situado a 130 kilómetros de la frontera argelina y muy cerca de Mauritania. Tras los discursos del presidente del Consejo, Emhamed uld Zieu, y del secretario general adjunto del Frente Polisario, Mahafud Larosi, los saharauis proclamaron la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). La bandera del Frente Polisario dejó de ser un estandarte partisano para convertirse en enseña nacional. La franja superior negra simboliza el sufrimiento; la intermedia, blanca y más ancha, representa la voluntad de paz; la inferior, verde, indica la esperanza en el futuro. Un triángulo rojo toca los tres colores: recuerda la sangre que habrán de derramar los saharauis en su transición desde el sufrimiento hasta la esperanza. El cuarto menguante y la estrella de cinco puntas, sobre la banda blanca, son un gesto de paz hacia el mundo árabe. Los focos de las cámaras de medio centenar de periodistas iluminaron la bandera cuando fue izada en un mástil de madera bajo el cielo oscuro del desierto y saludada con decenas de disparos al aire.^[163]



Proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática ante periodistas de todo el mundo en Bir Lehlú, el 27 de febrero de 1976, un día antes de que España abandonara el Sáhara.

Sólo unas horas más tarde, la enseña española era arriada definitivamente en El Aaiún.

EL EJÉRCITO SE PASA AL POLISARIO

El ejército del Sáhara sintió como una traición la firma de los Acuerdos de Madrid. Aunque cumplió la orden del gobierno para que entregara el territorio a Marruecos, intentó boicotearla en numerosas ocasiones. Los mismos militares que sólo tres meses antes combatían, torturaban y fusilaban a los guerrilleros del Polisario se convirtieron en sus aliados secretos. Los actos de indisciplina fueron graves y numerosos. Varios soldados desertaron y lucharon con los saharauis contra las tropas de Hassan II.

En diciembre de 1975 El Aaiún era una ciudad desolada. La mayoría de los saharauis habían huido de la represión marroquí internándose en el desierto; los 10.000 civiles españoles habían sido evacuados junto con sus pertenencias (1.000 automóviles y 300 toneladas de carga); los bancos habían cerrado sus oficinas; Iberia había suspendido todos los vuelos con Madrid; los edificios públicos, inventariados en 14.000 millones de pesetas de la época (84 millones de euros), habían sido abandonados; las instalaciones militares (valoradas en 3.000 millones de pesetas, 18 millones de euros) habían sido entregadas al nuevo ejército ocupante.^[164] Incluso los muertos españoles habían sido desenterrados, introducidos en 1.800 ataúdes llegados en aviones y trasladados a cementerios de la Península y de Canarias. Sólo el 40 por ciento fueron reclamados por familiares. La mayoría eran legionarios y prostitutas. Dos decenas de hombres del pelotón de castigo de la Legión fueron los encargados de desenterrarlos; se despidieron de sus viejas amantes bailando con sus momias entre las lápidas del cementerio.^[165]

El capitán Jaime Perote^[166] mandaba la última unidad militar española que quedaba en la capital del Sáhara. Eran 130 hombres, pertenecientes a la séptima compañía de la octava bandera del Tercio Juan de Austria: el núcleo duro de la Legión. Estaban acuartelados en el regimiento de Artillería, situado en el centro de la ciudad. El gobernador general, Federico Gómez de Salazar, les había encomendado proteger a los 700 españoles que liquidaban el traspaso del territorio a los marroquíes y a los mauritanos.

La noche del 19 de diciembre de 1975, la radio del capitán Perote comenzó a crepitar: un destacamento marroquí estaba siendo atacado con fuego de mortero desde el barrio de Jatarrambla. El militar se dirigió al frente de una sección hacia esa zona, en la parte alta de la ciudad. Pronto divisaron dos vehículos que huían con las luces apagadas. Los legionarios les cortaron el paso. Bajo la amenaza de las armas, varios guerrilleros del Frente Polisario descendieron de sus Land Rover, se cuadraron y saludaron a Perote:



Soldados del pelotón de castigo de la Legión exhuman los cadáveres del cementerio de El Aaiún.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

Se trataba de antiguos soldados de la Agrupación de Tropas Nómadas, que se habían incorporado al Frente tras ser licenciados por los españoles. Perote conocía a varios personalmente. Sabía que si los entregaba a los marroquíes, éstos los fusilarían de inmediato. También era consciente de que si los llevaba ante Gómez de Salazar, pondría al gobernador español en un aprieto. Optó por obedecer a su conciencia: les proporcionó medicinas, provisiones y gasolina, y los dejó ir.^[167]

A continuación acudió a la casa de Gómez de Salazar. Eran las tres de la madrugada.

—Avisa al general de que está aquí el capitán Perote para darle novedades —ordenó al asistente que le abrió la puerta.

—¡Pasa, pasa, Perote! —se oyó la voz del gobernador desde el interior.

Gómez de Salazar estaba en el salón, envuelto en un albornoz, revisando unos papeles. El capitán le relató lo que acababa de suceder en Jatarrambla:

—Mi general, yo ya no sé quién es el enemigo. Hasta julio era el Polisario. Pero después del intercambio de prisioneros con ellos y del comunicado de sus líderes en París respaldando la postura española, se convirtieron en nuestros amigos. El nuevo enemigo fue entonces Marruecos, que minaba las pistas del desierto, atacaba nuestras unidades y ponía bombas en las ciudades. Pero en octubre, tras el anuncio de la Marcha Verde, se nos dijo que los guerrilleros saharauis volvían a ser nuestros enemigos y que debíamos controlarlos para que los marroquíes pudieran desarrollar su estrategia. Me siento desconcertado y manipulado.

Gómez de Salazar suspiró. Su misión había terminado prácticamente; no había razón para seguir ocultando sus impresiones.

—Perote, ¿no crees que a mí me pasa igual que a ti? ¿Crees que no pienso que España podía haber escrito una página de justicia, de integridad y de prestigio? ¿Crees que no estoy convencido de que, si hubiese sido necesario, nuestro ejército habría derramado una de las sangres más puras de su historia?

A continuación, le contó con indignación lo ocurrido en la última reunión de la Junta de Defensa Nacional, a la que había sido convocado.

—El presidente del gobierno, Arias Navarro, sostenía que España debía abandonar el Sáhara para conservar la amistad de la mayoría del mundo árabe y no indisponerse con Francia ni con Estados Unidos. Tanto él como los ministros civiles estaban muy preocupados, pues pensaban que sus colegas militares^[168] y el jefe del Alto Estado Mayor, general Fernández Vallespín, esgrimirían su honor y se opondrían a una salida tan triste de lo que hasta entonces era una provincia española. Pero la sorpresa llegó cuando intervino Fernández Vallespín. El general y los ministros militares rechazaron absolutamente una confrontación bélica con Marruecos. Los ministros civiles no daban crédito a que se lo pusieran tan fácil. ¡Entonces me di cuenta de que yo, gobernador general del Sáhara, era el que menos sabía sobre el futuro del territorio!^[169]

Los dos militares africanistas siguieron conversando. Sus declaraciones reflejaban el ánimo del ejército del Sáhara en vísperas del abandono del territorio. Sólo en 12 semanas, sus enemigos se habían convertido en sus aliados, y a la inversa, en tres ocasiones. Mientras se sucedían las órdenes contradictorias de Madrid, ellos eran los encargados de matar ahora a polisarios, ahora a marroquíes, y de enterrar a sus compañeros caídos en la lucha.

El mismo capitán Perote había estado a punto de morir hacía menos de dos meses a manos de los marroquíes que ahora tenía la misión de proteger. Una mina contracarro estadounidense MA-9, enterrada por las FAR, había estallado bajo su Land Rover, le había fracturado una pierna y le había desgarrado los tímpanos. Mientras estaba de baja, uno de sus subordinados había muerto y dos oficiales y varios legionarios habían sido heridos por otras minas similares.^[170] A principios de noviembre, el capitán había estado al mando de sus hombres en primera línea para defender el territorio frente a la Marcha Verde.

Pero sería un error creer que la indignación del ejército del Sáhara frente al gobierno de Arias Navarro era producto exclusivo de las ansias de revancha o de la nostalgia colonialista. De hecho, los primeros en comprometerse con el Polisario no fueron los africanistas veteranos, sino los oficiales de la Unión Militar Democrática (UMD), organización clandestina integrada por partidarios de un cambio de régimen.^[171]

El honor del capitán Vidal

El capitán de zapadores Bernardo Vidal no era un militar colonialista. Había sido seducido por el Sáhara entre 1960 y 1962, cuando fue enviado a Smara para estrenar sus estrellas de teniente. En el desierto creó fuertes lazos con los nativos de su unidad. En septiembre de 1974 estaba destinado en Madrid cuando una bomba colocada en los lavabos de la cafetería Rolando, en la calle Correo, junto a la Dirección General de Seguridad, mató a 11 personas e hirió a otras 70. La policía halló su número de teléfono en la agenda de alguien supuestamente relacionado con el atentado. No estaba implicado, pero el ya capitán era uno de los fundadores de la UMD, organización muy ligada a la clandestina oposición democrática. Dos policías de la Brigada Político Social lo detuvieron en su casa y fue condenado a siete días de prisión. Cuando salió del calabozo, su jefe, el futuro golpista Jaime Miláns del Bosch, le castigó enviándole a El Aaiún.

Para el capitán Vidal no había un destino mejor. Se estableció en el Sáhara con su mujer y sus cuatro hijos. En cuanto sus antiguos compañeros saharauis supieron de su llegada acudieron a saludarlo. Entre aquellos camaradas estaba Salama Mami, que en 1969 había participado junto a Basiri en la fundación del Movimiento de Vanguardia de Liberación del Sáhara como responsable de asuntos militares. Tras el sangriento final de la manifestación de Zemla del 17 de junio de 1970 y la desaparición del líder nacionalista, cumplió pena de cárcel en Canarias. Ahora vivía muy cerca de la casa de su antiguo oficial, en una barriada nativa llamada Colominas Roja. Como el resto de los discípulos de Basiri, Salama se había afiliado al Frente Polisario.

Bernardo, que tenía 41 años, y su mujer, que contaba 35, iban con frecuencia a visitarle. A veces coincidían en su casa con saharauis de Marruecos, de Argelia o de Mauritania y conversaban con ellos en francés. Obviamente, eran miembros del Polisario de paso por El Aaiún. Las charlas en torno a los humeantes vasos de té verde dieron pronto paso a la simpatía política. El español asumió un compromiso de alto riesgo: comenzó a entregar a los guerrilleros planos militares y manuales de minas que escamoteaba del cuartel.

El coronel del regimiento de Ingenieros, al que pertenecía Vidal, era Aramburu Topete, que más tarde, durante la transición democrática, sería nombrado director general de la Guardia Civil. El 27 de octubre de 1975 llamó al capitán a su despacho para darle una orden confidencial:

—Mañana, a partir de las 6 de la madrugada, debe rodear los barrios nativos con alambradas. Sólo dejará unos pocos pasos de acceso en estos puntos del mapa para que podamos controlar las entradas y salidas de los saharauis.

A las nueve de la noche, un abatido Vidal se presentó en la casa de Salama. El capitán reveló a su amigo el plan secreto del ejército: en unas pocas horas El Aaiún sería convertido en una gran trampa. Salama hizo correr la voz. Gracias al aviso, muchos miembros del Polisario lograron huir al desierto antes del amanecer.

Cuando los saharauis se despertaron, decenas de hombres dirigidos por Vidal extendían kilómetros de alambre de espino en torno a sus casas.

—Pero ¿qué hace España, capitán? —le preguntaban sorprendidos los nativos.

—No es España; es el gobierno, que os ha traicionado. Pero el pueblo español os quiere —respondía Vidal con un nudo en la garganta.

El Aaiún se transformó en un campo de prisioneros. En torno a las alambradas fueron desplegadas patrullas de soldados fuertemente armados, vehículos blindados fueron situados en los cruces de calles, y ametralladoras pesadas fueron emplazadas en lugares elevados. Se decretó el toque de queda. Los coches particulares debían circular con la luz interior prendida. Quedaron prohibidas las reuniones de más de tres personas. Los saharauis eran tratados como sospechosos, aunque ninguno sabía por qué ni de qué.

A mediados de noviembre, Salama Mami hizo llegar un recado urgente al capitán: el Polisario precisaba sacar de la ciudad esa misma noche a uno de sus líderes. A la puesta de sol, Vidal se vistió de uniforme y salió a la calle. Algunos comerciantes y prostitutas habían instalado sus negocios en tiendas de campaña situadas a lo largo de las alambradas. Las luces de los tugurios se mezclaban con las linternas y los focos de las patrullas. Las armas brillaban entre las voces de santo y seña.

El control por el que los saharauis pretendían pasar a su hombre estaba custodiado por legionarios, que se cuadraron cuando el oficial apareció con la excusa de inspeccionar su trabajo. Mientras charlaba con ellos, un coche se aproximó a la alambrada; al volante estaba Salama. Los soldados se acercaron para inspeccionarlo.

—¡Pero si éste es amigo mío! —exclamó Vidal en tono campechano.

El capitán se aproximó al coche y saludó efusivamente al conductor. Los legionarios retrocedieron. Vidal y Salama charlaron en voz alta sobre cosas banales. Luego el capitán se apartó de la ventanilla y dejó expedito el paso al vehículo. Los centinelas no se atrevieron a registrarlo. Acurrucado en el maletero viajaba Mohamed Salek, que con el tiempo sería ministro de la RASD.

En los días previos a la Marcha Verde, Bernardo Vidal fue encargado de sembrar 60.000 minas antipersonas en la frontera norte. Poco después, en ese período confuso de órdenes y contraórdenes, le mandaron desactivar gran parte de ellas y abrir un pasillo para que entraran los marroquíes. Mientras realizaba su trabajo, siguió pasando información y documentos al Polisario. Continuaría haciéndolo durante años, después de que España abandonara el Sáhara.^[172]

No fue el único que se jugó la carrera y la vida para ayudar a los guerrilleros del Polisario. Militares de toda clase y condición se expusieron a consejos de guerra y pelotones de fusilamiento para auxiliarlos. Sus sentimientos se describen en el *Libro de la UMD*:

«La culminación de la era de Franco, o el principio de la monarquía, según quiera tomarse, ha sido lo que se ha dado en llamar descolonización del Sáhara, lo que en pura ética militar o política podría llamarse engaño o traición. Traición al pueblo saharauí, al que tantas veces se le ha prometido la autodeterminación; engaño a todos los españoles, a los que han mentido sobre las intenciones reales de la solución del conflicto; y humillante engaño a los militares españoles, que hemos hecho de marionetas al servicio de unos intereses muy concretos y de unos pocos que, recibiendo órdenes de USA, han vendido el Sáhara a Marruecos».

«Quisiera poder explicar la vergüenza sufrida al desarmar a soldados leales, al rodear con alambradas, carros, armas de todo tipo, a una población

civil indefensa, privándola de todo movimiento fuera de control. Con los ojos desorbitados y con el orgullo de un pueblo que quiere ser libre nos preguntaban continuamente: ¿Por qué hace esto España?».

«El domingo 2 de noviembre [de 1975] llegaba a El Aaiún Juan Carlos, entonces jefe de Estado en funciones. Ante la guarnición decía: “Se hará cuanto sea necesario para que nuestro ejército conserve intactos su prestigio y honor”, y afirmaba que “España trabajará por la paz y cumplirá sus compromisos internacionales”».

«Días después, y para detener la Marcha Verde, se llama de nuevo a los soldados nativos de la Agrupación de Tropas Nómadas y de la Policía Territorial. Acuden pocos al llamamiento, ya que gran parte de ellos se han unido a las guerrillas del Frente Polisario. Una vez que se retira la Marcha, se les licencia de nuevo, lo que crea situaciones embarazosas entre los militares».

«Para los que han visto volar compañeros y vehículos al pisar minas marroquíes, y han vivido una intensa campaña terrorista en El Aaiún, con fuertes explosiones y otras cargas descubiertas a tiempo [...], todo ello pagado y realizado por agentes marroquíes, cuesta mucho entender el cambio de política sobrevenido a raíz de los Acuerdos de Madrid firmados el 14 de noviembre».

La indignación frente a la traición del gobierno de Madrid prendió, pues, en las filas del ejército. Hubo incluso legionarios que prefirieron desertar y combatir junto al Polisario antes que ejecutar las órdenes de reprimir a los saharauis.

Historia de un desertor

El cabo legionario Larry Casenave desertó un viernes de octubre de 1975. Salió del cuartel con la pistola que le había robado a su brigada oculta

bajo el uniforme. Se dirigió al cine Las Dunas y sacó una entrada de general, la más barata. En los urinarios, tres militantes del Polisario con los que se había citado le quitaron las botas de reglamento y le calzaron unas sandalias, le cubrieron el uniforme verde del Tercio con una *derraá* y le embozaron con un turbante. Así disfrazado, lo sacaron del cine y lo subieron a un taxi. Nada más arrancar le vendaron los ojos y le ordenaron que se echara en el suelo.

Cuando el vehículo se detuvo, el cabo fue introducido en una casa. En el interior había un patio con un pozo. Sus amigos saharauis le advirtieron, antes de interrogarle, de que pasaría allí un tiempo. Debía tomar el sol desnudo para oscurecer su piel y ocultarse, cuando alguien llamara a la puerta, en el interior del pozo. Su escondite era un pequeño repecho semicircular de 60 centímetros, situado a unos cuatro metros del brocal y a medio metro del agua. Junto al mismo, los polisarios habían excavado un depósito para municiones, donde guardaban varias pistolas, cinco fusiles, una caja de proyectiles y 30 o 40 granadas de mano.

Las causas que empujaban a un hombre a alistarse en la Legión solían ser dramáticas. En el caso de Larry Casenave eran más bien tragicómicas. Hacía un año que una serie de coincidencias estúpidas le habían conducido al Sáhara.

Casenave era hijo de un tornero catalán de ideas anarquistas que emigró a Venezuela con 16 años, tras la Guerra Civil. Su padre le envió a estudiar a España en tres ocasiones. La primera, cuando tenía entre 5 y 7 años. La segunda, al colegio Don Bosco de Barcelona, cuando contaba entre 10 y 15. Y la tercera, a la Universidad Complutense de Madrid, cuando tenía 20. Antes ya había cursado dos años en la Escuela Naval de Venezuela y seis meses en la Universidad de Hardford (Connecticut, Estados Unidos).

El régimen de Franco había puesto en marcha el Programa de Repatriación de Emigrantes para atraer a los 1,5 millones de españoles que habían salido adelante en el extranjero. Entre otras facilidades, el Estado les ofrecía la convalidación de los estudios de sus hijos sin necesidad de que pasaran pruebas de admisión. Larry se matriculó en Madrid y, como tantos otros universitarios, pasó de hospedarse en colegios mayores (el José Antonio y el *Chino*) a compartir un piso con otros compañeros en el casco

antiguo de la ciudad. Nunca se sintió atraído por la ebullición política de la Universidad.

En julio de 1974 acababa de terminar segundo curso de Navales cuando recibió una carta para que se presentara urgentemente en el rectorado. Un funcionario le comunicó que el ejército le consideraba desertor. El año anterior había cumplido 21 años, por lo que tenía que haberse presentado al servicio militar. Dado que no lo había hecho, debía hacer la mili habitual más un año suplementario, como castigo. «Usted está utilizando una beca de hijo de emigrante español. Por lo tanto, se le considera español. Si quiere seguir dentro del país en las mismas condiciones, debe hacer el servicio militar. Si no, puede irse y renunciar a la beca». No había más remedio: o hacía la mili o perdía dos años de estudios.

Un compañero de clase, hijo de militar, le sugirió una solución: «Entras en la Legión y te reducen el tiempo de mili a año y medio. Además, en vez de 200 pesetas mensuales (1,20 euros) como en los otros cuerpos, te pagan 3.500 (21,04 euros). Y no creo que te vayan a poner problemas para presentarte a los exámenes». Larry aceptó. Aquella decisión daría a su vida un vuelco espectacular.

Hasta que llegó al desierto, en octubre de 1974, ni siquiera sabía que hubiera una provincia de España en esas latitudes. Mucho menos, que se trataba de un polvorín a punto de estallar. No tenía más remedio que pasar por la Legión, pero creía que podría evitar que la Legión pasara por él. Y al principio fue así.

Le enviaron al IV Tercio, con sede en Villacisneros, al sur del territorio. Fue destinado a los archivos, como escribiente, a las órdenes de un brigada. Era el suyo un trabajo tranquilo, que terminaba a las cinco de la tarde. Desde esa hora hasta las diez de la noche, cuando el corneta llamaba a retreta, tenía tiempo libre. Aquel ocio sin ocupaciones empezaba a convertirse en un problema cuando algunos mandos le propusieron dar clases particulares de matemáticas a sus hijos. Aceptó inmediatamente. Decidió, además, colocar anuncios en las farolas de la ciudad ofreciendo sus servicios como profesor. Cobraba cien pesetas al mes por dos horas de clase a la semana.

Entre los que atendieron su oferta había tres estudiantes de bachillerato saharauis. Uno de ellos, Mahayub, le habló del Frente Polisario. Era la primera vez que Larry escuchaba ese nombre. En los dos meses que llevaba en el Sáhara había oído hablar de disturbios, incluso de bandas armadas. Pero desconocía la existencia de un movimiento de liberación nacional. Al principio se mostró curioso, pero cuando Mahayub se ofreció a presentarle gente que le informara sobre la organización, reculó rápidamente. Él sólo estaba allí de paso.

Tan pronto el capitán de su compañía se enteró de que tenía estudiantes nativos, le pidió que los dejara. Los soldados sólo tenían permiso para dar clases a hijos de militares españoles. Larry se dirigió a casa de Mahayub para explicarle que abandonaba las clases. En el portal, una pareja de la Policía Militar lo detuvo y lo llevó de vuelta al cuartel. Le ordenaron que se sentara en una sala. Además de sus superiores, estaban presentes dos civiles. Aquello era un interrogatorio en toda regla.

—Te habíamos dado una orden.

—Precisamente iba a ver a mi alumno para decirle que no podía seguir dándole clase —protestó Larry.

—¿Cuánto tiempo llevas viéndote con él?

—Un mes y pico.

—¿Te ha hablado de política alguna vez?

—No —mintió Larry.

—¿Sabías que era del Polisario?

—Yo no sé nada. Voy a darle clase y a las dos horas me vuelvo al cuartel.

—Tu alumno es estudiante, y la mayoría de los estudiantes son del Polisario.

—¡Yo no sé nada de eso! ¡Sólo hablamos de matemáticas!

Ahí terminaron los primeros contactos de Larry con el Polisario. Unos meses más tarde, fue destinado junto a varias compañías de su regimiento a la vigilancia de El Aaiún. Hacía pocos días que había sido instaurado el toque de queda y que el capitán Vidal había sitiado con alambradas los barrios musulmanes. Controles del Tercio ya habían sido desplegados en zonas estratégicas. Larry formó parte de algunas patrullas nocturnas.

Los legionarios de aquellas partidas se convertían durante unas horas en los amos de El Aaiún. Muchos se aprovechaban de su posición de fuerza: ordenaban a los saharauis que se echaran boca abajo en el suelo mientras revisaban su documentación, les prohibían pasar por determinadas calles de forma arbitraria, cacheaban con celo provocador a las mujeres delante de sus maridos...

El grupo de Larry no era una excepción. En una ocasión dio el alto a dos nativas que paseaban por el barrio del Cementerio a las ocho de la noche sin el pase preceptivo. Un sargento y dos soldados se las llevaron tras una casa. Él las oyó gritar y corrió hacia el lugar. Pero el sargento le cortó el paso:

—Vuelve a tu puesto.

Al cabo de un rato, aparecieron las dos mujeres con las ropas desordenadas. Los legionarios las despidieron con risotadas.

Larry se encontraba cada vez más a disgusto en el ejército. Hacia el verano, tomó la decisión de desertar.

Había salido un par de veces con una saharauí que trabajaba como dependienta en el quiosco próximo al cine Las Dunas. La muchacha le puso en contacto con estudiantes del Polisario. Un fin de semana de agosto le citaron frente a las tiendas de los *majarreros* (artesanos), a la entrada del barrio militar de Colominas. Le recogieron en un taxi, le pusieron una *derraá* sobre el uniforme, le vendaron los ojos y comenzaron a dar vueltas con el vehículo. Pararon el coche y le introdujeron en una casa.

—Lo que está ocurriendo me resulta intolerable. Si pido la baja no sólo no me la darán, sino que además me meterán en la cárcel de por vida. Sólo quiero saber de qué forma puedo ayudaros —les explicó Larry.

—¿Cómo puedes demostrarnos que no eres un policía? —le preguntaron los polisarios.

—Estoy dispuesto a dejar el ejército y a irme con vosotros.

—Si quieres ayudarnos, pásanos información. Si es buena, confiaremos en ti.

—¡Soy un simple cabo! No tengo información de nada. Lo único que tengo es mi persona.

—No necesitamos a nadie —replicaron los hombres, y le despidieron.

La situación de Larry era cada vez peor. Sus paseos con la saharauí del quiosco no gustaban a sus superiores. Ya no se fiaban de él: no dejaban la caja fuerte abierta y apenas le hablaban. Poco tiempo después le enviaron de patrulla a cazar guerrilleros en el desierto.

Circulaban en Land Rover junto a un *uad* cuando divisaron a tres saharauís en camellos cargados con grandes sacos. Imaginaron que eran polisarios que transportaban armas y comenzaron a perseguirlos. Los nativos descendieron al cauce seco por un camino de cabras. Para seguirlos, el vehículo habría tenido que dar un largo rodeo, así que los legionarios optaron por abrir fuego. Abatieron a dos: el otro logró huir. Cuando llegaron al cauce, comprobaron que los supuestos guerrilleros eran dos chavales de 14 y 15 años y el supuesto arsenal, un cargamento de dátiles.

Era más de lo que Larry podía soportar. De vuelta en El Aaiún, volvió a ponerse en contacto con el Polisario. Esa vez logró convencerlos.

—Nosotros sólo somos estudiantes, pero te ayudaremos a desertar. Luego puedes volver a tu país o hacer lo que te dé la gana.

De este modo fue a parar Larry al escondite del pozo. Los tres polisarios, que no tenían más de 20 años, se turnaban para vigilarle e interrogarle. De comer le daban patatas, arroz y algo de carne. Casenave, que medía 1,86, pasaba entre nueve y diez horas diarias encogido en el vaso del pozo, junto al arsenal robado. Durante aquellas esperas interminables, asediado por la oscuridad, la humedad, el rumor del agua y la proximidad de las armas escondidas, su mente tejía hipótesis contradictorias. A veces pensaba: «Soy un desertor y he robado armamento. No tengo documentación ni dinero. El ejército me atraparé y me fusilará». En otras ocasiones discurría: «¿Y si mis guardianes no son polisarios? ¿Y si deciden matarme?». O también: «En cualquier momento pueden canjearme por alguno de sus compañeros detenidos por los españoles». Sin embargo, lo que más le inquietaba era la explicación que tendría que darle a su padre si algún día volvía a verlo. En varias ocasiones consideró la posibilidad de suicidarse.

En noviembre, 20 días después de su llegada a la casa, los polisarios le dijeron que la invasión de Marruecos y Mauritania era inminente: había que salir de allí. Nuevamente cubierto con una *derraá*, un turbante y unas gafas

de sol que ocultaban la venda que le cubría los ojos, fue subido a un vehículo y trasladado a Tifariti, cerca de la frontera norte de Mauritania. Tanto esta localidad como Mahbes, próxima a las fronteras argelina y marroquí, habían sido abandonadas por los españoles. Por la amplia zona que existe entre ambas pasaban 50.000 saharauis que huían de la persecución de los invasores. Larry descubrió entonces que no era el único desertor.

En Mahbes coincidió con un francés conocido como Michel, un madrileño llamado Pepe, que enseguida recibió el apodo de *Bahía*, un vasco, un portugués y un italiano. Todos eran o habían sido legionarios. Los guerrilleros les entregaron fusiles para que compartieran las guardias con ellos.

Cinco días más tarde llegó El Uali, acompañado de periodistas argelinos y españoles. En una rueda de prensa, los legionarios explicaron que habían desertado porque no estaban de acuerdo con la actuación del ejército. Cuando los informadores se fueron, el líder del Polisario les invitó a cenar y les agradeció las declaraciones que acababan de realizar.

—Vamos a hacer todo lo posible para que podáis volver a vuestros países cuanto antes.

Larry se levantó.

—Hablo sólo por mí mismo. Yo me comprometo a seguir con ustedes para ayudar en lo que sea.

—Ésta no es tu guerra. Te entregaremos un pasaje y un permiso de viaje que nos han proporcionado los argelinos como un favor. También te daremos algo de dinero para que puedas llegar a tu casa.

—Ya sé que no es mi guerra como español, pero sí lo es como persona.

Otro de los legionarios se levantó.

—Yo no he hecho nada con mi vida, y creo que ésta es una oportunidad para darle sentido.

Uno tras otro, los desertores expusieron las razones por las que querían luchar junto a los saharauis. Finalmente, El Uali cedió y fueron aceptados.

[173]

Aquellos hombres realizaron sin dudarle su ofrenda de sangre. El primero fue *El Vasco*. Tras un ataque guerrillero a un convoy marroquí,

protegió la huida de sus compañeros barriendo el terreno con una ametralladora fija americana de 30 milímetros hasta que se le acabaron las balas. «Hoy no hay retirada», respondió cuando sus camaradas saharauis le urgieron a escapar. Días después, los marroquíes mostraron su cabeza a la prensa internacional como prueba de que en el Polisario combatían «guerrilleros cubanos».

Varios desertores españoles fueron heridos y evacuados a Europa. En cuanto a Larry, sobrevivió con heridas graves a la explosión de una mina bajo el Land Rover en el que viajaba. Hasta 1991 permaneció en los campamentos de Tinduf ayudando a construir viviendas y escuelas.

La llegada de los marroquíes

El 23 de noviembre de 1975, dos días después de la muerte de Franco, la séptima compañía del Tercio, con base en El Aaiún, recibió orden de salir en dos vehículos hacia el puesto de Tah, en la frontera con Marruecos. Allí debía recibir a quienes hasta pocos días antes eran sus enemigos. La expedición, al mando del capitán de Estado Mayor Vicente Bravo, protegería y escoltaría hasta la ciudad a las nuevas autoridades del Sáhara, enviadas por Hassan II: el gobernador adjunto, Ahmed Bensuda; el secretario de Estado de Interior, Driss Basri; el desertor presidente de la Yemaá, Jatri uld Said uld Yumani, y el jefe de las FAR, coronel Dlimi.

Los marroquíes llegaron en un convoy de 60 vehículos, en los que viajaban 200 funcionarios, decenas de policías y un nutrido grupo de periodistas. Instalaron su cuartel general en el Parador de Turismo, donde fueron recibidos por el secretario general, el coronel Rodríguez de Viguri. Esa misma noche fueron atendidos por el general Gómez de Salazar. Al día siguiente se presentó en El Aaiún el gobernador adjunto mauritano, Abdalah uld Chej.

Tras las autoridades, entraron en El Aaiún 25.000 personas procedentes de los bajos fondos de Casablanca, Fez, Marrakech y Rabat. Ocuparon las viviendas abandonadas por los saharauis que habían huido al desierto y por los españoles que habían sido evacuados a la Península y a Canarias, robaron alimentos en las tiendas y saquearon los almacenes del Estado. En un intento de controlar la situación, Gómez de Salazar organizó una Policía Auxiliar Saharaui, frente a la que situó a un capitán español. Pero poco podían hacer 145 hombres para detener los desmanes de los colonos y para impedir los secuestros y torturas de la *Sureté* de Hassan II contra los nativos. Cuando un cabo de la Policía Auxiliar se presentó ante el general para mostrarle las huellas de los golpes y las quemaduras que le habían hecho los marroquíes, el gobernador español sólo logró arrancar vagas disculpas del gobernador adjunto Bensuda. Pocos días después recibió una orden tajante de Madrid para que disolviera la fuerza saharauí.^[174]

Los actos de vandalismo eran diarios incluso en la tranquila Villacisneros. Soldados marroquíes fueron sorprendidos en la casa del gobernador envolviendo en las cortinas la cubertería y los adornos hurtados. Varios militares impidieron la entrada de un oficial español a su propio domicilio. Aparecieron desmanteladas las oficinas de Iberia. Fueron robados 1.500 litros de alcohol destinados al hospital civil. Un suboficial marroquí armado amenazó con matar a los presentes en el Centro Cultural si no se le servía inmediatamente...^[175]

Las órdenes de Madrid ataban de pies y manos al ejército frente a éstas y otras fechorías. Los desmanes aumentaban a medida que los españoles evacuaban sus cuarteles. Salían por una puerta mientras por otra entraban los marroquíes, en el norte, y los mauritanos, en el sur. Muchos oficiales empezaron a buscar un incidente para vengar a tiros la humillación que sufrían.

A principios de diciembre de 1975, el capitán Jaime Perote se dirigió en su Seat 850 con una decena de legionarios al Parador de Turismo, ahora cuartel general marroquí. Como no cabían todos en el vehículo, varios viajaban en el techo. Iban armados hasta los dientes y bien cargados de whisky y de grifa. En la puerta del edificio se cruzaron con dos oficiales de las FAR. Los legionarios los apartaron de un empujón:

—¡Paso a un oficial español!

Ante la mirada iracunda de los marroquíes, comenzaron a cantar el himno de su arma. Las manos de unos y otros estaban cerca de las armas. Cuando la violencia parecía inevitable, apareció un capitán de la Policía Territorial con la orden de conducir a Perote ante Gómez de Salazar.

—¿Qué, Perote? ¿Tomando un café por ahí? —zanjó el asunto el general.^[176]

El gobernador llevaba semanas aplacando con diplomacia la belicosidad de sus soldados. Los incidentes eran constantes. En el Casino Militar, varios oficiales brindaron repetidamente por la independencia del Sáhara ante los mandos marroquíes invitados a un ágape por los españoles.

No todo eran simples provocaciones. Una semana antes, dos militares habían intentado volar el Parador de Turismo, ocupado por la plana mayor de Hassan II. El edificio se hallaba situado junto al Instituto de Enseñanza Media, vacío en aquel momento. Las pocas viviendas que había en su parte trasera fueron desalojadas durante la noche. El comandante de Artillería Ricardo Ramos y el sargento artificiero Fabregat adosaron cargas explosivas a las bombonas de butano de las cocinas y llenaron de granadas de mortero una de las habitaciones. A las siete de la mañana del día convenido los detonadores estaban activados. Sólo faltaba evacuar a las siete camareras españolas para encender la mecha Bickford y reventar el cuartel general de Marruecos.

En ese momento se presentó una patrulla de la Policía Militar al mando de un comandante llamado Labajos. Traía una orden tajante de Gómez de Salazar, que ya estaba al corriente de la operación: las camareras no saldrían hasta que Ramos y Fabregat desactivaran el mecanismo. La discusión, celebrada en uno de los patios interiores del Parador, fue tensa. Ramos juraba que la mecha estaba prendida y que todos morirían si no salían de allí inmediatamente. Labajos se mantenía firme. El tiempo corría. Al final el artillero acabó por ceder. Los artefactos fueron desmontados y explosionados aquella misma mañana en el cauce de la Saguia El Hamra. La detonación se oyó en toda la ciudad. Ramos y Fabregat salieron del paso con unos meses de arresto en el castillo de San Felipe. Fue un castigo muy

benigno: según el Código de Justicia Militar, el soldado que provocara la guerra entre España y otra potencia sería pasado por las armas.^[177]

Los últimos de El Aaiún

A las seis de la tarde del 20 de diciembre fueron arriadas por última vez las banderas del Cuartel General del Ejército y del antiguo regimiento de Artillería, en el que estaba acantonada la séptima compañía del Tercio. Los legionarios habían hecho sus petates y estaban sentados en los Land Rover, listos para partir. La expresión de sus rostros era fúnebre. Un periodista de la televisión canaria se acercó al cuerpo de guardia y llamó al oficial al mando.

—Capitán, ¿qué siente usted en este momento?

El militar, grandullón y patilludo, con los ojos ocultos tras unas gafas Ray Ban, se acercó hasta el micrófono.

—En el credo legionario tenemos un artículo que habla de la disciplina. Dice: cumplirá con su deber, obedecerá hasta morir.

—¿Ha sido difícil mantener la disciplina?

—No. Nosotros siempre obedecemos lo que nos mandan. Pero hay órdenes más gratas que otras.

—¿Ésta es la salida que usted hubiera querido para sus hombres, capitán?

—A lo mejor yo personalmente hubiera preferido otra salida. Pero mis hombres se van con el honor intacto.

Poco después se presentaron los marroquíes para hacerse cargo del cuartel. El capitán no quiso recibirles y delegó en su segundo, el teniente Tapias. Cuando el oficial de las FAR le tendió la mano, Tapias le negó la suya.

—No estoy aquí como amigo, sino cumpliendo órdenes. Ahí pueden entrar y ocupar el cuartel. Ya está libre.^[178]

La compañía se puso en marcha hacia la playa de El Aaiún. Allí tuvo que esperar diez días antes de embarcar rumbo a Fuerteventura. En la cubierta del buque, los legionarios observaban con tristeza cómo se alejaba la costa del Sáhara.

—¡Qué pena, mi capitán, abandonar así esta tierra!

—No es sólo el desierto lo que dejamos —respondió el oficial—. Aquí termina un estilo de vida.

Los jefes y oficiales que sirvieron en el Sáhara regresaron a la Península con un fuerte sentimiento de frustración. Eso les convirtió en potencialmente peligrosos para las autoridades de Madrid. Aunque, con el tiempo, muchos llegarían a desempeñar altos cargos, es difícil encontrar en los estadios militares a dos de ellos destinados en la misma unidad.

El trámite final

El ejército entregó el norte del Sáhara a Marruecos en sólo dos meses. A finales de octubre había abandonado los puestos del este: Mahbes, Tifariti, Echdeiría y Hausa. El 27 de noviembre cedió Smara. En cuanto a El Aaiún, los españoles sólo controlaban el centro de la ciudad: el resto estaba en manos de los marroquíes.

Las últimas unidades militares zarparon desde la playa de El Aaiún o fueron trasladadas por carretera hasta el puerto de Villacisneros, donde era más sencillo embarcar el material pesado. Desde esta última localidad despegó hacia Las Palmas en un aviocar Federico Gómez de Salazar, acompañado de varios jefes y oficiales. El general se negó a esperar al gobernador mauritano, que llegaba a la ciudad ese mismo día escoltado por

700 soldados, que habrían de sumarse a los 1.200 marroquíes que Hassan II ya había acantonado en la zona.^[179]

Como gobernador español en funciones fue nombrado el coronel Luis Rodríguez de Viguri. Sólo ocupó el puesto 15 días: fue destituido por denunciar ante la prensa el abandono en que Madrid había dejado la administración del territorio. El 27 de enero le sustituyó el teniente coronel Valdés, hasta entonces jefe de Política Interior.^[180]

Hassan II había logrado su propósito de ocupar el Sáhara, pero faltaba que la anexión fuera aprobada por la comunidad internacional. Para ello tenía que cumplir una cláusula de los Acuerdos de Madrid: consultar la voluntad de los saharauis. Una vez más, intentó implicar a España en sus propósitos.

El 26 de febrero el gobernador Bensuda, el secretario de Estado Basri y el coronel Dlimi sacaron de sus casas a las tres decenas de miembros de la Yemaá que no habían huido de El Aaiún y los trasladaron al salón de plenos de la Asamblea General. En la presidencia colocaron a Jatri uld Said uld Yumani, que meses antes había rendido pleitesía a Hassan II. La sesión era ilegal, pues hacía varias semanas que el Parlamento había sido disuelto.

En efecto, el 28 de noviembre 67 miembros de la Yemaá se habían reunido en Guelta Zemmur, una localidad situada en el centro del Sáhara, cerca de la frontera con Mauritania. Los congregados superaban los dos tercios de los 106 parlamentarios (seis de los cuales eran, además, procuradores en las Cortes de Madrid). Bajo la autoridad de su vicepresidente, Baba uld Hasenna, redactaron, votaron y firmaron la disolución del organismo. Su propósito era precisamente evitar que los marroquíes pudieran presentar ante la ONU, como portavoces de la voluntad saharauí, a la treintena de parlamentarios que se habían quedado en las ciudades. En el documento calificaban la actuación del gobierno de Madrid como «la mayor estafa colonialista que la historia haya conocido nunca», designaban al Frente Polisario como «la única autoridad legítima del pueblo saharauí» y anunciaban la constitución de un Consejo Nacional provisional. Al día siguiente se reunieron en Mahbes con centenares de notables y con los dirigentes del Frente. Entre todos eligieron el Consejo Nacional Saharauí. Conforme a la tradición, el organismo quedó compuesto

por 40 miembros más uno, que simbolizaba la renovación. Emhamed uld Zieu, viejo combatiente contra el colonialismo español en 1958 y uno de los fundadores del Polisario, fue nombrado presidente.^[181]



España arría su última bandera en el Sáhara. El acto se celebró en la azotea del Gobierno General de El Aaiún el 28 de febrero de 1976.

La convocatoria de los marroquíes carecía, por tanto, de todo valor. El teniente coronel Valdés acudió a la reunión, que se celebró bajo la presencia intimidatoria de más de un centenar de funcionarios de Rabat. Desde la tribuna de oradores, y ante el desconcierto general, afirmó que estaba allí sólo para despedirse de los saharauis y no en representación del gobierno central.

—España estará siempre dispuesta a desarrollar los vínculos entre vosotros y nosotros. Donde se encuentre un español, habrá un amigo del Sáhara.

Además, se negó a estampar su firma en el acta de la sesión, junto a las de Jatri y los gobernadores marroquí y mauritano. El militar justificó su rechazo alegando que esa misma mañana España había abandonado sus responsabilidades en el Sáhara.^[182] En realidad, ese trámite estaba previsto para dos días más tarde, pero el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, adelantó la fecha con el fin de impedir precisamente que los marroquíes volvieran a utilizar al gobierno como cómplice en la anexión del territorio. España, pues, no se desprendió de su condición de potencia administradora (*de iure*, aunque sí *de facto*); Marruecos y Mauritania, que no pactaron sus zonas de influencia hasta el mes de abril, en el tratado de Rabat, se convirtieron en países ocupantes.

A las 11 de la mañana del 28 de febrero de 1976 un puñado de jefes y oficiales, en su mayoría miembros de los servicios de inteligencia, se dieron cita en la azotea del Gobierno General del Sáhara. Una compañía marroquí rindió honores mientras arriaban la última bandera española. Luego el gobernador Bensuda izó la enseña marroquí. Unas horas antes, en el interior del desierto, los saharauis habían proclamado la República Árabe Saharaui Democrática.

Esa misma noche, Valdés y sus hombres despegaron hacia Las Palmas. En el fuselaje del DC-9 de Iberia *Ciudad de Vigo* que les sacó de El Aaiún, los militares habían escrito con grandes caracteres: «¡Viva el Frente Polisario!». Era su respuesta a las palabras arrogantes que el coronel Dlimi, jefe de las FAR en la zona, les había dirigido antes de su partida:

—¡Acabaré con el problema del Polisario antes de tres meses!

Han pasado 26 años y la bandera saharaui sigue ondeando en el Sáhara. Los nacionalistas aseguran que el día que logren izarla en el mástil del antiguo Cuartel General español invertirán su sentido: la luminosa banda verde ondeará en la parte superior y la negra quedará relegada a la base, como una pesadilla superada.

QUÉ FUE DE QUIÉN

Tras 16 años de combates y 11 de negociaciones diplomáticas, la situación del Sáhara sigue empantanada en el mismo punto en que la abandonó España en 1976. La descolonización continúa pendiente de un referéndum, Marruecos explota las riquezas del territorio y 160.000 saharauis malviven en los campos de refugiados de Tinduf (Argelia). El destino ha tratado de forma caprichosa a los personajes que provocaron esta situación.

El líder del Frente Polisario, El Uali Mustafa Sayed, murió en combate el 9 de junio de 1976. El 3 de ese mes partió de Tinduf al frente de 180 hombres. Su propósito era cruzar 2.000 kilómetros de desierto y atacar Nuakchot, la capital de Mauritania, que acababa de repartirse el Sáhara con Marruecos. Cumplió su objetivo: el día 8 bombardeó el palacio presidencial; 24 horas más tarde fue alcanzado por un cañón mauritano cuando, ya en retirada, intentaba volar las conducciones de agua de la capital. Su rostro, desfigurado por la metralla, apareció en la portada de todos los periódicos del Magreb. El cadáver fue enterrado en un cuartel bajo el rótulo: «Peligro: Explosivos». Para festejar su muerte, el presidente de Mauritania, Mojtár uld Dadá, declaró el 9 de junio Día de las Fuerzas Armadas.

En sustitución de El Uali, el III Congreso del Frente Polisario, celebrado en agosto de 1976, eligió como secretario general a Mohamed Abdelaziz, uno de los fundadores de la organización procedentes de Tantán.

El presidente de Mauritania sólo sobrevivió un año en el poder tras la muerte de El Uali. El Frente Polisario redobló sus ataques contra el país. En 1976, Mojtár uld Dadá se vio obligado a solicitar a Francia el envío de instructores militares y de apoyo aéreo. La entrada en el conflicto de la vieja potencia colonial fue recibida con indignación en el Magreb. Además,

8.000 soldados de Marruecos, el viejo enemigo anexionista, se habían asentado en el país con la coartada de ayudar a sus nuevos aliados. La situación era insostenible. El 10 de julio de 1977 un golpe de Estado derribó a Uld Dadá. El Frente Polisario decretó un alto el fuego para dar opción a una negociación. Tras sucesivos golpes de Estado, Mauritania reconoció en 1979 al movimiento saharauí y le entregó el territorio que había ocupado. El encargado de negociar el acuerdo fue el hermano menor de El Uali, Bachir Mustafa Sayed. Hassan II invadió inmediatamente el Sáhara abandonado por Mauritania.

El presidente de Argelia, Huari Bumedián, falleció en 1978. Su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Abdelatif Buteflika, es hoy su sucesor.

El presidente de Francia, Giscard d'Estaing, cayó en 1981 tras conocerse que había recibido diamantes como regalo de su amigo Jean Bedel Bokassa, emperador de África Central acusado de canibalismo.

El jefe de las FAR en el Sáhara, coronel Ahmed Dlimi, llegó a convertirse en el hombre más poderoso de Marruecos tras Hassan II. A los 50 años era director del gabinete de ayudantes de campo del rey, director general de la Seguridad Nacional, jefe de los servicios secretos, único general del ejército y subcomandante en jefe en el frente del Sáhara. Suya fue la idea de levantar, a partir de 1980, una serie de muros protegidos por minas antipersonas y alambres de espino, y erizados de radares, para frenar las incursiones de los guerrilleros del Frente Polisario en la zona más rica del territorio. A las ocho de la tarde del 25 de enero de 1983, cuando salía de una audiencia con Hassan II, sufrió un accidente mortal. La explicación oficial asegura que su vehículo se estampó contra un «camión loco». Según la tesis más aceptada internacionalmente, Dlimi fue torturado y muerto en el palacio de Marrakech; luego introdujeron el cuerpo en su coche cargado de explosivos y los activaron a distancia. Al parecer, el general conspiraba para forzar la abdicación del monarca.

Kurt Waldheim permaneció al frente de la ONU hasta 1981. Entre 1986 y 1992 fue presidente de Austria, a pesar de las acusaciones de haber pertenecido a las SS durante la Segunda Guerra Mundial.

Henry Kissinger continuó asesorando a varios presidentes de Estados Unidos, pero su estrella se apagó definitivamente con el fin de la Guerra

Fría. En la actualidad está reclamado por jueces de varios países como imputado en procesos por genocidio.

El presidente de Libia, Muammar El Gadafi, abandonó hace tiempo sus ambiciones de liderar el Tercer Mundo. Tras sus encontronazos con Estados Unidos y con la Unión Europea por su implicación en varias acciones terroristas, intenta rehacer su imagen internacional a base de petrodólares.

Hassan II, rey de Marruecos, murió en 1999. Antes encerró a cientos de hombres y mujeres saharauis en mazmorras secretas, de las que muchos no salieron vivos, convirtió el Sáhara en un gran campo de concentración en el que eran habituales las torturas y las desapariciones, y lo colonizó con campesinos trasladados desde Marruecos. Su entierro convocó en Rabat a las principales personalidades europeas.

Los políticos españoles que participaron en el abandono del Sáhara se retiraron tras la llegada del PSOE al gobierno, en 1982. Mejor suerte corrieron los diplomáticos: Jaime de Piniés fue elegido presidente de la Asamblea General de la ONU; Fernando Morán fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores; Francisco Villar fue designado embajador en la Unesco, y Fernando Arias Salgado ha representado a España ante varios países: el último de ellos, Marruecos.

CRONOLOGÍA

1884 Antonio Cánovas, primer ministro de Alfonso XII, envía al Sáhara una expedición al mando del alférez Emilio Bonelli. Los españoles se instalan en lo que más tarde denominarán Villacisneros (hoy Dajla) y convencen a los nativos para que pongan su territorio «únicamente bajo la protección del rey de España».

1900 Francia y España firman el Convenio de París, en el que quedan dibujadas las fronteras del Sáhara Occidental.

1904 El capitán Francisco Bens establece tres guarniciones a lo largo de la costa sahariana. Serán los embriones de tres ciudades: La Güera, Villacisneros y Villa Bens.

1912 España firma varios tratados que atribuyen estatutos jurídicos distintos a la región de Villa Bens (al norte del paralelo 27°40') y al Sáhara Occidental.

1934 Antonio del Oro funda la ciudad de El Aaiún junto a un manantial.

1940 Técnicos españoles descubren los primeros indicios de la existencia de petróleo.

1950 El INI crea la empresa Adaro y comienzan las excavaciones en busca de fosfatos.

1956 Marruecos obtiene la independencia. El sultán Mohamed V es proclamado rey.

1957 Bandas armadas marroquíes bajo el mando del nacionalista Ben Hamu invaden el Sáhara Occidental, el sur de Argelia y Mauritania para expulsar a los colonizadores. Francia y España lanzan una ofensiva conjunta (Operación Huracán/*Ecouvillon*) y aplastan la rebelión.

1958 Como premio a la colaboración de Mohamed V en la lucha contra las bandas, Franco entrega a Marruecos la mayor parte de Ifni y la región de

Villa Bens, que pasa a denominarse Tarfaya.

1961 El gobierno convierte el Sáhara Occidental en una provincia española (la número 53) y firma con 11 petroleras, la mayoría estadounidenses, la búsqueda y explotación de crudo.

1962 El INI funda la empresa Eminsá y son descubiertos los fosfatos de Bucrá.

1963 Las petroleras encuentran indicios de crudo en 27 puntos. Señalan que la mayor concentración se halla en la franja comprendida entre El Aaiún y Cabo Bojador.

1965 Comienzan los requerimientos de la ONU para que España celebre un referéndum de autodeterminación y abandone el Sáhara.

1967 Franco crea la Yemaá, una suerte de Parlamento autonómico formado por notables saharauis, para calmar los apremios de la ONU.

1969 España entrega Sidi Ifni a Marruecos y crea la empresa Fos Bucrá para explotar el yacimiento de fosfatos descubierto en el Sáhara. Basiri funda en Smara el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara, que en unos meses alcanza 4.700 afiliados.

1970 El 17 de junio una compañía de la Legión disuelve a tiros una manifestación nacionalista en la explanada de Zemla, en El Aaiún. Hubo más de una decena de muertos. Basiri fue detenido y desapareció varios días más tarde. Comienza a expedirse el DNI bilingüe para los saharauis.

1971 El 10 de julio se produce un intento de golpe de Estado contra Hassan II en el palacio de Sijrat.

1972 El 16 de agosto aviones militares marroquíes ametrallan el Boeing que traslada a Hassan II. Comienza la extracción de fosfatos. Grupos de jóvenes crean dos movimientos nacionalistas paralelos: uno en Tarfaya (Marruecos) y otro en el Sáhara Español.

1973 El 20 de abril los nacionalistas de Tarfaya y del Sáhara Español se reúnen en Zuerat (Mauritania) y fundan el Frente Polisario. Brahim Gali es elegido secretario general. Un mes más tarde, el movimiento ataca el puesto español de Janguet Qesat; es su primera acción armada. El 30 de septiembre los guerrilleros matan a un cabo saharauí del ejército. ETA asesina al presidente del gobierno, Luis Carrero Blanco.

1974 Franco nombra presidente del gobierno a Carlos Arias Navarro. La Yemaá aprueba un estatuto de autonomía para el Sáhara redactado en Madrid, que nunca será promulgado. Cae en combate contra los españoles el primer guerrillero del Polisario, Bachir Lehlau (26 de abril). A partir de mayo, Hassan II concentra un ejército en la frontera con el Sáhara, bajo el mando del coronel Ahmed Dlimi. Atentado contra la cinta transportadora de Fos Bucr . España alienta la fundación del Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS) y coloca al frente a Ijalihenna uld Rachid (octubre). La policía desarticula la organización estudiantil del Polisario en la Península y Canarias. España anuncia un referéndum de autodeterminación para el primer semestre de 1975. Hassan II recurre al Tribunal Internacional de La Haya (17 de septiembre) y se entrevista con Henry Kissinger en Rabat (15 de octubre).

1975 En marzo, Marruecos anuncia la creación del Frente de Liberación y Unidad (FLU). Infiltrados marroquíes desencadenan una cadena de atentados terroristas en El Aaiún. Secuestro de patrullas de Tropas Nómadas por el Polisario. Una misión de la ONU visita el Sáhara (12 de mayo). Ijalihenna viaja a Marruecos y jura fidelidad a Hassan II (17 de mayo). Las FAR comienzan a atacar puestos españoles situados en el interior del desierto. El 16 de octubre el Tribunal de La Haya dictamina que no existen lazos de soberanía entre el Sáhara y Marruecos. Hassan II anuncia la Marcha Verde. El 24 de octubre comienzan en Madrid las negociaciones para la entrega del territorio a Marruecos. El 2 de noviembre, don Juan Carlos, jefe del Estado en funciones, viaja a El Aaiún, mientras el presidente de la Yema  se pasa a Marruecos. El 6 de noviembre arranca la Marcha Verde. El 9 de noviembre Carro garantiza en Agadir a Hassan II la entrega del Sáhara. Al día siguiente, la Marcha Verde se retira. El 14 de noviembre se firman los Acuerdos de Madrid entre España, Marruecos y Mauritania. Ese mismo día se disuelve el PUNS. El 18 de noviembre, las Cortes aprueban la Ley de Descolonización. El 20 de noviembre muere Franco. El 23, las nuevas autoridades marroquíes llegan a El Aaiún. El 20 de diciembre abandona El Aaiún la última compañía de la Legión.

1976 El 28 de febrero los militares arr an la bandera española en el Sáhara.

GLOSARIO

Relación de términos del árabe saharauí utilizados en el libro.

Abid. Esclavo/a negro/a comprado en el sur del Sáhara. Realizaban los trabajos más pesados. Las mujeres eran utilizadas sexualmente por sus dueños y solían quedar embarazadas. Tras varias generaciones, sus descendientes terminaban integrándose en la familia.

Ahel. Familia, en sentido amplio. Varias familias componían una fracción y varias fracciones, una tribu.

Arab. Tribu guerrera.

Arbaía. Fusil de cuatro (*arba*) tiros.

Benia. Tienda de campaña de tela. También se denominaban así las utilizadas por el ejército.

Burka. Túnica azul o negra que cubre por completo a las mujeres en Afganistán, con una rejilla ante los ojos. Los fundamentalistas marroquíes han llevado a El Aaiún prendas similares, aunque de colores más alegres.

Cabila. Tribu.

Cadi. Juez local o comarcal.

Codat. Jueces. Reunión de jueces.

Chej. Persona, generalmente de edad, que goza del respeto de una tribu y es la encargada de gestionar los mandatos que ésta adopta en asamblea. En contra de la interpretación que los españoles hicieron de su figura, el *chej* no tiene autoridad para tomar decisiones por sí solo.

Chiuuj. Plural de *chej*.

Chorfa. Tribu de religiosos.

Dariya. Dialecto. Los saharauís se refieren con este término a la lengua marroquí.

Derraá. Amplia túnica, azul o blanca, de los saharauis. Suelta y agitada por el viento, alivia el calor; ceñida al cuerpo, protege del frío.

Dírham. Unidad monetaria marroquí, equivalente a 0,10 euros aproximadamente.

Frig. Campamento nómada, formado por varias *jaimas*.

Grara. Amplias zonas de arbustos de hasta dos metros de altura que salpican el Sáhara Occidental. Algunas pueden alcanzar más de quinientos metros cuadrados.

Guerba. Odre de cuero. Pellejo de cabra tratado para transportar agua.

Halufó. Cerdo.

Hamada. Amplia meseta pedregosa. Los campamentos de refugiados de Tinduf (Argelia) están situados en una *hamada*.

Harka. Partida armada. Muchos de estos grupos sirvieron como paramilitares en el ejército colonial francés y luego engrosaron las tropas mauritanas.

Harkeño. Miembro de una *harka*. Paramilitar mauritano.

Hasanía. Dialecto del árabe que se habla en el Sáhara. El 60 por ciento de sus términos son árabe clásico.

Horma. Impuesto que las tribus pacíficas abonaban a las guerreras a cambio de protección.

Irifi. Fuerte viento caliente cargado de arena que los colonos españoles denominaron siroco.

Jaima. Amplia tienda de campaña, construida con pieles de cabra y de camello, que alberga a las familias nómadas.

Kandora. Tres cuartos con o sin mangas. Era la prenda de faena de las Tropas Nómadas coloniales.

Mahandi. «No tengo», en *hasanía*.

Mahdi. «El que no hace mal a nadie». Imán reformador inspirado por Alá.

Majarrero. Denominación dada por los españoles a los artesanos saharauis.

Meharista. Batallón de hombres a camello creado por los militares franceses y heredado por las Fuerzas Armadas Reales de Marruecos.

Mugar. Feria que se celebra periódicamente en determinados lugares del desierto que antiguamente eran puntos de cruce de caravanas. En ellas podían adquirirse ganado, telas e incluso esclavos. El Mugar de Tinduf, en

Argelia, era lugar de encuentro de comerciantes marroquíes, argelinos, libios, saharauis y mauritanos.

Muecín. Creyente que llama a la oración en la mezquita.

Naila. Sandalia. Por extensión, las sandalias que la casa Segarra fabricaba para el ejército español y que eran muy apreciadas por los saharauis.

Orili. «No tengo», en bereber.

Saguia. Lecho encharcado de agua.

Saguia El Hamra. Literalmente, Río Rojo, por el color de la tierra. Es un enorme cañón seco, de unos 500 metros de ancho, que recorre más de 600 kilómetros al norte del Sáhara Occidental, pasa junto a El Aaiún y se estrella contra la cadena de dunas que se levanta ante el Atlántico. En la Saguia El Hamra desembocan numerosos *uads* o ríos secos.

Sahel. Oeste del Sáhara.

Talha. Tipo de acacia del desierto.

Transis. Fusiles de la época de la colonización francesa. El nombre hace referencia al año de fabricación (1936).

Tsaías. Fusil antiguo de nueve (*tsa*) balas.

Uad. Cauce de un río seco.

Uld. Literalmente, hijo de. Intercalado entre los nombres de los saharauis, permite remontarse varias generaciones en su linaje. Equivale en *hasanía* al *ben* del árabe clásico.

Wali. Gobernador.

Wilaya. Sede del gobierno local.

Yemaá. Asamblea. Cada tribu tomaba las decisiones que le atañían en estas reuniones. Su puesta en práctica era encargada al *chej*. Cuando los españoles crearon un Parlamento autonómico formado por *chiuj*, lo bautizaron con ese nombre.

Yihad. En este caso, guerra contra el colonialismo.

Zaragüelles. Amplios pantalones bombachos hasta poco más abajo de la rodilla.

Znaga. Tribu de pastores, agricultores y pescadores.

Zuaia. Tribu de letrados.

FUENTES DOCUMENTALES

Cartoteca Histórica del Ejército.

Archivo General de la Administración.

Archivo personal de Luis Rodríguez de Viguri y Gil.

Archivo Histórico Militar.

Archivo del Instituto Nacional de Meteorología.

Archivo del Instituto de Astronomía.

Colección de *El Sol*.

Colección de *El País*.

Colección de *Abc*.

Colección de *La Realidad*.

Colección de *Le Monde*.

Colección de *Le Journal*.

Colección de *Albayane*.

Colección de *El Mundo*.

Colección de *Informaciones*.

Colección de *Jeune Afrique*.

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación Amigos del Sáhara de Asturias: *Sáhara. 20 años bastan*. D. G. M., Gijón, 1995.
- Assidon, Elsa: *Sahara Occidental: un enjeu pour le nordouest africain*. Maspéro, París, 1978.
- Baba Miské, Ahmed: *Front Polisario, L'âme d'un peuple*. Rupture, París, 1978.
- Bales, Kevin: *La nueva esclavitud en la economía global*. Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2000.
- Balta, Paul: *El Gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*. Siglo Veintiuno, Madrid, 1994.
- Barbier, Maurice: *Le conflit du Sahara Occidental*. L'Harmattan, París, 1982.
- Barona Castañeda, Claudia: *Sahara Al-Garbia (1958-1976). Estudio sobre la identidad nacional saharauí*. Tesis doctoral. Tomo II. Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales, 1998.
- Bosque Coma, Alfredo: *Guerra de Ifni. Las banderas paracaidistas. 1957-1958*. Almena, Madrid, 1998.
- Briones, Felipe, M. Limam Mohamed Ali y Mahayub Salek: *Luali. «Ahora o nunca, la libertad»*. Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1997.
- Sahara: cien años sin libertad*. Asociación de Amistad con el Pueblo Saharaui de Alicante, 1997.
- Carrasco García, Antonio: *Annual, 1921. Las imágenes del desastre*. Almena, Madrid, 1999.
- Carro, Antonio: «La descolonización del Sáhara», en *Revista de política internacional*. Madrid, 1976.

Comba Ezquerro, Juan Antonio: *La investigación minera en la provincia del Sáhara*. Archivos de IDEA, Madrid, 1961.

Criado, Ramón: *Sáhara. Pasión y muerte de un sueño colonial*. Ruedo Ibérico, París, 1977.

De la Lama, César, y Germán Lopezarias: *Morir en el Sáhara*. AQ, Bilbao, 1975.

De Madariaga, María Rosa: *Los moros que trajo Franco*. Martínez Roca, Barcelona, 2002.

De Piniés, Jaime: *La descolonización del Sáhara: un tema sin concluir*. Espasa Calpe, Madrid, 1990.

—*La descolonización española en las Naciones Unidas*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.

De Vilallonga, José Luis: *El Rey*. Plaza y Janés, Barcelona, 1993.

Dévoluy, Pierre, y Mireille Diteil: *El polvorín argelino*. Flor del Viento, Barcelona, 1995.

Diego Aguirre, José Ramón: *Historia del Sáhara Español. La verdad de una traición*. Kaydeda Ediciones, Madrid, 1988.

—*Guerra en el Sáhara*. Istmo, Madrid, 1991.

Esteva, Jordi: *Mil y una voces*. Santillana, Madrid, 1998.

Fernández-Aceytuno, Mariano: *Siroco*. Simancas Ediciones, Valladolid, 1996.

Font, Miquel: *Sáhara. Drama de una descolonización (1960-1987)*. 1988.

García, Alejandro: *Historias del Sáhara*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2001.

García Fuente, Santiago: *La investigación petrolífera en el Sáhara*. Archivos de IDEA, Madrid, 1961.

Gaudio, Attilio: *Les populations du Sahara occidental*. Karthala, París, 1993.

Guardione, Yolanda: *Marruecos. Gentes, tradiciones y creencias*. Alianza, Madrid, 1996.

Hernández Moreno, Ángela: *Economía y sociedad del Sáhara Occidental*. Universidad de Murcia, 1988.

Juliano, Dolores: *La causa saharaui y las mujeres*. Icaria, Barcelona, 1999.

Lacomba, Joan: *Emergencia del islamismo en el Magreb*. Catarata, Madrid, 2000.

Laroui, Abadallah: *Marruecos: Islam y nacionalismo*. Editorial Mapfre, Madrid, 1994.

Leguineche, Manuel: *Annual 1921*. Alfaguara, Madrid, 1996.

López García, Bernabé: *Marruecos en trance*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

Mariñas Romero, Gerardo: *El Sáhara y la Legión*. Editorial San Martín, Madrid, 1988.

—*Recuerdos del Sáhara*. Gráficas Dehon, Madrid, 1986.

Monod, Théodore: *Camelladas. Exploraciones por el verdadero Sáhara*. José J. de Olañeta Editor, Barcelona, 1999.

Perrault, Gilles: *Nuestro amigo el Rey*. Plaza y Janés, Barcelona, 1994.

Ruiz Miguel, Carlos: *El Sáhara Occidental y España. Historia, política y derecho. Análisis crítico de la política exterior española*. Dykinson, Madrid, 1995.

Santamaría, Ramiro: *Ifni-Sáhara. La guerra ignorada*. Dyrsa, Madrid, 1984.

Satué Oliván, Enrique, y Roberto L'Hôtellerie López: *Tfarrah. El Sáhara desde aquí*. Puente de Sabinánigo, Huesca, 1999.

Sayeh, Ismaïl: *Les sahraouis*. L'Harmattan, París, 1998.

Segura i Mas, Antoni: *El Magreb: del colonialismo al islamismo*. Publicacions Universitat de Barcelona, 1994.

Téllez, Juan José: *Moros en la costa*. Debate, Madrid, 2001.

Tuquoi, Jean Pierre: *El último rey*. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

Ufkir, Malika, y Michèle Fitoussi: *La prisionera*. Mondadori, Barcelona, 1999.

Valenzuela, Javier, y Alberto Masegosa: *La última frontera. Marruecos, el vecino inquietante*. Temas de Hoy, Madrid, 1996.

VV. AA.: *La Marche Verte*. Presentado por Hassan II. Librairie Plon, París, 1990.

Villar, Francisco: *El proceso de autodeterminación del Sáhara*. Editorial Fernando Torres, Valencia, 1982.

Yata, Ali: *Le Sahara Occidental Marocain*. Casablanca, 1972.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, que me enseñaron a querer el Magreb.

A María José Fisac, amiga y abogada, que ha hecho mucho más que limar las aristas legales de este libro.

A Brahim Gali, que me ha abierto las puertas del Frente Polisario sin intentar influir en el resultado de mis investigaciones.

A Claudia Barona, que me ha permitido acceder al archivo de Luis Rodríguez de Viguri.

A la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui, que ha puesto a mi disposición su archivo fotográfico.

Y, por supuesto, a todas las personas que me narraron parte de sus vidas y cuya lista es imposible citar aquí. Gratitud especial merecen los amigos marroquíes que me han suministrado información, cuyo nombre omito para evitar riesgos a su salud.

Notas

[1] Denuncia presentada por Aminetu Haidar el 15 de noviembre de 2009 en el aeropuerto de Lanzarote. Ministerio del Interior. Dirección General de la Policía. JSP de Canarias. Comisaría de Arrecife. Diligencias n.º 8377/09.

<<

[2] *Inner City Press*, 30 de abril de 2010. <<

[3] Declaraciones de Ijalihenna uld Rachid al autor (El Aaiún, 6 de noviembre de 1999). <<

[4] Declaraciones al autor de un notable presente en la reunión, que ha pedido el anonimato por razones de seguridad (El Aaiún, 3 de noviembre de 2001). <<

[5] Transcripción de las conversaciones entre Ijalihenna uld Rachid y el secretario general del Sáhara, coronel Luis Rodríguez de Viguri, en el despacho oficial de este último, en El Aaiún, durante el mes de marzo de 1975. Confidencial. <<

[6] Declaraciones de varios saharauis al autor (El Aaiún, 3 de noviembre de 2001). <<

[7] Visita del autor a Smara el 4 de noviembre de 2001. <<

[8] Declaraciones a el autor del padre Camilo (El Aaiún, 4 de noviembre de 2001). <<

[9] Archivo de Nodo. <<

[10] Las petroleras que desembarcaron en el Sáhara fueron Campsa (Spain Cities Service Petroleum Co., Richfield Sahara Petroleum Co. Banesto), Phillis Oil Co., Cepsa (Compañía Española de Petróleos y Spanish Gulf Oil Co.), Caltex (California Oil Co. of Spain, Texaco Spain Inc. y Epressa), Atlantic Exploration Co., Pahoc (Pan American Hispano Oil Co.), Gao of Spain Inc., Sohio Iberian Oil Corp. y Tidewater Oil Co., Sun (Hispanic Sun Oil Co. y Champlain Oil Refining Co.), Ipsa (Magellan Petroleum Corp. y Oil Invert Inc.) y Union Oil Co. of California. <<

[11] Una nota de los servicios de información españoles (NI. G-2S.220175), estampillada en rojo con la palabra «Confidencial», deja abierta esta posibilidad: «El día 20 de enero de 1975 [diez meses antes de la Marcha Verde] llegó a Tarfaya un equipo de la sociedad Esso Exploration and Production Marocco actuando como operadora de la asociación Esso-Shell, cuyo permiso atlántico ha sido concedido a la compañía Western Geophysical, para llevar a cabo la campaña sísmica prevista en relación con el permiso atlántico citado. Al frente del equipo se encuentra el señor Peter Hanson, nacido el 17 de octubre de 1928 en Carolina del Norte (USA)». Los espías de la presidencia del gobierno no consiguieron conocer el resultado de los trabajos del señor Hanson. <<

[12] Entrevista con monseñor Félix Erviti (Madrid, 26 de enero y 7 de febrero de 2000). <<

[13] Una nota secreta de la Jefatura de Política Interior, de diciembre de 1973, reseña que «el natural Jatri uld Mohamed uld Di Ahmed, que se encontraba en Mauritania unido a los grupos subversivos [se refiere al Polisario], ha regresado a nuestra provincia trayéndose a una morena y un moreno». <<

[14] El PUNS fue un partido creado a finales de 1974 por las autoridades españolas para contrarrestar al Frente Polisario. Propugnaba la independencia del Sáhara sin violencia tras un breve período tutelado desde Madrid. Como secretario general fue designado Ijalihenna uld Rachid, el actual alcalde de El Aaiún, entonces un estudiante de ingeniería que vivía en Madrid y estaba casado con una española «de buena familia». En 1975 Ijalihenna se pasó a Marruecos. El partido se disolvió poco después. La historia del PUNS está contada con detalle en el capítulo v. <<

[15] Hoy en día no existen esclavos en los campamentos de Tinduf. Sus argollas de plata fueron fundidas y con ellas se hicieron joyas para visitantes extranjeros. Pero aunque se han producido algunos matrimonios mixtos, los negros de la *hamada* aún arrastran como un estigma su antigua condición. En el Sáhara ocupado por Marruecos tampoco hay constancia de casos de esclavitud. <<

[16] NI115.DGRN.211173. Secreto. <<

[17] Entrevista con el coronel José Barrientos (Madrid, 3 de abril de 2000).

<<

[18] Entrevistas con el coronel José Barrientos (Madrid, 3 de abril de 2000), con el ex legionario Larry Casenave (Barcelona, 10 y 11 de agosto de 2000) y con el ex soldado y vicepresidente de la Asociación de Amigos del Pueblo Saharahui José Taboada (Madrid, 9 de julio de 2002). <<

[19] Esta versión figura en el libro *Luali*, de Felipe Briones, M. Limam Mohamed Ali y Mahayub Salek, editado por la Universidad de Alicante en 1997. Ha sido completada con varios testimonios recogidos por monseñor Félix Erviti, que fue prefecto apostólico del Sáhara Occidental desde 1954 hasta 1974 y falleció en Madrid el 23 de noviembre de 2000. <<

[20] Declaración de Bassir Mohamed uld Hach Brahim. El Aaiún, 19 de junio de 1970. Secreto. <<

[21] Entrevista con Brahim Gali (Madrid, 24 y 26 de enero y 8 de febrero de 2000). <<

[22] Esta versión está implícitamente confirmada en un informe secreto de la Delegación Gubernativa de la Región Norte (sólo se hicieron cinco copias), fechado en El Aaiún seis meses más tarde, el 12 de junio de 1970: «Puede ser —señala— que el partido se iniciase de la forma que el propio Basiri ha contado en una reunión, según información que merece crédito. Según éste, la formación del partido le fue solicitada por un grupo (cuatro o cinco) de soldados de Tropas Nómadas que fueron a visitarle a Smara. Estos soldados le dijeron, según él, que no podían permitir que el Sáhara fuese repartido [...] y que habían estado a punto de organizar una “revolución” e incluso de matar a su capitán». <<

[23] Declaración de Bassir Mohamed uld Hach Brahim. El Aaiún, 19 de junio de 1970. Secreto. <<

[24] El importe de las cuotas figura en varios informes confidenciales del Gobierno General del Sáhara. <<

[25] Entrevista con Brahim Gali (Madrid, 24 y 26 de enero y 8 de febrero de 2000). <<

[26] Informe de la Delegación Gubernativa de la Región Norte. 120670.
Secreto. <<

[27] La última carta de Basiri se encuentra en el archivo del Frente Polisario, en los campamentos de refugiados de Tinduf. <<

[28] Entrevista con Muisa uld Luchaá uld Lebser (Campamentos de refugiados de Tinduf, Argelia, 7 de diciembre de 2000). <<

[29] Informe del capitán de servicio al comandante jefe de la Policía Territorial, fechado en El Aaiún el 17 de junio de 1970. Secreto. <<

[30] Declaración de Salem Lebser. El Aaiún, 19 de junio de 1970. Secreto.

<<

[31] Así figura en el libro *Luali*, publicado por la Universidad de Alicante en 1997. <<

[32] NI22.955-2^a. Secreto. <<

[33] Varios protagonistas de esta historia desmienten la información: *orili* es un término bereber (su equivalente en *hasanía* es *mahandi*), por lo que parece más probable que esa clave fuera utilizada por infiltrados marroquíes. <<

[34] B-2/250272/2B. Secreto. <<

[35] C-3/250272/ATN. Secreto. <<

[36] Uno de los muchachos detenidos, Bachir Mustafa Sayed, era el hermano menor de El Uali y llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores de la República Árabe Saharaui Democrática. <<

[37] Entrevistas con Brahim Gali (Madrid, 24 y 26 de enero y 8 de febrero de 2000) y Muisa uld Luchaá uld Lebser (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, 7 de diciembre de 2000). <<

[38] Entrevista con Brahim Gali (Madrid, 24 y 26 de enero y 8 de febrero de 2000). <<

[39] Sólo un año antes, el 9 de marzo de 1972, un informe del Gobierno General de la provincia (Referencia 21.060.24. Secreto) recogía la penúltima maniobra de Hassan II: «La creación en Marruecos de un número indeterminado de patrullas o equipos meharistas [a camello] con formación de tipo guerrillero, siendo presentados como pertenecientes a la juventud sahariana Chebabia. Al mismo tiempo se ha señalado su posible actuación en nuestra zona». <<

[40] NI1994.220973. Secreto. <<

[41] Parte confidencial del Gobierno General del Sáhara sobre el enfrentamiento. Entrevista con Muisa Luchaá (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, 7 de diciembre de 2000). <<

[42] Muisa Luchaá me contó en Tinduf que envolvió el cadáver del cabo en su *derraá* blanca y le hizo las abluciones que manda el islam. <<

[43] Miembros de grupos paramilitares. <<

[44] El prefecto de Bir Mugrein se llamaba Mulay Bujreis. Llegó a ser jefe del Estado Mayor de Mauritania. Los comentarios suyos que se recogen figuran en la nota informativa de la Jefatura de Política Interior del Sáhara número 23580.DGRN.301073.B-2.Secreteto. <<

[45] Muisa Luchaá niega la información de un espía al servicio de los españoles, según la cual él mostraba como trofeos en Mauritania los galones y las orejas del cabo muerto en Budher. <<

[46] Las autoridades españolas estaban al corriente de la ayuda que Gadafi prestaba al Polisario. Un informe secreto del Gobierno General del Sáhara fechado el 3 de diciembre de 1973 afirma: «Los gastos [de los guerrilleros] son subvencionados por Libia casi en su totalidad». <<

[47] A lo largo de tres décadas, Mohamed Said siguió siendo un hombre de confianza de Gadafi, que llegó a encomendarle la importante Embajada de Arabia Saudí. <<

[48] Entrevista con Ahmed Salek, que participó en los traslados de armas (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, 6 de octubre de 2000).

<<

[49] Entrevista con Mulud Lahsen, uno de los polisarios que incendiaron la cinta de Fos Bucr  (Las Palmas, 18 de abril de 2000). Informes confidenciales del Gobierno General del Sáhara sobre el atentado. <<

[50] Los detalles del secuestro de la patrulla Domingo figuran en el exhaustivo informe que sobre este episodio elaboró la Agrupación de Tropas Nómadas en base a las declaraciones del alférez Basseid uld Bonna, uno de los secuestrados. Confidencial. <<

[51] Con este término se designó en el siglo XIX a los soldados indios al servicio de los países europeos. Durante el siglo XX se extendió a los soldados nativos que colaboraron con los colonizadores de sus pueblos. Como los saharauis frente a los españoles en 1975, los cipayos indios se rebelaron contra la dominación inglesa en 1857. <<

[52] N.º 23318. <<

[53] Los dos protagonistas de este episodio, Brahim Gali y Muisa Luchaá, me han desmentido el enfrentamiento. Sin embargo, figura en tres informes distintos del Gobierno General del Sáhara. <<

[54] 123.CRS-1. <<

[55] 20085.B-3. <<

[56] NI.9981.B-2. Secreto. <<

[57] NI.20085.B-3. Secreto. <<

[58] NI.2/767.B-6. Secreto. <<

[59] Entre los señalados estaban «Seila [uld Abeida, procurador en las Cortes de Madrid y miembro de la Yemaá] y Zorug [uld Larosi, también miembro de la Yemaá]». <<

[60] NI.2/028.B-2. Secreto. <<

[61] La nota informativa 20404.B-2. Secreto detalla: «[Los polisarios] tienen previsto matar a uno de los siguientes: los ya mencionados Seila y Zorug, y Ali uld Said, Mulei uld Boibat, Suleim uld Abdelahe, sargento Brahim uld Bachir, Sidi Alem uld Sidi Salah, sargento Mohamidi...». <<

[62] NI.5081.B-2. Secreto. <<

[63] NI.2338. A-1. Secreto. <<

[64] Entrevista con Brahim Gali (Madrid, 24 y 26 de enero y 8 de febrero de 2000). <<

[65] SI n.º 058. <<

[66] NI.5189. A-1. Confidencial. <<

[67] Radio 2/459. Mahbes. Confidencial. <<

[68] N.º 21/69. <<

[69] NI.20233.S/C. Secreto. <<

[70] NI.261. A-2. <<

[71] NI.5292.C-2. <<

[72] NI.2/133.S/C. <<

[73] NI.23023.B-3. Confidencial. <<

[74] NI.2/20640.B-3. Confidencial. <<

[75] NI.11.C-3. Secreto. <<

[76] NI.2/294. A-1. Confidencial. <<

[77] Las instituciones académicas del Sáhara Español dependían de la Universidad de La Laguna. <<

[78] Entrevistas con Mohamed Salem (Madrid, 22 de marzo de 2002) y con Bujari Ahmed Bericala (Nueva York, 26 de marzo de 2002). <<

[79] Informes secretos del Gobierno General del Sáhara. <<

[80] Notas informativas remitidas por el Cuerpo General de Policía al Gobierno General del Sáhara. Confidencial. <<

[81] Informe confidencial del Gobierno General del Sáhara. Bujari Ahmed Bericala nunca volvió al Sáhara. Hoy es representante de la República Árabe Saharaui Democrática ante la ONU. <<

[82] Entrevista con Ahmed Salek (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, 6 de octubre de 2000). <<

[83] Transcripción de la conversación mantenida entre el secretario general del Sáhara, Rodríguez de Viguri, y el líder del PUNS, Ijalihenna uld Rachid, en el despacho oficial del primero el 6 de marzo de 1975. Confidencial. <<

[84] Informe confidencial del Gobierno General del Sáhara. <<

[85] Ijalihenna uld Rachid es hoy alcalde de El Aaiún y está considerado uno de los hombres más ricos de Marruecos. <<

[86] Mohamed Basri está considerado, junto a Mehdi Ben Barka, el fundador y cerebro de la Unión Nacional de Fuerzas Populares. Fue acusado de conspirar para asesinar a Mohamed V (padre de Hassan II) en 1960, y al propio Hassan en 1963. Fue juzgado y condenado en rebeldía. En 1973, cuando se produjeron las revueltas, estaba en Libia. <<

[87] Hassan II había hecho antes varios intentos pacíficos para anexionarse el Sáhara. En 1970 llegó a ofrecer a Franco bases militares en El Aaiún y en Villacisneros para proteger Canarias, a cambio de la soberanía del territorio.

<<

[88] Varios informes secretos del Gobierno General del Sáhara recogen al detalle estas compras y su traslado a Marruecos. <<

[89] Informes secretos del Gobierno General del Sáhara. <<

[90] Informe de la Jefatura de Política Interior n.º 238. Confidencial. <<

[91] NI.5382. Confidencial. <<

[92] Casas de la Vega, Rafael, *La última guerra de África*, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1985. <<

[93] Archivo del Frente Polisario. <<

[94] Hassan II suprimió el grado de general en las FAR a raíz del intento de golpe de Estado de 1972. <<

[95] NI.2/20.640. Confidencial. <<

[96] NI.300175. Secreto. <<

[97] Parte confidencial de la Policía Territorial de El Aaiún. <<

[98] Informes secretos del Gobierno General del Sáhara. <<

[99] NI.5242.DGRS. Secreto. <<

[100] Interrogatorio del capitán de las FAR Abbua Chej. Segunda Sección del Estado Mayor del Sáhara. N.º 2888-B. Confidencial. <<

[101] Un hijo del capitán general Muñoz Grandes fue oficial de helicópteros en el Sáhara en vísperas de la Marcha Verde. <<

[102] Villar, Francisco, *El proceso de autodeterminación del Sáhara*, Editorial Fernando Torres, Valencia, 1982. <<

[103] Entrevista con Antonio Carro (Madrid, octubre de 1995). <<

[104] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[105] *El País*, 16 de octubre de 1995. <<

[106] Declaraciones de Pedro Cortina ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 15 de marzo de 1978. <<

[107] Declaraciones del coronel Luis Rodríguez de Viguri ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 13 de marzo de 1978. <<

[108] Declaraciones de Pedro Cortina ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 15 de marzo de 1978. <<

[109] Entrevista con el coronel Emilio Cuevas (Santa Cruz de Tenerife, 26 de mayo de 2001; Almería, 13 de septiembre de 2001). <<

[¹¹⁰] Entrevista con el coronel Emilio Cuevas (Santa Cruz de Tenerife, 26 de mayo de 2001; Almería, 13 de septiembre de 2001). <<

[¹¹¹] Actas de las sesiones de la Asamblea General de Naciones Unidas.
Nueva York, septiembre de 1974. <<

[¹¹²] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[¹¹³] *Paris Match*, diciembre de 1974. <<

[¹¹⁴] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[115] Este episodio fue relatado por el propio coronel Achakbar, secretario de Defensa de Marruecos, al teniente general Fernández Vallespín, jefe del Alto Estado Mayor de España, durante la visita de este último a Marruecos el 18 de noviembre de 1975, con motivo de la fiesta de las FAR. <<

[116] El telegrama de Kissinger fue repetidamente publicado por la prensa internacional de la época y jamás fue desmentido. <<

[117] Memorandum de la entrevista mantenida por Henry Kissinger y Abdelatif Buteflika entre las 8.05 y las 9.25 del 17 de diciembre de 1975 en la residencia del embajador de Estados Unidos en París. Documento secreto 01853. The White House. Washington. <<

[118] Declaraciones de Jaime de Piniés ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 14 de marzo de 1978. <<

[119] Declaraciones de Adolfo Martín Gamero ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 14 de marzo de 1978. <<

[120] Entrevista con Antonio Carro (Madrid, octubre de 1995). <<

[¹²¹] Declaraciones de José Solís ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 15 de marzo de 1978. <<

[122] Entrevista con el teniente general Íñiguez del Moral (Madrid, octubre de 1995). <<

[123] Un resumen de las notas de Martín Gamero ha sido publicado por el historiador Javier Tusell (*El País*, 16 de diciembre de 2001). <<

[124] Declaraciones de José Solís ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados el 15 de marzo de 1978. <<

[125] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[126] Resumen de la conversación entre el general Gómez de Salazar y El Uali, realizado por el Cuartel General del Sáhara. Secreto. <<

[127] Entrevista con el teniente general Federico Gómez de Salazar (Madrid, octubre de 1995). <<

[128] Entrevista con Antonio Carro (Madrid, octubre de 1995). <<

[129] Declaraciones de don Juan Carlos a José Luis de Vilallonga (*El Rey*, Plaza y Janés, Barcelona, 1993). <<

[130] Esta discrepancia ha sido manifestada por varios asistentes al acto en el casino de El Aaiún y recogida por historiadores como Elsa Assidon. El periodista Ángel Luis de la Calle, que cubrió aquellos sucesos como enviado especial al Sáhara del diario *Informaciones*, escribió en *Letra Internacional* (n.º 77, invierno de 2002), en la crítica a la primera edición de este libro: «Afirmo que la versión escrita del discurso del hoy rey de España que difundieron funcionarios del entonces Ministerio de información y Turismo es diferente a la escuchada —y grabada— por este cronista in situ». <<

[131] 240272. DGRNE. B-2. Secreto. / OCIP Confidencial de abril de 1972. / NI 21.025 Secreto. / NI 221272. Confidencial. / DGRNE.050273. Secreto. / NI 040173. Confidencial. B-2. / NI 9.971. Secreto. / NI 2173. DGRN 200174. B-2. Confidencial. / NI 20740. DGRN 280274. A-1. Secreto / NI. 2/454. JPI.100575. A-2. Confidencial. / NI 2/290. JPI 110574. B-1. Secreto. / NI.22450. DGRN. 090874. B-2. Confidencial. / NI.2/663.JPI.070974. Confidencial. / Declaración del sargento de las FAR El Gadi, del 7 de noviembre de 1974. Confidencial. <<

[132] Diego Aguirre, José Ramón, *Historia del Sáhara Español*, Kaydeda Ediciones, 1988. <<

[133] Telegramas remitidos desde primera línea al Gobierno General del Sáhara. <<

[134] Entrevista con Antonio Carro (Madrid, octubre de 1995). <<

[135] Diez años después, Hassan II declararía: «La Marcha Verde fue un chantaje horrible, pero un chantaje lícito y no condenable por ley alguna».

<<

[136] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[137] Entrevista con José Luis Cerón Ayuso (Madrid, octubre de 1995). <<

[138] Entrevista con Jaime de Piniés (Madrid, 8 y 9 de abril de 2002). <<

[139] Numerosos prisioneros marroquíes en manos del Polisario han revelado las órdenes que recibieron de sus mandos. <<

[140] Télex n.º 2972-D, del jefe del subsector de Smara al Gobernador General. Confidencial. <<

[141] Entrevista con Abdalahe Ilyl (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, octubre de 2000). <<

[142] Entrevista con Sidi Mustafa Sidi Mohamed (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, octubre de 2000). <<

[143] Entrevista con Psaraia Hamudi Benyún (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, octubre de 2000). <<

[¹⁴⁴] Entrevista con el teniente general Federico Gómez de Salazar (Madrid, octubre de 1995). <<

[145] Entrevista con Sueliki Sidahmed Belgasem (Campamentos de refugiados de Tinduf, en Argelia, octubre de 2000). <<

[146] Parte de incidencias del Gobierno General del Sáhara. Confidencial. <<

[147] Informes de Amnistía Internacional y Cruz Roja sobre el Sáhara Occidental. <<

[148] *Adelanto del Informe sobre Evacuación de Güera*. Delegación 149. NI de la Región Sur. Secreto. <<

[149] Telegrama Gogsa a Dirprosa n.º 12 (6 de noviembre de 1975). <<

[150] NI de la Región Sur. Secreto. <<

[151] NI. 5.693-2.^a Sección. Secreto. <<

[152] Cuando cayó La Güera, ambos fueron conducidos a Tinduf para que respondieran ante los jefes del Polisario por no haber dejado salir a los civiles. <<

[153] NI. 5.693-2.^a Sección. Secreto. <<

[154] La Federación Internacional de los Derechos del Hombre denunció el 18 de febrero de 1975 que el pueblo saharaui era «víctima de una verdadera empresa de genocidio» por las tropas marroquíes y mauritanas. <<

[155] Entrevista con Badadi Mulud Mohamed (Madrid, junio de 1998). <<

[156] Entrevista con Ahmed Mulay Alí (Madrid, 28 de junio de 2002). <<

[157] Entrevista con Ahmed Mulay Alí (Madrid, 28 de junio de 2002). <<

[158] Entrevista con Abdelkader Taleb Omar (Campamentos de refugiados de Tinduf, Argelia. Octubre de 2000). <<

[159] Entrevista con Sidi Mustafa Sidi Mohamed (Campamentos de refugiados de Tinduf, Argelia. Octubre de 2000). <<

[160] Entrevista con el ex legionario Larry Casenave (Barcelona, 10 y 11 de agosto de 2000). <<

[161] Entrevista con Gurutze Irizar (Bilbao, 7 de junio de 2002). <<

[162] Entrevista con el ex legionario Larry Casenave (Barcelona, 10 y 11 de agosto de 2000). <<

[163] Archivo de TVE. <<

[164] *Resumen valor de los edificios propiedad de la Administración española*. Comisión de Valoración (El Aaiún, diciembre de 1975). Télex de Gogsa a Dirprosa (6 de diciembre de 1975). <<

[165] Entrevista con José Taboada, presidente de la Coordinadora Estatal de Asociaciones Solidarias con el Sáhara, que en 1975 era soldado de infantería destinado en El Aaiún y recibió del secretario general del Sáhara, Luis Rodríguez de Viguri, la orden de dirigir la repatriación de los muertos españoles (Madrid, 9 de julio de 2002). <<

[166] El capitán (llegaría a coronel) Jaime Perote es hermano del también coronel Alberto Perote, conocido por el caso de *los papeles del CESID*. <<

[167] Emisión del Frente Polisario a través de Radio Argel el 28 de diciembre de 1975. <<

[168] En aquel tiempo había tres ministros militares, uno por cada ejército.

<<

[169] Entrevista con el coronel Jaime Perote (Melilla, 9 de mayo de 2002).

<<

[170] Informes confidenciales del gobierno General del Sáhara. <<

[171] Declaraciones del ex defensor de miembros de la UMD José Manuel Altozano (26 de abril de 2002). <<

[172] Entrevista con Ángela Thomas, viuda del capitán Vidal (Mallorca, 3 de mayo de 2002). El capitán Bernardo Vidal falleció en 1981 en un accidente de automóvil. <<

[173] Entrevista con Larry Casenave (Barcelona, 10 y 11 de agosto de 2000).

<<

[174] Declaraciones del teniente general Federico Gómez de Salazar (Madrid, octubre de 1995). <<

[175] *Relación de incidentes ocurridos a partir de la fecha de salida de las últimas fuerzas españolas.* Delegación Gubernativa de la Región Sur. Segunda Sección. <<

[176] Entrevista con el coronel Jaime Perote (Melilla, 9 de mayo de 2002).

<<

[177] Relato de Ángel Luis de La Calle (*El País*, 25 de febrero de 2001) y carta de Ricardo Ramos Unamuno al mismo diario (14 de marzo de 2001).177. Archivo de TVE. <<

[178] Archivo de TVE. <<

[179] Entrevista con el teniente general Federico Gómez de Salazar (Madrid, octubre de 1995). <<

[180] Declaraciones del coronel Luis Rodríguez de Viguri ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados (13 de marzo de 1978). <<

[181] Archivo del Frente Polisario. <<

[182] Acta de la sesión celebrada en El Aaiún el día 26 de febrero de 1976.

<<